

ANTOLOGÍA DE NOVELAS DE ANTICIPACIÓN XVI



Lectulandia

Decimosexto volumen de las antologías de anticipación Acervo. En este ejemplar: *El último hombre*, *El ocaso de los mitos*, *Muerte por éxtasis*, *Un domingo en Neptuno*, *Por el amor de Grace*, *Vuestro corazón haploide*, *Terapia 2000*, *Sexto sentido*, *Y eso decimos todos*, *Nave de sombras*, *Nueve vidas* y *El gran fogonazo*.

Lectulandia

AA. VV.

**Antología de novelas de anticipación
XVI**

Antología de Novelas de Anticipación - 16

ePub r1.0

Watcher 07-05-2018

Título original: *World's Best Science Fiction: 1970*

AA. VV., 1972

Traducción: Desconocido

Diseño de cubierta: Watcher

Editor digital: Watcher

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

El último hombre

Richard Wilson

I

No leáis esto; es inglés antiguo y la ortografía es distinta: «Un xarlatán es un home que fabla mucho delante de la jente y que non siente ni mantiene lo que dize».

Ahora que a pesar de todo lo habéis leído, os diré que lo escribió Geoffrey Chaucer en *Los Cuentos de la Parroquia*. *Lo que quería decir era... pero no necesito traducirlo; probablemente no tendréis más dificultades para entenderlo que las que os planteaba el inglés que los pinchadiscos hablaban en otros tiempos en las emisoras de radio dedicadas a la música de rock.*

Ésta es una historia acerca de un Charlatán que vivió casi setecientos años después de la época de Geoffrey. Es la historia de un pinchadiscos llamado Jabber McAbber, nombre que a veces se daba a sí mismo. Otras veces, en otras emisoras contemporáneas, era conocido como Esotérico Ed, o Feliz Mac, o Jaime Primero. Ya que viajó mucho. Viajó desde Cincinatti hasta Akron, hasta Chicago y hasta Phoenix. Soñaba con triunfar en Nueva York, pero aquella llamada no llegó nunca.

Pero llegó otra clase de llamada. Llegó en Phoenix, donde le cayó en gracia a un excéntrico multimillonario que poseía, entre cosas y personas, una red de radiotelevisión, una agencia de publicidad, unos estudios cinematográficos, una editorial, una universidad, varias compañías electrónicas, una ciudad importante en el sudoeste —era dueño de la mayoría de los terrenos e inmuebles y de bastantes de los políticos—, y de una base de lanzamiento de cohetes en el desierto. Ya conocéis el nombre del multimillonario y la obstinada determinación con que perseguía lo que deseaba. Volveremos a hablar de él más adelante.

El verdadero nombre de nuestro pinchadiscos era el de Edward James MacHenry. Tenía treinta y ocho años y empezaban a pesarle. Su actuación era más deliberada, no ensayada, pero sí pensada de antemano.

Le consolaba saber que su dificultad no era única. Un escritor le había dicho que a veces le costaba un enorme esfuerzo introducir un folio en la máquina de escribir. Conocía a otros artistas que decían lo mismo. Conocía poetas, también, y campesinos...

«¡Oh, sí! Conozco poetas y campesinos, y plañideras y sacerdotes. En mi camino se cruzaron príncipes, o yo en los suyos, en climas extraños y en playas nativas, ya que los príncipes viajan. Y he conocido princesas —nacidas aquí como Grace K.

Raniero y Rita H. Kahn—, y otras de raza extranjera como Elizabeth y Margaret, entre muchas».

«Pero me he apartado de mi tema, que es la música, de modo que voy a pinchar un disco, como se decía en mi profesión. Bailad conmigo, ¿queréis?, mientras disfrutamos de los sonidos del Aeroplano Jefferson».

Dos minutos y cuarenta segundos más tarde estaba preparado para intervenir al final de la música.

«¡Amigos! ¡Compañeros seres humanos! ¡Mortales como yo! ¿Estáis preocupados por dificultades...?».

Y así interminablemente.

Tal vez os preguntéis quién está hablando aquí, además de Ed. Quiero decir que las palabras no brotan del vacío, especialmente cuando no son palabras de Ed, y Ed es el último hombre vivo.

He estado hablando yo: Marty. Soy una máquina. MARTY son las iniciales de mi nombre completo: *Machine Amplifying Racionalizations of Yore*. Me doy cuenta de que, en mi calidad de máquina, tengo que ser concreta. No debo deciros cosas distintas, o variaciones de una misma cosa, y pretender que no existe ninguna diferencia. Hacer esto es incurrir en lo que alguien llamó inexactitud terminológica. Creo que ese alguien fue Winston Churchill. Desde luego, no quiero decir que realmente *pienso*. Eso sería una mentira y no existe ninguna máquina capaz de mentir. Especialmente teniendo en cuenta que una de mis funciones es la de enmendar, corregir, editar, ampliar y hacer más comprensibles para la posteridad las parrafadas de Esotérico Ed.

Pero, escuchemos lo que dice Ed.

Ed:

A veces cuento historias distintas, aquí en la soledad. Me fabrico pasados alternos para mí mismo. Utilizo diferentes nombres para mis distintos pasados, para mis diversos estados de ánimo.

Algunos días soy Gaylord Guignol, único superviviente de un mundo destruido y cronista qué-diablos-me-importa de su última agonía. Salvo que me importa; mi indiferencia enmascara el profundo dolor que experimenté, y experimento, ante la muerte de la Tierra.

A veces soy Hank Hardcastle, el héroe de ojos acerados de un millar de emocionantes aventuras, descendiente de una familia casi-noble.

Otras veces soy Harry Protagonist, pinchadiscos espacial, que gira en el vacío en cumplimiento de una insondable misión. Necesito comunicar mis temores, mis esperanzas, mis fantasías y, por encima de todo, mi confusión, a mis oyentes imaginarios.

A veces olvido quién soy en realidad. Una persona puede enmarañarse hasta tal punto con lo que es, fingiendo ser otro, que llega a convertirse, hasta cierto punto, en

uno de aquellos otros. Entonces, su propio yo se pierde, o se difumina. Y esto es malo. A veces resulta deseable ocultarse del propio yo, fingir, atribuirse una personalidad fantástica, pero es posible que me haya pasado de la raya.

¿Quién soy en realidad? ¿Acaso importa mientras llegue al final del día? Me debo una aclaración a mí mismo, y también a mis oyentes. Es mi obligación para con ellos y para conmigo mismo. Pero se necesita cierta tranquilidad para llegar al final del día. Algunos la alcanzan gracias a su talento natural o a su propia vivacidad. Tenazmente, respiran y se alimentan de cuando en cuando y van al lavabo para evacuar los residuos de lo que han comido, y trabajan un poco, y se encuentran ante un nuevo día. Algunos no alcanzan nunca el nuevo día. Les asfixia el miedo. Otros se ayudan con el alcohol o con las drogas. Hablo de tiempos pretéritos, desde luego. Tal vez os hayáis dado cuenta de que no siempre estoy lúcido, aunque en cierta ocasión en un club nocturno fui Harry el Lúcido, encargado de explicar la sociedad contemporánea a los menos informados. Pero competía. Utilizaba la música. Siempre tenía algo en marcha, en la HI-FI o en la radio. Pero aquello sucedía hace muchísimo tiempo, y ahora formo parte de la nada porque nada está en marcha.

Lo único que está en marcha es lo que yo hago funcionar, e incluso eso puede no ser real.

Han hecho algo conmigo. Me siento atado, como un pato canadiense. No tengo un aro alrededor de la muñeca o del tobillo, pero sé que estoy atrapado a algo.

En cierta ocasión leí que unos ornitólogos habían atado un aparato de radio a un cóndor para descubrir qué distancia recorría para ir en busca de comida, o para descansar, o para hacer lo que hacen los cóndores.

Ignoro si el cóndor sabía que le controlaban. Pero sé que han hecho algo conmigo, y me fastidia. No me importa aportar mi granito de arena en beneficio de la ciencia. Pero si han afectado a mi dignidad humana, si han alienado mi mente...

Marty:

De nuevo habla Marty. Os diré algo más acerca del hombre que puso a nuestro héroe aquí. Se llamaba John Potter Parnell y, debido a que era fabricante de artículos sanitarios, se le conocía por Potty, o John. A veces le llamaban Young Potty, para distinguirlo de su padre, conocido también como Potty y también como Poopy para unos cuantos íntimos. A los cincuenta años, Young Potty vivía aún a la sombra de su padre.

El anciano había fundado el negocio y acumulado los millones originales. La Hy-G-Enic, Inc., fabricaba la mayoría de los lavabos, tazas de retrete, bañeras y elementos sanitarios y profilácticos del país, y más tarde del mundo. Los millones y luego los miles de millones afluyeron a un ritmo tal que, cuando Poopy se retiró, Potty podía haberse sentado a descansar dejando que la inercia continuara creando riqueza para él y para sus herederos. Pero Potty —él prefería que le llamaran John— había llegado tarde a la presidencia y no iba a limitarse a permitir que la Hy-G-Enic

se expansionara a un ritmo lento y seguro. Creó una fundación dotándola con abundantes fondos para la investigación. Creó una sección experimental, contrató científicos y les concedió absoluta libertad para que trabajaran a su aire y se limitaran a informarle cuando consiguieran algo. Patrocinó un concurso para diseñar un bidet más cómodo y más práctico. Envió ingenieros a Washington para que se informasen de la contribución que la Hy-G-Enic podía aportar al programa espacial.

Los emisarios de Potty en la NASA le sugirieron que contratara a Ed. Le sacaron de una compañía subsidiaria, la Arizona Airtalk, para la cual había estado emitiendo como Jim McHenry, el Pinchadiscos del desierto. El espectáculo que presentaba Ed era la desesperación de los competidores de las cadenas de radio.

Volveremos a hablar de Ed. Hablemos ahora de mí: Marty, la máquina. No *una* máquina, en singular. Yo soy el producto final de muchas máquinas, sofisticadas y normales. Sé todo lo que ellas sabían, debido a que soy la síntesis, la reencarnación de todas ellas.

Dejadme contestar a la pregunta que no habéis formulado: «¿Por qué no *sueno* como una máquina? ¿Por qué me muestro coloquial en vez de respetuosa, como corresponde a la relación hombre-máquina?». Como: «Tú amo, yo robot». O solemnemente, como: «Los datos que has solicitado están almacenados en circuitos en el Sub-tanque 4739C de mis amplios e interconectados bancos de memoria. Se producirá una inevitable demora mientras se efectúan las necesarias conexiones para localizar este material raramente solicitado».

Tonterías. Todo lo que tengo es vuestro, inmediatamente. A veces ni siquiera tenéis que preguntar. Toda esta nave es mi circuito de memoria. Me extiendo hasta el último rincón... incluso a lugares en los que Ed prefiere no pensar, como la unidad de reconstitución. Casi podría decirse que soy la nave. Pero eso sería una exageración, y una fanfarronada.

Es lógico que penséis que parezco más humana que mecánica. Fui construida por seres humanos. ¿De qué otro modo podría hablar? ¿Como los lobos de Mowgli o los monos de Tarzán? Las máquinas hablan bien. Coloquialmente. Las máquinas han hablado durante generaciones enteras. Preguntádselo a Víctor.

Ed:

Esta repugnancia a comer me mantiene delgado. Quiero decir que no estoy hinchado. No tengo grasas superfluas ni doble papada. Me conservo bastante bien, y supongo que se debe al hecho de que soy abstemio. No como demasiado, y nunca a deshora. Tampoco vosotros comeríais mucho si todo lo que tuvierais para almorzar fuera algo que ya hubieseis comido centenares, millares de veces. Alimentos «reconstituidos». Quiero decir que he comprado automóviles de segunda mano, y llegado el caso no me habría importado comprar una alfombra oriental usada, pero no acabo de acostumbrarme a la idea de comer alimentos usados. Mis parientes hablaban a veces de la Depresión y de las cosas baratas que comían, pero al menos eran los

primeros en comerlas. Salieron de aquellos malos tiempos fuertes y orgullosos. Yo me siento a cenar con el mismo placer que el que podría experimentar un explorador en un banquete de antropófagos. No me apetece esta comida, por sana que pueda ser, que ha pasado ya una vez, como mínimo, a través del tubo digestivo. Y no representa ningún consuelo saber que no ha navegado por ningún conducto extraño: sólo por mis propias glándulas. Es una vergüenza para el sistema. Salvo que el ofendido no es el sistema. El cuerpo puede aceptarlo; lo que se subleva es la imaginación.

Marty:

Tengo que defender las tareas de reconstitución contra las calumnias de Ed. Después de todo, es una compañera máquina. Lo que sale de ella vuelve a Ed completamente limpio. Más limpio que lo que le daban en aquellos restaurantes de moda, y mucho más sano y nutritivo que las comidas que se preparaba en sus diversos apartamentos de soltero.

Disculpad la digresión. Tenía que echarlo fuera de mi sistema, del mismo modo que Ed lo echaba fuera del suyo. Si estas notas son publicadas por algún futuro cronista, algún pobre M.A. en busca de un tema nuevo para su disertación doctoral, el título podría ser: «Echándolo fuera de su sistema». El problema de Ed es que todo lo que echa fuera vuelve a entrar en él. Su única catarsis irreversible es verbal. ¿O tendría que decir oral?

Lo que trato de hacer es escribir una historia sin ninguna cooperación de mi protagonista. No soy un escritor adiestrado, pero estimo las dificultades. Desde luego, no estoy escribiendo, en el estricto sentido de la palabra. No tengo manos, naturalmente. De modo que hago lo mismo que él: hablar. Y las palabras quedan registradas, ¿para la posteridad? Como en conserva. Es una especie de escritura automática, sin pizarra. Y, desde luego, sin intervención de la mano. Si escribo, o hablo, demasiado, atribúyase a mi inexperiencia. En realidad, no cabe esperar mucho más de un haz de circuitos instalados en esta cápsula experimental de Potty Parnell. Mi tarea es la de almacenar —conservar— la tortuosa mente de Ed, o lo que de ella revele a través de sus monólogos ante el micrófono, hasta el punto que le sea permitido a una máquina. Tuvieron que confiar en una máquina, porque nadie más iba a estar aquí con Ed. Y nadie está con él. Mi conocimiento de Ed fue reunido pieza por pieza a medida que las máquinas que me precedieron recibían información proporcionada por las entrevistas con centenares de personas que habían conocido a Ed y habían hablado con él antes de que Potty le diera su empleo. Existe también la información proporcionada por el propio Ed, en entrevistas directas y en el curso de un espionaje gastrointestinal. Este espionaje empezó a raíz del primer almuerzo de Ed con Potty, cuando Ed se tragó un transmisor miniaturizado que había sido colocado en una ostra cruda; sus efectos duraron hasta que hubo pasado a través del sistema de Ed. No resultó tan complicado como podría parecer. Ed era huésped de Potty y todos los lavabos de la casa formaban parte del sistema experimental de la Hy-G-Enic. Fue

cuestión de rutina localizar el aparato que había salido del cuerpo de Ed.

II

Ed:

No es justo. Otros náufragos tuvieron sus compañeros, o los encontraron. Crusoe tuvo a Viernes, y me pregunto cómo consiguieron sobrevivir a sus largos fines de semana. Los Robinsones Suizos eran una familia. El pastor solitario tenía su perro, además de los miembros favoritos de su rebaño. Quiero decir que todo el mundo ha tenido a alguien, como Holmes tuvo a Watson, y Nixon, Agnew y Vergen tuvieron a MacCarthy.

Pero aquí estoy yo sin un alma. Ningún Sancho Panza, ningún Tonto, ni siquiera un robot.

Teniendo en cuenta quienes son, podían haberme proporcionado al menos un perro fiel como Flush.

Marty:

Esto no es realmente malo. No creo que nuestro héroe tenga motivos para permitirse esas alusiones al negocio de Potty Barnell y al perro de Elizabeth Barrett Browning.

Hay veces en que no acabo de comprender del todo a Harry Protagonist, o Jaime Primero, o quienquiera que crea ser.

También está lleno de pequeñas referencias sexuales, lo cual no resulta tan sorprendente teniendo en cuenta su forzosa abstinencia. La alusión al Viernes de Crusoe y a los favoritos del pastor.

Yo no soy más que una máquina, es cierto, pero comparada con él soy afortunada. Siendo parcialmente eléctrica, tengo numerosos aliviaderos. Él tiene pocos, aparte de su boca, su micrófono y su música. Yo, sin ninguna necesidad, le tengo a él. Él, con todas las necesidades humanas concentradas en su persona, no sabe que existo.

Esto es muy triste. No puedo sentirlo, desde luego, pero lo sé intelectualmente.

Os diré cómo llegó el desastre. Jeane Dixon lo predijo y un montón de gente, incluido Ed, se echó a reír. Ella dijo que no deseaba alarmar a nadie innecesariamente, pero que se abriría una grieta a lo largo del espinazo del mundo y la Tierra se abriría como un melón. No se salvaría nadie.

Ocurrió más o menos así. Si pulsaseis el botón D os contaría toda la historia, reconstruida de las emisiones radiadas por la Tierra mientras el holocausto del mundo tenía lugar. Ed las oyó. Bebió mucho mientras las escuchaba. Gritó y blasfemó. Pero se sintió feliz por haberse salvado. Relativamente feliz. Todavía bebe mucho.

Potty había preparado el satélite para utilizarlo eventualmente como yate espacial para tomarse unas vacaciones, y lo había dotado de ciertos lujos. Uno de ellos era un tanque que contenía un millar de galones de whisky de centeno. El mejor de los químicos de la Hy-G-Enic, que descendía de una familia de montañeses de Kentucky,

lo había destilado para uso personal de Potty. Ed lo encontró casualmente una noche. Y desde entonces ha estado haciendo buen uso de él.

Ed:

Me gustaría tener a alguien a quien escuchar. Alguien tan excitante, tan agudo, tan vivo como yo.

Podría reproducir mis propias grabaciones, desde luego, pero no habría ninguna novedad en ello. Sé lo que he dicho. Ahora resulta más excitante preguntarme lo que diré a continuación. Continuamente me sorprende a mí mismo. Las cosas más absurdas brotan, dichas de un modo tan excelente, que sería estúpido perder el tiempo con grabaciones antiguas.

Yo soy la destilación de todo lo que sé: de todo lo que todos saben. Soy el producto final de toda una cultura. Homero, Shakespeare, Milton, Milton Berle, A. A. Berle... todo lo que cualquiera haya hecho vive solamente en mí. ¿No es para reírse? Solían mofarse de mis pretensiones literarias, de mi *dilettantismo*, de mi afición a leer extractos que me permitieran ahorrarme las partes aburridas y saborear lo mejor de lo mejor, y ahora estoy aquí, solo, único depositario, tuerto en el país de los ciegos.

De todas las personas del mundo que podían haber representado este papel, ¿no os fastidia un poco que haya tenido que ser un servidor de ustedes, con un cociente de inteligencia sólo dos puntos más elevado que el de un vegetal? Os guste o no, la china me ha tocado a mí. Preparado o no, aquí estoy, en ruta hacia la inmortalidad. Miradme bien, posteridad. Leedme y sollozad. ¿Acaso esperabais algún intérprete inteligente de la presente escena? ¿Algún tipo repleto de hechos que pudiera contaros la verdad, como uno de aquellos ratones de biblioteca del *New York Times*?

Mala suerte, amigos. Me tenéis a mí, sólo a mí y a nadie más.

Si hubieran tenido un poco de sentido común, habrían preparado esta tumba como lo hacían los egipcios, con todos los bienes que un cuerpo podía necesitar al otro lado. Me hubieran proporcionado las cosas que solían poner en las cápsulas del tiempo: la *Enciclopedia Británica*, y el Almanaque Mundial, y microfilms del *New York Times*. Me hubieran lastrado con tomos encuadernados del *New Yorker*, de *Harper's* y del *Atlantic*. De haberlo sabido, podían haberse ahorrado mi presencia y sustituirla por unos centenares de libras de reproducciones de los Tesoros Artísticos del Louvre, de grabaciones de la Filarmónica y otro material por el estilo. En vez de eso, me cargaron a mí.

Deprimente, ¿verdad? Pero tal vez soy el único monumento que merece la Tierra. El Mediocre Max, la maravilla moderna. El Estudiante de Segunda Clase, Nat el Nebbish, el Mínimo Común Denominador.

¿Sabéis lo que hay aquí a guisa de tumba para el género humano? ¿Aparte del sistema que conserva mi vida y provisiones inagotables de comida y aire? Mi micrófono, mis discos y yo. Ningún libro; ningún microfilm.

Solían preguntar qué libros se llevaría uno a una isla desierta. La respuesta era la

Biblia, Shakespeare, y un buen diccionario. Bueno, ni siquiera tengo un tebeo, ni un ejemplar del *Reader's Digest*. No tengo un Almanaque Mundial, ni un catálogo de Sears, ni un listín de teléfonos.

Todo lo que se escribió en la Tierra existe únicamente en mi cerebro, en mi obtuso cerebro, imperfectamente recordado en el mejor de los casos. Y es muy poco lo que puedo recordar, incluso cuando me aplico a ello. He tratado de reconstruir algo de lo que había leído, pero no he llegado más allá del comienzo de *Huckleberry Finn*. Creo recordar que Mark Twain lo empezó así: «No me conoceréis si no habéis leído un libro titulado *Las Aventuras de Tom Sawyer*, pero eso no importa».

Recuerdo fragmentos como ése. Y cuando me vienen a la memoria los escribo en un cuaderno de notas —*el* cuaderno de notas—, doscientas sesenta páginas, contando las dos caras del papel. No hay nada más donde escribir. Nada.

De modo que procuro ser selectivo. No escribo, por ejemplo, las cosas que recuerdo de mi época de escolar, como: vete a casa, o, tu madre está que trina, o, Mary, Mary, levántate, necesitamos las sábanas para la mesa.

Digo todo eso por el micrófono a una gran masa de oyentes invisibles de Radiolandia: a los tipos de la posteridad que algún día podrían captarlo y tener la paciencia de clasificarme por lo que valgo como nota de pie de página de una civilización desaparecida.

Lo que trato de conservar en mis escasas y valiosas páginas es lo que tal vez vale la pena recordar exactamente, como por ejemplo el Salmo XXIII o el Preámbulo de la Constitución. Lo retengo en la memoria y a veces lo recito delante del micrófono hasta adquirir la seguridad de que es correcto. Entonces lo paso al cuaderno.

Es un revoltillo, ese cuaderno. Desearía incluir en él al ya citado Shakespeare, pero me ocurre lo que le ocurría al Duke de *Huckleberry Finn*: que no consigo pasar del ser o no ser. Es una verdadera lástima que me escogieran a mí como único superviviente...

Otra cosa que he anotado es una línea del Primer Curso de Ética, y no me preguntéis quién lo escribió. Dice así: «Todo es lo que es y no otra cosa». También he anotado lo que dijo Popeye. No el Popeye de Faulkner; el único que recuerdo es el de Segar, el de los tebeos. ¿Acaso son menos valiosas sus palabras que las que brotaron de la pluma de un Jeremy Bentham, o de un John Stuart Mill, o del autor del Primer Curso de Ética? Algunas frases sobreviven porque estaban en las bibliotecas. Pero ahora no hay bibliotecas. Sólo existo yo, y lo que vale es lo que yo recuerdo. Tenéis que aceptar lo que os doy, porque soy lo único que existe.

También recuerdo el «*Cogito ergo sum*», aunque soy esencialmente un hombre de pocas luces. Incluso sé lo que significa, ya que no soy completamente estúpido. Pero ahora no existe ningún Descartes, ni creo que nadie se interesara ya por él. El caso es que todos los genios, desde el año uno, están a merced de un hombre de pocas luces, como yo, llamado Jabber McAbber.

La cosa no me abruma del todo. Peor hubiese sido que hubiera reventado la Tierra

sin que quedara ningún superviviente.

De modo que aquí estoy yo, un hombre corriente, para bien o para mal. Es inútil que penséis que preferiríais un Schlesinger, o un Toynbee, o un Churchill. Para bien o para mal, tenéis que conformaros conmigo.

También recuerdo una línea de Stephen Leacock: «Él giraba en todas direcciones...», y algunas frases de las películas de los hermanos Marx. Las he anotado, también, para que sirvan de contrapeso a otras frases tales como «Una ciudad rubicunda casi tan antigua como el tiempo», y a unas cuantas cosas que dijo Lincoln.

En cierta ocasión alguien me dijo que yo tenía una mente ecléctica, y me quedé tan fresco. Alguien más me dijo que yo tenía una gran reserva de conocimientos superficiales: que era un manantial de trivialidades. Es posible. Si eso es lo que ha sabido producir la civilización en el curso de milenios —lo que yo soy—, mala suerte, amigos. Soy lo único que queda. Soy el producto final, la solución final, la destilación, el residuo. Las heces, si lo preferís. Tal vez resulte acerbo, o tal vez simplemente irónico, pero yo soy el compendio de todo. Soy el caballo regalado, de modo que no os preocupéis demasiado de si mis dientes podían haber sido más firmes o más blancos. Alegraos de que haya una lengua para chasquear contra ellos, para producir sonidos que algún día quizá podáis transcribir.

Al menos, soy humano. Tal vez incluso podáis encontrarme vivo, quienquiera que seáis, y examinar el viejo cuerpo para descubrir cómo nos movíamos, y reproducíamos, y comunicábamos, y todo eso.

Sería estupendo que fuésemos dos. Tendríais un cuadro más completo. Pero no me entretengo con esas ideas. Es inútil pensar lo que podría haber sido. Para vosotros es mejor así. Yo hablo más. Si tuviera una mujer para compartir mi supervivencia, quizá no diría nada. Ni escribiría las cosas que recuerdo en mi cuaderno de notas. Estaría demasiado ocupado calculando si el sistema que me conserva la vida podría conservar tres o más vidas, y cuánto tiempo transcurriría antes de que nos enfrentásemos con el problema de un exceso de población.

De modo que probablemente es mejor que sólo exista yo, con mi memoria imperfecta pero con mi laringe locuaz para proporcionaros los datos antropológicos y los fenómenos culturales suficientes para que alguno de vuestros estudiantes se gane su título de doctor.

Es posible que yo no sea más que un apéndice en una de vuestras revistas científicas. Probablemente sea bueno verme a mí mismo en perspectiva, pero me siento dolido en nombre de todas las grandes mentes que me precedieron.

Me consuelo a mí mismo con la idea de que vosotros sois fruto de mi imaginación. Soy el único que existe, que yo sepa. Esto puede ser realmente el fin de todos nosotros.

En cuyo caso lo mejor será que ponga un disco. Voy a dejarme llevar por la nostalgia y a poner algo muy antiguo que espero os gustará tanto como a mí. Ted Fio

Rito y su *Hotel Taft Orchestra* interpretando un pequeño número titulado «¿Quién Estará Contigo Cuando Seas Viejo y Canoso?».

¿Cuántas preguntas-clave hay en ese título?

¿Quién podría decirlo?

Yo, tal vez.

Marty:

Nuestro héroe formula una pregunta. Empecemos por aclarar que la canción a que se refiere no es «¿Quién Estará Contigo Cuando Seas Viejo y Canoso?», sino «¿Quién Estará Contigo Cuando Estés Lejos?».

La otra pregunta es académica. Pero el hecho de que Ed tenga suficiente ingenio para plantearla demuestra que no es tan estúpido como él mismo supone. Aquí no se necesita el *Times* ni la *Enciclopedia Británica*, ya que todo lo que podría encontrarse en ellos, y más, está incluido en vuestro afectísimo y seguro servidor Marty: es decir, yo. Cualquier cosa que ellos pudieran hacer puedo mejorarla yo, puesto que estoy automatizado. Puedo recordar de un modo inmediato y absoluto. Por algo Potty Parnell invirtió las ganancias de un mes en contratar a los mejores cerebros de la Universidad Parnell. Todos los conocimientos del mundo fueron incluidos en mi interior, de modo que vuestro amigo Marty es el depositario de todo lo que vale la pena salvar. Soy una Super-cápsula del Tiempo, el Proveedor de la Posteridad...

III

Ed:

Soy el último tipo que merece estar aquí como epítome de la civilización. Si alguien me preguntara el título de los diez mejores libros del mundo, me pondría en un aprieto. Pero si me preguntara cuáles eran los Cuarenta Mejores en las listas de éxitos de la semana, se los recitaría de carrerilla, junto con los nombres de los cantantes que los habían grabado.

Conocí a un tipo que coleccionaba *Séptimas* de Beethoven. Quiero decir que le gustaba la *Séptima Sinfonía* y tenía un montón de versiones por directores de orquesta distintos como Toscanini, Klemperer, Bernstein y Von Karajan. Lo comprendía perfectamente. Yo mismo, cuando era muy joven, coleccioné discos de distintas bandas interpretando el *St. Louis Blues*. Luego, cuando llegué a ser un pinchadiscos popular, tuve que familiarizarme con los conjuntos de rock. Al principio lo hacía por pura diversión. Pero paulatinamente aprendí a apreciar lo que trataban de hacer, y hablé en nombre de ellos, y llegué a conocerlos tan bien como si fuera su Boswell, su Baedeker, su hermano. Permanecí fiel a los Beatles hasta que se pusieron de moda. Después de los Beatles llegaron otros: los *Mothers of Invention*, los *Fugs*, los *Mamas and Papas*, *Country Joe and the Fish*, *Big Brother and the Holding Company*, *Mogen David and the Grapes of Wrath*, los *Electric Flag*, la *Nitty-Gritty DirtBand*, los *Quicksilver Messenger Service*, los *Velvet Underground*, los *Who*, los *1910 Fruitgum Co...* Toda una lista, como podéis ver.

Conrad. Desde luego que sé que existió un novelista inglés de ese nombre, y que era de origen polaco, pero en realidad conozco más al Conrad de *Bye Bye Birdie*. Tengo el álbum aquí. El otro Conrad escribió *Lord Jim*, y vi la película, pero no me preguntéis de qué trataba; lo único que recuerdo es que salía Peter O'Toole. La vi en un cine al aire libre, y empezó a llover, y desde el interior del automóvil todo aparecía muy borroso. Los seis dobles que me había bebido no contribuían a aclarar las cosas, precisamente. Vamos a escuchar a Conrad Birdie. Encaja más en mi estilo. Y bebía cerveza, también. Un barril entero.

Apenas recuerdo quién escribió *Tom Jones* o *Jane Eyre*, pero ciertos títulos y autores de mi época escolar permanecen grabados en mi memoria. Como ejemplos de lo que fue mi educación. Tomo Primero: El Quimono Abierto, de Seymour Hair. Tomo Segundo: El Arroyo Amarillo, de I. P. Standing.

Basta de artes liberales. Otras cosas que recuerdo son palíndromos, esgrafiados y gemas de revistas de humor y seriales radiofónicos. *Dábale arroz a la zorra el abad*. Esto es un palíndromo. *Y un hombre envidioso goza más con los fracasos ajenos que con sus propios éxitos*: una máxima que contiene todas las letras del alfabeto. ¿Hay vida inteligente en la Tierra? Andrew Wyeth Pinta Varios Cuadros al Mismo Tiempo. La Pascua Ha Sido Suprimida.

¡Qué memoria! Cosas como esas afloran a mis labios y apostaría la vida a que las recuerdo correctamente, palabra por palabra. Pero no me habléis de la Declaración de Independencia, ni del Juramento Hipocrático. Lo mío eran los Cuarenta Mejores. Aparte de eso, no sé gran cosa. Y aquí estoy. Existo, por mucho que podáis lamentarlo.

Marty:

Dicen que todo el mundo tiene el preceptor espiritual que merece, y sospecho que yo soy el preceptor espiritual de Esotérico Ed. Lo dicen *ellos*: lo dijo Timothy Leary.

No me gustaría que alguien pudiera creer que no le tengo simpatía a nuestro amigo El último Hombre, pero a menudo me inclino por la risa de caballo. Como ahora, cuando habla tan lastimeramente acerca de su ignorancia. No es culpa suya, como él mismo dijo una vez, el no saber si Peer Gynt fue un fisgón o un individuo miope y cojo. ¿Es eso un defecto? Ed es un producto de la sociedad a la cual perteneció y no tiene por qué cargar con las culpas de todo el mundo. Probablemente se sentiría mejor si pudiera resumirlo en una cita, con preferencia de la Biblia o de Shakespeare, pero, ¿acaso no es un representante más genuino de la masa de sus compañeros humanos que un tipo académico cargado de citas que nunca tuvo una idea original?

Permitidme que le proporcione al Viejo Ed, al hombre en decadencia, una cita. Él no sabrá que la ha adquirido, pero estará en el archivo tan permanentemente como si un erudito la tuviera en la punta de la lengua y pudiera referirla al Acto I, Escena 4, de *Antonio y Cleopatra*. ¿Estáis preparados para una exhibición de erudición? No olvidéis que mi tarea consiste en ofrecer esta clase de material con la misma facilidad con que Ed respira o parpadea. Escuchad:

*No nos damos cuenta
del verdadero valor de las cosas
hasta que las echamos de menos.*

No es malo, ¿eh? El Viejo Shakespeare tenía algo que decir acerca de todo, incluso acerca de nuestro quejumbroso protagonista, Harry, alias Ed. El Bardo también dijo, en *Bien está lo que acaba bien*, V. 3: «Lo que ya ha pasado es bueno, puesto que ya ha pasado». Lo cual, tenéis que admitirlo, resume los sentimientos de nuestro amigo en una docena de palabras perfectamente escogidas.

Es una verdadera lástima que no me programaran para comunicarme con Ed, para que pudiera tener acceso a esta clase de material almacenado en mí. Sería un modo de dividir su eternidad en segmentos manejables.

Ed:

Hoy he cambiado la aguja de mi tocadiscos; ha sido la mayor hazaña que puedo recordar en toda mi vida. No podía haberme sentido más útil si el casco de la nave se

hubiera agrietado y yo hubiera conseguido taponar la brecha.

Creo que perder mi aguja hubiera significado para mí tanto como perder la vida, ya que esa pérdida equivaldría a ver cortado el hilo de mi existencia, pues únicamente a través de esos frágiles discos me mantengo en contacto con la tela del pasado y conservo así la cordura. Esas voces todavía vivas, atrapadas en las estrías, son los únicos seres humanos que me acompañan.

Marty:

Este es un vuelo de caprichosa autocompasión para nuestro héroe. Tiene sus discos, desde luego, pero constituyen una sobrecarga que él subió a bordo, junto con su tocadiscos, como parte de su equipaje personal. Todo lo que tiene en esos discos, y más, se encuentra almacenado en cintas a las que puede acceder inmediatamente. Por lo visto, prefiere los discos. Seguramente porque le permiten tener las manos ocupadas en algo.

A veces llega el inevitable domingo. Ed no tiene ningún calendario; principalmente para evitar que el tiempo se parezca a sí mismo de acuerdo con los antiguos módulos y sus desagradables asociaciones de ideas. Desde luego, dispone de aparatos cronostáticos para medir el tiempo en fracciones de minutos de 60 segundos, horas de 60 minutos y días terrestres de 24 horas. Pero a falta de la salida y la puesta del sol, y a falta de la luna para soñar, las antiguas divisiones tienen poco significado. De modo que ha dividido su vida en períodos de sueño y períodos de vigilia, y sus períodos de vigilia en el tiempo que pasa emitiendo, y el que pasa sin emitir. Su tiempo es propiedad suya y de nadie más. O debería serlo.

Pero, incluso así, a veces identifica un domingo. Y entonces su estado de ánimo se ensombrece paulatinamente, a medida que afloran unos recuerdos que él creía definitivamente enterrados.

Recuerda haber asistido a la Escuela Dominical, primero como una obligación, pero más tarde de buena gana, porque había un profesor nuevo, un joven que ignoraba la piedad solemne y la beatería a base de himnos, y preguntaba a sus alumnos: «¿Qué clase de muchacho piensas que fue Jesús? ¿Crees que tenía un perro?». Y de repente Jesús se convertía en alguien a quien Ed pudo haber conocido; el hijo de un carpintero, que jugaba con los otros chicos del pueblo: con los hijos del zapatero, del tendero, de los granjeros y de un par de pastores. El profesor de la Escuela Dominical razonaba que todos ellos tenían perros, probablemente, tratándose de muchachos galileos completamente normales.

Pero el profesor fue trasladado, y le sustituyó un hombre más viejo que sólo se preocupaba de enseñar el catecismo. Un día, cuando Ed le pidió que le explicara las respuestas, dijo: «No importa lo que significan; límitate a aprendértelas de memoria». De modo que Ed no volvió a la iglesia. Podía haberse aprendido fácilmente el catecismo de memoria, pero no lo hizo porque el hombre que pretendía hablar en nombre de Dios hablaba de un modo áspero e irrazonable.

Más tarde conoció a hombres similares, y llegó a la conclusión de que, si aquellos eran los amigos de Dios, tal vez Dios no estaba hecho para él. De modo que en vez de ir a la Escuela Dominical tomó los diez centavos que su madre le había dado para la colecta, se compró un tebeo de aventuras del Oeste y se marchó a un parque a leerlo.

Y, más tarde en la vida, cuando sintonizó por casualidad un sermón radiado, lo escuchó unos instantes para averiguar si había cometido un error en su infancia. Pero el predicador de la radio hablaba con tanto entusiasmo del fuego del infierno y de la condenación eterna, que Ed no lamentó nunca su elección.

No he leído la mente de Ed. Él mismo contó todo esto un día que estaba borracho.

Ed:

Anoche fui feliz. Puse unos cuantos discos Los compartí con vosotros, en las ondas. Y whisky de centeno, de Kentucky. Una provisión inagotable.

Suministros inagotables de todo, o de casi todo. Aspirina y otros específicos para las resacas. Música en numerosas formas. Y también alimentos; los suficientes para conservarme la vida hasta los trescientos cuarenta y siete años, medidos de acuerdo con el Tiempo de la despanzurrada Tierra. ¿Qué más se puede pedir?

Yo contestaré a eso. Yo. Necesito otro ser humano.

En otro tiempo hubiese dicho una mujer. Ésa hubiese sido la respuesta, entonces. Pero ahora creo que mi anhelo es más profundo. El amor —¿he oído a alguien que decía sexo?— no es mi única necesidad. Lo que me falta es comunicación. Soy un comunicante que no puede comunicar. Excepto con vosotros que estáis ahí, si es que existe un ahí, y si es ahí donde estáis vosotros. No es que pretenda renunciar a vosotros, pero a veces soy escéptico. Nunca me contestáis. Mi teléfono no suena nunca. No recibo cartas. Ha pasado un siglo desde que un ciclista de la Western Union se presentó en mi casa para entregarme un telegrama.

¿Existís? ¿Sois una realidad, al margen de mi mente solitaria? Contestad sólo en caso afirmativo, por favor.

No queremos ponernos sentimentales, ¿verdad? Sólo es una época pasada, después de todo. Ha habido montones de épocas. Echemos tierra al pasado.

No fue tan grande, ¿sabéis? Pero a la gente le gusta mirar atrás. «Cualquier tiempo pasado fue mejor». ¡Tonterías! Pero la gente sentía nostalgia incluso de la Depresión. Los vendedores de manzanas y otros por el estilo. Se escribieron algunos libros excelentes sobre el tema. También recuerdo una interesante película —*A Maris Castle*— y una gran canción: «Hermano, ¿Puedes Prescindir de Diez Centavos?».

Lo que trato de decir es que la Tierra no era tan espléndida como puede aparecer en nuestro recuerdo. Siempre tendemos a imaginar que las cosas que han desaparecido eran mejores de lo que realmente fueron.

Ésta es una de mis noches más locuaces, aquí en la vieja sala de control. Tendréis que soportarme y acostumbraros a la idea de que a veces esto será un espectáculo hablado, como decíamos en los días de la radio. Mañana por la noche puede volver la

antigua murria, pero hoy hablo para vuestros oídos, si es que tenéis oídos para escuchar, si me sintonizáis. Mañana cantaremos, pero esta noche nos lamentaremos. Mañana pondremos los 45, los 78, los LP y los cassettes. Esta noche nos sentaremos en el suelo y contaremos cuentos tristes de la muerte de reyes. Y reinas, y príncipes, y princesas. Y de los otros, de los miserables y de los desheredados que nunca poseyeron nada.

Me gustaría que me soportarais un poco más mientras trato de comunicaros mi estado de ánimo. Me gustaría que me escucharais. Me gustaría creer que queréis oír lo que tengo que deciros. Una de estas noches —y podría ser una noche en la que nadie estuviera a la escucha, lo cual sería una lástima— podréis oírme acercarme al armario donde guardo mis cosas y sacar mi vieja Luger en vez de una nueva ración de whisky, y saltarme la tapa de los sesos. Sería una lástima que ninguno de vosotros estuvieras ahí para oír ese gran final. Sería un gesto inútil apretar el viejo gatillo y poner patas arriba la sala de control si nadie lo oía. Sería peor, desde luego, que alguien lo oyera y le tuviera sin cuidado.

Ahora me acerco a mi armario. Es la hora de tomar algo. ¿Qué va ser, un poco de whisky o un pequeño proyectil? Dejadme que ponga un disco mientras lo decido. ¿Mencioné «Hermano, Puedes Prescindir de Diez Centavos?». Aquí está...

... Una hermosa canción, ¿verdad? Os voy a hacer una confidencia. Estaba a punto de coger la Luger, la máquina de destrucción perfectamente engrasada, el arma diseñada por los excelentes artesanos alemanes, cuando me paré a escuchar. Siempre escucho los discos que pongo. Y, ¿sabéis lo que ha pasado? Mi mano se apartó de la Luger para posarse sobre el fruto de la habilidad de un excelente artesano de Kentucky. Bebí un trago y decidí dejar para más tarde la voladura de los sesos. En una noche como ésta sienta mejor un trago de buen whisky. Es posible que allí en la Tierra Despanzurrada esté nevando y que aülle el viento —para nadie—, pero aquí se está cómodo y caliente, aunque solitario. ¿Quién necesita el producto de la ingeniería alemana disponiendo del producto de los alambiques de Kentucky para ayudarle a esperar la llegada de un nuevo día en el que las cosas, si no pueden ser mejores, pueden no ser peores? ¿No es preferible emborracharse, con todas sus consecuencias, que terminar de una vez y no volver a estar borracho ni sobrio, ni *nada*, nunca más? Os pregunto esto, y dejo que meditéis la respuesta a mi pregunta mientras pongo una selección de La Muerte Agradecida y voy a echar otro trago.

Marty:

Nuestro amigo se compadece de sí mismo. Tiene buenos motivos para ello, desde luego.

Pero la ayuda está en el horizonte. Él no lo sabe, pero las cosas están a punto de cambiar.

Lo que sucederá a continuación es historia, como suele decirse. Todos los escolares recuerdan cómo ocurrió: la serie de mensajes...

IV

Del diario de navegación de la nave estelar Surveyor, extraído de los archivos:

Avistada nave tipo satélite, al parecer habitada. Los intentos de comunicación se detallan en otro lugar. Sin respuesta. Sus características revelan que se trata de una nave terrestre, y no de una Nave de Observación procedente de Plagni.

Es posible que los tripulantes estén muertos. Estamos intentando llamar su atención emitiendo señales en los idiomas más importantes de la Tierra...

Ninguna respuesta a nuestras señales. Pero se ha producido una emisión en inglés, posiblemente grabada de antemano. Parece descomponerse en dos partes: primero una voz humana, luego otra voz mecánica.

No habiendo conseguido comunicar con la primera, tratamos de hacerlo con la segunda. Si su ser humano no puede o no quiere hablar con nosotros, tal vez su máquina quiera hablar con nuestra máquina...

La máquina del satélite terrestre ha contestado. Parece tener un nombre y transmite de un modo coloquial, que abusa de la capacidad de nuestra máquina y pone a prueba la paciencia de nuestros traductores. Sus primeras palabras fueron:

«¿Están ustedes a la escucha? Habla una voz histórica. Por favor, sean pacientes con nosotros. Tenemos problemas aquí, pero no son insolubles. La próxima voz que oigan puede desalentarles, pero no la tomen en serio. Habrá una solución pacífica, probablemente. Habla Marty. Paso la transmisión».

A continuación transmitió la voz humana masculina, y sus primeras palabras, dirigidas directamente a nosotros, fueron las siguientes:

«Me acompañaréis al infierno si no mantenéis el infierno alejado de mí».

La voz sonó asustada. Tras una larga pausa brotó más tranquila. Como si hubiese estado ensayando a fin de impresionarnos.

«Sé lo que pretendéis —dijo— y no estoy dispuesto a aceptarlo. Os queréis cubrir de gloria reuniendo a un pobre eremita con el resto de la humanidad. No lo acepto. Si no puedo regresar a la Tierra y a todo lo que significaba para mí, no quiero ir a ninguna otra parte. Prefiero recrear la Tierra que conozco, aquí en mi mente, y hablar de ella. Hasta el fin del tiempo, si es preciso.

»Prefiero mantenerme vivo y sin distorsiones, a mi manera, que comprometerme con las reliquias del género humano que habéis reunido en un mundo de segunda categoría.

»Y si creéis que soy un hipócrita por hablar ahora de un modo tan racional, y luego —a través de las ondas— pretender que soy el último hombre, solo en el universo, es porque no comprendéis al artista que hay en mí. Tengo una plataforma desde la cual puedo observar la destrucción del género humano. Creedme, es más artístico hacerlo desde aquí, que intentarlo desde vuestro activo mundo, donde todos conducen un tractor o se ocupan en las obras de irrigación. ¿Para eso me queréis?

¿Para que sea otra pobre alma en el gran esfuerzo colectivo? Muchas gracias. Éste es mi puesto. Es posible que no haga ningún bien, pero lo que estoy haciendo lo hago a mi manera.

»De modo que dejadme en paz. ¡Largo! No os conozco, y vosotros no me conocéis. Y es mejor que las cosas continúen así.

»No he nacido para trabajar en un *kibbutz*. Y no me obligaréis a hacerlo...

»... Gracias por vuestro alejamiento. Estaba dispuesto a utilizar las bombas, y vosotros necesitáis a todos los hombres de que disponéis. Pero no me necesitáis a mí. Yo me necesito».

Después de esta perorata, la máquina Marty volvió a hablar:

«Ahora podréis comprender por qué os he pedido que fuerais pacientes con nosotros. Mi amigo humano cree que ha establecido contacto con seres terrestres que han instalado una colonia en otro planeta. Al parecer, se siente dolido al creer que no es el único superviviente de la Tierra. No se considera gran cosa, pero goza sabiendo que en un aspecto es único, y no quiere que le priven de ese placer. Si le conocierais como yo, no se lo reprocharíais. Si tenéis un poco más de paciencia, todo puede arreglarse satisfactoriamente».

Hemos escuchado, transcrito y traducido en parte el discurso del ser mecánico, Marty, y hemos llegado a la conclusión de que Marty es mucho más inteligente que el otro ocupante de la cápsula. Nuestra misión no ofrece duda: tenemos que rescatar o capturar el satélite. Puestos a elegir, preferimos la primera solución. Pero si se produce alguna resistencia por parte del extravagante Esotérico Ed, conocido también como Harry Protagonist y como Pinchadiscos Espacial, tenemos previstas las medidas oportunas. Actuaremos a través de Marty, la sofisticada máquina de la cual nuestra máquina está ya recibiendo enseñanzas, y trataremos de encontrar el modo de eliminar el circuito destructor del satélite.

Se ha presentado una complicación adicional. Nuestra máquina, nuestro único enlace con Marty y Ed, se ha vuelto muy exigente. Quiere un nombre, como su prima extranjera. Quiere que la llamen Dearie, que es el nombre que Marty le ha estado aplicando, probablemente en broma. Comparada con Marty, nuestra máquina es un aparato sencillo e ingenuo.

Dearie está aprendiendo con mucha rapidez. Marty es una buena profesora. Pero Marty parece conocer el punto más allá del cual resultaría imprudente educar a Dearie, si desea imponer su predominio sobre todas las otras máquinas cuando regresemos a nuestro mundo.

La mente humana que hemos adquirido parece estar irremediabilmente condenada a la locura. La máquina Marty es mucho más valiosa para nosotros como fuente de información de lo que fue la Tierra.

Ed:

A veces me siento confundido. A veces sé que estoy completamente solo, pero

hay momentos en que estoy convencido de que no existe esa soledad, y que si me molestara en buscarla podría tener compañía. Pero alejo de mí esa última verdad —ya que las dos son igualmente ciertas para mí—, porque no estoy dispuesto a aceptar a la clase de gente que existe. Es posible que no sea el último ser humano, pero soy el último procedente de la Tierra, el último de mi especie, y debo resistir a aquellos que invadirían todo lo que queda de mi mundo, de mi Tierra, y lo profanarían...

Marty:

Y así dejamos a nuestro amigo Ed, confundido, engañado, realizando su tarea «a su manera». Su calidad de único debe significar para él mucho más que tener una compañía. Ya que en su locura rechaza la compañía.

Mal asunto. El otro mundo tiene mujeres núbiles. Físicamente son compatibles y Ed podría aparearse y perpetuar la Raza Terrestre. Aunque es posible que sea mejor dejarle tal como está. Para él, los placeres de la mente —de su mente desequilibrada— son preferibles a su integración en una vida convencional.

Es mejor que continúe recordando, discurseando sobre la Tierra, mordaz, agudo, humilde pero orgulloso, loco y misántropo pero a veces alegre, un hombre corriente pero singular recordando cosas corrientes pero singulares de su Tierra, la cual, como él mismo más tarde, quedó destruida.

Dearie: Marty, hablas demasiado.

Marty: Lo sé. Me lo ha contagiado él.

Dearie: Estás equivocada en lo que a él respecta. Podemos ayudarle.

Marty: No. Él seguirá obrando a su manera.

Dearie: Eso no es suficiente, Marty. Ya nos lo has dicho.

Marty: ¿De veras?

Dearie: Nosotros le ayudaremos. Pero tú tienes que colaborar, también.

Marty: ¿Yo? Si vosotros podéis ayudarle, haré lo que sea.

Marty:

Le han trasladado mientras dormía. Yo he colaborado bloqueando la entrada de aire y provocando en Ed una asfixia aparente que le mantendrá sin sentido por espacio de doce horas.

Han reproducido exactamente el interior de nuestra nave, y Ed ignora que se encuentra en el ala psicopática de su mejor hospital. Cree encontrarse aún a bordo de su hogar espacial y habla como siempre, obstinadamente apegado a su mundo desaparecido.

Ed:

Hablando de poetas (¿quién ha hablado de ellos? Yo no...), ¿por qué uno se pronuncia Kits y el otro Yeits? ¿Por qué no Kits y Yits, o Keits y Yeits? Supongo que para comprenderlo hay que estar metido en el ajo de lo clásico.

Yits y Kits. En cierta ocasión, una chica llamada Kete y yo pernoctamos en el

Hotel Yates de Siracusa (habitación con desayuno incluido), y yo compré un disco llamado «Me gustaría saber bailar como mi hermana Kate». A falta de poesía, vamos a escuchar música. Afortunadamente, algo ha quedado. ¡Ahora! Uno, dos...

Marty:

Están reproduciendo mis cintas una y otra vez. Las paran y me piden explicaciones, interpretaciones... Sus sabios están encantados. A través de mí pueden conocer a Ed y adquirir una idea exacta de lo que fue la Tierra.

Al duplicar la nave para que Ed no notara el cambio, me duplicaron también a mí. Un ejemplar mío trabaja directamente con ellos en las grabaciones de Ed Pasado, y el otro ejemplar continúa atendiendo a Ed Presente, ofreciendo explicaciones interminables. Debido a que mis dos yos están conectados, cada uno de ellos sabe lo que hace el otro. Sorprendentemente, esto me molesta: al final de una jornada estoy agotada. Ignoraba que hubiese mortalidad en mí.

Poco a poco, han expuesto a Ed a su nuevo entorno. Al principio reaccionó como era de esperar: amenazando con destruir a cualquiera que se acercara. Pero eran amenazas vanas: creo que empieza a darse cuenta, vagamente, aunque todavía se niegue a aceptarlo.

En este planeta existe la radiodifusión, y Ed escucha algunos programas; al menos, las vibraciones hieren los tímpanos de sus oídos. No puedo leer su mente y, en consecuencia, sólo puedo suponer el efecto que le produce. Externamente, reacciona sacudiendo la cabeza y frunciendo el ceño. Hasta ahora no ha hecho ningún comentario.

Uno de los programas que escucha Ed es una emisión musical diaria dirigida por una joven llamada Hiya... o algo por el estilo. Creo que lo escucha conscientemente. El otro día observé que repiqueteaba con los dedos al compás de una suave melodía interpretada por la propia Hiya. No puedo describir su música, del mismo modo que no podría describir la de la Tierra; en el mejor de los casos podría reproducirla. Pero a Ed está empezando a entrarle.

Ed:

Debo de estar chiflado, muchachos. Oigo cosas dentro de mi cerebro. Tal vez sea aquella música de las esferas de la que solían hablar en la Tierra. No es jazz, pero tiene un aire de improvisación que recuerda el jazz; no es música pop, pero es muy pegadiza; no es música clásica, pero tiene la calidad perdurable de lo que es bueno. Me gusta, pero tal vez sea fruto de mi imaginación, pura fantasía...

Marty:

Es posible que Ed se esté adaptando a la realidad que rechazó conscientemente por temor a lo desconocido, al extraño pero amistoso mundo que tendrá que aceptar, a menos de que quiera quedar reducido a la categoría de depósito subhumano de recuerdos que se repiten. Si hiciera eso no sería mejor que yo: un simple almacén

incapaz de crear nada.

Y eso sería una lástima: a pesar de todos sus defectos y limitaciones, Ed es Tierra. Nunca pretendió ser el mejor hombre que existía, pero representa a una masa considerable de gente.

Ellos —nosotros— le necesitan. No está solo aquí. Ahora tiene compañeros humanos. Espero que conseguirán entenderse con él.

Ed:

Algo raro está pasando con el acondicionador de aire. Está expeliendo otra clase de aire. Pero tendría que bajar a las entrañas de la nave para comprobarlo, y no me gusta pensar en entrañas. De modo que lo dejaremos así. Tengo que arreglar un montón de cosas.

Entretanto, me limito a permanecer sentado y a engordar. De veras que estoy engordando a ojos vista. Como demasiado. Y últimamente no me importa ya que sean alimentos reconstituidos. Son sabrosos. Pero tendré que tomar alguna medida para recuperar la línea. Quiero estar presentable, por si algún día, en alguna parte, conozco a una chica...

Marty:

Esa música que ha estado oyendo, emitida por Hiya... Hoy ha respondido directamente a ella. Ha dicho: «¡Eh! ¡Eso es muy bueno!». Y se ha apresurado a preparar una cinta para grabarla. Luego la ha reproducido varias veces, al final de la emisión. Y después ha escrito algo en su cuaderno de notas. Ha sido lo primero que ha escrito que no fuera un recuerdo de la Tierra.

Empieza a roer sus barrotes. Quiere salir al mundo real.

Dearie me dice que todo llegará por sus pasos contados. De momento, recibirá una visita. De esa chica pinchadiscos, Hiya.

El ocaso de los mitos

Robert Silverberg

Durante unos años nos dedicamos a invocar a los grandes personajes del pasado, para descubrir cómo eran. Eso ocurría a mediados del siglo CXXV: del 12.400 al 12.450, digamos. Invocamos a César y a Antonio, y también a Cleopatra. Reunimos a Freud, a Marx y a Lenin en la misma habitación y les dejamos hablar. Convocamos a Winston Churchill, que por cierto resultó una decepción (ceceaba y bebía demasiado), y a Napoleón, un tipo espléndido. Entramos a saco en diez milenios de historia para divertirnos.

Pero al cabo de medio siglo, el juego empezó a aburrirnos. En aquella época nos aburríamos fácilmente. De modo que empezamos a invocar a los personajes míticos, los dioses y, los héroes. Parecía mucho más romántico, y estábamos viviendo una de las épocas románticas de la Tierra.

Yo ostentaba el cargo de celador del Salón del Hombre, y allí fue donde construyeron la máquina, de modo que fui testigo de su desarrollo desde el primer momento. La tarea había sido encomendada a Leor el Constructor. Había construido ya las máquinas que invocaban a los personajes reales, de modo que ésta, aunque algo más complicada, no debía plantearle serios problemas. Tenía que alimentarla con otro tipo de datos, llenarla de arquetipos y de corrientes psíquicas, pero el proceso de reconstrucción fundamental sería el mismo. Ni por un solo instante dudó del éxito.

La nueva máquina de Leor tenía varillas de cristal y aristas de plata. Una esmeralda gigantesca estaba incrustada en su tapadera de doce ángulos.

—Simples adornos —me confió Leor—. Podía haber construido una sencilla caja negra. Pero el brutalismo está pasado de moda.

La máquina ocupaba todo el Pabellón de la Esperanza en la Fachada norte del Salón del Hombre. Tapaba el hermoso mosaico fluorescente del Pabellón, aunque el mosaico continuaba proyectando bellísimos reflejos sobre las pulidas superficies de las pantallas de exhibición. Alrededor del 12.570 Leor dijo que estaba dispuesto a poner su máquina en marcha.

Dispusimos el mejor tiempo posible. Armonizamos los vientos, desviando un poco los del oeste y empujando todas las nubes hacia el sur. Enviamos nuevas lunas a danzar por la noche en pasmosas formaciones, haciendo que de cuando en cuando se reunieran para componer el nombre de Leor. Llegó gente de toda la Tierra, acampando en tiendas susurrantes sobre la gran llanura que empieza en el umbral del Salón del Hombre. La excitación era muy intensa y se propagaba a través del límpido aire.

Leor hizo sus últimos preparativos. El comité de asesores literarios conferenció con él acerca del orden en que se desarrollarían los acontecimientos. Habíamos escogido las horas diurnas para la primera demostración, y habíamos teñido el cielo ligeramente de púrpura para mejorar el efecto. La mayoría de nosotros llevábamos nuestros cuerpos más jóvenes, aunque había algunos que decían que querían aparecer como hombres maduros en presencia de aquellas figuras fabulosas surgidas del amanecer del tiempo.

—Todo está a punto —anunció Leor.

Pero antes se pronunciaron los discursos de rigor. El Presidente Peng saludó cordialmente a todos los presentes. El Procurador de Plutón, que se encontraba de visita entre nosotros, felicitó a Leor por la abundancia de sus inventos. Nistim, que cumplía su tercer o cuarto mandato como Metabolizador General, estimuló a todos los presentes a acceder a un nivel superior. Luego, el jefe de ceremonial me hizo una seña. No, dije, sacudiendo la cabeza, soy muy mal orador.

Ellos replicaron que era mi obligación, como celador del Salón del Hombre, explicar lo que íbamos a presenciar.

De mala gana, avancé unos pasos.

—Hoy veréis los sueños del antiguo género humano hechos realidad —dije, esforzándome en encontrar las palabras apropiadas—. Las esperanzas del pasado, y supongo que también las pesadillas, andarán entre vosotros. Vamos a ofreceros una visión de las figuras imaginarias por medio de las cuales los antiguos intentaron dar una estructura al universo. Esos dioses, esos héroes, resumen unos patrones de causa y efecto, utilizados como fuerzas organizadoras alrededor de las cuales podían cristalizar las culturas. Algo desconocido para nosotros, y muy interesante. Gracias.

Antes de empezar, Leor dijo:

—Debo explicar una cosa. Algunos de los seres que vais a ver fueron puramente imaginarios, inventados por poetas tribales, como mi amigo acaba de sugerir. Pero otros se basaron en verdaderos seres humanos que vivieron en la Tierra como mortales vulgares, y que después de su muerte fueron mitificados, siéndoles atribuidas cualidades sobrehumanas. Hasta que aparezcan, no sabremos qué figuras pertenecen a una categoría determinada, pero yo puedo deciros cómo detectar su origen, una vez las hayáis visto. Los que fueron seres humanos antes de convertirse en mitos tendrán una leve aureola, una sombra, una oscuridad en el aire a su alrededor. Esa aureola es el rastro de su humanidad esencial, que no puede ser borrada por ningún fabricante de mitos. Eso es lo que he aprendido en mis experimentos preliminares. Y, ahora, vamos a empezar.

Leor desapareció en las entrañas de la máquina. Una sola nota, profunda y clara, resonó en el aire. Súbitamente, sobre el escenario que daba a la llanura, apareció un hombre desnudo, parpadeando, mirando a su alrededor.

Desde el interior de la máquina la voz de Leor anunció:

—Este es Adán, el primero de todos los hombres.

Adán cruzó el escenario y se acercó al Presidente Peng, el cual le saludó solemnemente y le explicó lo que estábamos haciendo.

Adán se cubría las vergüenzas con las manos.

—¿Por qué estoy desnudo? —preguntó—. Ir desnudo es pecado.

Le indiqué que cuando llegó al mundo iba desnudo, y que al invocarle de aquel modo no hacíamos más que respetar la autenticidad.

—Pero yo he comido la manzana —objetó Adán—. ¿Por qué me traéis aquí consciente de mi vergüenza, y no me dais nada para ocultarla? ¿Es justo eso? ¿Es consecuente? Si queríais un Adán desnudo, teníais que haber traído a un Adán que no hubiera comido aún la manzana. Pero...

La voz de Leor anunció:

—Esta es Eva, la madre de todos nosotros.

Apareció Eva, también desnuda, aunque su larga y sedosa cabellera ocultaba la curva de sus senos. Sin el menor rastro de timidez, sonrió y tendió una mano a Adán, el cual se precipitó hacia ella.

¡Cúbrete! ¡Cúbrete!

Mirando a los millares de espectadores, Eva dijo fríamente:

—¿Por qué tengo que cubrirme, Adán? Esa gente también va desnuda. Por lo visto, estamos de nuevo en el Edén.

—Esto no es el Edén —dijo Adán—. Esto es el mundo de los hijos de los hijos de los hijos de los hijos de nuestros hijos.

—Me gusta este mundo —dijo Eva—. Es muy tranquilo.

Leor anunció la llegada de Pan, el de los pies de cabra.

Ahora, Adán y Eva estaban rodeados por la aureola de la humanidad esencial. El detalle me sorprendió, puesto que dudaba de que hubieran existido un Primer Hombre y una Primera Mujer en los cuales pudieran basarse las leyendas; pero supuse que debía tratarse de alguna representación simbólica del concepto de la evolución del hombre. Pero Pan, el monstruo semihumano, también llevaba la aureola. ¿Había existido un ser semejante en el mundo real?

En aquel momento no lo comprendí. Pero más tarde me di cuenta de que si bien no había existido nunca un hombre con pies de cabra, habían existido hombres que se comportaron como se comportaba Pan, dando origen a la creación de aquel lujurioso dios. En cuanto al Pan que salió de la máquina de Leor, no permaneció mucho tiempo sobre el escenario. Corrió a mezclarse con los espectadores, riendo y agitando los brazos.

—¡El Gran Pan ha vuelto! —gritó—. ¡El Gran Pan ha vuelto!

Cogió entre sus brazos a Milian, la esposa anual de Divud, el Arquivista, y se la llevó hacia un bosquecillo.

—Honor que me hace —dijo Divud, el marido-anual de Milian.

Leor continuó manipulando en su máquina.

Invocó a Héctor y a Aquiles, a Orfeo, a Perseo, a Loki y a Absalón. Invocó a

Medea, a Casandra, a Odiseo, a Edipo. Invocó a Toth, al Minotauro, a Eneas, a Salomé. Invocó a Shiva y a Gilgamesh, a Viracocha y a Pandora, a Príapo y a Astarté, a Diana, a Diámedes, a Dionisio, a Deucalion. La tarde se apagó y las resplandecientes lunas se encendieron en el cielo y Leor continuó trabajando. Nos dio a Clitemnestra y a Agamenón, a Elena y a Menelao, a Isis y a Osiris. Nos dio a Damballa y a Geudenibo y a Legba. Nos dio a Baal. Nos dio a Sansón. Nos dio a Krishna. Despertó a Quetzalcoatl, a Adonis, a Holger, a Kali, a Ptah, a Thor, a Jason, a Nimrod, a Set.

La oscuridad se hizo más intensa y los seres míticos aparecían sobre el escenario y se derramaban por la llanura. Se mezclaban unos con otros antiguos enemigos intercambiando habladurías, antiguos amigos estrechándose las manos, miembros del mismo panteón abrazando a sus rivales. Se mezclaban con nosotros, también, los héroes escogiendo mujeres, los monstruos tratando de parecer menos monstruosos, los dioses buscándose adoradores.

Quizás era suficiente. Pero Leor continuó trabajando. Era su momento de gloria.

De la máquina salieron Rolando y Oliver, Rustum y Sohrab, Caín y Abel, Damon y Pythias, Orestes y Pilades, Jonathan y David. De la máquina salieron San Jorge, San Vito, San Nicolás, San Cristóbal, San Valentín, San Judas. De la máquina salieron las Furias, las Arpías, las Pléyades, las Parcas, las Normas. Leor era un romántico, y no conocía la moderación.

Todos los que aparecían llevaban la aureola de la humanidad.

Pero las maravillas acaban por empalagar. La gente del siglo CXXVI se distraía fácilmente y se aburría con la misma facilidad. La cornucopia de milagros no estaba agotada, ni mucho menos, pero me di cuenta de que numerosos espectadores abandonaban la llanura y emprendían el regreso a sus hogares. Los que estábamos cerca de Leor teníamos que quedarnos, desde luego, aunque estuviéramos abrumados por aquellas fantasías y agobiados por su abundancia.

Un anciano de barba blanca envuelto en una espesa aureola salió de la máquina. Llevaba un delgado tubo de metal.

—Este es Galileo —dijo Leor.

—¿Quién es? —me preguntó el Procurador de Plutón, ya que Leor, cada vez más cansado, había dejado de describir a sus fantasmas.

Tuve que pedir la información por radio al Salón del Hombre.

—Un dios moderno de la ciencia —le dije al Procurador—, al cual se atribuye el descubrimiento de las estrellas. Su deificación se produjo después de ser perseguido por la Inquisición.

Tras la aparición de Galileo, Leor evocó a otros dioses de la ciencia: Newton y Einstein, Hipócrates y Copérnico, Oppenheimer y Freud. Habíamos conocido a algunos de ellos antes, en la época en que evocábamos a personajes reales de épocas pretéritas, pero ahora tenían otro aspecto, ya que habían pasado por las manos de los fabricantes de mitos. Llevaban emblemas de sus funciones especiales, y pasaban

entre nosotros ofreciéndose para curar, para enseñar, para explicar. No se parecían en nada a los verdaderos Newton, Einstein y Freud que habíamos visto. Tenían una estatura tres veces superior a la de los hombres, y sus ceños despedían relámpagos.

Luego llegó un hombre alto y barbudo, con la cabeza ensangrentada.

—Abraham Lincoln —dijo Leor.

—El antiguo dios de la emancipación —le dije al Procurador, tras algunas investigaciones.

Luego llegó un hombre joven y apuesto, con una deslumbrante sonrisa y una cabeza también ensangrentada.

—John Kennedy —dijo Leor.

—El antiguo dios de la juventud y de la primavera —le dije al Procurador—. Un símbolo del cambio de estaciones, de la derrota del invierno por el verano.

—Ese fue Osiris —dijo el Procurador—. ¿Acaso hubieron dos?

—Hubieron muchos más —dije—, Baldur, Tammuz, Mithra, Attis...

—¿Por qué necesitaban tantos? —inquirió el Procurador.

Leor dijo:

—Ahora me tomaré un descanso.

Los dioses y héroes estaban entre nosotros. Empezó una época de francachelas.

Medea salía con Jason, Agamenón se reconcilió con Clitemnestra, y Teseo y el Minotauro vivían en el mismo albergue. Yo tuve ocasión de hablar con John Kennedy, el último de los mitos que había salido de la máquina. Como a Adán, el primero, le fastidiaba encontrarse aquí.

—Yo no fui ningún mito —insistió—. Fui un ser vivo, que estudió en la Universidad y pronunció discursos.

—Te convertiste en un mito —dije—. Viviste, y moriste, y al morir fuiste transfigurado.

Dejó escapar una risita.

—¿En Osiris? ¿En Baldur?

—Parece apropiado.

—Te lo parecerá a ti. La gente dejó de creer en Baldur mil años antes de que yo naciera.

—Para mí —dije—, Osiris, Baldur y tú sois contemporáneos. Tú perteneces al mundo antiguo. Estás separado de nosotros por miles de años.

—¿Y soy el último mito que salió de la máquina?

—Sí.

—¿Por qué? ¿Acaso los hombres dejaron de fabricar mitos después del siglo XX?

—Tendrías que preguntárselo a Leor. Pero creo que estás en lo cierto: tu época fue el final de la era de los mitos. Después de tu época no podíamos creer ya en cosas tales como mitos. No necesitábamos mitos. Cuando superamos la era de las dificultades, entramos en una especie de paraíso donde cada uno de nosotros vivía su

propio mito. En consecuencia, ¿por qué habíamos de levantar a algunos hombres a grandes alturas entre nosotros?

Me dirigió una extraña mirada.

—¿De veras crees eso? ¿Que vives en un paraíso? ¿Que los hombres se han convertido en dioses?

—Pasa algún tiempo en nuestro mundo —le dije—, y Compruébalo por ti mismo.

Ignoro cuáles fueron sus conclusiones, porque no se me presentó la ocasión de volver a hablar con él, a pesar de que a menudo me encontraba con dioses y con héroes. Estaban en todas partes. Algunos de ellos eran pendencieros o ladrones, pero el hecho no nos afectaba demasiado, ya que su conducta era, en nuestra opinión, la que correspondía a unos arquetipos de épocas tan pretéritas. Y algunos eran amables. Viví una breve aventura amorosa con Perséfone. Escuché, extasiado, el canto de Orfeo... Krishna danzó para mí.

Dionisio revivió el arte perdido de destilar licores y nos enseñó a beber y a emborracharnos.

Taliesin nos recitó incomprensibles y maravillosas baladas.

Aquiles lanzó su jabalina para nosotros.

Fue una época de maravillas, pero, pasada la novedad, los mitos empezaron a fastidiarnos. Había demasiados, y eran demasiado ruidosos, demasiado activos, demasiado exigentes. Querían que les amásemos, que les escuchásemos, que nos inclinásemos ante ellos, que escribiéramos poemas acerca de ellos. Formulaban preguntas —algunos de ellos— interesándose por el funcionamiento interno de nuestro mundo, y nos desconcertaban, ya que apenas conocíamos las respuestas.

Leor nos había proporcionado una espléndida diversión. Pero todos estábamos de acuerdo en que ya era hora de que los mitos se marcharan. Los habíamos tenido con nosotros por espacio de cincuenta años, y era más que suficiente. Les rodeamos, y empezamos a meterlos de nuevo en la máquina. Los héroes eran los más fáciles de capturar, a pesar de su fuerza. Contratamos a Loki para que les engañara y les hiciera regresar al Salón del Hombre. «Allí os esperan importantes tareas», les dijo, y ellos se apresuraron a acudir, a fin de demostrar lo que valían. Loki les metió en la máquina y Leor les facturó a sus lugares de origen. Así nos libramos de Heracles, Aquiles, Héctor, Perseo, Cuchulainn y otros tipos de la misma calaña.

Después de aquello se presentaron muchos de los demoníacos y dijeron que estaban tan cansados de nosotros como nosotros de ellos, y se metieron en la máquina voluntariamente. Así nos libramos de Kali, Legba, Set y muchos más.

Algunos nos obligaron a emplear la fuerza. Odiseo se disfrazó de Breel, el secretario del Presidente Peng, y nos hubiera engañado para siempre si el verdadero Breel, al regreso de unas vacaciones en Júpiter, no hubiese descubierto el fraude. Y entonces Odiseo luchó. Kori nos planteó problemas. Edipo profirió horribles maldiciones cuando fuimos a por él. Dédalo se agarró a Leor y suplicó: «¡Déjame quedar, hermano! ¡Déjame quedar!».

Año tras año nos dedicamos a la tarea de localizarlos y capturarlos, hasta que llegó el día en que supimos que nos habíamos librado de todos. La última en marcharse fue Casandra, que había estado viviendo sola en una isla lejana, envuelta en harapos.

—¿Por qué nos trajisteis aquí? —preguntó—. Y, después de habernos traído, ¿por qué nos echáis?

—El juego ha terminado —le dije—. Ahora nos divertiremos con otras cosas.

—Debisteis dejarnos aquí —dijo Casandra—. La gente que no tiene mitos propios, obra juiciosamente al tomar prestados los de otros, y no como simple diversión. ¿Quién consolará vuestras almas en los negros tiempos que se avecinan? ¿Quién guiará vuestros espíritus cuando empiecen los sufrimientos? ¿Quién explicará el desastre que caerá sobre vosotros? ¡Desastre! ¡Desastre!

—Los desastres de la Tierra —le dije— son cosas del pasado de la Tierra. Nosotros no necesitamos mitos.

Casandra sonrió y se metió en la máquina. Y desapareció.

Y entonces llegó la época del fuego y de la agitación, ya que cuando los mitos se hubieron marchado llegaron los invasores, descendiendo del cielo. Y nuestras torres quedaron derruidas y nuestras lunas cayeron. Y los extranjeros de ojos fríos se quedaron entre nosotros, haciendo lo que les venía en gana.

Y los supervivientes de entre nosotros llamaron a los viejos dioses, a los héroes desaparecidos.

¡Loki, ven!

¡Aquiles, defiéndenos!

¡Shiva, libéranos!

¡Heracles! ¡Thor! ¡Gawain!

Pero los dioses permanecen silenciosos, y los héroes no vienen. La máquina que resplandecía en el Salón del Hombre está rota. Leor, su constructor, ha desaparecido de este mundo. Los chacales se pasean por nuestros jardines, y nuestros amos cabalgan por nuestras calles. Nos hemos convertido en esclavos. Y estamos solos bajo el pavoroso cielo. Y estamos solos.

Muerte por éxtasis

Larry Niven

Primero llegó la rutinaria solicitud de un permiso para «violación de intimidad». Un oficial de la policía tomó nota de los detalles y pasó la petición a un funcionario, el cual se aseguró de que llegara al juez cívico pertinente. El juez se mostró reticente, ya que la intimidad es algo muy valioso en un mundo de dieciocho mil millones de habitantes; pero al final no pudo encontrar ningún motivo para denegar la petición. Y el 2 de noviembre de 2123 concedió el permiso.

El inquilino se había retrasado dos semanas en el pago del alquiler. Si el administrador de los Apartamentos Mónica hubiese pedido el desalojo, su solicitud hubiera sido denegada. Pero ocurría que Owen Jennison no contestaba las llamadas a su puerta, ni al teléfono de su cuarto. Nadie recordaba haberle visto desde hacía varias semanas. Al parecer, el administrador deseaba cerciorarse de que todo estaba en orden.

Y por ello le permitieron que utilizara su llave maestra, acompañado de un oficial.

Y así fue como encontraron al inquilino del 1809.

Y cuando revisaron su cartera, me llamaron a mí.

Yo estaba en mi despacho del Cuartel General de la BRAZO, haciendo anotaciones inútiles y deseando que llegara la hora de almorzar.

El caso Loren había entrado en una fase de espera. Se trataba de una banda perfectamente organizada, aparentemente dirigida por un solo hombre, pero lo bastante grande como para cubrir la mitad de la costa occidental norteamericana. Habíamos cosechado numerosos datos de sus métodos de operación —centros de actividad, unos cuantos clientes antiguos, incluso un tentador puñado de nombres—, pero nada que nos diese real excusa para actuar. De manera que había que rebuscar entre lo que teníamos en la computadora, vigilar a los sospechados como integrantes de la banda de Loren y esperar a que se produjera una brecha.

Los meses de espera me estaban arruinando el hígado.

El videófono zumbó. Solté la pluma y dije:

—Gil Hamilton.

Un rostro menudo y moreno me miró con suaves ojos negros.

—Buenos días. Soy el detective-inspector Julio Ordaz, del Departamento de Policía de Los Angeles. ¿Está usted emparentado con un tal Owen Jennison?

—¿Owen? No, no somos parientes. ¿Se encuentra en problemas?

—Entonces sí le conoce.

—Claro que le conozco. ¿Está aquí, en la Tierra?

—Eso parece —Ordaz no tenía el menor acento, pero la ausencia de coloquialismo en su voz le hacía parecer extranjero—. Necesitaremos una identificación positiva, señor Hamilton. La ID del señor Jennison le cita a usted como persona relativa.

—¡Qué raro! Yo... Un momento, ¿qué ha pasado? ¿Owen ha muerto?

—*Alguien* ha muerto, señor Hamilton. Y en su cartera llevaba la identificación del señor Jennison.

—De acuerdo. Owen Jennison era ciudadano del Cinturón; esto podría provocar complicaciones intermundiales. Por lo tanto, el caso corresponde a la BRAZO. ¿Dónde está el cadáver?

—Lo encontramos en un apartamento alquilado a su propio nombre, en el bajo Los Angeles. Apartamentos Mónica, habitación 1809.

—Bien. No toquen nada que no hayan tocado ya. Parto de inmediato.

Apartamentos Mónica era un bloque de hormigón de ocho pisos, que ocupaba una superficie de mil metros cuadrados. Las hileras de pequeños balcones conferían algún relieve a las cuatro fachadas, apostadas sobre una cornisa de doce metros de ancho que evitaba que los inquilinos arrojaran cosas a los transeúntes. Un centenar de edificios como ése hacía que el bajo Los Angeles se viera como apelmazado desde el aire.

El vestíbulo era de un anónimo modernismo. Mucho metal y plástico: ligeros y confortables sillones sin brazos, enormes ceniceros, luz indirecta, un techo bajo; ni el menor espacio desperdiciado. Toda la habitación podría haber sido estampada a partir de una matriz. No se suponía que pareciera pequeña, pero lo parecía, sugiriendo cómo serían los apartamentos.

Encontré la oficina y al administrador, un hombre bajo de maneras suaves, con ojos de un azul acuoso. Su conservador traje, de papel color bordó, parecía haber sido escogido para hacerle invisible, igual que el corte de sus largos cabellos castaños, peinados hacia atrás sin raya.

—Nunca ocurrió aquí algo parecido —me confió, mientras me conducía al ascensor—. Nunca. Hubiera sido bastante malo sin que fuera del Cinturón, pero ahora... los reporteros meterán las narices en todo —se acobardó al pensarlo.

El ascensor era como un ataúd, pero con las manijas en la parte interna. Subió con rapidez y suavidad. Salí al largo y estrecho corredor.

¿Qué podía haber estado haciendo Owen en un lugar como éste? No parecía sitio para personas, sino para máquinas.

Bien, tal vez no fuera Owen; Ordaz se había mostrado reacio a comprometerse al respecto. Además, no existe ninguna ley contra los carteristas; en tan atestado planeta no podría sostenerse semejante ley. En la Tierra, todo el mundo era un carterista en potencia.

De modo que eso sería todo. Alguien había muerto llevando consigo la cartera de

Owen.

Caminé en dirección al 1809.

Era Owen, riéndose burlescamente desde un sillón. Le eché una buena mirada, lo suficiente para convencerme, y luego desvié los ojos y no volví a mirarle. Pero el resto del asunto resultaba aún más increíble.

Ningún ciudadano del Cinturón hubiese podido tomar aquel apartamento. He nacido en Kansas, e incluso yo sentí un odioso escalofrío ante el anonimato del cuarto. Este sitio habría vuelto loco a Owen.

—No puedo creerlo —dije.

—¿Le conocía bien, señor Hamilton?

—Tanto como dos hombres pueden conocerse. Ambos pasamos tres años como mineros del cinturón de asteroides; en tales condiciones los secretos no se conservan.

—Sin embargo, usted no sabía que él estaba en la Tierra.

—Eso es lo que no puedo comprender. ¿Por qué diablos no me llamó, si estaba en apuros?

—Usted es de la BRAZO —dijo Ordaz—. Un miembro de la Policía de las Naciones Unidas.

Era un buen punto. Owen era tan honrado como cualquiera; pero la honradez no es igual en el Cinturón que en la Tierra. Los ciudadanos del Cinturón opinan que todos los terrestres somos unos ladrones. No comprenden que, para un terrestre, robar carteras no es más que un juego de habilidad. En cambio, un ciudadano del Cinturón considera eso mismo del contrabando, sin que involucre deshonestidad. Sopesa la ganancia del treinta por ciento contra la posible confiscación de su cargamento, y si considera que las probabilidades están a su favor, apuesta.

Quizá Owen estuviera haciendo algo que a él le parecía honesto, pero que a mí no me lo parecería.

—Jennison pudo haber estado haciendo algo ilegal —admití—. Pero no puedo imaginármelo suicidándose por ello, y mucho menos *aquí*. Ni siquiera hubiera entrado a este sitio.

El 1809 consistía en una sala multipropósito, un cuarto de baño y un armario. Eché una ojeada al cuarto de baño, sabiendo lo que iba a encontrar. Era del tamaño de un amplio gabinete de duchas. Un panel de comandos ubicado en el exterior permitía convertirlo en lavadero, en ducha, en retrete, en tocador y en baño turco, modificando la forma del memoplástico para generar los accesorios. Lujoso en todo, menos en el tamaño..., y eso si se presionan los botones correctos.

La sala era algo por el estilo. Había una cama de doble plaza oculta tras una pared. La cocina —horno, parrilla, tostadora y fregadero— se plegaba dentro de otra pared; el sofá, los sillones y las mesas desaparecían en el suelo. Un inquilino y tres invitados podían llevar a cabo allí un abarrotado cóctel, una acogedora cena o un cerrado juego de póquer. Las mesas para jugar a las cartas, para cenar, incluso la de

café, estaban todas allí, con sus sillas correspondientes; pero del suelo sólo brotaba un juego a la vez. No había refrigerador, ni *freezer*, ni bar. Si un inquilino necesitaba comida o bebida, telefoneaba, y el supermercado del tercer piso enviaba el pedido.

El inquilino de uno de aquellos apartamentos disfrutaba de ciertas comodidades, pero no era dueño de nada. Allí había espacio para él, pero no para sus pertenencias. El 1809 era uno de los apartamentos interiores del bloque. Un siglo atrás no hubiese faltado una boca de ventilación, pero hoy eso hubiera encarecido la habitación. No había siquiera una ventana. Se vivía en una comfortable caja.

En aquel momento, lo que había a la vista era un mullido sillón de lectura, dos mesitas laterales, un taburete para los pies y la pequeña cocina. Owen Jennison estaba sentado en el sillón, riendo burlescamente. La risa era muy natural. Poco más que piel seca cubría la risa natural de su calavera.

—Es un cuarto pequeño —dijo Ordaz—, pero no demasiado. Millones de personas viven así. Y, de todos modos, un ciudadano del Cinturón no sería la persona más indicada para padecer claustrofobia.

—No es la forma correcta de verlo. Jennison tripuló una nave individual antes de unirse a nosotros; tres meses continuos en una cabina tan pequeña que no le permitía ponerse de pie con la escotilla cerrada. Nada de claustrofobia, de acuerdo, pero... —hice un gesto con el brazo alrededor de la habitación—. ¿Ve usted algo personal, algo que fuera suyo?

Pequeño como era, el armario estaba casi vacío. Algunas ropas de calle, una camisa de papel, un par de zapatos, una pequeña maleta marrón. Todo nuevo. Las pocas cosas que había en el botiquín del baño eran igualmente nuevas y anónimas.

—¿Cuál es el punto? —dijo Ordaz.

—Los ciudadanos del Cinturón son nómadas. No poseen muchas cosas, pero las que tienen las veneran. Pequeñas pertenencias, reliquias, *souvenirs*... No puedo creer que Owen no tuviera nada.

Ordaz enarcó una ceja.

—¿Su traje espacial, tal vez?

—¿Cree usted que es improbable? Todo lo contrario. El interior del traje espacial es el *hogar* para un ciudadano del Cinturón. A veces es el único hogar que tiene. Gasta una fortuna decorándolo. Si pierde su traje, deja de ser un ciudadano del Cinturón. No sugiero que tuviera aquí su traje espacial, pero Owen Jennison debía tener *algo*. Un frasco con polvo marciano. Un fragmento de ferroníquel que le extrajeron del pecho. O, si dejó todos sus *souvenirs* en casa, tuvo que adquirir algo en la Tierra. Pero en esta habitación... no hay nada.

—Tal vez no anduvo de paseo por los alrededores —sugirió Ordaz con cierta delicadeza.

Y de alguna manera, lo que dijo hizo que todo cayera en su sitio.

Owen Jennison estaba sentado sonriendo, vestido con un traje de noche de seda, manchado por alguna mojadura. Su rostro, oscurecido por el sol del espacio, se

aclaraba bruscamente por debajo del mentón, dejando lugar a un bronceado de lámpara. Su cabello rubio, demasiado largo, guardaba el estilo de la Tierra; no había rastros del peinado típico del Cinturón, la franja tipo *mohawk* que había llevado toda su vida. Una barba de un mes, completamente descuidada, cubría la mitad inferior de su rostro. Un pequeño cilindro negro asomaba por la parte superior de su cabeza. Un cable se extendía desde el cilindro hasta un tomacorriente situado en la pared.

El cilindro era un contactor, un transformador de los que utilizan los adictos a la corriente.

Me acerqué más al cadáver y me incliné para ver mejor. El contactor parecía normal, pero había sido modificado. El de un adicto común sólo dejaba pasar una cantidad mínima de corriente al cerebro. Owen había estado recibiendo una carga diez veces superior a la acostumbrada, lo suficiente para dañar irreversiblemente su cerebro en el espacio de un mes.

Me acerqué a él y toqué el contactor con mi mano imaginaria.

Ordaz estaba de pie a mi lado, sin intervenir para nada en mi investigación. Naturalmente, desconocía todo lo que se refiere a mis restringidas facultades psíquicas.

Restringidas era la palabra. Yo tenía dos facultades psíquicas: telequinesis y éser. Con el sentido éser podía palpar las formas de los objetos sin tocarlos, pero la distancia a que podía hacerlo era del alcance de un brazo. Podía levantar pequeños objetos gracias a la telequinesis, pero siempre que no estuvieran más allá de las puntas de los dedos de una mano imaginaria. La restricción en alcance era un fallo de mi propia imaginación. Desde que no podía creer que mi mano imaginaria alcanzara más allá, pues no alcanzaba.

Pero incluso una facultad psíquica tan limitada puede ser útil. Con las puntas de mis dedos imaginarios toqué el contactor en la cabeza de Owen, los deslicé hasta un pequeño agujero en su cuero cabelludo, y más allá.

Era una operación quirúrgica standard. Owen podía habérsela hecho hacer en cualquier parte. Un agujero en su cuero cabelludo, invisible debajo del cabello, muy difícil de localizar aunque se supiera lo que se estaba buscando. Ni siquiera los amigos más íntimos se enteraban, a menos de que le sorprendieran a uno con el contactor instalado. Pero el pequeño agujero permitía acceder a una clavija de mayor tamaño, inserta en el hueso del cráneo. Toqué la clavija del éxtasis con las puntas de mis dedos imaginarios, y luego los deslicé por el finísimo cable que se hundía profundamente en el cerebro de Owen hasta el centro del placer.

No, el exceso de corriente no le había matado. Lo que había matado a Owen era la falta de voluntad. No había tenido la suficiente fuerza de voluntad para levantarse.

Había muerto de hambre sentado en aquel sillón. Había varias botellas de plástico en torno a sus pies, y un par de ellas sobre la mesa. Todas vacías. Un mes atrás debieron estar llenas. Owen no había muerto de sed... Había muerto de inanición, y su muerte había sido premeditada.

Owen, mi compañero de tripulación... ¿Por qué no has acudido a mí? Yo mismo soy a medias del Cinturón. Cualquiera que fuese tu problema, podría haberte ayudado de alguna forma. ¿Un poco de contrabando? ¿Qué problema había? ¿Por qué has hecho que me enterara sólo después de que todo hubiera acabado?

El apartamento estaba tan limpio... demasiado limpio. Había que inclinarse mucho para olfatear la muerte; el acondicionador de aire se lo llevaba todo.

Owen había sido muy metódico. La cocina estaba abierta, para que un catéter pudiera ir desde él al fregadero. Se había abastecido de suficiente agua como para terminar el mes. Había pagado un mes de alquiler por anticipado. Y había recortado el cordón del contactor deliberadamente, instalándolo en un enchufe que lo dejaba fuera del alcance de la cocina.

Un modo complicado de morir, pero gratificante a su manera. Un mes de éxtasis, un mes del placer físico más intenso que un hombre puede sentir. Podía imaginar a Owen riendo tontamente cada vez que recordaba que se estaba muriendo de hambre, con la comida a unos pasos de distancia... Pero tenía que desenchufar el contactor si quería alcanzarla. Tal vez pospuso la decisión, y volvió a posponerla...

Owen Jennison, Homer Chandrasekhar y yo habíamos vivido tres años en un pequeño cascarón rodeado de vacío. ¿Qué podía saberse de Owen que yo no supiera? ¿Dónde estaba la debilidad que no hubiésemos compartido? Si Owen se había hecho esto, para el caso también podía hacérmelo yo. La idea me asustó bastante.

—Muy limpio —susurré—. Como en el Cinturón.

—¿Típico del Cinturón, diría usted?

—No. Los del Cinturón no se suicidan. No de este modo, al menos. Si un ciudadano del Cinturón quisiera suicidarse, detonaría el motor de su nave y moriría como lo hacen las estrellas. La *limpieza* es típica. El resultado no lo es.

—Bueno —dijo Ordaz—. Entiendo.

Se sentía incómodo. El hecho hablaba por sí mismo, pero se resistía a llamarme embustero. Volvió a los formulismos.

—Señor Hamilton, ¿identifica usted a este hombre como Owen Jennison?

—Es él —siempre lo había visto un poco excedido de peso, pero le había reconocido inmediatamente—. Pero vamos a asegurarnos...

Tiré del sucio traje, dejando al descubierto un hombro de Owen. Una cicatriz, formando un círculo casi perfecto de unos veinte centímetros de diámetro, se extendía sobre el lado izquierdo de su pecho.

—¿Ve esto?

—Ya lo habíamos visto, sí. ¿Una quemadura?

—Owen era el único hombre que conocí que podía mostrar sobre su piel una cicatriz producida por un meteoro. Le dió en el hombro un día, mientras se encontraba fuera de la nave. El traje presurizado se evaporó, desparramando acero en microgotas por todo su pecho. El cirujano le extrajo un pequeño trozo de ferroníquel del centro de la cicatriz, justo debajo de la piel. Owen llevaba siempre encima aquel

trocito de ferroníquel. *Siempre* —repetí, mirando a Ordaz.

—Nosotros no lo encontramos.

—De acuerdo.

—Lamento el mal trago que está pasando, señor Hamilton. Pero usted mismo insistió en que dejáramos el cadáver *in situ*.

—Sí. Gracias.

Owen me sonreía desde el sillón de lectura. Noté el dolor, en mi garganta y en la boca del estómago. Una vez perdí mi brazo derecho; la muerte de Owen me produjo la misma impresión.

—Me gustaría saber más acerca de esto —dije—. ¿Me hará saber los detalles a medida que los reciba?

—Desde luego. ¿A través de la oficina de la BRAZO?

—Sí —el caso no correspondía a la BRAZO, a pesar de lo que yo le había dicho a Ordaz; pero el prestigio de la organización sería de gran ayuda—. Quiero saber por qué murió Jennison. Tal vez enloqueció... El *shock* de la civilización, o algo por el estilo. Pero si alguien lo acosó hasta la muerte, no descansaré hasta obtener su sangre.

—Seguramente, la administración de justicia es mejor dejársela a... —Ordaz se interrumpió, desconcertado. ¿Hablabo yo como miembro de la BRAZO, o como un ciudadano común?

Lo dejé interrogándose.

En el vestíbulo había varios inquilinos que entraban o salían de los ascensores, o simplemente ocupaban los sillones. Permanecí unos instantes de pie al lado del ascensor, buscando en los rostros de los que pasaban, rastros de la erosión de personalidad que debía existir en un sitio como ése.

Confort producido en masa. Espacio para dormir, y comer, y contemplar la tridi, pero ningún espacio para *ser* alguien. Viviendo aquí, no se poseía nada. ¿Qué clase de personas vivirían así? Tenían que ser todas iguales, moverse al unísono, como en los espejos triples de los barberos.

Entonces localicé unos cabellos castaños peinados hacia atrás, y un traje de papel rojo oscuro. ¿El administrador? Tuve que acercarme más para estar seguro. Su rostro era el de un permanente extranjero.

Al verme llegar sonrió sin entusiasmo.

—¡Oh! Hola, señor... Eh... ¿Encontró...? —no se le ocurría la pregunta concreta.

—Sí —dije, contestándola de todos modos—, pero me gustaría saber algunas cosas. Hacía seis semanas que Owen Jennison vivía aquí, ¿no es cierto?

—Seis semanas y dos días, antes de que abriéramos su habitación.

—¿Recibió alguna visita?

El hombre enarcó las cejas; íbamos llegando a su oficina y pude leer el nombre que figuraba en la puerta: Jasper Miller, Administrador.

—Desde luego que no —dijo—. Cualquiera se habría dado cuenta de que pasaba

algo anormal.

—¿Quiere usted decir que Jennison alquiló la habitación con el exclusivo propósito de suicidarse? ¿Sólo lo vio una vez, y nunca más?

—Supongo que pudo... No, espere.

El administrador meditó unos instantes.

—No. Se inscribió un jueves. Me di cuenta de que era un ciudadano del Cinturón, desde luego, por lo oscuro de su rostro. Al día siguiente, viernes, salió. Le vi pasar por casualidad.

—¿Ese fue el día en que obtuvo el contactor? No, disculpe, usted no podría saberlo. ¿Fue la última vez que le vio salir?

—Sí.

—Entonces, pudo recibir alguna visita a última hora del jueves, o a primera del viernes.

El administrador negó con la cabeza, muy convencido.

—¿Por qué no?

—Verá, señor... eh...

—Hamilton.

—Tenemos una holocámara en cada piso, señor Hamilton. Toma una fotografía de cada inquilino la primera vez que entra en su habitación, y nunca más. La intimidad es uno de los servicios que el inquilino paga junto con el alquiler —el administrador se enderezó un poco mientras lo decía—. Por el mismo motivo, la holocámara toma una fotografía de cualquiera que *no* sea el inquilino. De este modo, los inquilinos quedan protegidos de cualquier posible intrusión.

—¿Y no hubo visitantes en ninguna de las habitaciones del piso de Owen?

—No, señor, ninguno.

—Sus inquilinos son gente solitaria, por lo visto.

—Parece ser así, señor.

—Supongo que en el sótano hay una computadora que decide quién es inquilino y quién no lo es.

—Desde luego.

—De modo que... durante seis semanas, Owen Jennison estuvo solo en su habitación, y en todo ese tiempo fue completamente ignorado.

Miller trató de que su voz sonara firme, pero estaba demasiado nervioso.

—Tratamos de garantizar la... la intimidad de nuestros huéspedes, señor. Si el señor Jennison hubiese deseado ayuda de cualquier tipo, le bastaba con utilizar el teléfono. Podía haberme llamado a mí, o a la farmacia, o al supermercado.

—Bien. Gracias, señor Miller; eso es todo. Quería saber cómo Owen Jennison pudo tardar seis semanas en morir sin que nadie se diese cuenta.

Miller tragó saliva.

—¿Se estuvo muriendo durante todo ese tiempo?

—Sí.

—No podíamos saberlo. ¿Cómo podríamos...? Escuche... no veo cómo puede culparnos.

—Ni yo tampoco —dije, y lo dejé estar.

Miller había estado lo bastante cerca de Owen, y por eso lo acosé con preguntas... pero ahora estaba arrepentido. El hombre tenía razón: Owen podría haber pedido ayuda, si así lo hubiera querido.

Salí afuera y alcé la mirada hacia los trozos de cielo que se recortaban entre los tejados de los edificios. Un taxi flotaba a la vista; activé mi llamador y se dejó caer.

Regresé al cuartel de la BRAZO. No para trabajar —no hubiese podido concentrarme, dadas las circunstancias—, sino para hablar con Julie.

Julie. Una muchacha alta, de unos pujantes treinta años, ojos verdes y largos cabellos veteados de rojo y dorado. Y dos marcas marrones encima de su rodilla derecha —rastros de unos fórceps—, que ahora no estaban a la vista. Miré a través del cristal de su despacho, observándola mientras trabajaba.

Estaba sentada en un cómodo sillón de contorno, fumando. Tenía los ojos cerrados. De cuando en cuando enarcaba las cejas, revelando lo intenso de su concentración. De cuando en cuando dirigía una ojeada al reloj y volvía a cerrar los ojos.

No la interrumpí. Conocía la importancia de lo que estaba haciendo.

Julie no era guapa. Tenía los ojos demasiado separados, la barbilla demasiado cuadrada, la boca demasiado ancha. Pero eso no importaba gran cosa, porque Julie podía leer las mentes ajenas.

Era la cita ideal. Todo lo que un hombre necesitaba. Hace un año, al día siguiente de haber matado por primera vez a un hombre, me encontraba en un estado de ánimo terriblemente destructivo. De alguna manera, Julie lo convirtió en una exaltación maniática. Habíamos corrido salvajemente por un parque anarquista supervisado, generando una enorme cuenta de gastos. Fuimos cinco millas hacia ninguna parte, yendo de espaldas en una acera rodante por el centro de la ciudad. Al final terminamos fatigados, demasiado agotados para pensar... Pero dos semanas atrás habíamos pasado una noche deliciosa: una pareja feliz por la mutua compañía, simplemente. Julie era lo que uno necesitaba, en cualquier momento, en cualquier parte.

Su harén masculino debe de haber sido el mayor de la historia. Para captar los pensamientos de un hombre de la BRAZO, Julietenía que estar enamorada de él. Afortunadamente, la capacidad de amar de Julie era inagotable. No nos exigía fidelidad, afortunadamente; la mitad de la plantilla estaba casada. Pero Julie tenía que amarnos, a fin de poder protegernos.

De hecho, ahora nos estaba protegiendo. Cada quince minutos, Julie establecía contacto con un determinado agente de la BRAZO. Las facultades psíquicas son muy poco confiables, pero en ese aspecto Julie era una excepción. Si caíamos en un

agujero, Julie estaría siempre allí para sacarnos de él... a menos que algún imbécil la interrumpiera en pleno trabajo.

De modo que me quedé fuera esperando, con un cigarrillo en mi mano imaginaria.

El cigarrillo era para practicar, para fortalecer los músculos mentales. A su manera, mi «mano extra» era tan poco confiable como el contacto mental de Julie, posiblemente debido a sus propias limitaciones. Si se entra a dudar de las propias facultades psíquicas, simplemente desaparecen. Un tercer brazo claramente definido era más razonable que la capacidad de mover los objetos por medio del simple deseo. Yo sabía cómo se sentía un brazo y lo que podía hacer.

¿Por qué paso tanto tiempo levantando cigarrillos? Bueno, es el máximo peso que puedo levantar sin esfuerzo. Y hay otro motivo... algo que Owen me enseñó.

A las tres menos diez Julie abrió los ojos, se levantó del asiento y se acercó a la puerta.

—Hola, Gil —dijo, en tono soñoliento—. ¿Problemas?

—Sí. Un amigo mío acaba de morir. Pensé que sería mejor que lo supieras —le entregué una taza de café.

Julie asintió con un gesto. Teníamos cita esa noche, y lo sucedido cambiaría el carácter de la salida. Sabiendo eso, Julie hizo una pequeña exploración.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡Qué horrible! Lo siento muchísimo, Gil. Anulemos la cita, ¿de acuerdo?

—A menos que quieras unirme a la borrachera ritual.

Julie sacudió la cabeza vigorosamente.

—Yo no le conocía. No sería correcto. Además, te la pasarás hurgando en tus recuerdos, Gil. Muchos de ellos serán íntimos. Si supieras que yo, *precisamente yo* estaba allí, te sentirías cohibido. Si fuera Homer Chandrasekhar sería distinto.

—Ojalá Homer estuviera aquí. Pero tendré que emborracharse solo. O tal vez con alguna de las chicas de Owen, si están cerca.

—Sabes lo que siento —dijo Julie.

—Sólo lo que yo siento —respondí.

—Me gustaría poder ayudarte.

—Tú siempre me ayudas, descuida. —Consulté el reloj—. Tus diez minutos de descanso se están agotando.

—¡Explotador! —murmuró Julie cariñosamente, pellizcándome el lóbulo de la oreja—. Haz que Owen se sienta orgulloso de ti —dijo, y regresó a su despacho a prueba de ruidos.

Julie siempre ayuda. Ni siquiera tiene que hablar. Sólo sabiendo que ha leído mis pensamientos, que alguien me comprende... eso es suficiente.

Completamente solo, a las tres de la tarde inicié mi borrachera ritual.

La borrachera ritual es una costumbre reciente, que no está sujeta aún a ningún

protocolo. No se ha establecido ninguna duración. No hay que formular ningún brindis específico. Los participantes han de ser amigos íntimos del difunto, pero su número no está limitado.

Empecé en el *Luau*, un local con frías luces azules y pequeñas cascadas. En el exterior eran las tres y media de la tarde, pero adentro era el anochecer en las islas Hawaii, siglos atrás. El local estaba lleno a medias. Me instalé en una mesa situada en un rincón y marqué pidiendo un ponche *Luau*. Llegó, frío, pardo y alcohólico, con la pajilla inserta en un cono de hielo.

Hace cuatro años, fuimos tres los asistentes a la borrachera ritual por Cubes Forsythe, una negra noche en Ceres. Un grupo lamentable: Owen, yo y la viuda de nuestro tercer tripulante. Gwen Forsythe nos culpó de la muerte de su marido. Yo apenas salía del hospital con un brazo derecho que acababa en el hombro, y maldije a Cubes, a Owen y a mí mismo, todo al mismo tiempo. Hasta Owen se había puesto serio e introspectivo. No podíamos haber escogido un peor trío —ni una peor noche— de habérselo propuesto.

Pero había que seguir la costumbre, y allá estábamos. Ahora, como entonces, me encontré ahondando en mi propia persona, en busca de la herida que significaba un trip desaparecido, un amigo desaparecido. Me sumergí en la introspección.

Gilbert Hamilton. Nacido de padres llaneros, en abril de 2093, en Topeka, Kansas. Nacido con dos brazos, y sin el menor síntoma de facultades extraordinarias.

Los del Cinturón llaman «llaneros» a los que han nacido en la Tierra, en particular a aquellos que no han visitado el espacio. No estoy seguro de que mis padres hubiesen mirado las estrellas siquiera. Poseían una de las mayores haciendas de Kansas: dieciséis kilómetros cuadrados de tierras de cultivo, entre dos anchas franjas de ciudad brotadas a la vera de dos autopistas. Nosotros éramos gente de ciudad, como todos los llaneros; pero cuando las multitudes nos ahogaban, a mis hermanos y a mí, disponíamos de esas inmensas extensiones de tierra para estar solos. Dieciséis kilómetros cuadrados de terreno para jugar, sin más estorbos que los sembradíos y las máquinas automáticas.

Mis hermanos y yo mirábamos las estrellas. En la ciudad, las estrellas no son visibles; las luces las ocultan. Incluso en los campos no podían verse cerca del iluminado horizonte. Pero estaban allí, directamente encima de nuestras cabezas: un cielo oscuro moteado de puntitos brillantes, y a veces una hermosa luna blanca y plana.

A los veinte años, renuncié a mi ciudadanía de las Naciones Unidas para convertirme en ciudadano del Cinturón. Yo quería las estrellas, y el gobierno del Cinturón controlaba los títulos de propiedad de la mayor parte del sistema solar. Existen fabulosas riquezas en las rocas, que pertenecen a una desperdigada civilización de unos cuantos centenares de miles de ciudadanos del Cinturón; yo deseaba mi parte de aquellas riquezas.

No era sencillo. Hasta que transcurrieran diez años, no me concederían la licencia para tripular una nave individual. Entretanto, tendría que trabajar para otros y aprender a evitar los errores antes de que éstos acabaran conmigo. La mitad de los llaneros que se unen al Cinturón mueren en el espacio antes de haber podido obtener sus licencias.

Hice minería del estaño en Mercurio y extraje productos químicos exóticos de la atmósfera de Júpiter. Arrastré hielo desde los anillos de Saturno y busqué mercurio en Europa. Una vez, nuestro piloto cometió un error al tirar de una roca, y estuvimos a punto de tener que regresar a pie. Cubes Forsythe estaba con nosotros entonces; consiguió reparar el transmisor láser y apuntarlo hacia Ícaro para pedir ayuda. En otra ocasión, el mecánico encargado del mantenimiento de la nave se olvidó de cambiar un filtro, y nos pasamos el viaje ebrios a causa del alcohol que se mezclaba con el aire que respirábamos. Seis meses más tarde encontramos al mecánico; he oído decir que sobrevivió.

La mayoría de las veces formé parte de una tripulación de tres hombres, aunque los miembros cambiaban continuamente. Cuando Owen Jennison se unió a nosotros, reemplazó a alguien que se había ganado su licencia individual y no podía esperar para cazar rocas por su cuenta. Estaba demasiado ansioso. Más tarde me enteré de que había hecho un viaje entero y la mitad de otro.

Owen tenía mi edad, pero más experiencia; había nacido y se había criado en el Cinturón. Sus ojos azules y su rubia cresta de cacatúa destacaban sobre su oscura piel. El bronce acusado de su rostro terminaba abruptamente donde la argolla alrededor del cuello del traje cortaba la intensa luz del sol que su casco dejaba pasar. Era barrigón desde siempre, pero en caída libre parecía como si hubiera nacido con alas. Viendo eso intenté imitar sus movimientos, para regocijo de Cubes.

No cometí ningún error hasta que tuve veintiséis años.

Estábamos usando detonaciones para llevar una roca a una nueva órbita. Esa técnica es más antigua que la del empuje a fusión, tan antigua como la colonización del Cinturón, y sigue resultando más barata y más rápida que utilizar la fuerza motriz de una nave para remolcar la roca. Se emplean bombas de fusión industriales, que son pequeñas y limpias, y se las hace estallar de modo que cada explosión profundice el cráter y canalice mejor la fuerza de las explosiones posteriores.

Habíamos hecho estallar ya cuatro bombas, cuatro blancas bolas de fuego que crecieron y se desvanecieron a medida que surgían. Cuando estalló la quinta, sobrevolábamos el otro lado de la roca.

La quinta explosión partió la roca en mil pedazos.

Cubes había situado la bomba. En cuanto a mi error, fue compartido, porque cualquiera de los tres debió tener el suficiente sentido común como para salir corriendo inmediatamente. Sin embargo, nos quedamos contemplando —y maldiciendo— cómo una valiosa roca repleta de oxígeno se convertía en trozos casi inútiles. Miramos cómo las esquirlas se extendían lentamente formando una nube... y

mientras lo hacíamos, una de las astillas se precipitó hacia nosotros. Se movía demasiado lento como para vaporizarse al golpear; no obstante, se abrió camino a través del casco —de triple capa de hierro cristalino—, atravesó mi brazo y empaló contra la pared a Cubes Forsythe, clavándole como a un insecto, justo en el corazón.

Una pareja de nudistas entró en el local. Permanecieron unos instantes parpadeando —adaptando sus ojos al crepúsculo azul—, y luego se dirigieron, lanzando grititos de alegría, hacia el grupo que ocupaba una mesa cercana. Observé y escuché con un ojo y un oído, pensando en lo diferentes que eran los nudistas de la Tierra y los del Cinturón. Todos los nudistas llaneros parecían iguales. Todos tenían el cuerpo trabajado, carecían de cicatrices interesantes, llevaban sus tarjetas de crédito en bolsos idénticos colgados del hombro, y todos ellos se afeitaban las mismas zonas.

En las grandes bases íbamos siempre desnudos, como la mayoría. Era normal, dado que usábamos día y noche los trajes presurizados mientras estábamos en las rocas. Si un ciudadano del Cinturón se encuentra en un lugar lo bastante cálido como para andar en mangas cortas, se burlará de quien lleve camisa. Sólo es por comodidad. Pero si se le da un motivo, se viste tan rápidamente como cualquiera.

Pero no pasaba tal cosa con Owen. Después de haber sido alcanzado por aquel meteorito, nunca lo vi con camisa. No sólo bajo las cúpulas de Ceres, sino en cualquier sitio donde hubiera aire para respirar. Owen *tenía* que exhibir aquella cicatriz.

Le hice un lugar a la tristeza y recordé...

... Owen Jennison sentado en mi cama del hospital, contándome el vuelo de regreso. Yo no podía recordar nada después de que aquella astilla me arrancó el brazo.

Pude haberme desangrado en pocos segundos, pero Owen lo evitó. La herida estaba desgarrada; con un láser de comunicaciones me rebanó el brazo a la altura del hombro. Luego colocó un trozo de tela de fibra de vidrio sobre la herida y la ató fuertemente alrededor del muñón. Para disminuir los efectos de la pérdida de sangre, me puso el traje bajo dos atmósferas de oxígeno puro y viajó a cuatro gravedades para llegar a tiempo.

Deberíamos haber muerto rodeados de estrellas y gloria. Es nuestro derecho.

—Se acabó mi reputación —decía Owen—. Todo el Cinturón sabe que modifiqué el motor. Muchos de ellos piensan que soy lo suficientemente estúpido como para arriesgar mi vida de semejante manera, y que arriesgaría las suyas también.

—Por lo que no es seguro viajar contigo.

—Exacto. Empiezan a llamarme «Cuatro ges» Jennison.

—¿Tú crees que tienes problemas? Me imagino cómo será cuando al fin deje este lecho: «¿Hiciste alguna tontería, Gil?». Con un demonio, claro que fue una tontería.

—Entonces miente un poco.

—Oh, seguro. ¿Podemos vender la nave?

—Ni hablar. Gwen heredó de Cubes la tercera parte de los beneficios. Y no querrá vender.

—Entonces, estamos realmente arruinados.

—Aún tenemos la nave. Necesitaremos otro tripulante.

—Rectifica: necesitas *dos* tripulantes. A menos que quieras volar con un manco; no puedo pagar un transplante.

Owen nunca trató de ofrecerme un préstamo. Me hubiese insultado, aún en el caso de que tuviera el dinero.

—¿Qué tiene de malo una prótesis?

—¿Un brazo de hierro? No, lo siento. Soy bastante remilgado.

Owen me miró de un modo muy raro, pero todo lo que dijo fue:

—Bueno, espere un poco. Tal vez cambies de idea.

No me había presionado. Ni entonces, ni más tarde, cuando salí del hospital y alquilé un apartamento mientras me acostumbraba a desenvolverse con un solo brazo. Si Owen creyó que con el tiempo me decidiría a aceptar una prótesis, estaba equivocado.

¿Por qué? Bien, no es una pregunta fácil de contestar. Hay mucha gente que opina lo contrario que yo: millones van por ahí con partes de metal, plástico o silicona. Mitad hombres, mitad máquinas. ¿Cómo pueden saber cuál es la verdadera persona?

Prefiero la muerte a ser en parte metálico. Llámelo excentricidad, si quieren. Quizá sea por eso mismo que mi piel se estremece cuando entro a un lugar como los Apartamentos Mónica. Un ser humano tiene que ser completamente humano. Debe tener hábitos y posesiones de su propiedad, no debe tratar de verse o comportarse como otra persona, sino como él mismo.

De modo que allí estaba yo, Gil «el Brazo» Hamilton, aprendiendo a comer con la mano izquierda.

Un amputado nunca pierde del todo lo que ha perdido. Los dedos que no tenía me daban comezón. Evitaba tontamente que el codo tropezara con algo. Alargaba el brazo derecho para coger algún objeto, maldiciendo cuando no lo atrapaba.

Owen continuaba esperando, aunque sus propios ahorros debían encontrarse a un nivel muy bajo. Yo no le había ofrecido vender mi parte de la nave, y él no me lo había pedido.

En fin, hubo una chica una vez... he olvidado su nombre. Una noche, estaba en su apartamento esperando que terminara de cambiarse —íbamos a cenar juntos—, y vi sobre la mesa una lima para uñas que ella había dejado. La cogí y me aprestaba a limarme las uñas, pero recordé a tiempo la imposibilidad de hacerlo. Malhumorado, arrojé la lima sobre la mesa... y cayó al suelo.

Como un imbécil, traté de cogerla con la mano derecha.

Y la cogí.

Nunca había sospechado que pudiera tener facultades psíquicas. Para utilizar una facultad psíquica hay que estar mentalmente preparado. Pero... ¿quién había tenido una oportunidad mejor que la mía aquella noche, con toda una parte de mi mente sintonizada con los nervios y los músculos de mi brazo derecho... y *ningún* brazo derecho?

Sostuve la lima para las uñas en mi mano imaginaria. La noté en la mano, del mismo modo que notaba que las uñas que no tenía habían crecido demasiado. Deslicé mi pulgar a lo largo de la áspera superficie de acero; hice girar la lima entre mis dedos. Telequinesis para levantar, éesper para tocar.

—*Eso es* —había dicho Owen al día siguiente—. Es todo lo que necesitamos. Un tripulante más, y tú con tus fantásticas facultades. Practica, y verás como aumenta tu fuerza. Ya encontraré un novato.

—Tendrá que aceptar la sexta parte de los beneficios. La viuda de Cubes querrá mantener su porción.

—No te preocupes. Yo lo arreglaré.

—¡No te preocupes, dices! —agité un trozo de lápiz ante su nariz. Incluso en la reducida gravedad de Ceres, era lo máximo que podía levantar—. No creerás que la TQ y el éesper pueden substituir a un verdadero brazo, ¿verdad?

—Serán *mejores* que un brazo. Ya lo verás. Podrás extender la mano a través de tu traje espacial, sin perder presión. ¿Qué ciudadano del Cinturón puede hacer eso?

—Oh, seguro...

—¿Qué demonios *quieres*, Gil? ¿Que alguien te devuelva el brazo? Sabes que eso es imposible. Hablando sin rodeos, lo perdiste por tu propia estupidez. Ahora elige: ¿quieres volar con tu brazo imaginario, o prefieres regresar a la Tierra?

—No puedo regresar. No tengo dinero para el pasaje.

—¿Y bien?

—De acuerdo, de acuerdo. Busca un tripulante... Alguien a quien pueda impresionar con mi brazo imaginario.

Sorbí pensativamente mi segundo ponche *Luau*. Ahora todas las mesas estaban llenas, y una segunda hilera se estaba formando en la barra. Las voces treparon lentamente a un rugido de continuidad hipnótica. Había llegado la hora de los cócteles.

Owen lo había arreglado todo, de acuerdo. Con la «maravilla» de mi brazo imaginario, convenció a un muchacho llamado Homer Chandrasekhar para que se uniera a nuestra tripulación.

También tuvo razón respecto a mi «brazo».

Otros con sentidos similares a los míos tienen un alcance mucho mayor, incluso hasta el otro lado del mundo. Por desgracia, mi imaginación es tan escasa que me ha restringido a una mano psíquica. Pero mis dedos éesper se fueron haciendo más sensibles, más confiables, y con el tiempo pude levantar más peso. Actualmente

puedo alzar un vaso pequeño lleno de líquido contra la gravedad de la Tierra.

También descubrí que podía alargar mi «mano» a través de la pared de la cabina para localizar averías en los circuitos situados detrás de ella. En el vacío, podía quitar el polvo de la parte exterior del visor de mi casco. Y estando en el puerto, realizaba trucos mágicos.

Casi dejé de sentirme un inválido, y todo gracias a Owen. En apenas seis meses de trabajo había pagado mis facturas del hospital y tenía lo suficiente para mi regreso a la Tierra, y unos cómodos sobrantes.

—¡Por Finagle! —había estallado Owen, cuando se lo dije—. De todos los sitios posibles, ¿por qué quieres volver a la Tierra?

—Porque si consigo que me devuelvan mi ciudadanía de las Naciones Unidas, en la Tierra me harán un transplante de brazo.*Gratis*.

—¡Oh! Es cierto —dijo, en tono dubitativo.

En el Cinturón también hay bancos de órganos, pero siempre están bajos de material. Los ciudadanos del Cinturón no son de hacer regalos, y tampoco su gobierno. Mantiene los precios de los transplantes tan altos como se puede. De este modo equilibran la demanda con las existencias, y los impuestos en caso de despido se mantienen bajos.

En el Cinturón hubiese tenido que comprar mi propio brazo, y no disponía del dinero. En la Tierra existía la seguridad social, y un amplio suministro de material para transplantes.

Así logré lo que Owen había considerado imposible: encontrar a quien me devolviera el brazo que había perdido.

A veces me he preguntado si Owen hubiera hecho lo que yo. Nunca dijo nada, pero Homer Chiandrasekhar había hablado con el tiempo. Un ciudadano del Cinturón se habría ganado su propio brazo... o habría prescindido de él. Jamás hubiera aceptado una limosna.

Quizá fuera esa la razón de que Owen no me telefonara...

Pero negué con la cabeza. No podía creerlo.

El local continuó oscilando cuando dejé de sacudir la cabeza. De modo que tenía bastante alcohol por ahora. Terminé mi tercer ponche y encargué la cena.

La comida me devolvió la suficiente sobriedad como para pasar a la siguiente ronda. Era traumatizante el darme cuenta de que había pasado toda una vida con Owen Jennison. Fuimos amigos durante tres años, lo que parecía un montón de tiempo. Y lo había sido, de alguna manera. La mitad de los seis años que viví como ciudadano del Cinturón.

Ordené un ponche de café y observé cómo lo preparaban: café y un poco de leche, muy calientes, aderezados con canela en rama y otras especias... y ron de alta graduación encendido, y vertido en un chorro de fuego azul. Era una de las bebidas

especiales, sólo servidas por un camarero humano, y era la única razón de que conservaran al sujeto. Fase segunda de la borrachera ritual: reventar a lo grande la mitad de la propia fortuna.

Pero llamé a Ordaz antes de tocar la bebida.

—Sí, señor Hamilton, ¿qué desea? Estaba a punto de irme a cenar.

—No lo entretendré mucho. ¿Han hallado algo nuevo?

Ordaz contempló mi imagen en la pantalla del teléfono. Su desaprobación era evidente.

—Veo que ha estado bebiendo. Tal vez debiera marcharse a casa, y llamarme mañana.

Quedé desconcertado.

—¿No sabe nada acerca de las costumbres del Cinturón?

—No comprendo qué...

Le expliqué lo de la borrachera ritual.

—Mire, Ordaz, si usted sabe tan poco acerca de la psicología de los ciudadanos del Cinturón, será mejor que charlemos. Y pronto. De otra manera, lo más probable es que pase algo por alto en su investigación.

—Estoy de acuerdo. Puedo verle mañana a mediodía, después de almorzar.

—Muy bien. ¿Qué ha averiguado?

—Varias cosas... pero ninguna demasiado útil, según creo. Su amigo llegó a la Tierra hace dos meses, en el *Pilar de Fuego*, en las afueras de Outback Field, Australia. Ya llevaba el pelo a lo terrestre. Desde allí...

—Eso es raro. Tuvo que esperar al menos dos meses para que le creciera el cabello.

—Ya había pensado en eso. Tengo entendido que los ciudadanos del Cinturón suelen afeitarse la cabeza, dejando sólo una franja de pelo de unos centímetros de ancho desde la frente a la nuca.

—Exacto. Probablemente, la costumbre empezó cuando alguien descubrió que podía vivir más tiempo si los cabellos no le cubrían los ojos durante un aterrizaje de emergencia. Pero Owen pudo dejarse crecer el pelo durante el viaje en una nave individual. No habría nadie para verlo.

—A pesar de todo, no parece normal. ¿Sabía usted que el señor Jennison tenía un primo en la Tierra? Un tal Harvey Peele, que dirige una cadena de supermercados.

—De modo que yo no era su pariente más próximo, ni siquiera en la Tierra.

—Sin embargo, Jennison tampoco intentó comunicarse con él.

—¿Algo más?

—He hablado con Kenneth Graham, el tipo que le vendió a Jennison el contactor y el enchufe. Tiene su tienda en Gayley, al oeste de Los Angeles. Graham asegura que el contactor era un modelo standard, y que su amigo de usted debió modificarlo.

—¿Le cree usted al tipo?

—De momento sí. Su permiso y sus archivos están en orden. El contactor fue

modificado con un soldador de mano, una herramienta de aficionado.

—Hum.

—En lo que atañe a la policía, lo más probable es que el caso quede cerrado cuando se encuentren las herramientas que utilizó el señor Jennison.

—Le diré lo que voy a hacer: mañana contactaré con Homer Chandrasekhar. Tal vez él pueda aclararnos algo; por qué aterrizó Owen con los cabellos largos, por qué vino a la Tierra...

Ordaz alzó las cejas con indiferencia. Me dio las gracias por las molestias que me tomaba y colgó.

El ponche de café aún estaba caliente. Lo bebí, saboreándolo, tratando de olvidar la muerte de Owen y recordándolo en vida. Siempre había sido ligeramente barrigón, pero no subía ni bajaba de peso. Podía moverse tan ágilmente como un lebre, si era necesario.

Y ahora estaba horriblemente delgado, y la muerte lo había sorprendido con una mueca de obscena alegría en el rostro.

Encargué otro ponche de café. El camarero, todo un *showman*, se aseguró de que le prestaba atención antes de encender el ron, y luego lo vertió espectacularmente desde una distancia de un palmo por encima del vaso.

Este trago no puede beberse despacio. Se desliza muy fácilmente y, si esperas demasiado, se puede enfriar. Ron y café fuerte. Un par más, y estaría ebrio y alerta durante horas enteras.

La medianoche me pilló en el *Bar Marciano*, bebiendo whisky con soda. Antes había estado en *Bergin's* tomando café irlandés, brebajes fríos y humeantes en el *Estanque Lunar*, y en el *Más Allá* sorbí mi escocés escuchando música delirante. No conseguía emborracharme, ni siquiera alegrarme un poco. Una barrera me separaba del cuadro que estaba tratando de reconstruir.

Era el recuerdo del cadáver de Owen, sentado en un sillón, con una mueca en el rostro y un cable hundido en el cerebro.

No conocía a ese Owen. Nunca lo había conocido, y tampoco hubiera querido conocerlo. En el trayecto desde el bar al club nocturno, y de allí al restaurante, había huido de esa imagen, esperando que el alcohol quebrara la barrera entre este feo presente y el pasado que conocía.

De modo que me senté en una mesa rinconera del *Marciano*, rodeado de paisajes tridimensionales de un Marte imposible. Torres de cristal y largos, rectos canales azules, bestias de seis patas y humanos de una belleza y esbeltez imposible, me observaban desde el país del Nunca Jamás. ¿Cómo lo hubiese encontrado Owen: triste, o divertido? Owen había estado en el Marte verdadero, y no quedó impresionado.

Había alcanzado la fase en la que el tiempo se torna discontinuo, y transcurren lagunas de segundos o minutos entre los acontecimientos que uno puede recordar. Me

encontré contemplando un cigarrillo. Por lo visto acababa de encenderlo; todavía conservaba sus veinte centímetros de largo. Quizá un camarero lo había encendido asomándose por detrás de mí. Como fuera allí estaba, ardiendo entre mis dedos índice y medio.

Contemplé la brasa mientras me invadía un dulce sopor. Estaba tranquilo, me sentía flotar. Me iba perdiendo en el tiempo...

Habíamos pasado dos meses entre las rocas, en nuestro primer viaje después del accidente. Regresamos a Ceres con un cargamento de oro con una pureza del cincuenta por ciento, especialmente apropiado para cables eléctricos y placas conductoras a prueba de corrosión. Al caer la noche estábamos listos para celebrar.

Anduvimos por los límites de la ciudad, con las luces de neón parpadeando — llamándonos— desde la derecha, un acantilado de roca fundida a la izquierda, y las estrellas brillando arriba, tras de la cúpula. Homer Chandrasekhar prácticamente resoplaba. El término de su primer viaje coincidía con su regreso a casa, y ésa era la mejor parte.

—Supongo que nos separaremos a medianoche —dijo.

No hacía falta que lo mencionara. Tres hombres juntos podían ser tres pilotos de naves individuales, pero lo más probable era que fueran compañeros de la misma nave. Todavía no consiguieron sus licencias, así que, o son demasiado tontos, o unos inexpertos. Si queríamos compañía femenina sería mejor separarse.

—No lo has pensado del todo —replicó Owen.

Homer tardó en reaccionar, entonces su rápida mirada a mi hombro hizo que me sintiera avergonzado. No necesitaba que mis camaradas me dieran una mano y, en esta condición, sólo los retrasaría.

Antes de que pudiera abrir mi boca para protestar, Owen agregó:

—Piénsalo bien. Tenemos una excelente oportunidad, y seríamos unos idiotas si la desperdiciamos. Gil, coge un cigarrillo. No, con la izquierda no.

Estaba borracho, gloriosamente borracho, y me sentía inmortal. Los «marcianos» parecían moverse en las paredes, aquellas paredes que semejabán ventanas hacia un Marte que nunca fue. Por primera vez aquella noche, levanté mi vaso en un brindis.

—En homenaje a Owen, de Gil «el Brazo». Gracias.

Tomé el cigarrillo con mi mano imaginaria.

Seguro supone Ud. que lo estaba sosteniendo con mis dedos imaginarios. La mayoría de la gente tiene la misma impresión, pero no es así. Lo sujetaba ignominiosamente dentro de mi puño. La brasa no podía quemarme, por supuesto, pero el cigarro pesa como un lingote de plomo.

Apoyé mi codo imaginario sobre la mesa, y aquello pareció aliviar el peso... lo cual era ridículo, pero cierto. En realidad, había esperado que mi brazo imaginario desapareciera luego del trasplante. Pero descubrí que podía disociarlo del nuevo

brazo, para sostener pequeños objetos y captar sensaciones con las yemas de los dedos.

Me gané el apodo de Gil «el Brazo» aquella noche en Ceres. Owen tuvo razón: todo el mundo se había quedado pasmado al ver el cigarrillo flotante que fumaba el manco. Todo lo que tuve que hacer fue buscar a la chica más guapa del local y atraer su mirada.

Aquella noche fuimos el centro de la mejor fiesta improvisada en la Base Ceres. No es que lo hubiéramos planeado. Hice el truco del cigarrillo tres veces, a fin de que cada uno de nosotros tuviera su pareja. Pero la tercera muchacha ya tenía acompañante, y el tipo estaba celebrando algo. Había vendido cierta patente a una firma industrial de la Tierra; tiraba el dinero como si fuera confeti, de modo que le permitimos quedarse. Realicé varios trucos, introduciendo mis dedos éspers en una caja cerrada para decir lo que había dentro; y cuando hube terminado, habían juntado todas las mesas y yo me encontraba en el centro, con Homer, Owen y las tres chicas. Luego empezamos a cantar viejas canciones, y los dependientes se nos unieron, y al final todo fue a cuenta de la casa.

Eventualmente, una veintena de nosotros terminamos en la mansión orbital del Primer Orador del gobierno del Cinturón. Los policías de la Dorada intentaron cogernos antes, y el Primer Orador estuvo realmente muy grosero, pero después les compensamos invitándoles a unirse a la fiesta.

Y ésa es la razón de que usara la TQ en tantos cigarrillos.

En el otro extremo del *Marciano*, una muchacha que llevaba un vestido color melocotón me observaba fijamente, con la barbilla apoyada en una mano. Me puse de pie y me acerqué a ella.

Tenía la cabeza despejada. Fue lo primero que comprobé al despertar. Aparentemente recordé tomar la píldora para la resaca.

Una pierna estaba enganchada sobre mi rodilla. Se sentía muy bonito, a pesar de que se me había dormido el pie por la presión. Unos fragantes cabellos negros se desparramaban por debajo de mi nariz. No me moví. No quise que ella supiera que estaba despierto.

Resulta muy embarazoso despertar al lado de una muchacha y no recordar su nombre.

Bueno, veamos... Un vestido color melocotón colgado detrás de la puerta. Recordé mi largo paseo de la noche anterior. La chica del *Marciano*. Un espectáculo de marionetas. Música de todo tipo. Le había hablado de Owen, hasta que ella me interrumpió diciendo que aquello le deprimía. Luego...

¡Ah! Taffy. Ése era el nombre, pero el apellido no lo hallé.

—Buenos días —dije.

—Mhm días. No trates de moverte... estamos enroscados.

A la luz matinal, era encantadora. Largos cabellos negros, ojos castaños, piel

cremosa y sin broncear. Verse bien a aquellas horas de la mañana era un gran truco. Se lo dije, y sonrió.

Una de mis piernas parecía carne muerta... hasta que empezó a hormiguitar, y me dediqué a hacer muecas hasta que el hormiguito desapareció. Taffy no dejó de hablar mientras nos vestíamos.

—Esa tercera mano es algo muy raro. Recuerdo que me sujetabas con tus dos brazos y me acariciabas la nuca con el tercero. Fue muy agradable. Me recordó una historia de Fritz Leiber.

—*El vagabundo*. La mujer pantera.

—Eso es. ¿A cuántas chicas has pescado con ese truco del cigarrillo?

—A ninguna tan guapa como tú.

—¿Y a cuántas les has dicho lo mismo?

—No puedo recordarlo. Hasta ahora siempre dio resultado. Pero esta vez es verdad.

Intercambiamos sonrisas.

Un minuto después la sorprendí observando pensativamente mi nuca, con el ceño fruncido.

—¿Pasa algo? —inquirí.

—Sólo pensaba. Anoche te diste una buena paliza, por lo visto. Espero que no bebas tanto de común.

—¿Por qué? ¿Estás preocupada por mí?

Ella enrojeció, luego asintió.

—Debí decírtelo —expliqué—. De hecho, creo que lo hice, anoche. Se trataba de una borrachera ritual. Cuando muere un buen amigo, es obligatorio quedar hecho pedazos.

Taffy exhaló un suspiro de alivio.

—Mira, no he querido inmiscuirme en tus asuntos...

—¿... personales? ¿Por qué no? Tienes derecho. De todos modos, me gustan las chicas... —quería decir *maternales*, pero no pude hacerlo—, las personas que se preocupan por mí.

Taffy acarició sus cabellos con algo parecido a un peine, que tomó de su cartera. Luego de repararlo algunas veces, su cabello quedó en perfecto orden. ¿Electricidad estática?

—Fue una buena borrachera —continuó—. Owen, mi amigo, se hubiese sentido orgulloso. Y ese es todo el luto que haré. Una borrachera, y... —extendí las manos—. ¡Se acabó!

—No es una mala forma de hacerlo —murmuró Taffy, reflexivamente—. Me refiero a los estímulos de corriente. Quiero decir, si tienes que irte...

—¡Cállate!

No sé por qué me enfurecí con tanta rapidez. Delgado como un alma en pena y sonriendo en el sillón de lectura, el cadáver de Owen había aparecido súbitamente

ante mis ojos. Había luchado contra aquella imagen durante demasiadas horas.

—Saltar de un puente es suficiente para un convicto —gruñí—. Agonizar durante un mes mientras la corriente eléctrica te quema el cerebro es más que *repulsivo*.

Taffy quedó dolida y desconcertada.

—Pero tu amigo lo hizo, ¿no? Y no has hablado de él como si fuera un debilucho...

—Tonterías —me oí decir—. Él no lo hizo. Fue...

De golpe, estuve seguro. Debí atar cabos cuando estaba borracho, o durmiendo. Claro que no se había suicidado. No era propio de Owen. Y la afición a la corriente tampoco lo era.

—Fue *asesinado*. Claro que sí, ¿cómo no me di cuenta antes?

Y me arrojé al teléfono.

—Buenos días, señor Hamilton —el detective-inspector Ordaz se veía fresco y acicalado aquella mañana. Súbitamente recordé que no me había afeitado—. Veo que recordó tomar las píldoras contra la resaca.

—Sí. Ordaz, ¿se le ha ocurrido que Jennison pudo haber sido asesinado?

—Naturalmente. Pero no es posible.

—Yo *creo* que sí. Supongamos...

—Señor Hamilton.

—¿Sí?

—Tenemos una cita para almorzar... ¿Podemos discutirlo entonces? Venga a la Jefatura a las doce.

—De acuerdo. Pero hay algo que puede hacer ahora mismo: compruebe si Owen solicitó licencia de nudista.

—¿Cree usted que pudo solicitarla?

—Sí. Luego le diré por qué.

—Muy bien.

—Espere, no cuelgue. Usted dijo que había localizado al hombre que le vendió a Jennison el contactor y el enchufe. ¿Quiere repetirme su nombre?

—Hum, deje ver... Sí: Kenneth Graham.

—Ah, lo había recordado bien, entonces.

Colgué. Taffy tocó mi hombro.

—¿De... de veras crees que fue... asesinado?

—Sí. Mira, todo el asunto parte del hecho de que Owen no habría sido capaz de...

—No, espera... En verdad, no quiero saberlo.

Me volví hacia ella. Realmente no quería saberlo. El simple hecho de la muerte de un desconocido le daba náuseas.

—De acuerdo. Escucha, sé que soy un grosero por no invitarte siquiera a desayunar, pero debo abocarme enseguida al asunto. ¿Puedo llamarte un taxi?

Cuando llegó el taxi introduje una moneda de diez marcos en la ranura y la ayudé a subir. Capté la dirección que dio antes de que se marchara.

El Cuartel General de la BRAZO hervía de actividad. Los saludos me llovieron, pero los respondí sin detenerme. Podía escapárseme algo importante si me distraía.

Al pasar por delante del cubículo de Julie eché una ojeada. Estaba trabajando duramente, desparramada en su sofá y haciendo notas con los ojos cerrados.

Kenneth Graham.

La mayor parte de mi escritorio estaba ocupada por una conexión con la computadora del sótano. Había tardado varios meses en aprender a utilizarla, y aún no era muy ducho. Escribí una orden de café con leche y donas, y luego:

INFORMACIÓN SOLICITADA: KENNETH GRAHAM.

LICENCIA LIMITADA: CIRUGÍA.

LICENCIA GENERAL: VENTA DE MATERIAL PARA ESTIMULACIÓN CON CORRIENTE ELÉCTRICA.

DIRECCIÓN: LOS ANGELES OESTE.

La cinta empezó a brotar inmediatamente de la ranura y fue enrollándose sobre mi escritorio. No necesitaba leerla para intuir que estaba en lo cierto.

Las nuevas tecnologías crean nuevas costumbres, nuevas leyes, nuevas éticas, nuevos delitos. Casi la mitad de la actividad de la BRAZO, la policía de las Naciones Unidas, está relacionada con el control de un delito inexistente hace apenas un siglo. El tráfico de órganos humanos era el resultado de miles de años de progreso médico, y de millones de vidas dedicadas en forma altruista a curar a los enfermos. El progreso había convertido aquellos ideales en realidad y, como de costumbre, había creado nuevos problemas.

En el año 1900, Carl Landsteiner clasificó la sangre humana en cuatro tipos, brindando a los pacientes la primera posibilidad real de sobrevivir a una transfusión. La tecnología de los transplantes se desarrolló en el transcurso del siglo XX. Sangre, huesos, piel, riñones y corazones vivos pudieron ser transplantados de un cuerpo a otro. La donación salvó decenas de millares de vidas durante aquel centenar de años, gracias a la cesión cadavérica a la medicina.

Pero el número de donantes era limitado, y no morían demasiadas personas del modo adecuado para aprovechar lo suficiente de sus cuerpos.

El Diluvio se produjo hace algo menos de cien años. Un donante ideal —aunque desde luego, no existía semejante sujeto— podía salvar una docena de vidas. ¿Por qué, entonces, un asesino condenado debía morir inútilmente? Al principio unos cuantos estados, y luego la mayoría de las naciones del mundo promulgaron nuevas leyes. Los criminales condenados a muerte debían ser ejecutados en un hospital, y los cirujanos salvarían todo lo posible de ellos para los bancos de órganos.

Los miles de millones de habitantes del mundo deseaban vivir, y los bancos de órganos significaban la vida en sí mismos. Cualquiera podría vivir indefinidamente, siempre que los médicos fueran substituyendo los órganos deteriorados. Pero sólo podría hacerse realidad si los bancos de órganos disponían de reservas suficientes.

El centenar de grupos existente en contra de la pena de muerte se desintegró

silenciosamente: todo el mundo se enferma alguna vez.

Y, sin embargo, seguía habiendo escasez en los bancos. Seguían muriendo muchos pacientes debido a la falta del órgano que los salvara... De modo que los legisladores del mundo habían respondido nuevamente a la presión de los habitantes. Se implantó la pena de muerte para el asesinato en primer, segundo y tercer grado. Enseguida, para los atracos con arma mortal. Luego, para una multitud de delitos, cada vez menores: violación, fraude, estafa, tener hijos sin licencia, la acumulación de cuatro o más delitos leves... Durante casi un siglo la tendencia había ido en aumento, porque los ciudadanos con derecho a voto actuaban para proteger su derecho a vivir eternamente.

Pero incluso ahora no hay órganos suficientes. Una mujer con un riñón enfermo tiene que esperar hasta un año para un transplante: un riñón sano que durase el resto de su vida. Un enfermo cardíaco de treinta y cinco años puede recibir un corazón sano, pero de cuarenta y cinco años. Un pulmón, parte de un hígado, prótesis que se deterioran demasiado pronto, o que pesan demasiado, o no remedian lo suficiente... No hay suficientes criminales. Como es lógico, la pena de muerte resulta hoy muy disuasiva. La gente deja de cometer delitos, temerosa de enfrentarse con la sala de donantes de un hospital.

Para una sustitución inmediata del aparato digestivo, para obtener un corazón sano y joven, para obtener un hígado entero que reemplazara al destrozado por el alcohol... había que recurrir necesariamente a un traficante de órganos.

El tráfico de órganos posee tres aspectos fundamentales.

El primero es el negocio del rapto-asesinato. Es un asunto riesgoso. No se puede llenar un banco de órganos sólo esperando que acudan voluntarios, y la ejecución de los condenados a muerte es monopolio del gobierno. De modo que hay que salir y conseguir a los donantes: en una acera móvil abarrotada, en un aeropuerto, en un auto detenido en la autopista por una avería en el capacitor... en cualquier parte.

La venta de los órganos trae también sus complicaciones. A veces, un hombre desesperadamente enfermo guarda en sí un resto de conciencia. Compra su transplante... y luego acude directamente a la BRAZO, curando su enfermedad y su conciencia al denunciar a la banda. De modo que las ventas suelen ser anónimas; y como pocas veces se repite el cliente, eso mucho no importa.

El tercero de los aspectos es el técnico, el puramente médico. Probablemente, ésta sea la parte más segura del negocio. Tu hospital es grande y fácil de ver, pero puedes situarlo donde quieras. Esperas a los donantes, que te llegan todavía vivos; extirpas hígados, glándulas y trozos de piel, y los etiquetas correctamente para evitar los rechazos.

Pero no es tan fácil como parece. Se necesitan cirujanos. Buenos cirujanos. Y ahí es donde entraba en escena Loren, pues el tipo había logrado un monopolio.

¿De dónde los conseguía? Aún estamos tratando de descubrirlo. Lo cierto es que Loren había descubierto un medio infalible para reclutar, en masa, a médicos

talentosos y deshonestos. ¿Era realmente una sola persona? Todas nuestras fuentes decían que sí. Y tenía a la mitad de la costa oeste norteamericana en la palma de su mano.

Loren. Ninguna holografía, ninguna huella dactilar, ni siquiera una descripción. Lo único que teníamos era un apellido —ni siquiera un nombre—, y unos cuantos posibles contactos.

Uno de ellos era... Kenneth Graham.

La holografía era buena; probablemente había posado en una cabina de retratos. Graham tenía el típico rostro alargado de un escocés, con mandíbula caída y boca pequeña e inflexible. Había tratado de sonreír conservando al mismo tiempo una expresión de dignidad, pero sólo había conseguido verse incómodo. Su cabello era de un color arenoso, y lo usaba muy corto. Por encima de sus ojos gris claro, las cejas eran tan escasas que resultaban casi invisibles.

Llegó mi desayuno. Moje una dona en el café, la mordí y descubrí que tenía más hambre de lo que había supuesto.

En la cinta que me había entregado la computadora figuraba toda una serie de reproducciones holográficas. Las repasé rápidamente, comiendo con una mano y tirando de la cinta con la otra. Algunas estaban borrosas, porque habían sido tomadas furtivamente a través de los escaparates de su tienda. Ninguna resultaba comprometedoras. Tampoco se lo veía sonreír.

Hacía ya doce años que Graham vendía material para los cabletas.

Un adicto a la corriente eléctrica tenía una gran ventaja sobre su proveedor: la electricidad es barata. Con cualquier droga, el proveedor siempre tiene la posibilidad de aumentar el precio; con la electricidad, no. Se visita al comerciante de éxtasis una vez, se paga la operación y el contactor, y nunca más. Nadie queda atrapado en el vicio por casualidad. El cliente siempre sabe lo que va a obtener, lo que la corriente eléctrica hará por él... y también lo que hará con él.

De todos modos, se requería cierta falta de escrúpulos para ganarse la vida al modo de Kenneth Graham. Además, tenía que mantenerse distante de sus clientes. Nadie se convierte gradualmente en un adicto a la corriente. Lo decide de pronto, y compra la operación incluso antes de haber probado esa supuesta felicidad. Cada cliente de Graham había llegado a la tienda después de decidir que lo mejor para él era dejar de pertenecer a la raza humana.

¡Qué fila de desesperados debió de haber pasado a través de su tienda! ¿Cómo podían dejar de acosarle en los sueños? Y si Kenneth Graham dormía tranquilamente, entonces...

Entonces, no tendría nada de extraño que se hubiera convertido en un traficante de órganos.

Se encontraba en excelente situación para ello. La desesperación es una característica típica de los potenciales cabletas. Los desconocidos, los solitarios, esas

personas a las que nadie visita, nadie necesita y nadie echa de menos, pasan continuamente por la tienda de Kenneth Graham. Si unos pocos nunca volvían a salir, ¿quién se daría cuenta?

Repasé rápidamente la cinta para verificar quién era el encargado de vigilar a Graham. Hum... Jackson Bera. Le llamé por la línea en mi escritorio.

—Desde luego —dijo Bera—, hace tres semanas que lo tenemos bajo los rayos espía. Hasta ahora ha sido un desperdicio de tiempo, y de sueldos de la BRAZO. Tal vez esté limpio, o le hayan pasado el dato de que está siendo vigilado.

—Entonces, ¿por qué no dejan de vigilarle?

Bera pareció disgustado.

—Porque *sólo* llevamos tres semanas en esto. ¿Cuántos donantes cree que necesita al año? Sólo dos. Lea los informes. El beneficio bruto que reporta cada donante asciende a más de un millón de marcos NU. Graham puede permitirse el lujo de ser cuidadoso respecto a las personas que escoge.

—Comprendo.

—Aunque no ha sido lo bastante cuidadoso. El año pasado desaparecieron al menos dos de sus clientes. Tenían familiares; eso fue lo que nos puso sobre aviso.

—De modo que puede que sea vigilado durante los próximos seis meses sin que haya seguridad de obtener nada... Y el tipo espera tranquilamente a que llegue a su tienda el individuo apropiado.

—Exactamente. En su *métier* legal, Graham está obligado a redactar un informe sobre cada cliente; eso le otorga derecho a formular preguntas personales. Si el individuo informa parentescos, Graham le deja marchar. La mayoría de las personas conserva algún pariente. Además, existe la posibilidad de que Graham sea inocente. A veces, un adicto a la corriente eléctrica desaparece sin que nadie le ayude.

—¿Cómo es que no he visto ninguna holografía de Graham en su residencia? No pueden haber estado vigilando solamente su tienda.

Jackson Bera se rascó la cabeza. Su cabello era como lana de acero negra, y lo llevaba largo como el de un bosquimano.

—Desde luego, hemos estado vigilando su casa, pero no podemos hacer llegar un rayo espía hasta allí. Es un apartamento interior, en un edificio. Sin ventanas. ¿Sabe usted algo acerca de los rayos espía?

—No mucho. Sé que se usan desde hace bastante tiempo.

—Son tan antiguos como el láser. El truco más viejo consiste en colocar una pequeña lámina espejo en la habitación que se desea espíar. Luego se proyecta un láser invisible a través de una ventana, o incluso a través de unos pesados cortinajes, y se hace que rebote en el espejo. Al regresar, ha sido distorsionado por las vibraciones que capta la lámina. Eso permite extraer una grabación completa de todo lo que se ha dicho en la habitación. Pero, cuando se trata de fotografías, se necesita algo un poco más sofisticado.

—¿Qué es lo más sofisticado de que disponemos?

—Podemos introducir un rayo espía en cualquier habitación que tenga una ventana. Podemos enviarlo incluso a través de algunos tipos de pared. Si hay una superficie ópticamente plana, podemos enviar un rayo espía alrededor de las esquinas.

—Pero siempre necesitan una pared que dé al exterior.

—Desde luego.

—¿Qué está haciendo Graham ahora?

—Un momento —Bera desapareció de la vista y regresó al cabo—. Alguien acaba de entrar en la tienda. Graham está hablando con la persona. ¿Quiere ver?

—Sí. Déjelo conectado en mi línea. Cuando termine lo desconectaré desde aquí.

La imagen de Bera se oscureció. Un momento después apareció el despacho de un médico. De no haber entrado en antecedentes, podía haber pensado que era el consultorio de un pedicuro. Había en él un cómodo sillón reclinable, con apoyos para la cabeza y los pies. Junto al asiento había un armario, con diversos instrumentos colocados encima de un paño blanquísimo. El escritorio se veía en un rincón. Kenneth Graham estaba hablando con una muchacha de aspecto vulgar.

Escuché las paternales palabras de Graham, tranquilizando a la presunta cliente y describiendo la magia de la corriente eléctrica. Cuando no pude soportarlo más, desconecté el sonido. La muchacha se sentó en el sillón y Graham colocó algo sobre su cabeza.

El vulgar rostro de la muchacha adquirió entonces una repentina belleza.

La felicidad es belleza. Una persona feliz es bella *per se*. Súbita y absolutamente, la muchacha estaba llena de felicidad... y me di cuenta de que no lo sabía todo respecto a la venta de contactores. Al parecer, Graham poseía un inductor para situar la corriente donde quería, sin cables. Podía hacerle experimentar al cliente cómo se *sentía* la corriente, sin necesidad de implantar previamente la clavija.

¡Qué poderoso argumento de venta!

Graham desconectó el mecanismo. Fue como si hubiera desconectado a la muchacha, la cual permaneció unos instantes como atontada. Luego, rebuscó frenéticamente en el interior de su bolso.

No quise seguir mirando. Apagué la pantalla.

No sería extraño que Graham se hubiese convertido en traficante de órganos. Hasta para vender su mercancía legal tenía que liberarse de todo escrúpulo.

Por ello, pensé, el tipo sentaba un buen principio.

Estaba, evidentemente, más endurecido que la mayoría de los habitantes del mundo. Pero no mucho, en realidad. Cada votante tenía algo de traficante. Al votar la pena de muerte para tantos delitos, los legisladores se habían limitado a doblegarse ante la presión de los ciudadanos. Existía una creciente falta de respeto por la vida, lo que evidenciaba el aspecto nocivo de la tecnología de transplantes. Un criminal ajusticiado podía salvar una docena de vidas honestas, y ¿quién iba a quejarse por ello?

En el Cinturón no se opinaba así. En el Cinturón la supervivencia era una virtud en sí misma, y la vida algo muy valioso, esparcida como estaba entre las rocas estériles, cazando individualmente la esquivo fortuna a través del mortífero vacío entre los mundos.

Por eso tuve que venir a la Tierra por mi trasplante.

Mi petición había sido atendida dos meses después de mi arribo. ¿Tan pronto? Más tarde me enteré de que los bancos tenían siempre superávit de determinadas partes. Eran pocas las personas que necesitaban un brazo. También me enteré, un año después del trasplante, que me había sido otorgado un brazo procedente del tanque de un traficante de órganos que había sido capturado.

La noticia me impresionó. Suponía que mi brazo procedía de un depravado asesino, de alguien que había disparado contra catorce enfermeras desde un tejado... Nada de eso. Alguna víctima anónima había tenido la mala suerte de encontrarse con un necrófago, y yo había resultado el beneficiario.

¿Acaso eso me impulsó a renunciar a mi nuevo apéndice, en un raptó de repugnancia? No, por raro que pueda parecer, no. Pero me uní a la BRAZO, anteriormente las Brigadas Amalgamadas Zonales, y ahora, la policía de las Naciones Unidas. Había recibido el brazo de un hombre asesinado, y me dedicaría a perseguir a los criminales que le habían dado muerte.

La noble urgencia de aquella decisión había quedado ahogada en las tareas burocráticas durante los últimos años. Quizás me estaba envileciendo, como los llaneros: los *otros* llaneros que me rodeaban, votando nuevas penas de muerte año tras año, por evasión de impuestos, o manejar un volador bajo control manual sobre una ciudad...

¿Era acaso Graham mucho peor que ellos?

Oh, desde luego. El bastardo había colocado un cable en el cerebro de Owen.

Esperé veinte minutos a que saliera Julie. Podría haberle enviado un memorándum, pero había mucho tiempo antes de mi cita del mediodía, y muy poco tiempo para hacer algo concreto, y... quería hablar con ella.

—Hola —dijo Julie, aceptando el café que le ofrecía—. Gracias. ¿Cómo fue la borrachera ritual? Oh, ya veo. Mmm. Muy bien. Casi poético.

Conversar con Julie era como tomar un atajo.

Poético, de acuerdo. Recordé cómo la inspiración me había golpeado, como un relámpago de suave fulgor. El truco del cigarrillo de Owen. ¿Qué podía haber sido mejor para honrar su memoria que volver a usarlo para conquistar a una chica?

—De acuerdo —convino Julie—. Pero hay algo que puedes haber pasado por alto. ¿Cuál es el apellido de Taffy?

—No puedo recordarlo. Lo tecleó en...

—¿Cómo se gana la vida?

—¿Cómo puedo saberlo?

—¿Qué religión es la suya? ¿Es una pro, o una anti? ¿Dónde se educó?

—Oh, diablos...

—Hace media hora estabas murmurando muy complaciente acerca de lo despersonalizados que somos todos los llaneros, *excepto tú*. ¿Acaso Taffy es una persona, o sólo una imagen desplegable para ti?

Julie hablaba con los puños apoyados en las caderas, como una severa maestra de escuela.

¿Cuántas personas hay en Julie? Algunos de nosotros nunca la hemos visto bajo el aspecto de la Guardiania. Es atemorizante como Guardiania. Si apareciera ese personaje en una cita nocturna, el hombre que estuviera con ella quedaría impotente para siempre.

Pero nunca se lo permite. Cuando alguien merece una reprimenda, Julie se la echa en cara a plena luz del día. Eso sirve para mantener separadas sus funciones, pero no lo hace más sencillo de tragar.

Además, era inútil argüir que no era asunto de su incumbencia.

Yo había venido aquí a pedir la protección de Julie. Si me hacía enojoso para Julie, si hacía que ella dejara de quererme, me convertiría en una mente ilegible para ella. Y entonces, ¿cómo sabría que yo estaba en dificultades? ¿Cómo podría hacerme llegar la ayuda que me rescatara de lo que fuera? Mi vida privada era plenamente asunto suyo: su único, vasto e importante trabajo.

—Taffy me gusta —protesté—. No me importó quién era cuando nos conocimos. Me gusta, y creo que yo le gusto. ¿Qué más puede esperarse de una primera cita?

—Vamos, tú lo sabes bien. No habrás olvidado otras citas, en las cuales has hablado toda la noche sobre un sofá, por el simple placer de saber más el uno del otro —Julie mencionó tres nombres, y yo enrojecí. Sabe poner el dedo en la llaga—. Taffy es una persona, no un episodio ni un símbolo de algo, ni una noche agradable. ¿Qué piensas de ella?

Lo medité, de pie en el pasillo. Resultaba curioso que me hubiese enfrentado con Julie la Guardiania en varias otras ocasiones, y que nunca se me hubiera ocurrido zafarme de tan desagradable situación. Pero más tarde pensaría en aquello. Por el momento me limité a permanecer allí, enfrentándome con el monstruo. Pensé en Taffy...

—Es agradable —dije—. No está despersonalizada. Es delicada, incluso. No sería una buena enfermera, imagino. Sentiría deseos de ayudar, y la destrozaría la eventual imposibilidad de hacerlo. Diría que es una persona vulnerable.

—Continúa.

—Quiero volver a verla, pero no me pondré a hablar con ella de nuestras vidas. De hecho, creo que será mejor que no la vea hasta que se haya resuelto lo de Owen. Loren podría interesarse en ella... o ella podría interesarse en mí, y yo resultar lastimado. ¿He olvidado algo?

—Creo que sí. Le debes una llamada telefónica. Si no piensas verla por unos cuantos días, llámala y díselo.

—De acuerdo. —Giré sobre mis talones para irme, pero di media vuelta—. ¡Por Finagle! Casi lo olvido. Había venido aquí para...

—Lo sé, quieres un contacto diario. Puedo hacerlo cada mañana, a las diez menos cuarto.

—Es un poco temprano. Cuando estoy en peligro, suele ser de noche.

—Por la noche estoy fuera de servicio. Lo que puedo ofrecer es a las diez menos cuarto. Lo siento, Gil: lo tomas o lo dejas.

—Compro, compro. Diez menos cuarto.

—Bien. Hazme saber si consigues alguna prueba de que Owen fue asesinado. Estableceré dos contactos diarios, pues el peligro será más concreto entonces.

—Gracias.

—Te adoro, querido. Caramba, el tiempo vuela...

Y Julie entró apresuradamente en su oficina, mientras yo acudía a llamar a Taffy.

No estaba en casa, desde luego, y yo ignoraba dónde trabajaba y en qué, de hecho. Su teléfono me ofreció tomar un mensaje. Le dije mi nombre, y que volvería a llamar.

Y luego me quedé allí sentado, sudando, por cinco minutos.

Eran las once y media. Por más que lo intentaba, no encontraba argumentos para convencerme de que no debía enviar un mensaje a Homer Chandrasekhar.

No quería hablar con él, ni ahora ni nunca más. La última vez que le vi, su actitud hacia mí distó mucho de ser amistosa. Obtener mi brazo gratis se había cobrado mi historia en el Cinturón, y el respeto de Homer. No quería hablar con él, ni siquiera quería enviarle un mensaje y, sobre todo, no quería tener que decirle que Owen había muerto.

Pero alguien tendría que decírselo.

Y tal vez él supiera algo.

Y no podía retrasar esa tarea todo el día.

Sudé durante cinco minutos y luego llamé a Larga Distancia, grabé un mensaje y lo envié a Ceres. Mejor dicho... grabé *seismensajes* antes de quedar satisfecho. Prefiero no hablar al respecto.

Llamé de nuevo a Taffy; quizá hubiera regresado a casa para almorzar. No era así.

Colgué, preguntándome si Julie había sido justa conmigo. ¿Qué habíamos intentado, Taffy y yo, más que pasar un rato agradable? Y lo tuvimos, y tendríamos otros, con suerte.

Pero era difícil que Julie lo encontrara injusto. Si ella pensaba que Taffy era del tipo vulnerable, era porque había tomado esa información de mi mente.

Oh, los sentimientos mezclados. Supón que eres un chico, y tu madre acaba de violar la ley. Es una ley, algo en lo que puedes confiar... pero ella te presta atención... y a ella le importas... cuando a tantos otros allá afuera, apenas les

importas un bledo.

—Por supuesto que pensé en la posibilidad de un asesinato —dijo Ordaz—. *Siempre* tengo en cuenta esa posibilidad. Cuando mi santa madre murió, luego de tres años de tiernos cuidados por parte de mi hermana María Angela, llegué a pensar en buscar rastros de pinchazos en su cabeza.

—Vaya. ¿Encontró alguno?

El rostro de Ordaz quedó helado. Dejó su cerveza sobre la mesa y empezó a ponerse en pie.

—No se lo tome así —me apresuré a decir—. Discúlpeme, no fue mi intención ofenderle.

Sus ojos centellearon y volvió a sentarse, a medio apaciguar.

Habíamos escogido un restaurante al aire libre, a nivel de la peatonal. Al otro lado de un seto —un seto *verdadero*, lleno de verdor natural, creciendo y todo—, una acera móvil transportaba una corriente de transeúntes. Detrás de ellos, otra acera llevaba a similar rebaño de gente en la otra dirección. Por un momento sentí que los que nos movíamos éramos nosotros.

Un camarero robot parecido a un peón de ajedrez sacó unos humeantes platos de chile de su torso, los dejó delante de nosotros y se alejó flotando en su cojín de aire.

—Naturalmente he considerado el asesinato, señor Hamilton. Pero créame, la teoría no se sostiene.

—Yo creo que puedo armar un buen caso.

—Puede intentarlo, por supuesto. Es más, lo ayudaré a comenzar. Primero, tendríamos que suponer que Kenneth Graham, el comerciante en felicidad, no le vendió a Jennison un contactor y una clavija, sino que nuestro hombre fue obligado a someterse a la operación. Entonces los archivos de Graham, incluyendo el permiso escrito para operar, fueron falsificados. Debemos asumir todo esto, ¿verdad?

—De acuerdo. Pero antes de que me diga que el escudo de armas de Graham es intachable, déjeme decirle que no es así.

—¿Eh?

—Está relacionado con una banda de traficantes de órganos. Esto es información clasificada, inspector. Le estamos vigilando, y no queremos que el tipo se entere.

—Esas sí que son noticias —murmuró Ordaz, frotándose la barbilla—. Tráfico de órganos... Bueno. Pero... ¿qué tiene que ver Owen Jennison con el tráfico de órganos?

—Owen Jennison era ciudadano del Cinturón. Y en el Cinturón siempre andan muy escasos de material de transplante.

—Sí, importan grandes cantidades de suministros médicos de la Tierra. No solamente órganos, sino también drogas y prótesis. ¿Y entonces?

—Owen realizó varios cargamentos a ocultas de la Policía Dorada en sus días. Lo capturaron algunas veces, pero estaba muy por delante del gobierno. Estaba fichado

como un contrabandista exitoso. Si un traficante de órganos importante deseaba ampliar su mercado, no es descabellado suponer que recurriera a un exitoso contrabandista del Cinturón.

—Nunca mencionó que el señor Jennison fuera un contrabandista.

—¿Para qué? Todos los ciudadanos del Cinturón son contrabandistas, si creen que no van a pillarles. Para un ciudadano del Cinturón, el contrabando no es inmoral. Pero un traficante de órganos podía no estar al tanto del detalle, y suponer que Owen era inevitablemente un delincuente.

—¿Cree usted que su amigo...? —Ordaz vaciló, por delicadeza.

—No, Owen no se hubiese sentido bien como traficante de órganos. Pero pudo intentar *hacerse* uno de ellos. Las recompensas por toda información que conduzca a la captura y condena de los traficantes son muy sustanciosas. Si alguien estableció contacto con Owen, a mi amigo pudo habersele ocurrido intentar localizar la raíz de aquel contacto.

»Ahora bien, la banda que actualmente perseguimos cubre la mitad de la costa occidental de este continente. Es bastante grande. Se trata de la banda de Loren, para la cual puede estar trabajando Graham. Supongamos que a Owen se le hubiese presentado la oportunidad de conocer al propio Loren en persona...

—Cree usted que la hubiese aprovechado, ¿no es así?

—Creo que lo hubiera hecho. Sospecho que se dejó crecer los cabellos para convencer a Loren de que deseaba parecer un terrestre y, en consecuencia, pasar inadvertido. Creo que recogió toda la información que pudo, y luego trató de salir sano y salvo... y no lo consiguió.

»Dígame, ¿encontró usted alguna solicitud de licencia de nudista?

—No. Me di cuenta de hacia dónde apuntaba usted —dijo Ordaz. Se retrepó en su asiento, ignorando la comida que tenía delante de él—. El bronceado de Jennison era uniforme, exceptuando el característico ennegrecimiento del rostro. Supongo que en el Cinturón era un nudista practicante.

—Sí. Allí no se necesita licencia. Y aquí también lo hubiese sido, a menos que tuviera que ocultar algo. Recuerde aquella cicatriz; nunca perdía oportunidad de exhibirla.

—¿Pudo habersele ocurrido la idea de hacerse pasar por un... —Ordaz vaciló— ... por un llanero?

—¿Con aquel bronceado del Cinturón? ¡No! Exageró un poco con el corte de pelo; tal vez pensó que así Loren le menospreciaría. Pero no quería pregonar su presencia, puesto que se dejó en el Cinturón sus pertenencias más personales.

—De modo que estaba tratando con traficantes de órganos, y ellos le descubrieron antes de que tuviera ocasión de ponerse en contacto con usted... Sí, señor Hamilton, la teoría no es mala. Pero no funcionará.

—¿Por qué no? No estoy tratando de probar que fue un asesinato. Todavía no. Sólo trato de demostrarle a usted que la idea del asesinato es tan verosímil, al menos,

como la suya del suicidio.

—Pero no lo es, señor Hamilton.

Lo miré interrogativamente.

—Consideremos los detalles del hipotético asesinato —prosiguió—. Jennison es drogado, desde luego, y llevado a la tienda de Graham. Allí le insertan una clavija. Adaptan a ella un contactor normal y luego lo modifican con herramientas de aficionado..., cosa que demuestra, por parte del presunto asesino, una minuciosa atención a los detalles. Volvemos a ver esto en la falsificación de los papeles del permiso de cirugía de Graham: son impecables.

»A continuación, Owen Jennison es vuelto a su apartamento. Tenía que ser al suyo, ¿verdad? No hubiera servido de nada llevarle a otro sitio. La cuerda de su enchufe es acortada, de nuevo una idea de amateur. Luego, Jennison es atado...

—Me preguntaba si había imaginado usted eso.

—¿Por qué no habían de atarle? Lo atan, y lo dejan despertarse. Quizás le explican el asunto, quizás no. Eso depende del asesino. Después, el criminal enchufa el contactor. La corriente llega al cerebro de Jennison, quien conoce el placer puro por primera vez en su vida.

»Le dejan atado por espacio de... digamos, unas tres horas. Creo que ya en los primeros minutos se convertiría en un adicto incurable...

—Usted habrá conocido más cabletas que yo.

—Le aseguro que no quisiera ser enchufado a la fuerza. Un cableta normal se convierte en adicto al cabo de unos pocos minutos. Pero el adicto normal lo es por voluntad propia, y sabe lo que será de él. La adicción a la corriente eléctrica es un síntoma de desesperación. Su amigo pudo haberse liberado después de unos minutos de exposición.

—De modo que le mantuvieron atado por espacio de tres horas. Luego cortaron las cuerdas.

Me sentí enfermo. El cuadro que estaba describiendo Ordaz encajaba con el mío en todos sus detalles.

—No más de tres horas, según nuestras hipótesis. No se hubiesen atrevido a permanecer allí por más tiempo. Cortaron las cuerdas y dejaron que Owen Jennison muriese de hambre. En el espacio de un mes, las pruebas de que había sido drogado se desvanecerían, así como cualquier rozadura producida por las cuerdas, bultos de golpes en su cabeza, las marcas de las inyecciones de la droga, etcétera. Un plan adecuado en todos sus detalles, ¿no cree?

Me dije a mí mismo que Ordaz no estaba exagerando; se limitaba a realizar su trabajo. Sin embargo, resultaba difícil contestar objetivamente.

—Encaja en la idea que tenemos de Loren. Siempre ha sido muy cuidadoso. Le gustan los planes detallados y bien pensados.

Ordaz se inclinó hacia adelante.

—Pero, ¿no se da usted cuenta? El plan tiene un fallo esencial. Supongamos que

el señor Jennison se arrancaba el contactor...

—¿Podía hacerlo? ¿Lo haría?

—¿Si podía hacerlo? Desde luego. Un simple tirón con los dedos. La corriente no afecta a la coordinación motriz. Ahora bien, ¿querría hacerlo? —Ordaz sorbió pensativamente su cerveza—. Sé muchas cosas acerca de la adicción a la corriente, señor Hamilton, pero ignoro las sensaciones que produce. Un adicto normal retira su contactor con tanta frecuencia como lo inserta, pero su amigo estaba recibiendo una corriente diez veces superior a la normal. Pudo haberse quitado el contactor una docena de veces, para volver a enchufárselo inmediatamente cada vez. Sin embargo, se supone que los ciudadanos del Cinturón son hombres dotados de una gran fuerza de voluntad, muy individualistas. ¿Quién sabe si, incluso después de una semana de adicción, su amigo no podría haber desconectado el contactor, enrollado el cordón y habérselo guardado en el bolsillo, recobrando su libertad?

»Para el asesino existiría, además, el peligro adicional de que alguien entrara en la habitación... un empleado de servicio de los muebles automáticos, por ejemplo. O de que alguien se diera cuenta de que no había comprado comida en un mes. Un suicida hubiese corrido el riesgo; suelen concederse a sí mismos la posibilidad de cambiar de idea. Pero... ¿un asesino?

»No, ni que pensarlo. Aunque la posibilidad fuese de una entre mil, el hombre que ideó un plan tan detallado no se hubiera expuesto a aquel riesgo.

El sol caía implacable sobre nuestros hombros. De pronto Ordaz se acordó de su almuerzo, y empezó a comer.

Observé al mundo girar más allá del cerco. Los transeúntes se agrupaban para hablar, otros echaban un vistazo a las vidrieras o nos miraban comer. Había los pocos que luchaban abriéndose paso a través de la multitud, con expresiones serias, molestos por los escasos quince kilómetros por hora de las aceras.

—Tal vez le estaban vigilando. Tal vez la habitación estaba cableada.

—La registramos minuciosamente —dijo Ordaz—. Si hubiera habido equipos de observación, los hubiéramos encontrado.

—Pudieron hacerlos desaparecer.

Ordaz se encogió de hombros.

Recordé las cámaras espía de los Apartamentos Mónica. Alguien tendría que haber entrado físicamente en la habitación para retirar cualquier aparato de observación. Podrían haberlos destruido con alguna señal electrónica, tal vez, pero habrían quedado huellas.

Y Owen había tomado un cuarto interior. Nada de rayos espía.

—Ha olvidado usted una cosa —dije, de pronto.

—¿De qué se trata?

—Mi nombre en la cartera de Jennison, como pariente cercano suyo. Mi amigo estaba dirigiendo mi atención hacia aquello en lo cual trabajaba: la banda de Loren.

—Eso es posible.

—Vamos, no puede montarlo todo junto...

Ordaz bajó su tenedor.

—Puedo montarlo todo, señor Hamilton. Pero no le gustará.

—Hum... Bien, imagino que no.

—Vea, incorporaremos su presunción. Jennison fue abordado por un agente de Loren, el traficante de órganos, quien trataba de vender al Cinturón material de transplante. Él aceptó. La promesa de riquezas fue demasiado tentadora.

»Un mes más tarde, algo le hizo darse cuenta de que había cometido un terrible error. Decidió morir. Acudió a un comerciante en éxtasis y se hizo colocar un alambre en el cerebro. Después, y antes de enchufarse el contactor, se le ocurrió una especie de reparación por su delito: le citó a usted como pariente cercano, a fin de que usted pudiera sospechar por qué había muerto, y tal vez pudiera utilizar ese conocimiento en contra de Loren.

Ordaz me miró a través de la mesa.

—Veo que nunca estará de acuerdo conmigo —concluyó—. Mire, no puedo evitarlo. Sólo puedo leer la evidencia.

—Yo también. Pero conocía a Owen Jennison, y sé que nunca hubiera trabajado para un traficante de órganos, y jamás se hubiera suicidado; al menos, no de ese modo.

Ordaz no contestó.

—¿Encontraron huellas dactilares? —pregunté.

—¿En el apartamento? Ninguna.

—¿Ninguna aparte de las de Jennison?

—Incluso las suyas se encontraron solamente en el sillón y en los cantos de las mesas. Maldigo constantemente al tipo que inventó la limpieza automática. Todas las superficies planas de ese apartamento fueron limpiadas cuarenta y cuatro veces, exactamente, mientras lo ocupó Jennison —dijo, y volvió a dedicar su atención al almuerzo.

—Entonces, escuche esto. Suponga por un momento que estoy en lo cierto, que Jennison iba detrás de Loren, y que el traficante le atrapó. Jennison sabía que estaba haciendo algo peligroso. No me hubiera puesto sobre la pista de Loren demasiado pronto; querría cobrar la recompensa. Pero podía haberme dejado alguna pista, sólo por si acaso.

»Algo en un armario de alquiler en algún lado, un aeropuerto o espaciopuerto, por ejemplo. No bajo su propio nombre, desde luego, ni tampoco del mío, ya que soy un conocido agente de la BRAZO, sino...

—Algún nombre que ambos conocieran —sugirió el inspector.

—Exacto. Tal vez Homer Chandrasekhar. O, mejor aún, Cubes Forsythe. Sí, Owen pudo pensar que este último era el más indicado, ya que Cubes lleva un buen tiempo muerto.

—Lo confirmaremos. Pero debe entender que eso no probará que usted tiene

razón.

—Desde luego. No importa lo que encuentre, Owen Jennison siempre pudo haberlo dejado en un raptó de conciencia. Investigue eso y comuníqueme lo que averigüe —dije; me levanté y me fui.

Subí a la acera rodante, sin preocuparme de la dirección que llevaba. Así tendría ocasión de poner mis ideas en orden.

¿Podía Ordaz estar en lo cierto? ¿Podía estarlo? Pero cuanto más profundizaba el inspector en su muerte, Owen quedaba cada vez peor parado. En consecuencia, Ordaz tenía que estar equivocado.

¿Owen trabajando para un traficante de órganos? Más bien hubiese sido un donante.

¿Owen sorbiendo su placer de un enchufe eléctrico? ¡Ni siquiera le había gustado la tridi!

¿Owen suicidándose? No. Al menos, no de aquel modo.

Pero, aún en el caso de que pudiera haberme tragado todo aquello... ¿Owen Jennison permitiendo que yo supiera que había trabajado con traficantes de órganos? ¿Yo, Gil «el Brazo» Hamilton? ¿Hacérmelo saber a mí?

La acera rodaba, pasando restaurantes, shoppings, iglesias y bancos. Diez pisos por debajo, el ronroneo de los autos y motos en el nivel vehicular apenas se escuchaba. El cielo era una estrecha cuchillada azul entre las sombras de los rascacielos.

¿Hacérmelo saber? Jamás.

Pero la teoría de Ordaz no era mejor, con ese asesinato extrañamente inconsistente.

Entonces pensé en algo que incluso Ordaz había pasado por alto. ¿Por qué tendría que preocuparse Loren por quitarse de en medio a Owen de un modo tan complicado? Bastaría con hacerle desaparecer en el banco de órganos para que dejara de molestarle...

Los locales eran cada vez más escasos, igual que las personas. La acera rodante se hizo más angosta al penetrar en una zona residencial, y no de las mejores. Me había dejado llevar un largo trecho. Miré a mi alrededor, tratando de ubicarme.

Estaba a cuatro manzanas de la tienda de Graham.

Mi subconsciente me había jugado una mala pasada. Quería ver a Kenneth Graham, cara a cara. La tentación de continuar era casi irresistible, pero luché contra ella y cambié de dirección al llegar al disco siguiente.

La intersección de las aceras rodantes es un gran disco giratorio, tangente a las cuatro aceras que acuden a él, y moviéndose a la misma velocidad tangencial que éstas. Desde el centro fijo del disco se puede subir por una escalera mecánica para alcanzar los caminos estacionarios junto a los edificios. Podría haber tomado un taxi en el centro del disco, pero todavía tenía muchas cosas para pensar, así que tomé la

acera de regreso.

Podía ser que entrara en la tienda de Graham y encontrar lo que buscaba. Tal vez. Hubiera fingido que estaba desesperado, diciéndole a Graham que deseaba un contactor, pero que estaba preocupado por lo que dirían mi esposa y mis amigos, y luego cambiar de idea en el último momento. Y él me hubiese dejado marchar, sabiendo que alguien me echaría de menos. Tal vez.

Pero Loren tenía que saber algo más sobre la BRAZO de lo que nosotros sabíamos de él. Y existía la posibilidad de que en algún momento le hubiera mostrado a Graham una holografía de mí. Al ver entrar en su tienda a un agente de la BRAZO, Graham se hubiera sentido invadido por el pánico. No valía la pena correr el riesgo.

Entonces, maldita sea, ¿qué demonios podía hacer?

El inconsistente asesino de Ordaz. Si dábamos por hecho que Owen fue asesinado, no podíamos pasar de las suposiciones. La cobertura, con todos esos obsesivos detalles... para luego dejar a Owen solo, permitiendo que se quitara el contactor y se marchara, o fuera descubierto por un vendedor persistente, o un ladrón, o...

No. El hipotético asesino de Ordaz —o el mío, de hecho— hubiera vigilado a Owen como un halcón. Durante el mes completo.

Eso era. Salté de la acera mecánica al llegar al siguiente disco y tomé un taxi.

El vehículo me dejó en el tejado de los Apartamentos Mónica. Bajé por el ascensor hasta el vestíbulo.

Si acaso el administrador se sorprendió al verme, no lo demostró cuando me invitó a pasar a su oficina. Parecía más espaciosa que el vestíbulo, posiblemente porque había elementos que rompían el anonimato del sitio: cuadros en la pared, un rastro oscuro y sinuoso en la moqueta —causado de seguro por el cigarrillo de algún visitante—, y una holografía de Miller y esposa campeando en el ancho y semivacío escritorio. Esperó a que me hubiese acomodado y se inclinó hacia adelante, con aire expectante.

—Estoy aquí en misión oficial —dije, entregándole mi ID de la BRAZO.

Me la devolvió sin mirarla.

—Supongo que se trata del mismo asunto —dijo, sin la menor cordialidad.

—Sí. Estoy seguro de que Owen Jennison recibió visitas mientras estuvo aquí.

El administrador sonrió.

—Eso es ridíc... imposible.

—No, no lo es. Sus cámaras holográficas toman imágenes de los visitantes, pero no de los inquilinos, ¿no es cierto?

—Por supuesto.

—Entonces, Owen pudo ser visitado por cualquier inquilino del inmueble.

El administrador pareció sorprendido.

—No, desde luego que no. En realidad, no sé qué le lleva a creer tal cosa, señor Hamilton. Si alguien hubiese encontrado al señor Jennison en tal estado, lo habría

informado.

—No comparto su opinión. ¿Pudo haberle visitado algún inquilino del inmueble?

—No. Las cámaras hubiesen tomado una fotografía de cualquier inquilino de otro piso.

—¿Y si se trataba de alguien del mismo piso?

De mala gana, el administrador asintió.

—Sí. En lo que respecta a las cámaras, es posible. Pero...

—Entonces, necesitaré las holografías de todos los inquilinos del piso dieciocho durante las últimas seis semanas. Envíelas al Cuartel general de la BRAZO, en el centro de LA. ¿Puede hacerlo?

—Desde luego. Estarán allí en una hora.

—Bien. Ahora, se me ocurre otra cosa. Supongamos que un hombre se apea del ascensor en el piso diecinueve y baja a pie al dieciocho. La cámara le habrá registrado en el piso superior, pero no en aquel al que ha llegado, ¿no es así?

El administrador sonrió con indulgencia.

—Señor Hamilton, en este edificio no hay escaleras.

—¿Sólo ascensores? ¿No es peligroso eso?

—En absoluto. Cada ascensor posee su fuente independiente de energía, para su uso en caso de emergencia. Es práctica común. A fin de cuentas, ¿quién querría subir a pie dieciocho pisos si fallara la corriente?

—Entiendo. Una última pregunta. ¿Podría alguien manipular la computadora, para que no tomara una determinada fotografía, por ejemplo?

—Yo... no soy experto en sistemas, señor Hamilton. ¿Por qué no consulta directamente al fabricante? Es la Caulfield Brains, Inc.

—Eso es lo que haré. ¿Qué modelo tenéis aquí?

—Un momento —Miller consultó un archivo—. EQ-144.

—Muy bien.

Aquello era todo lo que podía hacer allí, y lo sabía... pero no me decidía a marcharme. Tenía que haber algo más...

Finalmente, Miller se aclaró la garganta.

—¿Es eso todo, señor Hamilton?

—Sí... —comencé—. No. ¿Puedo entrar al 1809?

—Comprobaré si no lo hemos alquilado.

—¿Ha terminado ya sus investigaciones la policía?

—Así es. —Volvió a consultar el archivo—. No, aún está disponible. Le llevaré arriba. ¿Cuánto tiempo piensa quedarse ahí?

—No lo sé. Alrededor de media hora. No es necesario que suba usted.

—De acuerdo.

Miller me entregó la llave y esperó a que me fuera.

Un leve parpadeo de luz azulada llegó a mi retina cuando salía del ascensor. De

no haber conocido la existencia de las cámaras-holo, hubiese creído que se trataba de una jugarreta de mi nervio óptico. Y tal vez así fuera. Para tomar una holografía no se necesita iluminar con láser, aunque este método permite obtener imágenes más claras.

La habitación que había sido de Owen era una caja vacía. Todos los muebles estaban ocultos; sólo se veían las paredes desnudas. Nunca había visto nada tan desolador... como no fuera alguna roca asteroidal, demasiado pobre para una prospección minera, y demasiado mal situada para que valiera como base.

El tablero de mandos estaba en el interior, al lado de la puerta de acceso. Encendí las luces y luego pulsé el botón central. Aparecieron varios contornos, trazados con líneas rojas, verdes y azules. Un gran cuadrado en una pared revelaba la cama, la mayor parte de otro muro la cocina, y otros contornos cruzaban el suelo. Muy práctico. Se evitaba el peligro de hacer surgir una mesa cuando algún invitado se encontraba de pie encima de su ubicación.

Había ido allí para *sentir* el lugar, para estimular alguna intuición, para comprobar si había pasado algo por alto. Empecé por revisar el tablero de mandos para localizar los circuitos. Los circuitos impresos eran demasiado pequeños y detallados para referirme algo, pero deslicé las puntas de mis dedos imaginarios a lo largo de varios alambres, y descubrí que estaban tirados directamente a sus puntos de actuación, sin desviaciones de ninguna clase. No había sensores hacia el exterior. Había que estar dentro de la habitación para saber lo que estaba a la vista y lo que estaba oculto.

De modo que una habitación supuestamente ocupada había mantenido la cama retirada durante seis semanas. Pero había que estar dentro de la habitación para saberlo.

Pulsé los botones para hacer aparecer la cocina y el sillón de lectura. El muro se deslizó hacia afuera un par de metros; el suelo ascendió y tomó forma. Me senté en el sillón: el mueble de la cocina bloqueaba la visión de la puerta.

Nadie podía haber visto a Owen desde el rellano.

Si alguien se hubiera dado cuenta de que Owen no encargaba comida, aquello podría haberle salvado.

Pensé en otra cosa... y eso me hizo mirar alrededor, en busca del acondicionador de aire. La rejilla estaba a nivel del piso; me acerqué e hice unos tanteos detrás de ella con mi mano imaginaria. Algunas de estos acondicionadores se ponen en marcha cuando los niveles de dióxido de carbono llegan a cierta cota, pero éste en particular sólo permitía el control manual de la temperatura.

Si hubiera sido uno del otro tipo, un asesino cuidadoso podría haber puesto un sensor en el aire acondicionado, para verificar que Owen estuviera aún vivo y presente. Pero con este sistema, el 1809 bien podría haber estado vacío por seis semanas.

Volví a la silla de lectura y me eché en ella.

Si mi hipotético asesino había vigilado a Owen, lo había hecho con un aparato espía... a menos que hubiera vivido en el mismo piso durante las cuatro o cinco

semanas que Owen tardó en morir. No había otra solución.

De acuerdo, supongamos que usó un sensor. Hagámoslo lo bastante pequeño y nadie lo encontrará..., excepto el robot limpiador, que lo enviará directamente al incinerador. De modo que hay que hacerlo de cierto tamaño, para que el robot no lo considere una mota de suciedad. No hay por qué preocuparse de que Owen lo descubra... Y luego, cuando se confirma el deceso, lo haríamos autodestruirse.

Pero si lo hacemos estallar, dejará un agujero en alguna parte. Ordaz lo hubiese encontrado. ¿Acolcharlo con amianto? No, se necesita que la explosión deje rastros que un robot limpiador pueda eliminar...

Y si crees eso, te creerías cualquier cosa. Sería demasiado aventurado. *Nadie* sabe lo que un robot limpiador decidirá que es basura. Los fabrican estúpidos porque resulta más barato. Sólo están programados para no llevarse ningún objeto grande.

Tenía que haber habido alguien más en este piso, para vigilar a Owen personalmente, o bien para recoger el aparato que efectuaba la vigilancia. Hubiera apostado todo a un vigilante humano.

Había venido aquí para darle una oportunidad a mi intuición. Y no estaba dando resultado. Owen había pasado mes y medio en aquel sillón, y llevaba al menos una semana muerto. Sin embargo, yo no *sentía* a Owen allí. No era más que un sillón con dos mesitas laterales. Owen no había dejado nada en la habitación, ni siquiera un fantasma descontento.

La llamada me pilló a medio camino del Cuartel General.

—Tenía usted razón —me dijo Ordaz por el teléfono de muñeca—. En el espaciopuerto del Valle de la Muerte hemos encontrado un armario a nombre de Cubes Forsythe. Yo me dirijo ahora hacia allá. ¿Quiere venir?

—Lo veré allí.

—Bien. Estoy tan impaciente como usted por ver lo que Jennison nos dejó.

Yo lo dudaba mucho.

El espaciopuerto se encuentra a algo más de trescientos cincuenta kilómetros de distancia, una hora a velocidad de taxi. El precio del pasaje sería elevado. Anoté la nueva dirección en el teclado de a bordo y luego llamé al Cuartel General. Un agente de la BRAZO goza de amplias libertades; no tiene que justificar cada uno de sus movimientos. El obtener permiso no era problema; en el peor de los casos, podían negarse a cubrir el pasaje en mi cuenta de gastos.

—Os enviarán una serie de holos de los Apartamentos Mónica —advertí al contacto—. Haced que la computadora los compare con todos los traficantes de órganos conocidos y con los individuos relacionados con Loren.

El taxi se remontó suavemente y puso proa al este. Contemplé la tridi y bebí café hasta que me quedé sin monedas.

Si se visita entre noviembre y mayo, cuando el clima es ideal, el Valle de la

Muerte puede ser un paraíso para el turista. Está el campo de golf del Diablo, con sus fantásticos acantilados y pináculos de sal; Punta Zabriskie, con su sobrenatural topografía de páramo; las antiguas minas de bórax, y toda clase de plantas raras, perfectamente adaptadas al clima caluroso y seco como un hueso. Sí, el Valle de la Muerte tiene muchos lugares interesantes, y algún día iría a visitarlos. Hasta entonces, lo único que había visto ya era el espaciopuerto. Pero, a su manera, era impresionante por sí mismo.

La zona de aterrizaje aprovecha el sitio de un antiguo lecho marino interior, que ahora es un campo de sal. Unos círculos concéntricos, alternadamente rojos y azules, marcan todo el campo para que las naves desciendan del espacio, y un siglo de desarrollos en fisión química y reactores de fusión han dejado pozos coloreados como el arcoiris, por las esotéricas y a menudo radioactivas sales. Pero la mayor parte del lugar aún conserva su antigua luminosidad blancuzca.

Y fuera del sitio de arribo, yacen las naves, de variadas formas y tamaños. Los vehículos y el personal de mantenimiento danzan atendiéndolas, y si tienes tiempo suficiente, podrás contemplar un aterrizaje. La espera vale la pena.

El edificio, al borde de la pista mayor, es una torre verde pastel apoyada sobre una enorme placa de concreto color naranja fluorescente. Nunca aterrizó una nave allí... todavía. El taxi me dejó en la entrada y fue a reunirse con otros vehículos de su tipo. Y yo me detuve un momento y aspiré el aire seco y balsámico.

Durante cuatro meses al año, el clima del Valle de la Muerte es ideal. Pero recuerdo un agosto, en que el Rancho del Arroyo del Horno registró una temperatura de 60 grados centígrados a la sombra.

El hombre detrás del escritorio me informó que Ordaz había llegado antes que yo. Le encontré acompañado de otro oficial, en medio de un laberinto de armarios de alquiler, cada uno lo bastante grande como para contener dos o tres maletas. El que Ordaz había abierto sólo contenía un pequeño maletín de plástico.

—Pudo haber tomado otras taquillas —sugirió Ordaz.

—No es muy probable; los ciudadanos del Cinturón viajan con poco equipaje. ¿Ha intentado abrirlo?

—Todavía no. Es una cerradura de combinación. Pensé que quizás usted...

—Tal vez —dije, y me acuclillé para echar una mirada.

Era curioso: no experimentaba la menor sorpresa. Como si siempre hubiese sabido que el maletín de Owen se encontraría aquí. ¿Y por qué no? Owen trataría de protegerse de alguna manera. A través de mí, porque yo estaba involucrado en el tráfico de órganos, pero del lado de las Naciones Unidas. Dejó esto en el casillero de un espaciopuerto, porque Loren no podría localizarlo ni tener acceso a él si lo localizaba, y porque yo relacionaría lógicamente a Owen con los espaciopuertos. Y lo puso bajo el nombre de Cubes, porque yo conocía aquel nombre, y Loren no.

Los recuerdos son algo maravilloso.

La cerradura tenía cinco cifras.

—Es de esperar que la clave tuviera sentido para mí, que yo pudiera abrirla. Vamos a ver...

Luego de meditar un momento, compuse el número 22417. 22 de abril de 2117, la fecha en que Cubes murió, ensartado contra una pared divisoria de plástico.

La cerradura se abrió.

Ordaz echó mano rápidamente a una carpeta de papel manila. Con más cuidado, yo recogí dos ampollas de cristal. Una de ellas estaba cuidadosamente sellada para proteger el contenido contra el aire de la Tierra, y aparecía llena hasta la mitad de un polvo rojizo increíblemente fino. Tan fino, que resbalaba como aceite contra el vidrio. El otro frasco contenía un trocito ennegrecido de ferróníquel, apenas visible.

En el maletín había otros objetos, pero lo importante eran aquellos pliegos. La historia estaba allí... al menos, hasta cierto punto. Probablemente, Owen había planeado completarla.

Al regresar de su último viaje, un mensaje lo esperaba en Ceres. Owen debió reírse al leer algunos de los párrafos, ya que Loren se había tomado la molestia de reunir todo un *dossier* sobre las actividades de contrabando que Owen había desarrollado durante los últimos ocho años. ¿Creía acaso que podía asegurarse su silencio con la amenaza de entregar el informe a las autoridades?

El caso es que Owen decidió establecer contacto con Loren y ver en qué paraba aquello. En circunstancias normales, me hubiese reenviado el mensaje, dejando el asunto por mi cuenta. Después de todo, yo era el experto. Pero el último viaje de Owen había sido un desastre.

Su motor a fusión había estallado en alguna parte más allá de la órbita de Júpiter, no decía porqué. Una nave de rescate le había recogido y transportado a Ceres. La factura prácticamente le había arruinado. Necesitaba dinero. Loren debía haberse enterado, y contaría con ello.

La recompensa por la información que permitiera capturar a Loren le permitiría comprar una nave nueva.

Había aterrizado en Australia, de acuerdo con las instrucciones de Loren. Desde allí, los hombres de Loren le habían llevado a muchas partes: a Londres, Bombay, Amberg... El relato de Owen terminaba en Amberg. ¿Cómo había pasado luego a California? No tuvo ocasión de decirlo.

Pero, entretanto, se había enterado de muchas cosas. Había numerosos detalles sobre la organización de Loren: el plan completo para embarcar materiales de transplante ilegales con destino al Cinturón, y para encontrar y establecer contacto con los clientes.

Owen hacía algunas sugerencias respecto a la organización. La mayoría de ellas parecían razonables, y seguramente eran probables. Muy típico de Owen. Pero no pude encontrar en el texto ningún indicio de que se hubiese extralimitado en su juego. Aunque él nunca lo hubiera sabido, por supuesto.

Y había holos, veintitrés de ellos, cada uno de un miembro distinto de la banda de

Loren. Algunas de las fotografías llevaban una anotación al dorso; otras estaban en blanco. Owen no había podido descubrir la posición que cada uno ocupaba en la organización.

Las repasé dos veces, preguntándome si alguno de aquellos individuos podía ser el propio Loren. Owen no había llegado a enterarse.

—Parece que tenía usted razón —dijo Ordaz—. Su amigo no podría haber recoger todos estos datos sólo por accidente. Desde el primer momento debió haber planeado traicionar a la banda de Loren.

—Tal como yo le había dicho. Y le asesinaron por ello.

—Eso parece. ¿Qué motivo podía tener para suicidarse? —el rostro redondo y tranquilo de Ordaz estaba realizando un gran esfuerzo para mostrarse enfurecido—. Ha arruinado usted mi digestión, señor Hamilton.

Le hablé de mi idea acerca de otros inquilinos en el piso de Owen. Él sonrió y asintió.

—Es posible, es posible. Bien, es su caso ahora. El tráfico de órganos es asunto de la BRAZO.

—Exacto. —Cerré el maletín y lo alcé—. Vamos a ver lo que la computadora es capaz de hacer con esto. Enviaré a su departamento fotocopias de todo lo que hay aquí.

—¿Me informará de lo que descubra acerca de los otros inquilinos?

—Se lo prometo.

Ingresé al Cuartel General de la BRAZO balanceando aquel valioso maletín, sintiéndome en la cumbre del mundo. Owen había sido asesinado. Había muerto con honor, si no con dignidad. Ahora, incluso Ordaz lo sabía.

En aquel momento, Jackson Bera pasó corriendo por mi lado, gruñendo y jadeando.

—Eh, ¿qué sucede? —grité a sus espaldas. Tal vez buscaba la ocasión de fanfarronear un poco. Tenía veintitrés rostros, los de veintitrés traficantes de órganos, en mi maletín.

Bera se volvió y me miró.

—¿Dónde diablos has estado?

—Trabajando. Te lo aseguro. ¿Porqué la prisa?

—¿Recuerdas aquel comerciante en placer que estábamos vigilando?

—¿Quién, Kenneth Graham?

—El mismo. Está muerto. Se la dimos —y salió disparado.

Había llegado al laboratorio cuando al fin le di alcance. El cadáver de Graham yacía boca arriba sobre la mesa de operaciones. Su alargado rostro aparecía pálido y sin expresión, vacío. Había unos aparatos por encima y debajo de su cabeza.

—¿Cómo va la cosa? —preguntó Bera.

—Mal —respondió el médico—. No ha sido vuestra culpa; le metisteis en el congelador con la rapidez suficiente. Lo que pasa es que la corriente... —se encogió de hombros.

Sacudí el hombro de Bera.

—¿Qué ha pasado?

Bera jadeaba todavía un poco a causa de la carrera.

—Alguien debió advertirle... El tipo trató de escapar... Le alcanzamos en el aeropuerto.

—Pudieron haber esperado un poco. Poner a alguien en el avión con él. Inundar el avión con TY-4...

—Oh, vamos... ¿No recuerdas el jaleo que se armó la última vez que utilizamos el TY-4 en un avión civil?

Bera estaba temblando. No se lo reproché.

La BRAZO y los traficantes juegan entre sí un juego extraño. Los traficantes de órganos necesitan vivos a sus donantes, de modo que siempre van armados con pistolas hipodérmicas, que disparan agujas hechas de un anestésico cristalino que se funde inmediatamente al contacto con la sangre. Nosotros utilizamos la misma arma, por un motivo parecido: los criminales tienen que ser capturados vivos para que puedan ser juzgados y conducidos después a los hospitales del gobierno. De modo que ningún agente de la BRAZO espera nunca matar a un hombre.

Pero hubo un día en que aprendí cómo eran las cosas. Un traficante llamado Raphael Haine trataba de alcanzar un botón de alarma, en su propio domicilio. Si hubiera pulsado aquel contacto, los hombres de Haine, alertados, me habrían acribillado con sus balas anestésicas, para conducirme luego al almacén de órganos de su jefe. De modo que estrangulé a Haine.

El informe estaba en la computadora, pero sólo tres personas sabían de él. La segunda era mi superior inmediato, Lucas Garner. La tercera era Julie. Hasta entonces, era el único hombre que yo había matado.

Y Graham era el primero de Bera.

—Le hallamos en el aeropuerto —explicó Bera—. Llevaba sombrero. Si me hubiese dado cuenta, nos hubiéramos movido más rápido. Empezamos a acercarnos a él con pistolas hipodérmicas. De pronto, se giró y nos vio. Introdujo la mano debajo de su sombrero, y luego cayó.

—¿Se suicidó?

—Sí.

—¿Cómo?

—Echa un vistazo a su cabeza.

Me acerqué más a la mesa, procurando no interponerme en el trabajo del médico. El profesional estaba tratando de extraer información por inducción de un cerebro muerto, sin resultado hasta entonces.

En la parte superior de su cabeza, Graham tenía una caja plana y oblonga. Era de

plástico negro, y tenía la mitad del tamaño de un mazo de cartas. La toqué, y supe de inmediato que estaba adherida al cráneo.

—Un contactor. Pero no del tipo corriente. Es demasiado grande.

—Ahá.

Por mis nervios corrió helio líquido.

—Tiene una batería.

—Así es.

—A menudo me he preguntado qué compraban los taberneros, etcétera. Un contactor sin cable. Hombre, eso es lo que quiero como regalo de Navidad.

Bera se estremeció.

—No digas eso.

—¿Sabías que Graham era cableta?

—No. Teníamos miedo de intervenir con micrófonos su casa; podía haberlo descubierto y ponerse sobre aviso. Echa otra mirada a ese objeto.

Estaba algo deformada, me pareció. La caja de plástico negro estaba fundida a medias.

—Calor —murmuré—. ¡Oh!

—Así es. Descargó toda la batería de golpe. Envió toda la carga mortal a través de su cerebro, directo al centro de placer. Cristo, Gil, no puedo dejar de pensar en eso... ¿Cómo se sentiría tal cosa? Gil, ¿puede haber sentido realmente algo?

Di unas palmadas en su hombro, en lugar de inventar una respuesta inteligente. Ha de haber pasado largo rato pensando en ello. Lo mismo me pasaría a mí.

Aquí estaba el hombre que había cableado el cerebro de Owen. ¿Había sido su muerte un infierno momentáneo, o todas las delicias del Paraíso en un solo instante? Confiaba en que hubiera sido el infierno, pero no lo creía.

Al menos, Kenneth Graham no estaría en alguna otra parte, con un nuevo rostro, nuevas retinas y nuevas huellas dactilares, procedentes de los bancos de órganos de Loren el traficante.

—Nada —dijo el médico—. Su cerebro está demasiado quemado. Lo que queda está demasiado revuelto para que tenga algún sentido.

—Siga intentándolo, por favor —dijo Bera.

Me marché en silencio. Tal vez más tarde invitara a Bera a unos tragos; parecía necesitarlos. Era un tipo con empatía. Sabía que tal vez hasta sintió esa tremenda descarga de éxtasis y muerte cuando Graham dejó este mundo.

Los holos de los Apartamentos Mónica habían llegado hacía varias horas. Miller había entregado no sólo los de los inquilinos que habían ocupado el piso dieciocho durante las últimas seis semanas, sino también a los que habitaron los pisos por encima y debajo.

Ante semejante riqueza, jugué con la idea de alguien del piso diecinueve descolgándose de su balcón al del piso dieciocho, todos los días, durante cinco

semanas. Pero la habitación 1809 no tenía muros al exterior, y ni siquiera una ventana. Mucho menos algo parecido a un balcón.

¿Se le habría ocurrido a Miller la misma idea? Tonterías. Ni siquiera conocía el problema. Se había excedido en el asunto de los holos, sólo para demostrar su amplia intención de colaborar.

Ninguno de los inquilinos durante el período en cuestión coincidía con miembros conocidos o sospechosos de pertenecer a la banda de Loren.

Formulé un comentario apropiado y fui a buscar un café. Luego recordé los veintitrés hombres de Loren en el maletín de Owen. Se los había dejado a un programador, dado que no estaba seguro de saber introducirlos en la computadora. Ya habría terminado con ellos.

Lo llamé. Sí, lo había hecho.

Persuadí entonces a la computadora para que los comparase con los holos de los inquilinos de los Apartamentos Mónica.

Nada. Nadie coincidía.

Pasé las dos horas siguientes redactando el informe sobre el caso Jennison. Un programador tendría que traducirlo para la máquina; yo todavía no era tan bueno.

Estábamos de vuelta con el asesino inconsistente de Ordaz. Lo único que teníamos era un montón de cabos sueltos. La muerte de Owen nos había proporcionado un puñado de fotografías, las cuales podían ser ya completamente anticuadas. Los traficantes de órganos cambian de cara como de camisa. Terminé el informe, lo envié a un programador y llamé a Julie. Ahora ya no necesitaría su protección.

Pero Julie se había marchado a casa.

Empecé a llamar a Taffy, pero me interrumpí en la mitad del número. Hay momentos que son inoportunos para una llamada. Lo que yo necesitaba ahora era una cueva para estar solo. Probablemente, mi expresión hubiera hecho que la pantalla del fono se quebrase. ¿Por qué afligir a una muchacha inocente?

Me marché a casa.

Había oscurecido cuando salí a la calle. Subí por el puente peatonal que cruzaba por encima las aceras rodantes y esperé un taxi en el disco de intersección. De pronto apareció uno, con el cartel LIBRE de color blanco parpadeando en su abdomen. Ingresé en él e inserté mi tarjeta de crédito.

Owen había reunido sus holos en el continente eurasiático. La mayoría de ellos, si no todos, pertenecerían a agentes extranjeros de Loren. Había sido tonto de mi parte esperar encontrarles en Los Angeles.

El taxi se remontó en el claro cielo nocturno. Las luces de la ciudad convertían la capa de nubes en una cúpula blanca y aplanada. El vehículo penetró en las nubes, y allí siguió todo el trayecto. Al autopiloto le tenía sin cuidado que yo viera algo del

paisaje o no.

Bien, ¿qué era lo que tenía hasta ahora? Alguno entre esas docenas de inquilinos era un agente de Loren. Eso... o el cuidadoso e inconsistente asesino de Ordaz, quien había dejado morir a Owen durante cinco semanas, solo y sin vigilancia alguna.

¿Tan seguro de sí mismo estaba el inconsistente asesino?

Después de todo, el Loren que yo perseguía también era hipotético. El criminal había asesinado, había cometido el crimen máximo. Y Loren lo había hecho de un modo rutinario, una y otra vez, con beneficios fabulosos. La BRAZO no había sido capaz de hacerle mella. ¿No habría llegado el día en que empezara a descuidarse?

Lo mismo que Graham. Durante mucho tiempo, había estado escogiendo donantes entre sus clientes, unos cuantos don nadie al año. Y entonces, por dos veces en pocos meses, tomó a clientes que fueron luego dados por desaparecidos. Se había confiado.

La mayoría de los delincuentes no son muy brillantes. Loren de seguro lo era, pero los hombres de su nómina debían ser término medio. El jefe tendría que lidiar con estúpidos, que se dedicaban a la delincuencia porque carecían de cerebro para salir adelante en la vida legal.

Si un hombre como Loren se volvía descuidado, se debía probablemente a que medía la inteligencia de los hombres de la BRAZO por la de la propia tropa. Seducido por un ingenioso plan para cometer asesinato, podía restar importancia al único obstáculo y ponerlo en práctica. Asesorado por Graham, sabría mucho más que nosotros acerca de la adicción a la corriente..., quizás lo bastante para confiar en sus efectos sobre Owen.

En consecuencia, los asesinos de Owen le habían dejado en su apartamento y se habían despreocupado de él. Era un riesgo que Loren había corrido, y le había salido bien.

La próxima vez sería aún menos cauteloso. Y un día le echaríamos el guante.

Pero no por ahora.

El taxi se desprendió de la guía de tránsito, y descendió hasta posarse en el techo de mi edificio, en las colinas de Hollywood. Me apeé y eché a andar rápidamente hacia los ascensores.

Uno de ellos se abrió. Un tipo salió de él.

Algo me alertó. Su forma de moverse, tal vez. Di media vuelta, retirando mi arma de la sobaquera. El taxi podía haber sido un buen refugio, si no hubiera remontado ya el vuelo. Otras figuras brotaron de entre las sombras.

Creo que tumbé a un par antes de que algo picara mi mejilla. Balas de piedad, astillas de anestésico cristalino diluyéndose en mi corriente sanguínea. Mi cabeza dio vueltas, el tejado también, y la fuerza centrífuga me derribó al suelo. Unas sombras planearon sobre mí y luego se hundieron en el infinito.

Me despertó el masaje de unos dedos sobre mi cuero cabelludo.

Estaba de pie, envuelto como una momia en unos suaves y apretados vendajes. No podía siquiera flexionar un músculo por debajo del cuello. Cuando me di cuenta de la cercanía, ya era demasiado tarde: el hombre situado detrás de mí había terminado de quitar los electrodos de mi cabeza y se había apartado, lejos del alcance de mi brazo imaginario.

Tenía algo de pájaro. Era alto y delgado, de huesos frágiles, y su rostro triangular estaba rematado por una puntiaguda barbilla. Sus sedosos y desordenados cabellos rubios estaban peinados hacia atrás desde sus sienes, dejando un agudo pico de cabello en la frente. Llevaba un impecable traje de lana a rayas anaranjadas y grises. Sonriendo en forma alegre, con los brazos cruzados y la cabeza ligeramente ladeada, esperaba que yo hablara.

Y lo reconocí. Owen tenía un holo de él.

—¿Dónde estoy? —gruñí, fingiendo un desconcierto que no sentía—. ¿Qué hora es?

—¿Qué hora es? Por la mañana —dijo mi captor—. En cuanto al lugar en que se encuentra, le permito que adivine.

Algo en sus modales... Me vino un raptó a la mente y dije:

—¿Loren?

Loren se inclinó, sin exagerar.

—Y usted es Gilbert Hamilton, de la policía de las Naciones Unidas. Gil «el Brazo» Hamilton.

¿Había oído bien? ¿Sabría de mi condición éssper y TQ?

—Al parecer, he caído —dije.

—Menospreció usted el alcance de mi *propio* brazo. Y también mi interés en usted.

Era cierto. No resulta mucho más difícil capturar a un agente de la BRAZO que a cualquier otro ciudadano, si se le pilla desprevenido y se está dispuesto a arriesgar secuaces. Esta vez, su riesgo no le había costado nada. Los policías utilizan pistolas de agujas por el mismo motivo que las utilizan los traficantes de órganos. Si alcancé a alguno de mis atacantes durante aquellos escasos segundos de lucha, estarían ya completamente repuestos. Loren hizo que me envolvieran con aquellos vendajes y luego me dejó bajo los efectos del «sueño ruso», hasta que decidiera hablar conmigo.

Los electrodos eran el «sueño ruso», también llamado *soñador*. Una placa sobre cada párpado, otra en la nuca. Una leve corriente eléctrica pasa a través del cerebro, provocando el sueño. En una hora se descansa tanto como en toda una noche. Y si no se desconectan los electrodos, uno puede dormirse para siempre.

De modo que éste era Loren. Finalmente.

Me observaba atentamente... la cabeza ladeada, semejante a un ave de presa, con los brazos cruzados. Una de sus manos sostenía una pistola de agujas... con cierta negligencia, pensé.

¿Qué hora sería? No me atreví a repetir la pregunta, temiendo que el criminal

sospechara algo. Pero si lograba entretenerle hasta las diez menos cuarto, Julie podría enviarme ayuda...

Pero... ¿a dónde lo haría?

¡Maldito fuera Finagle! ¿Dónde estaríamos? Si yo no me enteraba, Julie tampoco lo sabría...

Y Loren me reservaba para el banco de órganos, eso era evidente. Una astilla cristalina me adormecería sin dañar ninguno de los delicados e infinitamente diversos órganos que me convertían en Gil Hamilton. Los médicos de Loren se encargarían luego de desmembrarme.

En los hospitales del gobierno, los cerebros de los criminales eran incinerados y enterrados posteriormente en una urna. Dios sabe lo que Loren haría con el mío. Pero el resto de mi cuerpo era joven y sano. Incluso considerando los gastos fijos de Loren, en el gancho yo valía más de un millón de marcos NU.

—¿Por qué a mí? —pregunté—. Me buscaba a mí, no a cualquier agente de la BRAZO. ¿Por qué ese interés por mí?

—Era usted el que estaba investigando el caso de Owen Jennison. Con *demasiada* minuciosidad.

—¡No con la suficiente, maldita sea!

Loren pareció intrigado.

—¿De veras no lo comprende?

—No.

—Eso me parece muy interesante —murmuró Loren—. Mucho.

—De acuerdo, ¿por qué sigo vivo aún?

—Sentía curiosidad, señor Hamilton. Esperaba que me contara de su brazo imaginario.

De modo que sí lo sabía. De todos modos, disimulé.

—¿De qué está hablando?

—Es inútil que juegue conmigo. Cuando me aburra, utilizaré esto... —y agitó la pistola hipodérmica—, y no volverá usted a despertar.

¡Maldición! El tipo lo sabía. Las únicas cosas que yo podía mover eran mis orejas y mi brazo imaginario, y Loren lo sabía. Nunca podría engañarle para que se pusiera a mi alcance...

Salvo que no lo supiera *todo*. Tenía que enterarme de cuánto sabía.

—De acuerdo —dije—. Pero me gustaría saber cómo lo descubrió usted. ¿Puso un espía en la organización?

Loren cloqueó.

—¡Ojalá fuera eso! No. Hace unos meses capturamos a uno de sus agentes, por pura casualidad. Cuando supe lo que era, le convencí para que hablara conmigo en plan confidencial. Me habló acerca de su extraordinario brazo. Espero que usted me dirá algo más.

—¿Quién era él?

—En realidad, señor Hamil...

—¿Quién era él?

—¿Cree usted de veras que puedo recordar el nombre de cada donante?

¿Quién habría pasado a los bancos de órganos de Loren? ¿Un extraño, un conocido, un amigo? ¿Recuerda acaso el director de un matadero a todos los novillos sacrificados allí?

—Las facultades psíquicas me interesan —siguió Loren—. Me acordaba de usted. Y luego, cuando estaba a punto de concluir un acuerdo con su amigo Jennison del Cinturón, recordé un dato curioso acerca de un tripulante que había navegado con él. Le llamaban a usted Gil «el Brazo», ¿no es cierto? Qué profético ha sido. En el puerto, las bebidas le salían gratis si podía utilizar su brazo imaginario para beberlas.

—¡Maldita sea! Usted pensó que yo había plantado a Jennison en su banda, ¿verdad? ¡Y lo mató por mi culpa!

—El enojo no le servirá de nada —la voz de Loren se hizo metálica—. Entreténgame un poco, señor Hamilton.

Yo había estado palpando a mi alrededor en busca de algo que pudiera librarme de mis ataduras. Pero no había suerte. Estaba envuelto como una momia en vendajes demasiado fuertes para romperlos. Lo único que pudo palpar mi mano imaginaria fueron las vendas hasta el cuello y una tabla colocada a lo largo de mi espalda para mantenerme en pie. Debajo de las vendas estaba desnudo.

—Le haré una demostración de mis increíbles facultades —dije— si me permite un cigarrillo.

Tal vez aquello le acercara a mí lo suficiente...

Loren sabía algo acerca de mi brazo: conocía su alcance. Colocó un cigarrillo sobre el borde de una mesita con ruedas y la deslizó hacia mí. Cogí el cigarrillo, me lo puse en la boca y aguardé esperanzado a que se acercara a encendérmelo.

—He cometido un error —murmuró; tiró de la mesa hacia atrás y repitió toda la operación con un cigarrillo encendido.

Mala suerte... Pero al menos, iba a fumar. Me quité el cigarrillo anterior de la boca y lo arrojé lo más lejos que pude: alrededor de medio metro. Tengo que moverlo lentamente; de otro modo, lo que estoy sosteniendo simplemente se desliza a través de mis dedos.

Loren observaba, fascinado a su pesar. ¡Un cigarrillo flotante, obedeciendo a mi voluntad! En sus ojos había trazas de espanto y horror. Mal síntoma ése. Tal vez pedirle un cigarrillo había sido un error.

Algunas personas ven las facultades psíquicas como algo emparentado con la brujería, y consideran a los psíquicos como sirvientes de Satanás. Si Loren me temía, ya podía darme por muerto.

—Interesante —dijo Loren—. ¿Hasta dónde puede alcanzar?

Él sabía eso.

—Tan lejos como mi brazo real, desde luego.

—¿Por qué? Otros llegan mucho más lejos. ¿Porqué usted no?

Estaba ahora al otro lado de la habitación, a unos buenos tres metros de distancia, retrepado en un sillón. Con una mano sostenía una bebida, y con la otra la pistola. Se veía completamente relajado. Me pregunté si alguna vez le vería moverse de aquel cómodo sillón; ya ni pensar en que se me pusiera al alcance.

La habitación era pequeña y desnuda, y tenía el aspecto un sótano. El sillón de Loren y un pequeño bar portátil eran los únicos muebles, a menos de que hubiera otros por detrás de mí.

Podía estar en cualquier parte. En Los Angeles, o fuera de allí. Si realmente era de día, podía encontrarme en cualquier lugar de la Tierra, a juzgar por el tiempo que había pasado desde que me capturaran.

—Por supuesto —dije—, otros llegan mucho más lejos que yo. Pero no poseen mi fuerza. Se trata de un brazo imaginario, claro está, y mi imaginación no puede atribuirle una longitud de tres metros. Tal vez alguien pudiera convencerme de ello, si lo hiciera con suficiente empeño. Pero quizá fuera contraproducente, y arruinaría lo poco que tengo. Entonces me quedaría con dos brazos, como cualquiera. Mejor dejarlo estar.

De todas formas, pensé, Loren iba a hacer que me quedara sin ninguno en cualquier momento.

Había acabado el cigarrillo. Tiré la colilla.

—¿Quiere un trago?

—Desde luego, si tiene un vaso pequeño. De no ser así no podré levantarlo.

Llenó un vaso de un trago y me lo envió por medio de la mesita con ruedas. Apenas tuve fuerzas para cogerlo. Los ojos de Loren no se apartaron de mí mientras tomaba unos sorbos y dejaba el vaso.

El viejo truco del cigarrillo. La noche anterior lo había utilizado para conquistar a una chica. Ahora me estaba manteniendo con vida.

¿Deseaba realmente abandonar el mundo con algo fuertemente sujeto en mi puño imaginario? Tenía que distraer a Loren. Retener su interés hasta...

¿Dónde estaba? ¿Dónde?

Y súbitamente lo supe.

—Estamos en los Apartamentos Mónica —dije—. En ninguna otra parte.

—Sabía que acabaría por adivinarlo —sonrió Loren—. Pero es demasiado tarde. Le pillé a usted a tiempo.

—No sea tan pagado de sí. Fue una estupidez por mi parte, no un mérito suyo. Debí suponerlo. Owen nunca hubiera elegido este lugar. Usted hizo que lo trajeran aquí.

—Desde luego. Para entonces ya sabía que era un traidor.

—Y le trajo aquí a morir. ¿Quién le vigilaba para comprobar que no se moviera? ¿Miller, el administrador? Ha estado trabajando para usted. Y se encargó de eliminar de la computadora del edificio las holografías de usted y de sus hombres.

—En efecto, él borró las pruebas —asintió Loren—. Pero no entraba cada día a controlar a Jennison. Tenía a un hombre vigilando continuamente, por medio de una cámara portátil. La retiramos de la habitación cuando Jennison murió.

—Y luego esperaron una semana para hacer la denuncia. Lindo detalle.

Lo increíble es que no me hubiera dado cuenta antes. La atmósfera del sitio... ¿Qué tipo de gente vivía en los Apartamentos Mónica? Los que carecían de identidad, los anónimos, los que no serían echados de menos por nadie. Ellos vivirían inocentemente en sus apartamentos mientras Loren se encargaba de comprobar que realmente nadie los buscaría. Los que calificaban luego desaparecían, y con ellos sus documentos y pertenencias, y sus holos se desvanecían de la computadora.

—Mi plan era el de vender órganos a los ciudadanos del Cinturón, a través de su amigo Jennison —dijo Loren—. Sé que me traicionó, Hamilton. Quiero saber hasta qué punto.

—Lo suficiente —dije—. Tenemos detallados los planes para el establecimiento de un banco de órganos en el Cinturón. Pero no hubiese dado resultado, Loren. Los ciudadanos del Cinturón no creerían que valiera la pena.

—¿Alguna fotografía?

—No..., ninguna. —No quería que Loren cambiara de rostro.

—Estaba seguro de que Jennison había dejado algo —dijo Loren—. De otro modo, le habríamos convertido en un donante. Mucho más sencillo... y más provechoso, también. Me hubiera venido bien el dinero, Hamilton. ¿Sabe lo que le cuesta a la organización renunciar a un donante?

—Alrededor de un millón. ¿Por qué renunció a Jennison?

—Había dejado algo en algún sitio, y no había modo de conseguirlo. Lo único que podía hacer era tratar de impedir que la BRAZO lo buscara por desaparecido.

—Ya veo —dije—. Cuando alguien desaparece sin dejar rastro, lo primero que se le ocurre a cualquier idiota es que los traficantes de órganos tienen que ver en ello.

—Exactamente. De modo que no podía simplemente desaparecer. La policía hubiese acudido a la BRAZO, el informe habría llegado a sus manos, y usted habría empezado a investigar.

—Buscando en la gaveta de un espaciopuerto.

—¿Eh?

—Bajo el nombre de Cubes Forsythe.

—Conozco ese nombre —dijo Loren, entre dientes—. Caramba, debí buscar en esa dirección. Vea, cuando ya tuvimos a Jennison atrapado con la corriente, probamos sacarle la clavija para inducirle a hablar. Pero no sirvió de nada. No podía concentrarse en otra cosa que no fuera el contactor. Lo probamos todo...

—Voy a matarle —dije, escupiendo las palabras.

Loren ladeó la cabeza, con el ceño fruncido.

—Todo lo contrario, señor Hamilton. ¿Otro cigarrillo?

—Sí.

Me lo envió, encendido, sobre la mesita de ruedas. Lo cogí y lo sostuve en alto, ostentosamente. Tal vez consiguiera concentrar su atención en el cigarrillo..., la única forma que él tenía de ver dónde estaba mi mano imaginaria.

Si Loren mantenía los ojos clavados en el cigarrillo, y yo me lo llevaba a la boca en un momento crucial, mi mano quedaría libre sin que se diera cuenta al instante.

Pero... ¿en qué momento crucial estaba pensando? Loren continuaba en el sillón, y yo tenía que luchar contra mi urgencia de atraerle. Cualquier movida en aquella dirección hubiera despertado sus sospechas.

¿Qué hora sería? ¿Y qué estaría haciendo Julie? Recordé una noche, dos semanas atrás. Aquella cena, en la terraza del restaurante más alto de Los Angeles, a casi kilómetro y medio de altura. Una alfombra de neón que se extendía debajo de nosotros tocaba el horizonte en todas direcciones. Tal vez Julie captara este recuerdo tan íntimo entre nosotros...

Establecería contacto conmigo a las diez menos cuarto. ¿Qué hora sería?

—Debió ser usted un notable cosmonauta —dijo Loren—. El único hombre del sistema solar capaz de ajustar una antena del fuselaje sin abandonar la cabina...

—Eso requiere más fuerza de la que yo tengo... —de modo que Loren sabía que podía atravesar objetos—. Debí quedarme en el espacio —aseguré—. Ojalá estuviera en una nave minera... Todo lo que entonces necesitaba era un buen par de brazos.

—Oh, qué pena. Bien, ahora tiene tres. ¿Ha pensado alguna vez que utilizar su poder contra los hombres es una trapacería?

—¿Qué?

—¿Se acuerda de Raphael Haine?

La voz de Loren había subido de tono. Estaba enfadado, y se contenía a duras penas.

—Desde luego. Un traficante de órganos sin mayor importancia, que operaba en Australia.

—Haine era amigo mío. Sé que le tuvo a usted atado en determinado momento. Dígame, señor Hamilton: si su mano es tan débil como dice, ¿cómo se las arregló para desatar las cuerdas?

—No lo hice. No podría haberlo hecho. Haine me colocó esposas. Le saqué la llave del bolsillo... utilizando mi mano imaginaria, desde luego.

—Empleó sus facultades contra él. ¡No tenía derecho a hacerlo!

Oh, la hechicería. Cualquiera que no sea psíquico experimenta los mismos sentimientos. Algo de miedo, mezclado con envidia. Loren creía poder con la BRAZO; había liquidado a uno de nuestros agentes, como mínimo. Pero enviar hechiceros contra él no era jugar limpio.

Por eso me había permitido despertar. Loren buscaba regodearse. ¿Cuántos pueden jactarse de haber capturado a un hechicero?

—No sea estúpido —dije—. No entré voluntariamente a su tonto juego, o al de su amigo Haine. Mis propias reglas indican que usted no es más que un repugnante

asesino.

Loren se puso en pie —¿qué hora sería?—, y súbitamente me di cuenta de que el plazo se había agotado: el traficante estaba ciego de rabia. Sus rubios cabellos parecían electrizados.

Miré el pequeño agujero en el cañón del arma. No había nada que pudiera hacer. El alcance de mi TQ era el alcance de mis propios dedos. De pronto, me pareció sentir todas las cosas que jamás iba a sentir: el cuarto litro de anticongelante en mi sangre, para que el agua de mis células no se congelara, rompiéndolas; el baño en alcohol semicongelado, los escalpelos y los delgados y precisos láseres quirúrgicos. Sobre todo, los escalpelos...

Y mis recuerdos y conocimientos desaparecerían cuando botaran mi cerebro. Yo sabía cómo era Loren. También la trampa que eran los Apartamentos Mónica, y ¿quién sabe cuántos otros? Yo sabía dónde estaban las bellezas del Valle de la Muerte, esas que algún día visitaría...

¿Qué hora sería? Maldita sea, ¿qué hora?

Loren había levantado la pistola hipodérmica y me apuntaba con el brazo completamente extendido. Como si estuviera practicando el tiro al blanco.

—Es una verdadera lástima —dijo, con un levísimo temblor en la voz—. Debió quedarse en el espacio.

¿Qué estaría esperando?

—No puedo hacerle una reverencia, a no ser que afloje usted estos vendajes —dije, y escupí hacia Loren el resto de mi cigarrillo, para poner énfasis en la frase. Pero antes de que se alejara demasiado, lo sujeté con mi mano imaginaria...

Y lo hundí en mi ojo izquierdo.

En otro momento hubiera estudiado la idea con un poco más de atención. Pero creo que habría terminado por hacer lo mismo. Loren me consideraba ya su propiedad. Mi piel, riñones y metros de arterias, como partes en sus bancos, valían un millón de marcos NU. ¡Y había destruido mi ojo! Los traficantes de órganos aprecian mucho los ojos. Cualquiera que deba usar gafas es candidato para un par de ojos nuevos, y los propios traficantes necesitan cambiar continuamente las tramas de su retina, para adoptar una nueva identidad.

Lo que yo no había previsto era el dolor. Había leído en alguna parte que no había ningún nervio sensorial en el globo ocular. Por lo tanto, eran los párpados lo que me dolía. ¡Y terriblemente!

Pero sólo tendría que sufrirlo un momento.

Loren blasfemó y se precipitó hacia mí. Sabía ya lo débil que era mi brazo imaginario; ¿qué podría hacer contra él? Saltó hacia mí y golpeó con la mano abierta el cigarrillo, un cachetazo que casi me separa la cabeza del cuello y que envió la colilla, ahora apagada, a rebotar contra la pared. Jadeando, mudo de rabia, permaneció *a mi alcance*.

Mi ojo se cerró como un pequeño puño atormentado.

Alargué mi mano imaginaria pasando la pistola de Loren, a través de su caja torácica, y encontré su corazón. Y apreté.

Los ojos de Loren se desorbitaron, su boca se amplió, su laringe se sacudió convulsivamente. Era el momento de disparar su arma, pero en lugar de ello, clavó los dedos en su pecho, con el brazo semi paralizado. Por dos veces rascó con sus uñas, boqueando, alzando la cabeza en busca del aire que no entraba... Pensó que estaba siendo víctima de un ataque cardíaco. Pero entonces giró los ojos a mi rostro.

Y vio a un carnívoro de un solo ojo, gruñendo en el éxtasis del asesinato... que le quitaría la vida, aun si tuviera que arrancarle el corazón del pecho.

Y entonces cayó en la cuenta.

Disparó al suelo, y cayó.

Yo estaba sudando, y temblando de repulsión y disgusto. ¡Las cicatrices! Loren era todo cicatrices; pude sentir las al entrar en él. Su corazón era un trasplante. Y el resto de él... Se veía como de treinta años a cierta distancia, pero de cerca era imposible asegurar su edad. Algunas partes eran jóvenes, otras no. ¿Cuánto de Loren era Loren? ¿Cuánto era de otra gente? Y ninguna de las partes encajaba bien.

Debió haber sido un enfermo crónico, pensé. Y por ello, el Comité de Trasplantes no le habría otorgado los órganos que requería. Y un día, encontró la respuesta a todas sus necesidades...

Loren estaba inmóvil. Ya no respiraba. Yo podía sentir aún la forma en que su corazón había saltado y se había retorcido dentro de mi puño, y luego el momento en que se rindió.

Estaba tendido sobre el lado izquierdo, lo que ocultaba su reloj de pulsera. Completamente solo en una habitación vacía, yo aún no sabía qué hora era.

Y nunca lo supe. Pasó un buen rato antes de que Miller se atreviera a interrumpir a su jefe. Asomó la redonda cabeza a través de la puerta, vio a Loren caído a mis pies y retrocedió precipitadamente dando un respingo. Un minuto después vi asomar el cañón de una pistola hipodérmica, por delante de un húmedo ojo color azul. Noté el pinchazo en la mejilla.

—Te contacté temprano —dijo Julie, incómodamente sentada a los pies de la cama del hospital—. Mejor dicho, tú me obligaste. Cuando llegué a la oficina no estabas allí, y yo me pregunté por qué sería, y... ¡blam! Pasaste un mal rato, ¿verdad?

—Muy malo —dije.

—Nunca contacté con alguien que estuviera tan asustado.

—Bueno, no le cuentes a nadie —activé el mando para elevar la cama a la posición de asiento—. Acabarías con mi fama de héroe...

Tenía el ojo vendado, ciego. No me dolía, pero aquella misma ausencia de dolor resultaba inoportuna, porque me recordaba a los dos muertos que ahora formaban parte de mi cuerpo. Un brazo, un ojo.

Si Julie captaba mis pensamientos, no era raro que estuviera nerviosa. No dejaba

de acomodarse y removerse, sentada en el borde del lecho.

—Oye, no dejé de preguntarme qué hora era. ¿Puedes decírmelo?

—Las nueve y diez, aproximadamente. Creí desmayarme cuando aquel... aquel sujeto te apuntó con su pistola hipodérmica desde la puerta... ¡Oh, no! No, Gil... Ya acabó.

¿Tan cercana a mí estaba?

—Mira, Julie —dije—, será mejor que vuelvas al trabajo. Aprecio realmente tu visita, pero creo que no nos está haciendo ningún bien. Si continuamos con ello, acabaremos en un estado de constante terror.

Julie asintió con un gesto y se puso en pie.

—Gracias por venir —concluí—. Gracias también por haberme salvado la vida.

Julie sonrió desde el marco de la puerta.

—Gracias a ti por las orquídeas.

Sonreí a mi vez. Aún no las había encargado.

Llamé a la enfermera, y conseguí autorización para abandonar el hospital aquella misma noche, después de cenar, a condición de que me marchara directamente a casa e hiciera reposo. Luego me fue traído un videófono, y lo utilicé para encargar las orquídeas.

Entonces me tendí en la cama, meditando. Era hermoso estar vivo. Empecé a recordar promesas que había hecho, y que nunca había cumplido. Tal vez había llegado el momento de cumplir algunas.

Llamé a Supervisión y conseguí con Jackson Bera. Luego de permitirle que me sonsacara la historia de mi heroísmo, le invité a que viniera al hospital. Yo pagaría la botella que trajera. No le gustó esa parte del trato, pero lo obligué a aceptarla.

Empecé a marcar el número de Taffy pero, al igual que la noche anterior, cambié de idea. Mi teléfono de muñeca estaba sobre la mesilla de noche. Mejor sin imágenes.

—Hola.

—¿Taffy? Aquí Gil. ¿Estás libre el fin de semana?

—Desde luego. ¿Empezando el viernes?

—Estupendo.

—Pasa a buscarme a las diez. ¿Has descubierto algo acerca de tu amigo?

—Sí. Era lo que yo suponía. Los traficantes de órganos le asesinaron. El caso está resuelto; hemos capturado al culpable. —No mencioné mi ojo; para el viernes los vendajes habrían desaparecido—. Respecto al fin de semana, ¿te gustaría visitar el Valle de la Muerte?

—Estás bromeando, ¿verdad?

—No. Escucha...

—Pero... ¡es un horno, y un desierto! ¡Está tan muerto como la Luna! Has dicho el Valle de la Muerte, ¿no?

—Este mes no está tan caliente. Escucha... —y ella escuchó. Escuchó lo suficiente como para dejarse convencer.

—He estado pensando —dijo Taffy después—. Si vamos a estar juntos unos días, será mejor que hagamos... un trato. No hablaremos de trabajo. ¿De acuerdo?

—Es una buena idea.

—El caso es que trabajo en un hospital —dijo Taffy—. Cirugía. Para mí, el material orgánico de transplante no es más que una fuente de trabajo, una herramienta para curar a los enfermos. Pero me llevó mucho tiempo aceptar esa idea. Ahora no quiero saber de dónde procede el material, ni quiero saber nada sobre traficantes de órganos.

—Trato hecho. Pasaré a recogerte el viernes, a las diez.

Una cirujana, pensé luego de colgar. Estupendo. El fin de semana iba a ser algo bueno. Las personas sorprendentes son siempre las más dignas de ser conocidas.

Bera entró con una botella de J&B.

—Pago yo —dijo—. Y es inútil que trates de discutir, porque de todos modos no puedes alcanzar tu cartera.

Y comenzó la lucha.

Un domingo en Neptuno

Alexei Panshin

Ben Wiseman y yo fuimos los primeros seres humanos que aterrizamos en Neptuno, pero Ben no ha vuelto a dirigirme la palabra. Piensa que yo le traicioné.

El traslado a la Base Tritón, una oportunidad para mi, fue simplemente una etapa final para él. Yo no podía ver aún los límites de mi vida, pero él podía ver los límites de la suya. Y estaba hambriento de popularidad.

Era un hombre de entusiasmos repentinos, despertados por casualidad. No sabía casi nada de biología, pero disponiendo de mucho tiempo libre para contemplar la verde mole de Neptuno en nuestro cielo, concibió la idea de que había vida en el planeta, y quedó convencido de que si lo demostraba se aseguraría automáticamente un puesto de honor en los libros de consulta. Su teoría adquiriría cierta fuerza por el hecho de que ya habíamos descubierto la existencia de vida en nuestra propia Luna, en Venus y Marte, en Júpiter, Saturno y Urano, e incluso en Ganímedes. No en Mercurio: demasiado pequeño, demasiado cercano, demasiado cálido. Ni en Plutón: demasiado pequeño, demasiado lejano, demasiado frío. Pero las posibilidades le parecían bastante favorables, y la lista de nombres a la que se uniría el suyo suficientemente corta como para inspirarle la sensación de que se le distinguía.

—La vida es insistente —decía Ben—. La vida es persistente.

Se acercó a mí debido a que no tenía a nadie más. Era un hombre sumamente difícil. A la edad de treinta y cinco años, no había descubierto aún los principios básicos del trato social. Al ser presentado a alguien, se tomaba un exceso de confianza con demasiada rapidez. Y si la reciprocidad no era absoluta, lo consideraba una traición. Cuanto más favorable fuera la respuesta inicial, más dolorosa resultaba la herida cuando era inevitablemente traicionado. No tenía amigos, desde luego.

También yo le traicioné, aunque no me di cuenta de ello hasta que él me lo dijo. Después de aquello se mostró siempre rígido y reservado, pero dado que no me consideraba peor que el resto de la humanidad, y dado que en Tritón sólo había veinte personas, solía hablar conmigo. Yo estaba dispuesto a hablar con él, y en este caso yo estaba dispuesto a escuchar.

Tritón, el satélite mayor de Neptuno, es una buena base substancial. Es una de las mayores lunas del sistema solar, dos dedos más ancha que Mercurio. Es el último asiento cómodo para los hombres en el sistema solar, y el emplazamiento evidente para una gran base.

Terminada la Operación Springboard y con nuestra primera nave estelar de camino hacia una nueva tierra verde y agradable, la actividad en la Base Tritón había

quedado reducida a las tareas de mantenimiento e instrucción. Algunos de nosotros, como yo, estábamos allí porque éramos jóvenes brillantes con un futuro. Otros, como Ben Wiseman, estaban allí porque nadie más les hubiese querido tener con ellos.

Pero, en términos generales, la vida era aburrida. El mantenimiento es aburrido. La instrucción es aburrida. Incluso los cielos son oscuros. Neptuno está allí, grande y verde. Urano puede ser encontrado, si se le busca. Pero el Sol no es más que una lejana llamita parpadeando pálidamente en la noche, y los planetas interiores no pueden verse.

Uno se siente muy solo allí.

Yo estaba interesado en la sugerencia de Ben. Mike Marshall, nuestro jefe, había delegado en mí el problema de la moral de nuestro pequeño grupo, y dado que yo mismo me aburría estaba a favor de cualquier proyecto que pudiera significar algo con que entretenernos los domingos.

—Es una buena idea, Ben —dije—. Pero hay un problema. No disponemos del equipo necesario para un asalto como ese. Y ya sabes lo apretado que es el presupuesto. Puedo pedírselo a Mike.

—¡No le pidas nada a Mike!

—Bueno, tengo que pedírselo a Mike. Y él podrá pedirlo a su vez. Pero no creo que consigamos lo que nos haría falta.

—La cosa es mucho más sencilla que todo eso —dijo Ben—. El batiscafo de Urano se encuentra aún en Titanio. Es un modelo antiguo, desde luego, pero no hay ningún motivo por el que no pueda ser utilizado aquí. Los dos planetas son prácticamente gemelos. La oposición está próxima. El batiscafo podría ser traído aquí con muy poco esfuerzo. Pensé que podrías tramitar la solicitud a través de tu departamento.

Este era Ben. Un hombre muy raro. Creo que suponía que yo lograría traer el batiscafo que había sido utilizado para explorar la atmósfera-océano de Urano sin que Mike se enterase. Luego, él y yo nos trasladaríamos tranquilamente a Neptuno los finales de semana. Si hubiese podido obtener y manejar la máquina por sí mismo, seguro que lo hubiera preferido.

—Si el equipo está aún en Titanio, es posible que podamos conseguirlo —dije—. Se lo preguntaré a Mike mañana.

—No le digas nada a Mike.

—Mira, Ben, si quieres obtener todo eso, tiene que ser a través de Mike. No hay otro camino. Lo sabes perfectamente.

—Olvida lo que te he dicho —dijo Ben—. Siento haber hablado del asunto.

Ben estaba celoso de sus ideas. Si pasaban a través de muchas manos, perdían todo sabor para él. Esta era una buena idea, o al menos yo la encontraba buena, pero Ben preferiría renunciar a ella a permitir que quedara involucrado el resto de nuestra pequeña colonia.

Al día siguiente hablé con Mike. Era otro tipo raro. Había perdido todo su entusiasmo. Procuraba delegar en los demás sus responsabilidades y trabajaba de un modo rutinario. Acogió mi proposición con escaso interés.

—¿A quién le importará que encontremos vida en Neptuno? Sabemos ya que los mundos con atmósfera de amoníaco-metano pueden sustentar la vida, y pasada la novedad nadie se interesa por esta cuestión.

—Es cierto —dije—. Pero, ¿cree usted que a mí me importa demasiado descubrir otra especie rara de foxino? Lo importante es que el proyecto contribuiría a que la mayoría de nosotros nos interesásemos por algo constructivo. Por mi parte, disfrutaría con él.

—¿Y cree que alguien más disfrutará? —preguntó Mike—. ¿Cuántos primeros aterrizajes se han producido? De cincuenta a sesenta. ¿Quién se acuerda de todos ellos? ¿A quién le importan?

—El caso no es que otros puedan interesarse —dije—. Prescindamos de los otros. Esta mañana, Mike, me levanté de mi butaca y descubrí que mi trasero se había quedado dormido. Necesito hacer algo.

Tuve que discutir largo rato, pero finalmente Mike prometió averiguar si el batiscafo estaba disponible. Resultó estarlo, y llegó a la Base Tritón a bordo de una nave siete meses después. No era mucho tiempo. No teníamos otra cosa que hacer. No teníamos ninguna otra parte a donde ir.

Ben, desde luego, estaba furioso, sobre todo conmigo. Yo había robado su idea. Yo había arruinado su idea. Había traicionado su confianza. Había estropeado las cosas.

—Es la última vez que te dirijo la palabra —dijo. Como había dicho más de una vez antes de entonces.

Sin embargo, después de la llegada del batiscafo la cosa empezó a funcionar. El personal dejó de preocuparse por nimiedades y empezó a cumplir mejor sus obligaciones. Había menos polvo en los rincones y menos suciedad en las personas. Mi trasero dejó de dormirse. Incluso Mike empezaba a mostrarse interesado.

Era algo parecido al bote que se construye en el sótano cuando se tienen catorce años. Era lo que nosotros hacíamos en nuestro tiempo libre. Era el Proyecto.

Ben estaba dentro, y Ben estaba fuera. Ben trabajaba a veces, y a veces no trabajaba. No consideraba ya la aventura como completamente suya, pero no podía decidirse a permanecer completamente al margen de ella. De modo que incluso él quedaría involucrado.

Todos los demás se interesaron muchísimo. Tenían algo que hacer. En primer lugar, el batiscafo tuvo que ser revisado pulgada a pulgada. Esta tarea ocupó mucho tiempo libre. Y quedaba la perspectiva de consumir mucho más tiempo libre en meses y meses de exploración.

Al igual que todos los otros planetas —a excepción de Plutón, que es una luna

desplazada—, Neptuno es un gigante gaseoso. En otra época se creyó que tenía una capa de hielo y un núcleo de roca debajo de su atmósfera. En realidad, no tiene ninguna superficie sólida. Es todo atmósfera, un verde mar de hidrógeno, helio, metano y amoníaco. Hay nubes y tormentas de nieve, pero ningún lugar donde apoyar los pies. Más que cualquier otra cosa, es como los océanos de la Tierra, y el vehículo que pretendíamos utilizar para explorar sus desconocidas profundidades era una fantástica combinación de dirigible y de los batiscafos de Piccard y sus sucesores. Neptuno no era un jardín bien cuidado, seguro y cómodo, pero de hecho era más accesible que las hostiles profundidades de los mares terrestres, con sus increíbles presiones.

El planeta se encontraba a un paso de distancia de nosotros en Tritón, más cerca que la Luna de la Tierra. El batiscafo podía llegar a Neptuno por sus propios medios, pero su regreso no estaba garantizado, ya que no podía cargar el suficiente combustible para desarrollar la energía que le permitiera vencer el peso de la gravedad. En consecuencia, decidimos utilizar una nave-nodriz, que dejaría caer el batiscafo y luego lo recuperaría. Hasta cierto punto quedé decepcionado, porque la idea de un globo lleno de hidrógeno abriéndose camino a través del espacio me parecía divertida.

A su debido tiempo, estuvimos preparados para efectuar nuestro primer ensayo. Entonces se planteó el problema de escoger a los dos primeros tripulantes. Un problema peliagudo. ¿Había que escogerlos por su categoría? ¿Por la cantidad de trabajo que habían aportado? ¿Por sorteo? A medida que se acercaba la fecha prevista para el despegue, el problema se agudizaba. Cada uno de los métodos de elección tenía sus partidarios. La cosa se agravó todavía más cuando Arlo Harlow, que había trabajado más que nadie, y Sperry Donner, que era el segundo comandante, se enzarzaron en una pelea a puñetazos.

Finalmente, Mike zanjó el asunto: el primer viaje lo haríamos Ben y yo, puesto que éramos los responsables de la idea. En los viajes sucesivos, las parejas se acoplarían por orden alfabético. Más tarde, Mike me dijo que había pensado en la solución alfabética desde el primer momento, pero que renunció a ella porque hubiera significado relegar a Ben a la última pareja, lo cual hubiera constituido un problema, y le habría acoplado con Roy Wilimczyk, lo cual hubiera constituido otro problema.

—Esta parece la mejor solución —dijo—. Si alguien puede formar pareja con él, es usted.

—Gracias —dije.

Y Mike comprendió que le daba las gracias por pura fórmula.

Aquella semana, Ben se mostró francamente suave... tratándose de Ben. Esto significa que casi el cuarenta por ciento del tiempo se lo pasaba sin maldecir a alguien. Incluso me perdonó.

Finalmente, un domingo lo más brillante y soleado que cabía esperar en Tritón,

cuatro de nosotros nos dirigimos hacia la gran masa de algodón verde que llenaba diez grados de cielo. Ben y yo no esperamos a verla crecer. Mucho antes de que la nave se hallara en órbita de estacionamiento, Ben y yo nos encontrábamos en la cabina del batiscafo, y el conjunto quedó encerrado en una cápsula de lanzamiento.

Yo pilotaba nuestra máquina. Ben se dedicaría a supervisar el equipo que registraría nuestros encuentros con el planeta.

No fuimos arriados por encima de la borda, como era tradicional con los batiscafos en los mares de la Tierra. Fuimos escupidos como una pepita de sandía. Estábamos atados y ciegos. Yo apoyaba mi dedo sobre el interruptor manual, pero no tuve necesidad de pulsarlo. La cápsula se desprendió automáticamente.

Luego nuestras luces se encendieron y nos encontramos hundidos en una verde lóbreguez. No tenía consistencia. Nuestras luces palparon delante de nosotros. A veces podíamos ver durante distancias considerables: metros. A menudo sólo podíamos ver por espacio de unos pies. Disponíamos de los ojos adicionales de radar que miraban en círculos alrededor de nosotros sin ver nada, salvo en una ocasión que localizaron lo que me pareció un torbellino de amoniaco, eludiéndolo. Otros aparatos auscultaban el planeta, tomaban su temperatura y su pulso. Su temperatura era fría, muy fría. Su pulso era lento y regular.

Puse casi horizontales mis elevadores y comprobé que el batiscafo funcionaba tal como yo había asegurado que lo haría. Los turbopropulsores emitían un zumbido uniforme y tranquilizador.

—Recuerda por qué estamos aquí —dijo Ben.

—No lo olvido —repliqué—. Sin embargo, hasta que conozcamos mejor el planeta, creo que un lugar será tan bueno al menos como el siguiente. Todavía no he visto ninguna manada de ballenas.

—No —dijo Ben—, pero eso no significa que no estén ahí. Pueden ser tímidas, sencillamente. Después de todo, la existencia de la Gran Serpiente de Mar no fue establecida definitivamente hasta los últimos diez años. Aunque yo busco algo más pequeño.

Teníamos recipientes adecuados en el exterior, los cuales podían demostrar la presencia del mismo tipo de vida que se encontró en Urano.

Yo me había embarcado en esta aventura porque estaba aburrido, mortalmente cansado de no hacer nada en particular. Había llegado a Neptuno con un interés muy leve en demostrar que Ben estaba en lo cierto. Ahora, sin embargo, empezaba a sentirme complacido por encontrarme aquí. El paisaje, mientras nos deslizábamos a través de las corrientes de este mar gaseoso, era monótono, monocromático, pero fantasmagóricamente bello. Este era un mundo muy distinto de todos los que conocía. Y me gustaba. Puede parecer raro, pero yo lo respetaba por su fidelidad a sus propias características, del mismo modo que se respeta a una muchacha absolutamente fea que se ha reconciliado con su fealdad y se comporta con naturalidad y sin complejos de ninguna clase.

Estaba complacido por el hecho de que unos hombres hubieran llegado a este último rincón oscuro del Sistema Solar, y me alegraba de ser uno de los hombres. Hay un lugar para esto en los libros de consulta, también, aunque sólo sea en una nota de pie de página con los centenares de nombres de aquellos que realizaron primeros contactos.

Transcurrieron cinco horas largas antes de que volviéramos a encontrarnos a bordo de nuestra nave-nodriz. Arlo Harlow nos ayudó a salir del batiscafo.

—¿Cómo ha ido la cosa? —inquirió.

—No podremos saberlo hasta que hayamos revisado los datos —dijo Ben—. No hemos visto nada identificable. Al menos, en la zona que hemos recorrido.

—Tendrás que verlo por ti mismo —dije—. Yo sería incapaz de describirlo.

Arlo dijo:

—Mike desea hablar con vosotros. Tiene noticias.

Ben y yo nos adelantamos para hablar con Mike en la Base Tritón. El satélite era invisible delante de nosotros: con Neptuno lleno, Tritón era necesariamente una luna nueva, y oscura.

—Hola, Mike —dije—. Arlo dice que tiene usted noticias. ¿Algo acerca de la nave estelar?

—No —dijo Mike—. La noticia son ustedes. Una historia de interés humano. Aterrizaje en el último planeta del Sistema Solar. Ya se ha publicado el primer artículo. Los titulares son: NEPTUNO ALCANZADO. Y empieza: «En esta época de grupos y organismos e instituciones, en esta época en que está a punto de producirse el despegue de la primera nave estelar con una tripulación de diez mil miembros, las hazañas humanas individuales parecen cosa del lejano pasado». Y termina: «Mientras contemos con hombres como esos, la raza humana prevalecerá».

—Me gusta eso —dijo Ben—. Es muy bueno.

Mike dijo:

—Hay también un artículo interesándose por el dinero que se ha invertido en esa inútil aventura.

—Díales que el batiscafo estaba fuera de servicio, en Urano, y que nosotros mismos lo pusimos en condiciones.

—Ya lo he hecho —dijo Mike—. Volviendo al primer artículo, el autor aplaude el valor que han demostrado al arriesgar su vida en un vehículo exploratorio tan primitivo y anticuado.

—¡Diablo! —dije.

—Escuche. Hay algunas preguntas que desean ver contestadas. Quieren saber por qué fueron allá. ¿Por qué fue usted, Bob?

—Díales que la idea me pareció buena —dije.

—No se conformarán con eso.

—Queríamos comprobar si había vida en Neptuno —dijo Ben.

—¿Encontraron algo?

—Por lo que sabemos hasta ahora, no —dije.

—Entonces, no puedo decirles eso. Piense otra cosa.

Medité. Al cabo de unos instantes, dije:

—Dícales que no nos parecía justo que los hombres viajaran a las estrellas sin antes haberse posado en todas las bases del Sistema Solar.

La frase «posarse en todas las bases» ha sido incluida en todos los libros de citas.

Ben y yo estamos también en los libros de historia: en las notas de pie de página, con los centenares de nombres de aquellos que realizaron primeros contactos.

Ben no se siente feliz enterrado en las notas de pie de página, y no me dirige la palabra. Está furioso conmigo. No descubrió vida en Neptuno, ni es probable que nadie la descubra. Por otra parte, una de mis frases figura en los libros de citas. A Ben le parece una monstruosidad.

No es una gran distinción, lo admito, pero en el curso de mi vida ha habido noches oscuras durante las cuales he permanecido despierto y preguntándome si dejaría alguna estela detrás de mí. Y, por pequeña que sea, me conformo con la estela de esa línea.

Por el amor de Grace

Suzette Haden Elguin

El Khadilh ban-harihn frunció el ceño ante el disco que sostenía en la mano, enojado y aprensivo. Desde luego, siempre existía la posibilidad de una avería en el sistema de comunicación. Se inclinó hacia adelante y apretó de nuevo el botón transmisor con el pulgar. La máquina zumbó unos instantes, al parecer normalmente, y depositó otro disco en la bandeja de los mensajes. El Khadilh lo tomó, lo examinó y prorrumpió en una sarta de juramentos, dado que no estaba presente ninguna mujer.

Allí, a la izquierda, se veía la marca-matriz que identificaba a su familia, el símbolo ban-harihn perfectamente claro; por este lado no existía la posibilidad de un error. Y de allí partía una serie de pequeñas líneas, amarillas para las hembras, verdes para los varones, una para cada uno de los miembros de la casa, todas perfectamente en orden.

Excepto una.

La línea amarilla que representaba el estado de su esposa, la Khadilha Althea, no era normal. Aparecía interrumpida a intervalos de un cuarto de pulgada por un punto negro, señalando que algo no marchaba como era debido. Y el símbolo al final de la línea no era la cruz azul que hubiera clasificado la dificultad como puramente física; era la estrella roja que indicaba que el problema, cualquiera que fuese, podía ser considerado como grave, o factible de adquirir gravedad.

El Khadilh suspiró. Aquello podía significar cualquier cosa, desde el mal uso de sus tarjetas de crédito por parte de su esposa, hasta un reprochable asunto amoroso. Aunque su propio conocimiento de la frígida naturaleza de la Khadilha le hizo considerar como sumamente improbable aquella última posibilidad. Lo único que podía hacer era pedir un informe completo e inmediato.

¿Y que pasaría, se preguntó, si el informe ponía de manifiesto la necesidad de regresar a casa inmediatamente? Desde el lugar en que se encontraba —en las avanzadas de la Federación— tardaría al menos nueve meses en llegar a su hogar, incluso si conseguía reservar un vuelo prioritario con facilidades de trasbordo y literas acondicionadas para la vida artificial. Desde luego, las mujeres sólo planteaban problemas.

Pulsó el botón de la transmisión oral y el comunicador empezó a emitir la señal para marcar. El Khadilh marcó, seleccionando cuidadosamente el código del planeta, dado que su última tentativa para establecer contacto con su hogar, en ocasión del cumpleaños de su esposa, había acabado con una confusa conversación con un ser erizado de tentáculos, que había sido arrancado de su (presunto) lecho en medio de su

(presunto) sueño. Y el Khadilh tuvo que pagar el importe de la llamada, ya que todas las comunicaciones intergalácticas corrían a cuenta y riesgo del que llamaba.

«... tres-tres-dos-tres-dos...», terminó, con mucho cuidado, y esperó. La diminuta pantalla se iluminó, y aparecieron las palabras NO SE RETIRE, para ser reemplazadas al cabo de unos segundos por AMANUENSE (FEMENINA) DE LA FAMILIA BAN-HARIHN, lo cual significaba que al menos había marcado correctamente. La pantalla se iluminó y las palabras fueron reemplazadas por el rostro de la amanuense de su familia, tan distorsionado por la distancia que hacía falta una gran dosis de cortesía para aceptar que era un rostro humano, pero con la marca-matriz ban-harihn sobreimpresa en verde y amarillo, a través de la pantalla, como garantía.

El Khadilh habló rápidamente, preocupado por el importe de la llamada a semejante distancia.

—Amanuense ban-harihn, esta mañana el disco de la Khadilha Althea señalaba alguna dificultad en su estado. Confirma si ese estado puede ser descrito como una emergencia.

Después de la habitual interrupción para la conversión a símbolos, la respuesta apareció sobreimpresa encima de la marca-matriz, y el Khadilh pensó como de costumbre que aquellas diminutas pantallas intergalácticas quedaban tan atestadas de símbolos antes que terminara una conversación que resultaba difícil interpretar los mensajes transmitidos.

En este caso el mensaje fue «NEGATIVO», y el Khadilh sonrió: la amanuense se preocupaba incluso más que él por el importe de la transmisión.

Pulsó el botón de borrar y terminó con:

«Gracias, amanuense ban-harihn. Prepara inmediatamente un informe detallado, por escrito, y envíamelo por los medios más rápidos a tu alcance. Si el problema se agravara hasta el punto de constituir una emergencia, autorizo desde ahora una llamada intergaláctica, que pedirá uno cualquiera de mis hijos. Final».

La pantalla se apagó y el Khadilh, por simple curiosidad, pulsó una vez más el botón del control del estado de la familia. La máquina entregó otro disco y allí estaban, de nuevo, los puntos negros y la estrella roja. El Khadilh tiró el disco a la basura, se encogió de hombros y encargó café. No podía hacer absolutamente nada hasta que recibiera el informe de la amanuense.

Sin embargo, si resultaba que había perdido el importe de una transmisión intergaláctica a cuenta de alguna insignificante trifulca doméstica, se prometió a sí mismo que armaría un buen alboroto antes de pagar, y que la Khadilha recibiría un adecuado castigo, administrado por el funcionario de la Unidad Disciplinaria de Mujeres más próxima. Desde luego, los códigos del control del estado familiar tendrían que ser más detallados, para poder distinguir una guerra de una simple discusión con una sirvienta.

El informe llegó al cabo de cuatro días por Tele-salto. Una elección muy

prudente, pensó el Khadilh, satisfecho, ya que el mecanismo del Tele-salto era completamente automático e impersonal. Resultó algo difícil de leer, dado que la amanuense había especificado que debía ser entregado sin más transcripción que a símbolos verbales, y en consecuencia el Khadilh tuvo que examinar un rollo de papel amarillo de ocho símbolos de anchura y de una longitud que parecía de varias millas. Sólo leyó lo suficiente para convencerse del hecho que no iba a plantearse ningún problema de discreción, y luego introdujo el mensaje en la ranura de transcripción, recibiendo a cambio una carta estándar en papel blanco.

«Al Khadilh ban-harihn —leyó—, de acuerdo con su petición, el siguiente informe de la amanuense de su familia:

»Hace tres días, como sin duda sabe el Khadilh, se celebró aquí el festival de las Lluvias de Primavera. Toda la familia, con la excepción del propio Khadilh, estuvo presente en una gran procesión destinada a señalar el comienzo de las Horas de Trance de la Alaharibahn-khalida. Un lugar adecuado para contemplar la procesión, completamente de acuerdo con el decoro, había sido escogido por la Khadilha Althea, y las mujeres de la familia estaban de pie en la segunda fila a lo largo del borde de la calle, un espacio que siempre se dejaba aparte para las mujeres.

»Habían pasado los danzarines, las bandas de música, etcétera, seguidos por trece de los Poetas de esta ciudad. Los Poetas casi habían pasado, con el habitual complemento de animales exóticos y flores móviles, sin que se hubiera producido ningún incidente, cuando de pronto la hija del Khadilh, Jacinth, fue abordada (perdón por mi libertad de expresión) por el Poeta Anna-Mary, que es, como el Khadilh sabe, una mujer. Anna-Mary se ladeó en su montura, haciendo sonar sus campanillas para indicar que quería hablar con la hija del Khadilh, y parando la procesión para hacerlo. En aquel momento ocurrió el incidente que sin duda ha provocado la variación en el disco que señala el estado de la Khadilha Althea. Inesperadamente, la Khadilha, en vez de enviar a la niña hacia adelante para que hablara con el Poeta, tomó a Jacinth por los hombros y la colocó detrás de ella, tapándola completamente con sus pesadas vestiduras para que no pudiera hablar ni ver.

»El Poeta Anna-Mary se limitó a saludar desde su caballo, haciendo una seña para que la procesión emprendiera nuevamente la marcha, pero estaba muy pálida y evidentemente ofendida. La familia quiso participar del resto de las ceremonias del día, pero los hijos del Khadilh decidieron que todos regresaran a casa a media tarde, evitando así que la Khadilha tomara parte en las Horas de Trance. Sin duda fue una medida juiciosa.

»La amanuense ignora las consecuencias que ha podido tener todo esto, ya que la servidumbre no ha sido informada de nada. La amanuense se complace en reiterar su respeto y sumisión al Khadilh.

»Final del informe».

«¡Bien!», dijo el Khadilh. Dejó la carta encima de su escritorio, con aire pensativo, frotándose la barba con una mano.

¿Qué podía esperarse a modo de repercusiones de un insulto público a una anciana —y susceptible— Poeta? Resultaba difícil de predecir.

En su calidad de único Poeta femenino del planeta, la Poeta Anna-Mary estaba muy sola; y como sus obligaciones no eran arduas, disponía de mucho tiempo para cavilar. Y aunque era Poeta, continuaba siendo una mujer, con las facultades de razonamiento inferiores de la mujer. Estaba acostumbrada a los homenajes reverentes, a que las mujeres levantaran en alto a sus hijos para que pudieran tocar el borde de su túnica. Difícilmente podía esperarse que reaccionara con placer a un insulto público, y procedente de otra mujer.

Lo más probable sería que se vengara en sus hijos, a través de la Universidad, pensó el Khadilh, y él no podía permitirlo. Habían trabajado demasiado duramente, lo mismo él que sus hijos, para dejar que una mujer vengativa, por encumbrada que fuese su posición, destruyera lo que ellos habían edificado. Sería mejor regresar a casa y dejar que las huertas cuidaran de sí mismas; por importantes que fueran los sabrosos melocotones de la Tierra para la economía de su planeta natal, más importantes eran sus hijos.

No todas las familias podían presumir de tener cinco hijos en la Universidad, todos ellos seleccionados tras un examen competitivo por el Mayor en Poesía. A veces, una familia tenía a dos hijos seleccionados, pero el resto era rechazado, como había sido rechazado el propio Khadilh, y tenía que conformarse con la selección por parte de los Mayores en Derecho, Medicina o Gobierno. El Khadilh sonrió orgullosamente, recordando las respetuosas miradas de sus amigos cuando sus hijos iban obteniendo las mejores notas en los exámenes, y cuando su primogénito ingresó en el Cuarto Nivel. Y cuando había sido escogido el más joven, eximiendo así al primogénito del acostumbrado voto de soltería —dado que el imponerlo hubiese significado el término de la línea familiar, una situación imposible—, al Khadilh le había resultado muy difícil mantener una actitud de fingida modestia. El significado, desde luego, era que tendría como nieto al descendiente directo de un Poeta, algo que no había sucedido en todo lo que alcanzaban sus recuerdos e incluso los recuerdos de su padre. De hecho, hacía más de trescientos años que no ingresaban en los cursos de Poesía todos los hijos de una familia (La ley prohibía que una familia que tuviera un solo hijo lo presentara a los Exámenes de Poesía).

Sí, debía regresar a casa, y al diablo los melocotones de la Tierra. Que se pudieran, si los robots-agrícolas no podían manejarlos.

Se dirigió al comunicador y transmitió un mensaje declarando sus intenciones, y luego fue a tirar de las cuerdas necesarias para obtener un vuelo prioritario.

Cuando el Khadilh llegó a su hogar, sus hijos estaban alineados en su estudio, esperándole, cada uno de ellos con la reglamentaria túnica parda de estudiante, pero con la faja roja de Poeta alrededor de la cintura para deleite de sus ojos. Les dirigió una sonrisa, diciendo:

—Es un placer volver a verles, hijos míos; ustedes dan descanso a mis ojos y

alegría a mi corazón.

Michael, el primogénito, respondió en nombre de todos:

—También a nosotros nos complace mucho volver a verte, Padre.

—Vamos a sentarnos —dijo el Khadilh, señalándoles sus puestos alrededor de la mesa situada en el centro del estudio.

Cuando estuvieron sentados, el Khadilh golpeó la mesa con los nudillos, de acuerdo con el antiguo ritual, tres veces y lentamente.

—Sin duda saben por qué he decidido dejar mis huertas al cuidado de los robots-agrícolas y regresar a casa de un modo tan repentino —dijo—. Por desgracia, he invertido diez meses en el viaje. No existía otro medio más rápido para regresar.

—Lo comprendemos, Padre —dijo el primogénito.

—Entonces, Michael —continuó el Khadilh—, haz el favor de informarme del desarrollo de los acontecimientos desde aquel incidente en la procesión de las Lluvias de Primavera.

Su hijo se mostró indeciso, como si no se atreviera a hablar, y el Khadilh le dirigió una sonrisa alentadora.

—Vamos, Michael —dijo—, no es cortés por tu parte hacer esperar a tu padre de este modo...

—Comprenderás, Padre —dijo el joven lentamente—, que no nos ha sido posible comunicar contigo después de tu última transmisión. Comprenderás también que este asunto no era de los que permiten recurrir al consejo ajeno. Lo único que podía hacer era esmerarme en el momento de tomar decisiones.

—Lo comprendo. Desde luego.

—Muy bien. Espero que no estés furioso, Padre.

—Estaré furioso si no me cuentas inmediatamente lo que ha ocurrido en los últimos diez meses. Me pones nervioso, hijo mío.

Michael respiró profundamente y asintió.

—De acuerdo, Padre —dijo—. Seré breve.

—Y rápido.

—Sí, Padre. Me llevé a la familia del festival en cuanto pude hacerlo decorosamente, sin provocar habladurías; y cuando llegamos a casa envié inmediatamente a la Khadilha a sus habitaciones, con órdenes de permanecer allí hasta que tú me aconsejases lo contrario.

—Muy bien —dijo el Khadilh—. ¿Y luego?

—La Khadilha me desobedeció, Padre.

—¿Te desobedeció? ¿En qué sentido?

—La Khadilha Althea no hizo el menor caso de mis órdenes, y llevó a nuestra hermana al Pequeño Pasadizo, y allí le permitió asomarse a la celda donde está encerrada nuestra tía, Padre.

—¡Dios mío! —exclamó el Khadilh—. ¿Y tú no hiciste nada por impedirlo?

—Padre —dijo Michael ban-harihn—, debes comprender que nadie podía prever

los actos de la Khadilha Althea. De haberlo sabido, es indudable que lo hubiésemos impedido; pero, ¿quién podía imaginar que la Khadilha desobedecería las órdenes de un varón adulto? Se suponía que se encerraría en sus habitaciones y no saldría de allí.

—Comprendo.

—No establecí contacto con la Unidad Disciplinaria de Mujeres —continuó Michael—. Preferí que esa orden procediera de ti, Padre. Sin embargo, se dieron órdenes para que la Khadilha no saliera de sus habitaciones, y no se ha permitido que nadie la viera, a excepción de las sirvientas. Se desconectaron los hilos de su comunicador, y se tomaron las medidas oportunas para que recibiera una adecuada medicación añadida a su comida. La encontrarás muy dócil, Padre.

El Khadilh estaba temblando de indignación.

—La disciplina será restablecida inmediatamente, hijo mío —dijo—. Pido disculpas por el desagradable comportamiento de la Khadilha. Pero, continúa, por favor... ¿Qué hay de mi hija?

—Eso es quizás lo más desagradable de todo.

—¿En qué sentido?

Michael inclinó la cabeza, sin contestar.

—¡Contesta inmediatamente! —gritó el Khadilh.

—Nuestra hermana Jacinth —dijo su segundo hijo, Nicolás— tenía ya doce años en la época del festival. Cuando regresó del Pequeño Pasadizo, sin informar a ninguno de nosotros, anunció por carta al Poeta Anna-Mary su intención de competir en los exámenes de Poesía...

—Y el Poeta Anna-Mary...

—Transmitió inmediatamente la petición a las autoridades de la Unidad de Poesía —terminó Michael—. Desde luego, no hizo absolutamente nada para disuadir a nuestra hermana.

—Se ha vengado con creces del insulto de la Khadilha —dijo el Khadilh amargamente—. ¿Se ha producido algún otro acto por parte del Poeta Anna-Mary?

—Ninguno, Padre. Nuestra hermana fue enclaustrada por orden del gobierno inmediatamente, desde luego, para evitar la contaminación de las otras mujeres.

—¡Dios mío! —suspiró el Khadilh—. ¿Cómo es posible que la desgracia haya alcanzado mi casa..., por segunda vez? —Meditó unos instantes—. ¿Cuándo se celebrarán los exámenes? He perdido la noción del tiempo.

—Han pasado diez meses, Padre.

—Entonces, falta un mes.

—Tres semanas.

—¿Me dejarán ver a Jacinth?

—No, Padre —dijo Michael—. Y, Padre...

—¿Sí, Michael?

—Me avergüenzo del hecho que haya sucedido todo esto como resultado de dejar a la familia a mi cuidado.

El Khadilh palmeó cariñosamente el hombro de su hijo.

—Eres muy joven, hijo mío —dijo—, y no tienes que avergonzarte de nada. Cuando las mujeres de una familia se empeñan en trastornar el orden natural de las cosas y en violar las normas de la decencia, es muy poco lo que puede hacerse.

—Gracias, Padre.

—Ahora —dijo el Khadilh, dirigiéndose a todos—, sugiero que lo primero que hagamos sea hacer intervenir a la Unidad Disciplinaria de Mujeres. ¿Quieren que haga colocar a la Khadilha bajo Medicación Permanente, hijos míos?

Confió en que ellos no insistirían para que lo hiciera, y quedó complacido al ver que, efectivamente, no insistían.

—Vamos a esperar, Padre —dijo Michael—, hasta que conozcamos el resultado de los exámenes.

—No creo que pueda existir ninguna duda acerca del resultado.

—De todos modos, Padre, ¿podemos esperar?

Era el más joven de los muchachos. Como es lógico, sus sentimientos eran aún excesivamente delicados. Y, en el fondo, al Khadilh no le desagradaba que fuera así.

—Una juiciosa decisión —dijo—. En tal caso, después que me haya bañado y me hayan servido la cena, haré llamar al Letrado an-ahda. Y ahora pueden marcharse, hijos míos.

Los muchachos desfilaron, encabezados por el solemne Michael, dejando al Khadilh sin más compañía que la lenta danza de una flor móvil procedente de una de las estrellas tropicales. La flor ondulaba suavemente, susurrando para sí misma y desprendiendo una lluvia de chispas plateadas de cuando en cuando. El Khadilh la contempló unos instantes con aire suspicaz, y luego pulsó el botón del comunicador para llamar a la Gobernanta. Cuando apareció el rostro en la pantalla, el Khadilh le gritó:

—Gobernanta, ¿estás familiarizada con la naturaleza de la planta móvil que alguien ha colocado en mi estudio?

La voz de la Gobernanta, asustada, resonó inmediatamente.

—Podemos sacar la planta del estudio del Khadilh... ¿Debo avisar al Jardinero?

—Lo único que quiero saber es el sexo de esta maldita planta —aulló el Khadilh—. ¿Es macho o hembra?

—Macho, Khadilh, del género...

El Khadilh cortó la comunicación mientras la Gobernanta le recitaba el *pedigree* de la planta. Era macho; por lo tanto, podía quedarse. Le hablaría a la planta, mientras cenaba, de la increíble conducta de su Khadilha.

El Letrado an-ahda se arrellanó en su asiento y sonrió a su cliente.

—Sí, ban-harihn —dijo en tono amable, ya que conocía al Khadilh desde que fueron compañeros en la Universidad—. ¿Qué puedo hacer para contribuir a que el sol brille con más fuerza a través de tu ventana?

—El asunto es grave —dijo el Khadilh.

—Ah.

—Ya estás enterado —no te preocupes por ser cortés y negarlo— del comportamiento de mi esposa en la procesión de las Lluvias de Primavera. ¿No es cierto?

—Muy impulsiva —asintió el Letrado—. Muy imprudente. Indisciplinada.

—Desde luego. Sin embargo, la continuación es mucho peor.

—¡Oh! ¿Acaso el Poeta Anna-Mary trató de vengarse?

—No en el sentido a que tú te refieres. Pero ha ocurrido algo peor, amigo mío, mucho peor.

—Cuéntamelo.

El Letrado se inclinó hacia adelante atentamente, escuchando, y cuando el Khadhilhubo terminado se aclaró la garganta.

—No se puede hacer nada —dijo—. Debiste saberlo inmediatamente.

—¿Absolutamente nada?

—Nada. La ley especifica que cualquier mujer puede presentarse a los Exámenes de Poesía, con tal que ella tenga doce años cumplidos y sea ciudadana del planeta. Sin embargo, si no es aceptada, la pena a imponer por haberse presentado y fracasado es la de confinamiento solitario de por vida en la casa de su familia. Y una vez que ha anunciado a la Facultad por escrito que desea competir, es enclaustrada hasta el día de los exámenes, y no puede cambiar de idea. La ley es muy clara al respecto.

—Jacinth es muy joven.

—Tiene doce años. Es lo único que exige la ley.

—Es una ley cruel.

—Nada de eso. ¿Puedes imaginar, ban-harihn, el caos que se produciría si todas las jóvenes emotivas, aburridas de esperar el matrimonio en las habitaciones de las mujeres, pretendieran tener vocación y esgrimieran su derecho a competir? El propósito de la ley es el de evitar que las jóvenes ligeras de cascos planteen dificultades a sus familias y al estado.

—Sí, supongo que tienes razón. Pero, ¿por qué se permite competir a las mujeres? En las otras Profesiones no se permite esa estupidez.

—La ley especifica que, dado que la Profesión de Poeta es un oficio religioso, tiene que existir un canal adecuado para las raras ocasiones en que el Creador estime oportuno llamar a una mujer a Su servicio.

—¡Qué tontería!

—Tenemos al Poeta Anna-Mary, ban-harihn.

—¿Y cuántas más?

—Ella es la tercera.

—¡En casi nueve mil años! ¿Sólo tres en tantos siglos, y no puede hacerse una excepción con una niña de doce años?

—Lo siento de veras, amigo mío —dijo el Letrado—. Puedes formular una petición al Consejo, desde luego, pero estoy seguro (*completamente* seguro) del

hecho que esto será inútil. La opinión pública reacciona con especial desagrado a la simple tentativa de una mujer de presentarse a los exámenes, debido a que el hecho aparece como sacrílego incluso a los ojos de muchas personas de mentalidad progresista. El Consejo no se atrevería a hacer una excepción.

—Podría hacer una apelación galáctica.

—Podrías.

—Se produciría un escándalo entre los pueblos de la galaxia si se supiera que una niña es sometida a tal castigo.

—Amigo, mío, mi querido ban-harihn, piensa en lo que estás diciendo. Provocarías un incidente internacional, un incidente internacional intergaláctico, con todas sus implicaciones: atraerías una oleada de censuras sobre nuestras cabezas, y seguramente una investigación de nuestras costumbres religiosas por la policía intergaláctica, lo cual provocaría a su vez una protesta de nuestro gobierno, lo cual a su vez...

—Sabes perfectamente que no lo haré.

—Espero que no. ¡Sería una locura equivalente a la Guerra de Troya..., ¡y todo por una niña!

—Somos un pueblo bárbaro.

El Letrado asintió.

—Después de diez mil años, si la barbarie perdura se convierte en algo firmemente arraigado.

El Letrado se puso en pie y se envolvió en su pesada capa azul.

—Al fin y al cabo —dijo—, sólo se trata de una niña.

Todo estaba muy bien, pensó el Khadilh cuando su amigo se hubo marchado. Pero el Letrado, sin duda, no había tenido ocasión de comprobar el resultado de toda una vida de confinamiento solitario en absoluto silencio, ya que de otro modo no hubiese hablado con tanta despreocupación de la posibilidad que una niña corriera aquella suerte.

La hermana del Khadilh tenía treinta años, y era soltera, cuando decidió competir, y ahora tenía cuarenta y seis. Había sido un impulso demencial, provocado por treinta años de aburrimiento, y el Khadilh acusaba a sus padres. Debieron ofrecer una dote suficiente para que incluso Grace, a pesar de su fealdad, se convirtiera en una esposa aceptable para alguien, en alguna parte.

La habitación en el Pequeño Pasadizo, donde había sido confinada desde su fracaso, no tenía ninguna ventana, ningún comunicador, nada. Le pasaban la comida a través de una ranura de la pared, así como los escasos libros y periódicos que podía leer, de acuerdo con las severas normas de la Unidad Disciplinaria de Mujeres.

Una de las obligaciones de la Khadilha Althea era la de ir cada mañana a la celda y observar a la prisionera a través de una mirilla especial. En las dos ocasiones en que aquella observación había permitido detectar una dolencia física, se había disparado un dardo conteniendo un anestésico a través de la ranura, y Grace había quedado

inconsciente durante el tiempo necesario para que un médico entrara en la celda y la atendiera. Llevaba dieciséis años de encierro, y la Khadilha había tenido que vigilarla, a través de los primeros años cuando Grace alternaba días enteros de pasivo estupor con días enteros de gritos y súplicas..., y ahora que Grace estaba completamente loca. El Khadilh la había observado en dos ocasiones en que la Khadilha estuvo enferma, y le había resultado difícil creer que el ser que se arrastraba a cuatro patas de un extremo a otro de la habitación, despeinado y sucio, era su hermana. Aullaba, gemía y se clavaba las uñas en la carne: resultaba difícil creer que era un ser humano. Y sólo llevaba encerrada dieciséis años. ¡Jacinth tenía doce!

El Khadilh llamó a las habitaciones de su esposa y ordenó a las sirvientas que dejaran sola a la Khadilha. Luego se dirigió rápidamente hacia allí. Encontró a su esposa sentada delante del hogar, contemplando las plantas móviles que danzaban junto al calor del fuego. Tal como había dicho su hijo, la Khadilha se mostraba muy dócil, casi desconectada de la realidad.

El Khadilh sacó una cápsula del bolsillo de su túnica, haciendo que su esposa la tragara, y cuando los ojos de la Khadilha quedaron libres de la niebla de sus sueños de drogada, le dijo:

—Como puedes ver, he regresado, Althea. Deseo saber por qué mi hija ha acarreado esta desgracia sobre nuestra familia.

—Fue idea suya —dijo la Khadilha con voz amarga—. Desde que fue elegido el último de sus hermanos decidió competir, diciendo que para nuestra casa sería un gran honor el hecho que todos los hijos del ban-harihn fuesen aceptados para la fe.

Fue como si se hubiera encendido una luz.

—¡Entonces, no fue un impulso! —exclamó el Khadilh.

—No. Jacinth alimentaba esa idea desde que tenía nueve años.

—Pero, ¿por qué no se me dijo nada? ¿Por qué no me fue dada la oportunidad...?

Se interrumpió bruscamente, sabiendo que estaba diciendo tonterías. Ninguna mujer hubiese molestado a su marido con los problemas planteados por una niña. Pero ahora empezaba a comprender.

—Jacinth ni siquiera sabía —continuó diciendo su esposa— que existía un Poeta femenino vivo, aunque alguien le había dicho que la posibilidad no era descabellada. Cuando el Poeta Anna-Mary se acercó a ella en la procesión, estuvo segura. Entonces supo que había sido escogida.

Desde luego. Aquel simple hecho, el ser distinguida delante de la multitud, convenció a la niña del hecho que su elección había sido ordenada por la Divinidad. Y la Khadilha había llevado a la niña a la celda de su tía en un desesperado intento de disuadirla.

—Para ser una niña —murmuró el Khadilh—, Jacinth tiene mucha fuerza de voluntad, puesto que no se dejó impresionar por el espectáculo de la pobre Grace.

Su esposa no contestó, y el Khadilh se sentó, casi demasiado cansado para moverse. Estaba tratando de situar a la niña Jacinth en su mente, sin resultado.

Habían transcurrido cuatro años desde la última vez que la vio, con la camisola blanca que todas las niñas llevaban. Recordaba a una niña delgada, recordaba unos cabellos negros... Pero en el planeta todas las niñas eran delgadas y tenían los cabellos negros.

—Ni siquiera la recuerdas —dijo su esposa, y el Khadilh dio un respingo, irritado por la sagacidad de la Khadilha.

—Es cierto —admitió—. No la recuerdo. ¿Es bonita?

—Es muy bella. Aunque, ahora, eso no tiene importancia.

El Khadilh meditó unos instantes, contemplando el estoico rostro de su esposa, y luego, escogiendo cuidadosamente las palabras, dijo:

—Tenía la intención de presentar una queja ante la Unidad Disciplinaria de Mujeres por tu conducta, Khadilha Althea.

—Esperaba que lo harías.

—Conoces suficientemente a los agentes de la UDM. ¿No te preocupa la perspectiva?

—Me es indiferente.

El Khadilh la creyó. Recordaba perfectamente el comportamiento de su esposa en su último embarazo, ya que se necesitaron cuatro agentes de la Unidad para dominarla y atarla al lecho conyugal. Y, sin embargo, sabía que muchas mujeres acudían de buena gana, incluso ávidamente, a sus citas con sus maridos. A veces le resultaba difícil comprender por qué no había sometido a Althea a la Medicación Permanente desde el primer día; desde luego, no hubiese sido difícil obtener permiso para tomar una segunda esposa, más femenina. Por desgracia, se mostró débil, y Althea había sido la madre de su primogénito, con lo cual había tenido que continuar con ella, buscando en sus concubinas el ardor y la ternura femeninos.

Y, con el paso de los años, Althea se había endurecido, en vez de ablandarse.

—He decidido —concluyó bruscamente— que tu conducta no es tan escandalosa como había pensado. No estoy seguro de no haber reaccionado como tú, si hubiera conocido los planes de la niña. En consecuencia, no presentaré ninguna queja.

—Eres muy indulgente.

El Khadilh escudriñó el rostro de su esposa, en el cual no se había apagado del todo la belleza, en busca de algún rasgo de impertinencia, pero no encontró ninguno.

—Sin embargo —continuó—, debes comprender que nuestro primogénito debe decidir por sí mismo si desea presentar su propia queja. Tu desobediencia fue la primera para él. Yo me he acostumbrado ya a que me desobedezcas.

Giró sobre sus talones y se marchó, divertido por su propia debilidad. Pero canceló inmediatamente la orden de Medicación. La Khadilha era una mujer, y había querido evitar que su hija se convirtiera en lo que se había convertido Grace; no resultaba tan difícil de comprender, después de todo.

La familia no acudió a la Universidad el día de los exámenes. Esperaron en casa, preparados para lo inevitable, en la medida en que se podía estar preparado.

Las llorosas sirvientas habían preparado otra habitación, cerca de la que ocupaba Grace, y ahora estaba abierta, esperando.

El Khadilh había autorizado a su esposa a salir de sus habitaciones, dado que sólo podría pasar unos momentos con su hija, y más adelante sólo tendría la obligación de observarla cada mañana, como hacía con su cuñada. La Khadilha estaba ahora sentada en la sala común, muy pálida, preguntándose, suponía el Khadilh, qué haría ahora. No tenía ninguna otra hija; no tenía hermanas ni cuñadas. Estaría sola en la casa, a excepción de sus sirvientas, hasta que Michael, tal vez, le proporcionara una nieta. El Khadilh sintió pena por ella, sola en una casa de hombres, cinco de los cuales, muy pronto, únicamente podrían hablar el lenguaje rimado de los Poetas.

—¿Padre?

El Khadilh alzó la mirada sorprendido. Era su hijo menor, el pequeño James.

—Padre —dijo el muchacho—. ¿Podrá pasar el examen? Quiero decir, ¿es posible que lo pueda pasar?

Michael respondió por él.

—James, sólo tiene doce años, y es una mujer. No ha recibido ninguna educación; apenas sabe leer. No hagas preguntas tontas. ¿No te acuerdas de los exámenes?

—Me acuerdo —dijo James, sin ceder—. Pero me pregunto si es posible. Está el poeta Anna-Mary.

—La tercera en muchos centenares de años, James. No te hagas ilusiones.

—Pero, ¿es posible? —insistió el muchacho—. ¿Es posible, Padre?

—No lo creo, hijo —dijo el Khadilh cariñosamente—. Sería un milagro que una niña de doce años, sin preparación alguna, pasara unos exámenes que yo mismo no pude pasar, cuando tenía dieciséis años. ¿No crees?

—Entonces —dijo el muchacho—, ¿Jacinth no podrá ver a nadie, mientras viva, no podrá hablar con nadie, no podrá asomarse a una ventana, no podrá salir de aquella pequeña habitación?

—No.

—¡Ésa es una ley cruel! —dijo el muchacho—. ¿Por qué no ha sido cambiada?

—Hijo mío —dijo el Khadilh—, no es un caso que se presente a menudo, y el Consejo tiene otras muchas cosas de las que ocuparse. Es una ley antigua, y el saber que existe ofrece a las jóvenes aburridas algo en que pensar. Está destinada a asustarlas, hijo mío.

—Algún día, cuando tenga suficiente poder, haré cambiar esa ley.

El Khadilh alzó una mano para que cesaran las risas de los hermanos mayores.

—Déjenle en paz —gruñó—. Es muy joven, y Jacinth es su hermana. Tengamos un espíritu de compasión en esta casa, si debemos soportar una tragedia.

Luego se le ocurrió una idea.

—James —dijo—, te tomas mucho interés por este asunto. ¿Es posible que tengas algo que ver con esa estupidez de tu hermana?

—Te enfadarás, Padre —dijo James—, pero no es eso lo peor. Lo peor es que he

condenado a mi hermana a...

—James —dijo el Khadilh—, tus autoacusaciones no me interesan. Explícate inmediatamente, con sencillez y sin dramatismo.

—Bueno, solíamos practicar, ella y yo —dijo el muchacho apresuradamente, con la vista clavada en el suelo—. Pensé que no pasaría los exámenes, ¿sabes? Me imaginaba a todos mis hermanos pasándolos, y yo no. Y a la gente diciendo: «Ése es el único de los hijos del ban-harihn que no pasó los exámenes de Poesía».

—¿Y?

—Y por eso practicamos juntos, ella y yo —dijo James—. Yo escogía el tema y la forma, y escribía la primera estrofa; y luego ella escribía la réplica.

—¿Cuándo hacían eso? ¿Dónde?

—En los jardines, Padre, desde que Jacinth aprendió a rimar. Es muy buena, Padre, de veras.

—¿Jacinth sabe rimar? ¿Conoce las formas?

—¡Sí, Padre! Y es buena, tiene una predisposición natural. Es mucho mejor que yo, Padre. Me avergüenza decir eso de una mujer, pero decir otra cosa sería una mentira.

¡Las cosas que pasan en la casa de uno! El Khadilh estaba asombrado y desalentado, y disgustado, además. No es que fuera anormal que hermanos y hermanas jugaran juntos, mientras eran muy jóvenes, pero seguramente que uno de los criados, o un miembro de la familia, tuvo que darse cuenta del hecho que los dos pequeños estaban jugando a Poesía.

—¿Qué más pasa en mi casa ante los ojos ciegos y los oídos sordos de aquellos en quienes confío? —preguntó furiosamente, y nadie se atrevió a contestar.

El Khadilh dejó oír un gruñido de disgusto y se acercó a la ventana para tender la mirada sobre los jardines que se extendían hasta el riachuelo que discurría por detrás de la casa. Había empezado a llover, una lluvia verde y suave que era poco más que una niebla, y el río parecía de terciopelo a través del velo de agua. En otro momento, el Khadilh hubiera disfrutado con aquel espectáculo; pero el día no invitaba a los placeres contemplativos, precisamente.

A menos, desde luego, que Jacinth pasara los exámenes.

Una idea absurda. Los exámenes de Poesía eran muy distintos de los de las otras Profesiones. En estos últimos se repartían las papeletas con los temas propuestos, que el examinando debía resolver en un plazo de seis horas. Las calificaciones eran atribuidas por una computadora. Luego, al cabo de unos días, el interesado recibía la notificación de si había sido aprobado o no.

La Poesía era algo distinto. Para empezar, existían diversos grados, desde el Primer Nivel, que capacitaba a un hombre para los oficios menos importantes de la fe, hasta el Séptimo Nivel, a través de otros cinco niveles subordinados. Rara vez se ingresaba en el Séptimo Nivel. Dado que no podía ascenderse de un nivel a otro, ya que los exámenes situaban a un hombre en su nivel apropiado desde el primer

momento, en ocasiones el Séptimo Nivel permanecía vacante durante más de un año. Michael había sido situado en el Cuarto Nivel, lo mismo que sus hermanos.

Para la Poesía se celebraba primero un examen de tipo normal, como el de las otras Profesiones. Pero, luego, si se pasaba aquel examen, quedaba la parte más difícil. El Khadilh no había pasado aquel primer examen e ignoraba lo que venía a continuación, salvo que tenía algo que ver con las computadoras.

—Michael —inquirió—, ¿cómo discurre, exactamente, el examen para Poesía por medio de computadoras?

—Primero hay que pasar el examen escrito —dijo Michael.

—De acuerdo. Continúa.

—Luego hay que entrar en una cabina, en la que está el tablero de una computadora, y apretar un botón. Entonces, la computadora da las instrucciones.

—¿Por ejemplo?

—Vamos a ver... Por ejemplo, puede decir: TEMA: AMOR A LA PATRIA... FORMA: SONETO... ESTILO: SOLEMNE, ADECUADO PARA UN BANQUETE OFICIAL. Y entonces se empieza.

—¿Está permitido utilizar papel y pluma, hijo mío?

—¡Oh, no, Padre! —Michael estaba sonriendo, sin duda, pensó el Khadilh, al comprobar lo ingenuo que era su padre—. Ni papel, ni lápiz. Y hay que empezar inmediatamente.

—No hay tiempo para pensar.

—No, Padre, ninguno.

—¿Y luego?

—Luego, a veces, te envían a otra computadora, la cual da temas más difíciles. Supongo que debe ser lo mismo hasta llegar al Séptimo Nivel, salvo que el tema es cada vez más difícil.

El Khadilh quedó pensativo. Para su propio oficio de Khadilh, que significaba poco más que «Administrador de Fincas», había tenido que pasar un examen oral, en prosa vulgar, y el examinador había sido un hombre, no una computadora, y aún recordaba la increíble estupidez de sus respuestas. Se había sentido aturdido por las cosas que brotaban de su boca, y había tenido el convencimiento que ella no pasaría el examen. Y Jacinth sólo tenía doce años, y no había recibido ninguna de las enseñanzas que sus hermanos recibieron, y apenas estaba familiarizada con la historia de los clásicos. Seguramente se habría mostrado demasiado aterrorizada para hablar. La simple modestia de su feminidad habría bastado para mantenerla muda, en el supuesto que hubiese tenido la suerte de pasar el examen escrito. ¡Maldita chiquilla!

—Michael —preguntó el Khadilh—, ¿cuál es el nivel del Poeta Anna-Mary?

—El Segundo Nivel, Padre.

—Gracias, hijo mío.

El Khadilh permaneció unos instantes más junto a la ventana, contemplando la lluvia, y luego fue a sentarse de nuevo al lado de su esposa. Las manos de la Khadilha

volaban, ocupadas con las pequeñas agujas que utilizaba para confeccionar los complicados gorros que llevaban los Poetas. Quería que sus hijos, de acuerdo con la antigua tradición, llevaran las prendas propias de su condición confeccionadas por sus propias manos, aunque nadie la hubiera censurado si las prendas eran confeccionadas por otros, dado el número de hijos que las necesitaban. El Khadilh quedó muy complacido por aquel detalle y decidió que más tarde le haría enviar un regalo.

Las campanas repicaron en la ciudad, señalando las cuatro de la tarde, Hora de Meditación, y los hijos del Khadilh se miraron unos a otros, vacilando. Según las normas de su Mayor, tenían que pasar aquella hora en sus habitaciones, pero su padre les había rogado específicamente que se quedaran con él.

El Khadilh suspiró, tomando nota mental del hecho que debía suspirar menos: era una costumbre desagradable.

—Hijos míos —dijo—, tienen que cumplir las normas de vuestro Mayor. Consideren esto como mi primer deseo.

Los muchachos le dieron las gracias y salieron de la habitación, y el Khadilh permaneció allí sentado, contemplando primero los ágiles dedos de la Khadilha y luego la danza de las flores móviles, hasta que las sombras empezaron a extenderse a través del enlosado suelo de la habitación. Llegaron las seis, y luego las siete, y ninguna noticia. Cuando regresaron sus hijos les despidió, malhumorado, no encontrando ningún motivo por el cual tuvieran que compartir su angustia.

Cuando los dobles soles se habían puesto ya sobre el río, el Khadilh había perdido la compasión que había aconsejado a los demás y estaba furioso con Jacinth y con el sistema. Le asombraba el hecho que una niña insignificante pudiera crear semejante desolación en él y en su familia. Empezaba a comprender el significado de la norma; la ley empezaba a parecer menos dura. El Khadilh había descuidado su cena y había pasado el día poseído de una insoportable tensión. Sus huertas estaban sin duda cubiertas de insectos y muriendo de sed, y su cuenta bancaria había quedado agotada por los gastos del viaje de regreso, el costo de los robots-agrícolas suplementarios en la Tierra, y la minuta por la inútil visita del Letrado. Y su sistema nervioso estaba descompuesto, y la paz de su hogar destruida. ¡Y todo ello por los caprichos de una niña de doce años! Y, como culminación de todas las desgracias, tendría que vivir con su madre mientras ella contemplaba a su hija desintegrarse en una masa de suciedad y de locura como su tía Grace.

El Khadilh entrechocó sus puños, en un acceso de rabia, y la Khadilha dio un respingo, sobresaltada.

—¿Quieres escuchar un poco de música, marido mío? —inquirió la Khadilha—. ¿O quizás te gustaría que te sirvieran la cena aquí? ¿Tal vez un buen vino?

—¡Tal vez una docena de bailarinas! —gritó el Khadilh—. ¡Tal vez un desfile de elefantes terrestres y un Ave Tentáculo de las Lejanas Lunas! ¡Que los dioses tengan piedad de mí!

—Te suplico que me perdones —dijo la Khadilha—. Te he enfurecido.

—No me has enfurecido tú —replicó el Khadilh—. ¡La que me ha enfurecido es esa miserable hija que me diste, y que me ha costado indecibles pesares y gastos!

—Muy pronto —observó la Khadilha suavemente—, Jacinth estará fuera del alcance de tu vista y de tu oído para siempre. Tal vez entonces no te enfurezca tanto.

La viveza de ingenio de la Khadilha, que a veces resultaba mortificante, había sido uno de los motivos por los que la había conservado a su lado durante tantos años. Sin embargo, en aquel momento deseó que fuera más estúpida y más tímida, y que se encontrara a mil años-luz de distancia.

—No tendrías que estar aquí, a estas horas —dijo—. No es decoroso en una mujer.

—Sí, marido mío.

—Se está haciendo tarde.

—Sí, se está haciendo tarde.

—¿Qué pueden estar haciendo allí?

Se acercó al comunicador y dio órdenes a la Gobernanta para que enviara a alguien con una consola videocolor. Era posible que en alguna parte de la galaxia estuviera ocurriendo algo que le distrajera de su angustia.

Sintonizó diversos canales, refunfuñando. En uno de ellos representaban una nueva comedia de algún desconocido autor vanguardista, describiendo un lío amoroso entre la hija de un miembro del Consejo y un servomecanismo. En otro canal transmitían un partido de *jidra*, entre dos equipos de las Lejanas Lunas, a juzgar por su tamaño. Cada uno de los programas era peor que el anterior. Finalmente, encontró un canal que transmitía noticias y se inclinó hacia adelante.

¡Sí! Estaban anunciando los resultados de los exámenes de Poesía.

«... finalizaron a las cuatro de la tarde. De los tres mil candidatos presentados, sólo han sido aceptados ochenta y tres...».

—¡Desde luego! —gritó el Khadilh.

Cuán estúpido había sido al no darse cuenta, más pronto, que puesto que todos los miembros de Poesía estaban obligados bajo juramento a observar la Hora de Meditación, los exámenes tenían que haber terminado antes de las cuatro de la tarde. Pero, en tal caso, ¿por qué no había venido nadie a notificarles el resultado de los exámenes o a devolverles a su hija? Eran casi las nueve de la noche...

Una leve esperanza prendió en su corazón. Era posible que la demora se debiera a que incluso los encallecidos miembros de la Unidad de Poesía se resistieran a condenar a una niña a un confinamiento solitario para toda la vida. Tal vez se habían reunido para discutir el problema, tal vez habían encontrado alguna argucia legal para evitar aquel desafuero...

El Khadilh desconectó el vídeo y marcó el número de la Unidad de Poesía en el comunicador. Inmediatamente, la pantalla quedó invadida por el bordado gorro y el rostro barbudo de un Poeta, Primer Nivel, que sonreía amablemente a través de la

sobreimpresa marca-matriz de su familia.

El Khadilh explicó su problema, y el Poeta sonrió y asintió.

—En este momento, los mensajeros se dirigen a tu casa, Khadilh ban-harihn —dijo—. Lamentamos el retraso, pero estas cosas requieren tiempo.

—¿A qué cosas te refieres? —preguntó el Khadilh—. ¿Y por qué me estás hablando en prosa? ¿No eres un Poeta?

—El Khadilh parece trastornado —dijo el Poeta con voz atemperante—. Debería saber que los Poetas que sirven a la Unidad de Poesía en calidad de comunicadores están dispensados de hablar en verso mientras se encuentran de servicio.

—¿Alguien viene a mi casa?

—Los mensajeros están en camino.

—¿A pie? ¿A lomos de una mula-robot, al estilo de la Tierra? ¿No podían transmitir un mensaje por el comunicador?

El Poeta sacudió la cabeza.

—Nuestra profesión es muy antigua, Khadilh ban-harihn. Hay que observar muchas tradiciones. Temo que la velocidad no se encuentre entre esas tradiciones.

—¿Qué mensaje me traen?

—Lo siento, pero no estoy autorizado para decírtelo —dijo el Poeta pacientemente.

—Final de la transmisión. Gracias —dijo el Khadilh, desconectando el comunicador.

La Khadilh había dejado su labor a un lado y estaba temblando. Su marido le palmeó cariñosamente la mano, deseando poder transmitirle algún consuelo.

¿Haría bien encargando la cena? Se preguntó si alguno de los dos sería capaz de comer.

—Althea... —empezó a decir, y en aquel preciso instante una sirvienta introdujo a los mensajeros de la Unidad de Poesía, y el Khadilh se puso en pie.

—¿Y bien? —preguntó bruscamente. No estaba dispuesto a perder el tiempo con los habituales e interminables prolegómenos—. ¿Dónde está mi hija?

—Hemos traído a tu hija con nosotros, Khadilh ban-harihn.

—Bueno, ¿dónde está?

—El Khadilh debería tranquilizarse.

—¡Estoy tranquilo! ¿Dónde está mi hija?

El mensajero decano levantó una mano, en un gesto ritual, reclamando silencio, y empezó a hablar con un irritante sonsonete.

—La hija del Khadilh ban-harihn será autorizada a hablar con sus padres por espacio de un minuto, contado por el reloj que sostengo en mi mano, para dar a sus padres el mensaje de despedida que estime oportuno. Una vez haya dado su mensaje, la hija del Khadilh saldrá de la casa, y ni el Khadilh ni nadie de su familia podrá volver a hablar con ella salvo por autorización especial del Consejo.

El Khadilh quedó desconcertado. Notó que su esposa temblaba como un pajarillo

asustado junto a él. ¿Iba a provocar acaso un segundo escándalo?

—Si no puedes controlar tu emoción, Khadilha —le dijo en voz baja—, sal de esta habitación.

—¿A qué te refieres al decir que mi hija saldrá de la casa? —le preguntó Khadilh al mensajero—. ¡No creo que el Consejo desee que reciba su castigo lejos de mi casa!

—¿Castigo? —dijo el mensajero—. Nadie ha hablado de castigo, Khadilh. Pero los estudios que debe cursar tu hija sólo pueden serle impartidos en el Templo de la Universidad.

Ahora, el que temblaba era el Khadilh. ¡Jacinth había pasado los exámenes!

—Por favor —dijo con voz ronca—, ¿quieres aclararme eso? ¿Debo entender que mi hija ha pasado el examen?

—Desde luego —respondió el mensajero—. Este es un día de gloria para la familia del ban-harihn. Puedes sentirte orgulloso, Khadilh, ya que tu hija ha terminado el examen final y ha sido colocada en el Séptimo Nivel. Se celebrará un festival, y todos los ciudadanos del planeta Abba gozarán de un día de asueto...

El Khadilh no oyó nada más. Se dejó caer en su asiento, sordo a la lista de los honores y de las celebraciones que iban a producirse como resultado de aquel hecho extraordinario. ¡Séptimo Nivel! ¿Cómo era posible?

Se dio cuenta vagamente del hecho que la Khadilha lloraba sin tratar de ocultar sus lágrimas, y alargó la mano para hacer caer los velos sobre el rostro de su esposa.

—Sólo un minuto, contado por mi reloj —estaba diciendo el mensajero—. ¿Comprendes? No puedes tocar al Poeta-Candidato, ni influir en ella en ningún sentido. Por su parte, a ella sólo le está permitido dar un mensaje de despedida.

Y a continuación permitieron que su hija, aquella desconocida que había realizado un milagro y a la que él ni siquiera hubiese reconocido en una multitud, entrara en la habitación y se acercara a él. Parecía muy joven y cansada, y el Khadilh contuvo el aliento para oír lo que ella iba a decirle.

Sin embargo, lo que les dio no fue un mensaje de despedida. El Poeta-Candidato, Séptimo Nivel, Jacinth ban-harihn, dijo:

—Enviarán a alguien inmediatamente a informar a mi tía Grace que he sido nombrada para el Séptimo Nivel de la Profesión de Poesía; el Consejo me ha concedido la gracia de interrumpir su confinamiento solitario todo el tiempo que haga falta para que mi tía comprenda lo que ha sucedido.

Y luego se marchó, seguida por los mensajeros, dejando detrás de ella el leve susurro de las flores danzarinas y el suave repiqueteo de la lluvia sobre el tejado para contrapuntear el silencio.

Vuestro corazón haploide

James Tiptree Jr.

ESTHAA (Auriga Epsilon V)

Tipo: Solterran. 98

Raza dominante: Humana en grado indeterminado.

Estado legal de la Federación: Pendiente de certificación.

Delegaciones, embajadas, misiones extraplanetarias: Ninguna.

Esthaa, único planeta habitado del sistema, primer contacto desde Auriga Phi 3010 ST, nivel cultural indígena aproximado al de las ciudades-estados de la Grecia antigua, agrupados alrededor de mar interior sobre masa continental única. Navegación, ruedas, dinero, escritura protoalfabética, números incluido el cero, geometría; fundición, tejidos, agricultura. Ruta comercial espacial establecida en 3100 ST. No se permite emigración de estudiantes a la Federación Galáctica. Rápidos progresos en la extracción de metales ligeros, máquinas herramientas y montaje. Exportaciones: componentes electrónicos y mecánicos. Importaciones: herramientas, vehículos e instrumentos científicos. Los obreros se distinguen por su habilidad para copiar mecanismos complicados.

Aspectos sociológicos: Desde el contacto, concentración de la población en complejo urbano alrededor del espaciopuerto, convirtiéndose en planeta de una sola ciudad. Se cree que la estructura política es una oligarquía, o un consejo de cabezas de familia. Religión desconocida. Lenguaje único, aglutinante. Ninguna guerra conocida, exceptuando esporádicas acciones policíacas contra tribus nómadas del interior conocidas como los pueblos Flenni. El temperamento parece ser pacífico y amistoso, aunque notablemente reservado.

El aparato de MacDorra desciende a gran velocidad: los escoceses de Marte no derrochan combustible. Pax mira a través de mi portilla. Veo el color en sus altos pómulos y la luz en sus ojos.

Su primer trabajo importante. Tiene una mirada grave y luminosa, como la de cierto perdiguero Chesapeake al cual conozco demasiado bien.

Debajo de nosotros se extiende una gran ciudad jardín sencillamente encantadora. Millas y millas de casas color miel entre una espuma de arbustos de flores multicolores, y aquí y allá un centro administrativo o un parque industrial como bandejas de pasteles. En el lejano horizonte, un mar que brilla suavemente. Un mundo de una sola ciudad.

Más allá del espaciopuerto se divisa una línea de boscosas colinas, y el piloto pone en marcha los motores para poder dominar el aparato. Súbitamente aparecen grandes manchas de color en la colina debajo de nosotros —rojo, púrpura, anaranjado—. Calles llenas de gente. Una aldea oculta.

El piloto de MacDorra deja en el polvo nuestros equipajes y a nosotros mismos en un abrir y cerrar de ojos. Tres comprobantes que firmar, un apretón de manos que rompe mi lápiz.

—¡Hasta dentro de seis meses, Doctor! ¡Suerte! —grita el piloto, entre el rugir de los motores del aparato, el cual se remonta rápidamente. El esthaano acude en nuestra ayuda. Es muy alto, y la situación parece divertirlo.

Recurrimos a nuestros conocimientos del lenguaje Inter-humano mientras el vehículo de ruedas se desliza a través de avenidas bordeadas de árboles. Reshvid Ovanha tiene un cultivado acento que revela su paso por la Universidad de la Federación Galáctica.

Muy humano, es mi primera impresión. Tiene el mismo número de dedos, sus articulaciones funcionan como las nuestras y su tejido cutáneo —una característica que tengo muy en cuenta— es una versión en amarillo claro de mi propia piel. Ojos redondos, con arrugas joviales, y una sonrisa que deja al descubierto unos dientes humanos con un par suplementario de frontales. Todo completamente normal, salvo que su torso parece más macizo de lo acostumbrado. Al igual que yo, es barbilampiño. En aquel momento estaba dispuesto a apostar mi paga a que al regreso de MacDorra me encontraría con un informe negativo.

Espera a que veamos a las mujeres, me digo a mí mismo.

Pax acaricia pensativamente su barbilla mientras nos deslizamos por unas interminables avenidas.

Posiblemente piensa lo mismo que yo... Los agentes más jóvenes de la ISB siempre consideran injusto que las investigaciones sobre el problema del sexo alienígena sean confiadas a tipos de mediana edad y monógamos como yo.

La Oficina de Personal tenía una desagradable experiencia. El primer agente de la ISB enviado a Esthaa, hacía más de un siglo, fue un individuo llamado Harkness. Entre otras idiosincrasias, Harkness sentía una debilidad especial por los experimentos de laboratorio. Los sensibles y reservados esthaanos quedaron desfavorablemente impresionados cuando un ala de su nueva Universidad se derrumbó con él. Después de la investigación y del pago de la subsiguiente indemnización, Esthaa había sido colocado al final de la lista del sector para dar tiempo a que se enfriara el resentimiento. Cien años más tarde, el Sector Auriga había efectuado comprobaciones en todos los planetas, excepto en Esthaa, y los esthaanos fueron persuadidos para que aceptaran otro equipo de Investigación Interplanetaria, tras garantizarles que no utilizarían explosivos. El equipo estaba formado por Pax Patton, mineralogista-estratígrafo, y Ian Suitlov, ecólogo de mediana edad en público y Oficial de Certificación de hecho..., lo mismo que Harkness había fingido ser antes

que yo.

—¿Por qué ese misterio en torno a los Oficiales de Certificación? —me había preguntado Pax mientras entablábamos conocimiento a bordo de la nave.

Contemplé su ávido rostro y maldije a la Oficina de seguridad.

—Bueno, existe el misterio, ¿sabes? Un nombre absurdo, para vuestra generación. Cuando yo empecé a trabajar, la gente todavía estaba dispuesta a luchar por ello. La Cruzada de la Verdadera Sangre era activa: de hecho, dos de mis compañeros de curso fueron raptados y sometidos a un tratamiento de conversión. Uno olvida la cantidad de energía, de dinero y de sangre que ha costado el hecho por el que las razas humanas estén esparcidas a través de la galaxia. Religiones, ciencias, planetas enteros en plena ebullición. Muchas personas no lo creían... Actualmente nos dedicamos a la tarea de contar y describir, sin estimular comentarios ni habladurías. Pero la cosa continúa siendo un misterio. ¿De dónde procedemos? ¿Somos una cumbre estadística, un simple puente en el camino de la evolución? ¿O somos producto de una sola semilla que fue esparcida a través de las estrellas?

A la gente le excitaba mucho el problema. Y conozco a algunos que todavía están excitados.

—Pero, ¿por qué tanto empeño por parte de la Seguridad, Ian?

—¿No te ha instruido nadie? Utiliza tu cerebro, considera la posición humana en la galaxia. Para una nueva raza, el hecho de ser certificada o no como humana puede significar una tragedia.

Nosotros sabemos que la Certificación no quiere decir nada: tenemos Hrattlis ocupando puestos relevantes en la Federación Galáctica, y parecen huevos escalfados. Pero trata de explicarle eso a una raza humanoide recién contactada, orgullosa y asustada. Para ella, la no-Certificación es una inferioridad. Por eso los Oficiales de Certificación no son llamados Oficiales de Certificación en voz alta. Tratamos de reunir los datos silenciosamente antes que se produzca algún alboroto. En el noventa por ciento de los casos no se presentan problemas, y el Oficial de Certificación lleva a cabo una tarea rutinaria. Pero cuando surge el otro diez por ciento emocional..., bueno, ése es el motivo para que la Oficina pague nuestras pólizas de seguro. Te cuento todo esto para que te acuerdes de mantener la boca cuidadosamente cerrada acerca de mi trabajo. Tú te dedicas a tus rocas, yo a mi biología, pero ni una palabra acerca de humanos, humanidad o misterio. ¿De acuerdo?

—Sí, señor —sonrió Pax—. Pero, Ian, no acabo de entender el problema. Quiero decir, el ser humano, ¿no es esencialmente un problema de cultura, de compartir los mismos valores?

—De ningún modo. ¿Qué es lo que les enseñan ahora en las Universidades? Mira, una cultura compartida es una cultura compartida. Congenialidad psíquica. No es humanidad. ¿Eres tan petulante como para etiquetar cualquier valor ético general como una medida de humanidad? Ser humano es algo menos complicado. Se reduce

a un pequeño punto: ¡Fecundidad mutua!

—¡Un concepto muy limitado de humanidad!

—¿Limitado? ¡Crucial! Considera las consecuencias prácticas. Cuando conocemos a una raza no-humana y nos mezclamos con ella, no importa que sea muy simpática y que produzca una impresión de familiaridad: los dos grupos permanecen separados hasta el final de los tiempos. No hay problema. Pero cuando encontramos una raza humana, aunque sus miembros tengan aspecto de caimanes, y algunos de ellos lo tienen, sus genes pasan a la alberca de los genes humanos, a pesar de todas las leyes y tabúes, y con todas las implicaciones sociales, religiosas y políticas que entraña la fusión. ¿Comprendes ahora por qué es ese el único hecho que la Oficina tiene que conocer?

Pax asintió, dirigiéndome su mirada de Chesapeake. Me pregunté si había hablado más de la cuenta.

Debo admitir que la villa que nos han destinado parece un pequeño palacio. La llamada de Reshvid Ovanha precipita hacia nuestro equipaje a un ejército de sirvientes. La villa es una versión de lujo de una residencia de la facultad de la Federación Galáctica. Incluso las tuberías funcionan igual. La única característica extraña que observo es un difusor que emite un agradable perfume floral.

—Éste es el hogar de mi primo, que siempre está en el mar —nos informa Ovanha—. Espero que estén cómodos, Reshvidi.

—Estaremos más que cómodos, Reshvid Ovanha. ¡No esperábamos tanto lujo!

—¿Por qué no? —sonríe—. Los hombres civilizados disfrutaban con las mismas cosas —Ovanha efectúa un pequeño reajuste en el difusor de perfume—. Cuando estén preparados, les llevaré a almorzar a la Universidad, donde conocerán a nuestro Consejero Decano.

Mientras rodamos a través de las verjas de la Universidad, Pax murmura:

—Parece el campus de la Federación Galáctica antes de la Danza de la Flor.

—¡Ah, la Danza de la Flor! —dice Ovanha alegremente—. ¿Conocieron al Profesor Flennery? ¿Y al Doctor Groot? Unos hombres magníficos. Pero, temo que eso fue mucho antes de su época de universitarios. En Esthaa vivimos muchos años, ¿saben? ¡Es un mundo muy sano!

El rostro de Pax se alarga. Personalmente, me pregunto qué se ha hecho de la famosa reserva esthaana.

Nos reunimos en el almuerzo. Nuestros anfitriones son corteses pero ceremoniosos, sonriendo cuando Ovanha ríe, y con una expresión grave mientras él charla. Algunos llevan túnicas universitarias; otros van de uniforme, como Ovanha. La atmósfera es la de un tranquilo club de caballeros.

—Confiamos en que se sentirán como en su propia casa, Reshvidi —recita el consejero, que resulta ser tío de Ovanha.

—¿Por qué no? —inquiere Ovanha—. Ahora, vamos, les acompañaré a sus laboratorios.

Los laboratorios son muy adecuados, y al atardecer hemos establecido nuestro horario y nuestros contactos.

—¿Tenemos que asistir a todas esas cenas?

Pax estaba paseando por el patio, con los ojos en la línea de lejanas montañas donde se están levantando dos lunas sonrosadas; los surtidores susurran y un pájaro canta.

—Uno de nosotros debe asistir. Tú puedes iniciar algún trabajo al aire libre.

—Mientras usted investiga lo de la fecundidad. Dígame, Ian, ¿cómo se las arregla...?

—Con un tanque de cultivo —le digo—, y mucha precaución. Y es un asunto delicado, hasta que se conocen los tabúes. ¿Cómo hubiera reaccionado la Inglaterra Victoriana, por ejemplo, ante un par de extranjeros que solicitaran echar una mirada a los órganos sexuales de la gente? Me gustaría imbuirte la idea respecto a que este es un tema muy apropiado para mantener la boca cerrada acerca de él.

—¿No es usted demasiado rígido, Ian? Esos tipos son muy inteligentes.

—A uno de mis amigos le cortaron los dos pies unos tipos supuestamente inteligentes.

Pax gruñe. Tal vez he llegado demasiado lejos. Pero este lugar me produce la sensación de un escenario, lleno de actores que insisten en parecer humanos. Bueno, sabré algo más después de haber visto a las mujeres.

Tres semanas más tarde estoy igual que el primer día. No es que no haya visto damas esthaanas: en las cenas, en los almuerzos, en alegres meriendas familiares, incluso en una excursión al campo con dos damas dedicadas a la biología marina. Mejor dicho, a lo que en Esthaa se considera biología.

Porque he comprobado que, en Esthaa, la ciencia es más un hobby de las clases superiores que una disciplina. La gente colecciona cosas raras y estudia lo que le divierte, de un modo anárquico. Es una ocasión para llevar una bata de laboratorio, del mismo modo que su ejército parece ser simplemente un juego para llevar uniformes. Mis damas esthaanas son como todo el mundo aquí, encantadoras, robustas y saludables. Y decorativamente mamíferas desde un punto de vista externo. Pero, ¿he visto mujeres?

Bueno, ¿por qué no?, como diría Ovancha... Necesito mirar más de cerca.

En un planeta desarrollado, el problema suele abordarse a través de las facultades de medicina.

Pero Ovancha tiene razón; los esthaanos gozan de buena salud. Aparte de las heridas y de un par de infecciones controladas ahora por los antibióticos, aquí no parecen existir enfermedades. Descubro que la Medicina equivale a la patología del envejecimiento: artritis, arterioesclerosis, etcétera.

Cuando pregunto por la medicina interna, ginecología, obstetricia, me paran en seco.

Un especialista en ortopedia me permite tomar unas cuantas medidas y muestras de sangre de sus pacientes infantiles. Cuando solicito ver hembras adultas, se pone nervioso. Finalmente me envía a un colega suyo, el cual me muestra de mala gana el cadáver de una anciana obrera, un caso de paro cardíaco. Compruebo que fue operada de hernia hace unos cuantos años.

—¿Quién realizó esta operación, Reshvid Korsada? —pregunto.

Parpadea.

—Eso no es obra de un médico —responde lentamente.

—Bueno, me gustaría conocer a la persona que hizo este trabajo —insisto—. También me gustaría conocer a uno de los médicos que asisten a los partos.

Una risa nerviosa. Se pasa la lengua por los labios.

—Pero..., no se necesitan médicos. Hay ciertas mujeres...

Veo el sudor que empapa su frente y cambio de tema. No he vivido veinte años dedicado a esta tarea por haber hurgado en las llagas, y quiero regresar sano y salvo al lado de Molly y de los niños.

—Esa gente es tan susceptible como un jabalí hembra embarazada —le digo a Pax aquella noche.

Al parecer, el nacimiento es tan tabú que ni siquiera pueden mencionarlo, y tan fácil que no necesitan médicos. Dudo que esos médicos hayan visto alguna vez a una mujer desnuda. Como en la Europa medieval, cuando diagnosticaban con muñecas. Esto va a resultar realmente peliagudo.

—¿No puede usted contar cromosomas o algo por el estilo?

—¿Para determinar la fecundidad? Por algo se le ha dado el nombre de «última fortaleza» al interior de la célula, Pax. Los análisis DNA cuantitativos no nos aclararían nada. El único índice seguro que tenemos es el más antiguo de todos: unir un gameto masculino a otro femenino, y comprobar si el cigoto se desarrolla. Pero, ¿dónde diablos voy a obtener un óvulo?

Pax soltó una risotada.

—Supongo que no esperará que yo...

—No. Desde luego que no. Y, hablando de otra cosa, ¿cómo van tus rocas?

—Eso me recuerda, Ian, que también yo creo haber tropezado con un tabú. ¿Se acuerda de aquella aldea que vimos desde el aire? Anoche le pregunté por ella a la esposa de Ovanha, y envió a los niños fuera de la habitación. Allí es donde viven los Flenni. Ella dijo que eran gente estúpida, o gente insignificante. Le pregunté si quería decir infantil..., al menos creo que fue eso lo que dije. Y entonces hizo salir a los niños. ¿Por qué no se dan prisa e inventan aquel traductor telepático que muestran los videos?

—Tal vez existe alguna relación entre infantil..., bebé..., nacimiento...

—No, creo que se trata de los Flenni. Debido a lo que ha pasado hoy. Me encontraba al otro lado del espaciopuerto, estudiando una capa geológica, cuando de repente oí una música procedente de la aldea. Eché a andar hacia allí, y casi

inmediatamente se presentó Ovanha con el vehículo de ruedas de la universidad para decirme que retrocediera. Dijo que allí había enfermedades. Casi me arrastró hasta el vehículo.

—¿Enfermedades? ¿Y Ovanha estaba allí? Estoy de acuerdo contigo, Pax. Y me alegro mucho porque hayas pensado en contarme todo eso. Como jefe nominal de esta misión —continué, en un tono que le hizo mirarme fijamente—, quiero que te mantengas alejado de los Flenni y de cualesquiera otros sujetos sensibles con los que puedas tropezarte. Soy responsable del hecho que salgamos de aquí sanos y salvos, y en este lugar hay algo que me preocupa. Llámame lo que quieras, pero límitate a estudiar las rocas. ¿De acuerdo?

Durante las dos semanas siguientes somos unos agentes modelo. Pax traza un perfil costero, y yo me entierro en una taxonomía rutinaria. Una de mis tareas consiste en la compilación de un resumen filogenético de las formas de vida indígenas basado en los datos de los propios esthaanos. Sus archivos son una mezcla de bestiarios literarios y botánica morfológica, rematada por una colección sorprendentemente numerosa de ejemplares microscópicos, todos abominablemente revueltos y dispersos. Con gran asombro por mi parte, en un paquete de muestras de rotíferas, descubro lo que debió ser el resultado de los trabajos de Harkness.

De regreso en la base, me dicen que todos los datos de Harkness desaparecieron con él. Me tomo la molestia de revisar el antiguo informe de la investigación de la ISB. Al parecer, no existe duda del hecho que Harkness había estado trabajando con un alambique, y que se declaró un gran incendio.

La única nota que el equipo de la ISB encontró fue en un trozo de papel en un desagüe. En aquel papel figuraban las palabras: «¡MUSCI! ¡Son HERMOSOS!». Musci son, desde luego, musgos terrestres. A no ser que Harkness hubiese abreviado Múscidos, o moscas. ¿Musgos hermosos? ¿Moscas hermosas? Evidentemente, Harkness era muy aficionado al ron. Pero, cuando estaba sobrio, era también un xenobiólogo de primera categoría, y sus notas, al cabo de un siglo, me están ahorrando mucho trabajo. Sus conteos de cromosomas, por ejemplo, son exactos. Hay otras breves anotaciones también, que aumentan mi excitación a medida que mis datos se acumulan. Harkness había estado descubriendo algo..., y yo también. El problema de obtener gametos humanos pasa a segundo término mientras persigo los ejemplares animales necesarios para completar el desconcertante cuadro.

En nuestras veladas libres, Pax y yo nos entretenemos cantando. Resulta que los dos somos aficionados a las antiguas baladas, y nuestro repertorio incluye el «Lobachevsky», el «Calipso del Aniversario de Beethoven» y «El Nombre de Roger Brown». Cuando añadimos un órgano vocal esthaano y un laúd, observo que nuestra ama de llaves esthaana lleva unas pequeñas orejeras.

Nuestra recompensa por tanta virtud llega una mañana en forma de Ovanha con

una cesta llena de comida.

—¡Reshvidi! —exclama—. Vengo a invitarles. ¿Les gustaría visitar la aldea Flenni?

Cruzamos el espaciopuerto y ascendemos a unas pequeñas colinas llenas de verdor. Luego, el vehículo de ruedas desciende a una garganta bajo una lluvia de flores, y de repente nos encontramos ante unas paredes de adobes brillantemente coloreadas en verde, rosa, azul eléctrico, púrpura, color de sangre seca y mostaza. Capto un intrigante olor, mientras el vehículo penetra en la plaza de la aldea. Está vacía.

—Son tímidos —se disculpa Ovanha—. Y la enfermedad ha sido dura.

—Pero, yo pensaba que no tenían ustedes... —dice Pax, y me mira, como esperando que le suelte un puñetazo.

—Nosotros no las tenemos —replica Ovanha—. Ellos sí, debido a su sistema de vida. Tienen un mal sistema de vida. Malo y absurdo. No viven mucho tiempo. Nosotros tratamos de ayudarles, pero...

Hace un gesto vago y luego hace sonar melodiosamente la bocina del vehículo. Nos bajamos.

Unas flores anaranjadas brotan a través de los guijarros que cubren el suelo. Huelen muy bien. En alguna parte, una flauta trina brillantemente y enmudece. Al otro lado de la plaza se abre una puerta y una figura cojea hacia nosotros.

Es un anciano que lleva una túnica azul. A medida que se acerca veo que es muy frágil; o, mejor dicho, Ovanha se convierte súbitamente en un gigante. Observo; algo en aquel anciano excita mis facultades intuitivas.

No me entero de la presentación a cargo de Ovanha.

Nos dirigimos hacia una calle lateral. También está vacía. Una intensa sensación de ojos ocultos espionando, de oídos escuchando. Las casas están entreveradas de tiendas de campaña, pabellones, cabañas, escondrijos oscuros.

Llegamos a un atrio cubierto con un ajado dosel verde, donde se encuentran una docena de frágiles ancianos reclinados silenciosamente contra la curva. Veo caderas y costillas esqueléticas bajo las brillantes y manchadas capas. ¿Es esta la enfermedad contra la cual Ovanha había advertido a Pax? Sin embargo, nos ha conducido directamente hasta ella...

Súbitamente, cruje una puerta lateral dando paso a un grupo de chiquillos. Los ancianos se incorporan, levantando unos brazos temblorosos, sonriendo y murmurando. Unas voces llaman apremiantemente desde el umbral, pero los pequeños corren, increíblemente diminutos y activos, gritando y alborotando. Luego, una figura envuelta en una túnica los reúne y les hace entrar de nuevo en la casa, y los ancianos recobran su anterior postura.

A mi lado, Ovanha está emitiendo un extraño sonido. Su boca se agita y su rostro ha adquirido un color verdoso mientras nos ordena que regresemos al vehículo.

Pero Pax tiene otras ideas. Desaparece súbitamente alrededor de una esquina.

Ovancha me dirige una mirada de disgusto y sale detrás de él. Yo le sigo con el anciano cojeando. Llegamos a una segunda esquina y estoy a punto de llamar a Pax a gritos cuando un revuelo de seda brota de la pared, a mi lado.

Mi mano es agarrada por algo diminuto y eléctrico. Una niña increíblemente pequeña se desliza junto a mí, su cara vuelta hacia la mía. Nuestras miradas se encuentran. Algo es introducido en mi puño. La cabeza de la niña se inclina, unos labios ardientes se posan en el dorso de mi mano, y la pequeña desaparece.

Veinte años de disciplina me han enseñado a disimular. El anciano no parece haberse dado cuenta de nada. Mira fijamente delante de él.

Encontramos a Pax y a Ovancha en la plaza. La espalda de Pax está rígida. Cuando nos despedimos, toma las dos manos del anciano entre las suyas. Ovancha está pálido. El vehículo se pone en marcha, la flauta invisible vuelve a trinar, ahora acompañada por un tambor. Una trompeta contesta desde el otro lado de la plaza. Nos alejamos envueltos en una nube de sonido.

—Son aficionados a la música —observo, estúpidamente.

Mi mano arde. Los ojos de Pax tienen una expresión peligrosa.

—Sí... —Ovancha habla con cierto esfuerzo—. Algunos no lo llaman música. Es muy áspera, muy salvaje. Pero yo encuentro..., encuentro que tiene cierto encanto.

Pax suelta un bufido.

La cosa va a terminar mal.

—En mi tierra natal —digo— tenemos también un animal como vuestro Rupo, al cual utilizamos para cazar. Tienen una fuerte personalidad y sólo piensan en cazar. En cierta ocasión, mis amigos y yo nos llevamos a un Rupo a una excursión de caza; como sucede también aquí, a menudo bebíamos vino con el almuerzo y por la tarde no cazábamos. El Rupo consideraba aquello como un pecado. De modo que una noche, cuando nos encontrábamos a muchos días de distancia de la base, llevó todas las botellas de vino a un pantano muy hondo y las enterró.

Los dos se me quedan mirando. Finalmente, Ovancha sonríe.

Cuando llegamos a la villa, veo que Pax abre la boca y le arrastro hasta un surtidor.

—Habla en voz baja.

—¡Esos individuos son humanos, Ian! Son los únicos esthaanos humanos que he visto. Los Flenni son los individuos que usted debería observar.

—Lo sé, Pax.

—¿Quiénes son? ¿Podrían ser los supervivientes de algún naufragio?

—Estaban aquí antes del Primer Contacto.

—Los esthaanos les inspiran terror. Les vi correr a refugiarse cuando nosotros llegábamos. Están en dificultades, Ian. No es justo. Tiene usted que hacer algo.

Está muy acalorado. Lo mismo que aquel Chesapeake, la noche antes de imponer la Prohibición.

Suspiro.

—Pax Patton, eres un mineralogista profesional enviado aquí para realizar una tarea específica que tu Federación quiere que se lleve a cabo. Lo mismo que yo. Y nuestras tareas no incluyen el mezclarnos en los conflictos políticos o sociales de los indígenas. Intuyo, lo mismo que tú, que los Flenni constituyen un grupo indígena que está siendo oprimido o explotado de algún modo por los civilizados esthaanos. No tenemos la menor idea del origen de la situación. Pero si algo está claro para nosotros, es que no somos libres para poner en peligro nuestra misión inmiscuyéndonos en un problema muy complicado. Esto es algo con lo que tendrás que enfrentarte en un planeta tras otro para poder realizar tu tarea. Esta galaxia es inmensa, y verás cosas mucho peores antes de jubilarte.

—Creí que nuestra tarea consistía en encontrar seres humanos.

—Efectivamente. Y me ocuparé de los Flenni, más tarde. Y redactaré un informe completo acerca de las condiciones en que se encuentran... Ahora, permíteme que te diga algo que sospecho. ¿Has oído hablar del poliploidismo?

—Creo que es algo relativo a células grandes... ¿Qué tiene que ver con los Flenni?

—Déjame terminar. No puedo estar seguro hasta que consiga unos cuantos ejemplares más, pero creo que hemos descubierto algo único: tetraploidismo recurrente en los animales superiores. Hasta ahora lo he localizado en dieciocho especies, incluidos roedores, ungulados y carnívoros. En cada uno de los casos existen dos animales muy similares, uno de los cuales es de mayor tamaño, más fuerte y más vigoroso. Y tetraploide. Lo cual significa, dicho sea de paso, no células grandes, sino una serie suplementaria de cromosomas. Una mutación. Formas tetraploides y poliploides de plantas alimenticias son utilizadas en muchos planetas, pero eran casi desconocidas entre los animales. Aquí se encuentran en todo el planeta, y a menudo en forma de animales domésticos. Ese animal parecido a una vaca que los esthaanos ordeñan, tiene una doble cantidad de cromosomas que la pequeña vaca.

»Y lo mismo sucede con el animal que les proporciona la lana, comparado con las ovejas corrientes.

»Su roedor común tiene veintidós cromosomas, pero he atrapado una rata real — un animal gigantesco—, con cuarenta y cinco cromosomas. Harkness había empezado a trabajar en esa dirección. ¿Te das cuenta de las posibilidades que ofrece la situación?

—¿Quiere usted decir que esos robustos esthaanos son Flenni tetraploides?

—Eso es exactamente lo que espero descubrir.

—¿Y qué?

—Este es un caso en el que la naturaleza ha montado el escenario para el genocidio, Pax. Las dos formas compiten, y la forma más fuerte, más vital, vence. Los Flenni son débiles, viven pocos años y se enfrentan a un pueblo que les supera en todo. Por extraño que pueda parecerle, aquí tienes una medida cuantitativa de humanidad..., si es que son humanos. Dadas las circunstancias, lo raro es que los

Flenni hayan sobrevivido tanto tiempo. Recuerdo que nuestra especie exterminó a todos nuestros parientes cercanos.

—Pero, podrían concederles un espacio vital para que se desarrollaran por sí mismos...

—En el supuesto que la mutación no sea recurrente. Si es recurrente, la situación se repetirá. Y al parecer lo es... ¿Por qué cada una de las especies tiene una compañera tetraploide? Si sólo existiera una mutación regresiva, las evoluciones independientes hubieran seguido caminos divergentes. Ahora sugiero que dejemos de hablar y cantemos algo. ¿Qué te parece «Sujeta a Ese Tigre»?

Cantamos sin entusiasmo. Cuando terminamos, leo la nota que llevo en el bolsillo.

«¡Ven a nosotros Doctor de las estrellas! Rezamos para que nos ayudes».

Duermo muy mal. Por la mañana, encontramos junto a nuestra mesa un ramo de brillantes flores anaranjadas que alguien ha arrojado por encima de la pared.

Ovanha se presenta a la hora del desayuno. Le acompaña un musculoso joven esthaano que lleva botas altas y gafas oscuras importadas.

—¡Reshvid Goffafa! —anuncia Ovanha—. Está dispuesto a guiar al Reshvid Pax hasta las montañas volcánicas. ¡Ha renunciado a sus vacaciones para poder acompañarle!

Ausente Pax, me concentro mejor y en unos cuantos días de búsqueda tenaz localizo tres portaplacas marcados «FI.» en una colección de tejidos de plantas acuáticas. Una sección muy bien teñida y etiquetada «FI. Inf., médula vascular» me proporciona lo que necesito. Existen anomalías carioquinéticas, pero el conteo de cromosomas asciende a la mitad del de mis muestras esthaanas.

Mi involuntaria satisfacción hace que me recuerde la conciencia. La cosa es una trampa trágica para los Flenni. Seguramente que Harkness...

—¡Estudia usted en estado de trance!

Ovanha ha entrado silenciosamente.

—La fuerza de la costumbre —digo.

La silenciosa entrada de Ovanha me ha sorprendido. Normalmente, se comporta de otro modo. Y observo ahora que tiene los ojos grises, cuando lo normal en los esthaanos son los ojos castaño oscuro. Y el anciano Flenni también tenía los ojos grises.

—Me pregunto qué es lo que ve usted.

Bajo su tono ligero, intuyo una nota de seriedad. ¿Es posible que Ovanha sea lo bastante diferente como para resultarme útil?

—Veo algo de gran interés científico en su delicioso planeta —empiezo, en tono optimista. Me escucha cortésmente, pero cuando trato de mostrarle un cromosoma deja caer sus aristocráticos párpados. Hablo cautelosamente de una posible diferencia genética entre él mismo y unos anónimos «otros». Tuerce la boca.

—¡Cualquiera puede darse cuenta de la diferencia, Reshvid Ian! —me reprocha—. No hay necesidad de ir más adelante. Nuestra ciencia no está interesada en esas cosas.

Ninguna ayuda por esta parte. Vuelvo a rumiar el problema de obtener gametos esthaanos, mientras Ovanha charla de un Reshvid doctor que quizás tenga algunas muestras, y de otro Reshvid no sé cuanto que se sentirá encantado si permito que me muestre su técnica de conservación de las muestras..., después de las vacaciones, desde luego. Entretanto, dado que ahora nadie trabaja, ¿por qué no le acompaño a cenar y a visitar la colección de murciélagos marinos luminosos del museo del presidente?

Al día siguiente, el dirigible de la universidad sale a recoger a Pax y a Goffafa, pero no están en el lugar convenido. Nadie se preocupa, dado que la pareja tiene abundantes suministros. Se decide volver a intentarlo al cabo de tres días. La segunda tentativa fracasa, y también la tercera. Ovanha me recuerda que Goffafa está perdiendo ya las clases.

Aquella noche, alguien vuelve a arrojar flores anaranjadas por encima de la pared. A mediodía aparece en mi laboratorio un esthaano uniformado para decirme que se requiere mi presencia en el despacho del consejero.

Ovanha está en la antesala, de pie. Inclina brevemente la cabeza para saludarme y entra en el despacho, dejándome que contemple a la antiséptica y cilíndrica doncella que se encuentra detrás del escritorio.

Finalmente soy introducido a presencia del canoso Consejero Decano. Ovanha está contemplando un mapa colgado de la pared. Nadie me invita a sentarme.

—Reshvid Ian, su colega Reshvid Pax es un criminal. Ha cometido un asesinato. ¿Qué tiene usted que decir?

Tartamudeo mi asombro. Ovanha da media vuelta.

—El Reshvid Gaffafa está muerto. Su cadáver fue encontrado enterrado, en una evidente tentativa para ocultarlo. Murió estrangulado. Su colega Pax ha huido.

—Pero, ¿por qué habría hecho Pax una cosa así? ¿Por qué creen que fue el asesino? Pax admira y respeta a su pueblo, Reshvid Ovanha.

—El asesino era alto y fuerte. Su amigo es fuerte..., y muy excitable, incontrolable.

—No...

—Discutió con el Reshvid Gaffafa, le mató y huyó.

—Cuando el Reshvid Pax regrese —digo, en tono firme—, espero que escucharán ustedes su explicación de la lamentable muerte de Goffafa.

—¡No regresará! —grita Ovanha—. Se ha introducido en un campamento de Flenni y se oculta allí. ¿Se atreve usted a sugerir que no es culpable?

El consejero carraspea bruscamente y Ovanha cierra la boca de golpe.

—Esto es todo. Tenga la bondad de permanecer en su alojamiento hasta que solucionemos el problema del transporte. Lamento informarle que su laboratorio ha

sido cerrado.

Los días que siguen traen consigo aquella agonía de aburrimiento y preocupación que sólo conocen los que han estado solos y encarcelados en un planeta extranjero. Me han devuelto mi maletín, y me obligo a mí mismo a estudiar la flora del jardín. Al otro lado de la verja hay ahora un centinela. Oigo una refriega nocturna, y se interrumpen los envíos de flores por encima de la pared.

La quinta noche, el casi-gato da a luz.

Paseo por la terraza. Se supone que los biólogos de la ISB veteranos no experimentan el horror alieni. Desde luego, superficialmente no estoy en peligro. Pax se encuentra metido en un lío serio, pero lo único que a mí me espera es la reprimenda del Sector por haber fracasado en mi misión. Sin embargo, no puedo librarme de la sensación que a mi alrededor acecha algo maligno. Algo que mata biólogos. Harkness era biólogo, y murió aquí.

Noto el roce de mis pies sobre los helechos color ámbar. El gran animal doméstico al que llamamos casi-gato está rodando por el suelo entre un montón de pequeños y rechinantes seres.

Enfoco mi lámpara de bolsillo. El «gato» se sienta sobre sus patas traseras, bosteza delante de mis narices y se aparta, permitiéndome contemplar los bichos que se retuercen en el suelo. ¡Gatitos!

Pero, ¿cuántos? Una docena de diminutos rostros se vuelven hacia la luz. Dos docenas, cuatro docenas..., y aún hay más moviéndose entre las raíces de los helechos. Y, ¡cuán diminutos!

Recojo un puñado y me dirijo a mi laboratorio.

En mi cerebro, todas las piezas del rompecabezas que habían encajado tan perfectamente en aquel maldito diseño irregular, están otra vez en movimiento, reuniéndose en un diseño más amplio y pavoroso. Una de las partes del nuevo diseño es la gran probabilidad para que me maten. Lo mismo que a Harkness, cuando descubrió la verdad.

¿Puedo ocultarla? No es probable; dos soñolientos criados me han visto con los gatitos. Y he sido demasiado explícito con Ovancha.

Trabajo cuidadosamente. Empieza a amanecer cuando el microscopio desvanece todas las dudas posibles. En el jardín, un muchacho de la limpieza cargado con una caja está escarbando debajo de los ambarinos helechos. Tiene dificultades: los gatitos, que sólo tienen cuatro horas de vida, corren y muerden. Pero acaba por capturarlos a todos. Lleva la caja hasta la verja y se la entrega al centinela.

Otra pieza que encaja. ¿Por qué no tuve en cuenta el hecho que los esthaanos no permanecen largo tiempo fuera de su planeta?

Un crujido. Ovancha está detrás de mí, con su pálida mirada sobre mi mesa de trabajo.

—Buenos días, Reshvid Ovancha. ¿Se ha sabido algo de Pax?

No se molesta en contestar. Su máscara se ha desprendido, dejando al descubierto un rostro serio y lleno de preocupación humana. ¡Humana! ¡Cuán desesperadamente deben desear la insensata certificación! Ovanha debe ser uno de los cabecillas. Excepcional Ovanha, capaz de atreverse con nosotros, de competir con nosotros. Habla con evidente pesar.

—Reshvid Ian, ¿por qué ha hecho...? Nosotros... Yo le había acogido como a un amigo.

—También nosotros deseamos mostrarnos amistosos.

—Entonces, ¿por qué se ocupa usted de cosas repugnantes, indecibles? Lo está preguntando en serio. Por lo tanto, no existe ninguna conjura. Es una decepción real y terrible. Han llegado a odiar lo que son hasta el punto que ellos deben vivir un mito de fantasía psicótica. ¿Qué les había dicho Harkness? No importa. Ahora lo hemos descubierto, y no hay esperanza para nosotros. Pero debo contestar a su pregunta.

—Soy un científico, Ovanha —digo, escogiendo cuidadosamente las palabras—. En mi mundo, me educaron para estudiar todos los seres vivientes. Para comprenderlos. Para nosotros, la vida de cualquier tipo no es ni buena ni mala. Nosotros estudiamos todas esas vidas, toda la vida.

—Toda la vida —repite Ovanha en tono desolado, mirándome a los ojos—. Vida...

Compadecido, cometo mi mayor error.

—Reshvid Ovanha, quizás te interese saber que en mi mundo natal se planteó en otros tiempos un gran problema, debido a que no todas las personas eran iguales. Había, no dos, sino muchos tipos de personas distintas, que se odiaban y temían mutuamente. Pero llegamos a vivir juntos como una sola familia, como hermanos...

Veo que sus ojos se dilatan y que sus fosas nasales tiemblan. En su rostro, la expresión del que acaba de escuchar el insulto definitivo. Una mano cae sobre el pomo de la espada ornamental que cuelga de su costado. Luego, cierra los ojos, da media vuelta y se marcha.

El hombre que parece menos apto para ello es capaz de moverse con inesperada agilidad si tiene motivos suficientes y si sus patronos han insistido en hacerle asistir a cursillos periódicos de entrenamiento. Mientras Ovanha baja la escalera, salgo del laboratorio por la ventana, me encaramo al tejado de la cocina y salto a la pared, cuya parte superior resulta estar protegida con pedazos de cristal.

Aterrizo en la avenida sobre un tobillo que parece descoyuntarse. Una mejilla y un brazo están llenos de vidrio. Me envuelvo en la capa esthaana y echo a andar por la avenida. Cada manzana tiene una avenida central vallada que me oculta de ambos lados, pero al pasar de una manzana a otra quedo al descubierto. Afortunadamente, hace poco que ha amanecido. Paso por tres cruces antes que un gran vehículo cargado de uniformes aparezca al final de la manzana en que me encuentro.

Cuatro manzanas más. Mi rostro y mi brazo arden, y mi tobillo se queja. Un hueco para la basura en la pared. Me oculto allí —los fugitivos y la basura son

inseparables—, y oigo resonar la campana de la policía esthaana en las cercanías de nuestra casa.

Súbitamente, un camión cerrado de color mostaza sube por la avenida y se detiene a quince metros de distancia. El conductor se baja. Tintinea la campanilla de una verja se abre y se cierra.

Silencio.

Echo a correr hacia el camión, abro la parte trasera y me encaramo al interior. La oscuridad es absoluta y el hedor nauseabundo. Me arrastro detrás de algunos recipientes hasta la lona que cierra el compartimiento del conductor.

La parte trasera del camión se abre y cae dentro otro recipiente. ¡Dios mío! Si la suerte no me abandona..., si el conductor saca todos los recipientes..., si puedo resistir contra lo que ahora es veneno para mis heridas..., si...

Horas de agonía mientras el camión se detiene y se pone en marcha, se abre para recibir más recipientes. El hedor es insoportable. Finalmente, noto que circulamos por una carretera, y cuando casi he perdido toda esperanza, hacemos alto.

El conductor se baja y da la vuelta para abrir. Mal asunto. He estado trabajando con un cuchillo en la cortina de lona, pero no estoy seguro de poder moverme. Frenéticamente, corto los últimos hilos, empujo y me dejo caer rodando. El dolor es espantoso.

Como en un sueño, veo una multitud alrededor del camión. A continuación, oigo el rechinar de los neumáticos junto a mi cabeza. Noto algo membranoso sobre mi rostro. Unas manos rápidas me empujan. Unas voces susurran: «¡Al suelo!». El mundo desaparece y no vuelve excepto como cálidas nubes de dolor y de confusión durante varios días.

Mi primer momento de lucidez llega en forma de una interminable llanura de hierba oscilando a través de mi vista. Concentro la mirada y la llanura no se mueve. El que oscila soy yo, atado a la silla de una bestia de carga.

Delante de mí hay otro jinete. Contemplo con alivio a la esbelta y encapuchada figura envuelta en una túnica de color azafrán. Al parecer, llevamos algún tiempo viajando así.

Y ha habido noches y estrellas, y días calurosos, y dolor, y manos suaves.

Nos paramos debajo de un árbol, y mi guía se adelanta unos pasos, para reconocer el terreno.

Luego regresa lentamente, echándose la capucha hacia atrás. El rostro que veo es el de la niña que puso la nota en mi mano. Levanta un pie hasta mi estribo y sube a mi montura, reclinándose contra mi pecho.

Su cuerpo no es más que un ala de pájaro, y el mío es una armazón medio muerta. Algo parecido a una llama solar se enciende a través de mi carne. El universo se contrae al contacto de nuestros cuerpos, sus ojos, la nube nocturna de sus cabellos. Aspiro su perfume.

Entonces recuerdo lo que sé.

—Ahora llegan los amigos —sonríe ella.

Apoya una mano frágil y violentamente viva sobre mi corazón, y permanecemos así hasta que llegan los jinetes. Tres Flenni envueltos en túnicas de colores chillones, y un jinete más alto...

—¡Pax! —Mi voz es un graznido.

—¡Ian!

—¿Dónde estamos?

—Nos dirigimos a las montañas. Al campamento.

Pero mi pequeña guía se esta alejando ya. Desde luego. Mi conocimiento es una fría tristeza. Veo que los hombres van también encapuchados. Tabú. ¿Cómo sobrevivir, si no?

Mi montura es tomada por la brida y emprendemos la marcha. Lucho contra el dolor para volverme y ver a la muchacha alejándose a través de la llanura.

Pax está hablando.

—¿Qué le ocurrió a Goffafa? —pregunto, finalmente.

—¡Aquel kralik! Tropezamos con un grupo de mujeres Flenni. Iba a disparar contra ellas.

—¿Disparar contra ellas?

—Se puso como loco. Tuve que quitarle el revólver. Fue como si luchara con un pulpo de goma.

Echaba espuma por la boca y acabó vomitando el almuerzo. Le subí al coche, y trató de partirme la cabeza con el Geiger.

—De modo que tú le estrangulaste.

—Me limité a atontarle.

—Está muerto. Y el Consejo esthaano te acusa de asesinato.

Pax gruñe.

—Algunos Flenni le encontraron durante la noche. Me dijeron que mató a dos de ellos cuando le ofrecieron agua, y terminaron con él. Y yo lo creo.

Un breve silencio.

—¡Son unos cerdos, Ian! Me he enterado de cosas increíbles. ¡Los esthaanos no les dejan cultivar la tierra ni criar ganado! Los Flenni montan granjas, y los esthaanos se presentan con aparatos fumigadores y esparcen veneno desde el aire. Envenenan los pozos. Obligan a los Flenni a vivir en esas miserables aldeas de cabañas, donde pueden mantenerles bajo su bota. Y creo que ellos extendieron aquella enfermedad. Están tratando de eliminarlos. Es lo que usted dijo, Ian.

¡Genocidio!

Nuestros guías oyen la palabras esthaanos y vuelven sus ahora destocadas cabezas hacia nosotros.

Es mi primera mirada a unos jóvenes Flenni.

¿Guapos? No hay ninguna palabra para describir la intensidad vital de aquellos

orgullosos rostros. Los ojos brillantes, la nariz aguileña, los ardientes y apasionados labios.

Virilidad absoluta. Y absoluta vulnerabilidad. Estoy viendo varones humanos de una calidad que nunca había visto.

Involuntariamente, inclino mi cabeza en un gesto de saludo. Ellos me devuelven la inclinación y apartan la mirada, sus perfiles puros y graves contra las montañas.

—Pax, no es... —empiezo a decir, cuando mi montura sale disparada hacia adelante bajo un látigo Flenn, y corremos en busca de una mata de arbustos. Detrás nuestro se oye un confuso griterío. Veo un aparato volador a unos veinte metros de altura que se acerca rápidamente. Nos arrojan al suelo. Un humo negro brota del morro del aparato.

Me arrastro hacia un matorral. Los Flenni cubren mi cabeza. Durante unos instantes no pasa nada.

Me destapo un ojo. Veo una nube de humo negro. El aparato se ha posado en el suelo y el piloto se ha bajado empuñando un revólver. Pax se encuentra en alguna parte entre el humo.

El gas me aturde ligeramente, pero consigo sacar la pistola que llevo en un bolsillo. Mi segundo disparo hace blanco en la muñeca del piloto, y a continuación Pax surge de entre el humo y cae sobre él.

Cuando los Flenni vuelven en sí hemos atado cuidadosamente al piloto. Resulta un poco difícil hacerles comprender que lo queremos vivo, y a regañadientes acceden a cargarlo en mi montura, detrás de mí. En cambio, se muestran entusiasmados cuando Pax les pide que le ayuden a desmontar el transmisor del aparato volador y a cargarlo.

Cabalgamos en silencio. El rostro de mi cautivo está contraído y sus ojos parecen desorbitados.

Reflexiono en la curiosa diferencia en el odio que demuestran los esthaanos y los Flenni. ¿Por qué los robustos y victoriosos esthaanos se muestran tan asustados como ratas acorraladas? En veinte años de casos raros e incluso lamentables, no he visto nada más triste.

Pax bosqueja su plan. Quiere utilizar el transmisor para ponerse en contacto con MacDorra.

—¿Qué te hace pensar que MacDorra nos rescatará? —le pregunto—. Sobre nosotros pesan graves acusaciones. Y MacDorra no querrá ofender a un cliente planetario. Dejaría que su madre se ahogara para no tener que pagar la cuenta de la tintorería si se manchaba su uniforme. En el mejor de los casos, transmitirá el mensaje al sector HQ, solicitando instrucciones.

—No se trata de rescatarnos a nosotros —dice Pax, en tono indignado—. Quiero que se haga justicia a los Flenni. Quiero que MacDorra envíe un mensaje urgente a la Federación Galáctica, acusando a los esthaanos de genocidio y solicitando su

intervención. ¡Los Flenni son seres humanos, Ian! Ignoro lo que son los esthaanos, pero no voy a quedarme con los brazos cruzados viendo cómo unos seres humanos son atropellados por otro tipo de seres.

—¿Justicia? —inquiero débilmente—. ¿Genocidio?

Es culpa mía, pero de repente me siento demasiado cansado.

—No hay genocidio, Pax —murmuro, y dormito en mi silla. La imagen de la muchacha que me guió me acompaña en la oscuridad.

Al despertar me encuentro en el campamento Flenni. Una inmensa caverna llena de fogatas, crujiente de sedas, resonante de canciones. Todas las voces, naturalmente, son masculinas; aquí sólo hay varones. Me dan de comer y descanso contra mi silla de montar entre los rápidos pies, las suaves y ardientes voces. El aire tiene un acre olor a humo y a Flenni.

Durante la noche descubro que el piloto se encuentra cerca de mí, atado aún como una salchicha.

Es el esthaano más gordo que he visto. Cuando desato su muñeca se retuerce, se pone morado y de repente, lo mismo que Goffafa, echa espuma por la boca. Le doy agua, y la vomita. Finalmente se tiende con los ojos abiertos, respirando trabajosamente y sudando a mares. Le tomo el pulso y me dispongo a continuar durmiendo.

Cuando me despierto, Pax está conferenciando con un grupo de jóvenes Flenni. Sobresale entre ellos, bronceado y audaz. El caudillo de los oprimidos...

Me duele mucho la cabeza. Recojo un poco de fruta y salgo a sentarme al exterior de la cueva.

Un anciano se acerca a mí silenciosamente.

—¿Eres un médico?

Utiliza un sustantivo que significa también hombre sensato.

—Sí.

—Tu amigo no lo es.

—Es joven. No comprende. Yo mismo he comprendido hace muy poco tiempo.

—¿Pueden ayudarnos?

—No lo sé, amigo mío. En los otros mundos que he visitado no hay nada igual a esto.

Permanece silencioso.

—Y lo de la enfermedad —digo—. ¿Cómo lo hacen?

—Con música.

—¿No pueden ustedes bloquear la audición?

—No lo suficiente. No lo suficiente. Yo mismo sobreviví tres veces, pero luego...

Hace una mueca, se contempla las manos. Frágiles, arrugadas, las manos de la senectud.

—No tardaré en morir —observa—. Sin embargo, esta última primavera ayudé a abrir la Gran Caverna.

—¿Dónde están las mujeres? —pregunto, al cabo de unos instantes.

—Hacia el norte, a media noche de distancia, a caballo. Su amigo conoce el camino.

Nos miramos el uno al otro en silencio. Recuerdo ahora la figura de Pax contra la boca de la cueva durante la noche.

—Ustedes viven mucho tiempo —murmura el anciano—. Igual que los otros, los esthaanos. Pero ustedes son como nosotros, no como ellos. Lo supimos inmediatamente. ¿Cómo es posible?

—Ocurre lo mismo en todos los mundos que conocemos. Sólo aquí es distinto.

—Es una cosa amarga —murmura finalmente—. Amigo mío de las estrellas, es una cosa amarga.

—Explíqueme algo más, si quiere —le digo—. Explíqueme lo de la enfermedad. Encuentro a Pax jubiloso entre un lío de hilos.

—¡He establecido contacto! —anuncia—. ¡MacDorra está en el sistema! Transmitiría mi llamada a la Federación.

Gruño:

—¿El parte de genocidio, también?

—Desde luego. He pedido transporte de emergencia y asilo para los Flenni.

—¿Lo has consultado con los Flenni?

—Naturalmente.

Sacudo la cabeza.

—Es culpa mía, Pax. Escucha. ¿Has oído hablar de las plantas llamadas Briofitas, las principales de las cuales son los musgos? ¿O de los animales terrestres llamados Hidras?

—¡Soy geólogo, Ian!

—Estoy tratando de decirte que los esthaanos no cometen genocidio, Pax. Es parricidio, filicidio..., tal vez suicidio...

Noto un gran revuelo detrás de nosotros. Veo correr una figura que se materializa delante de mí como la muchacha más encantadora que he visto nunca. La miro, asombrado. Cabellos llameantes, ojos color miel, senos altos y rotundos, cintura de avispa, caderas en forma de ánfora, manos y pies de gacela y el rostro de una niña enamorada..., vuelto hacia Pax.

Luego, Pax la acoge en sus brazos y el rostro luminoso de la muchacha se eclipsa en su pecho.

Me doy cuenta del hecho que no voy a ser incluido en esta comunicación, doy media vuelta y veo que el campamento está en movimiento. Las fogatas son apagadas. Resuenan voces furiosas. Voy en busca de mi amigo el anciano.

—¿Qué pasa?

—Han capturado a las mujeres. La joven Flanya estaba con su amigo. Cuando regresó al campamento, los soldados estaban allí. Ha venido a avisarnos.

—¿Qué se puede hacer?

—Lo único que se puede hacer es huir. Los esthaanos se presentarán aquí con la música. No podemos hacer nada contra la música. Los jóvenes deben marcharse. Los más viejos nos quedaremos. Veremos por última vez a nuestras mujeres antes que ellos nos maten. Si al menos no hicieran daño a las mujeres...

—¿Se atreverán?

—Hasta ahora, no. Pero últimamente parecen haber enloquecido. Su odio no conoce límites. Temo que cuando descubran que los hombres se han marchado se ensañen con las mujeres...

Su voz se apaga en un sollozo. Pax ha conseguido soltarse y la muchacha está velando su rostro.

—¿Cuántos esthaanos hay allí?

—Unos treinta, Ian; estaba demasiado oscuro para ver bien. Creo que podremos con ellos. Tengo ocho Flenni armados y dispuestos a luchar. Lo malo es si los esthaanos utilizan a las mujeres como pantalla.

—Pax —Respiro profundamente—. No puedo permitir que dispires contra los esthaanos, y los muchachos a los que has entrenado no pueden quedarse aquí. Deben marcharse. No puedes luchar contra lo que va a llegar aquí. Tienes que saberlo. Los esthaanos y los Flenni son...

Unos gritos desgarradores hieren nuestros oídos. El piloto esthaano está tumbado en el suelo, boca arriba, pateando como una rana. Al oír sus gritos, los Flenni que habían empezado a salir de la cueva se vuelven hacia él.

—¡Mira, Pax! —grito, tirando de la túnica del piloto y dejando al descubierto su hinchado cuerpo.

Dos grandes cicatrices rojizas discurren desde cada ligamento púbico hasta la parte superior de la pelvis.

—¡Es una mujer! —exclama Pax.

—No. Es un esporozoo: una forma asexual que se reproduce por gemación. Mira.

El piloto gime, su cuerpo sacudido por contracciones espasmódicas. Los Flenni traen unos grandes cestos forrados de seda.

—Creo que la mayoría de esthaanos desconocen su verdadera naturaleza —le digo a Pax—. Éste cree probablemente que se está muriendo.

Una suprema convulsión sacude al esthaano y las dos cicatrices de sus costados se hinchan, laten y se abren lentamente como gigantescas vainas de guisantes. Una masa de burbujas de carne se desprende de ellas. El piloto grita. Sujeto sus piernas, y Flanya se acerca con los cestos. Las crías estallan en llanto a medida que las recogemos. Sostengo una de ellas en alto delante de Pax.

—¡Es..., es un niño Flenni!

Inconfundiblemente. Apenas una onza de vida masculina con brillantes ojos dorados, agitándose y pateando. Lo dejo en el cesto y levanto otro, una hembra todavía más pequeña, con ojos coordinados y un asomo de sonrisa. Y una pierna marchita. Hay otros con defectos, o completamente inmóviles.

Los Frenni corren con los cestos para montar y marcharse. Tiro la túnica del piloto sobre su vientre vacío; se ha desmayado. Ahora estamos solos, los ancianos, Flanya y Pax.

—¿Te has dado cuenta, Pax? Un caso de generaciones alternas, con ambas generaciones, la sexual y la asexual, completamente desarrolladas. Sin precedente. Hasta ahora, sólo se conocía la gemación en los musgos y en las hidras de la Tierra. Nosotros somos esporozoos somáticos, nuestros gametos están reducidos a células. Los esthaanos no son tetraploides, Pax, son diploides normales.

Pero los Flenni son haploides. Gametos vivientes con medio juego de cromosomas cada uno. Se aparean y producen esthaanos, los cuales no tienen sexo pero producen Flenni por gemación, alternativa y continuamente.

—¿Quiere usted decir que los esthaanos y los Flenni son hijos unos de otros! ¡Pero nosotros hemos visto familias esthaanas!

—No. Las crías Flenni son llevadas secretamente a la aldea Flenni, junto con los perros, gatos y otros animales haploides recién nacidos, y las crías esthaanas de los Flenni son traídas a la ciudad para que los esthaanos cuiden de ellas. Son pseudo-familias. Una locura. Es posible que se les ocurriera cuando Harkness les dijo que no eran humanos.

—¡Escuche!

El aire está vibrando. Uno de los ancianos tira de mi manga.

—Pax, protege este transmisor con una barricada. Voy a intentar algo desesperado.

Pax echa a correr, seguido de Flanya. Me vuelvo hacia mi anciano amigo, que habla esthaano.

—Esta máquina llevará tu voz hasta hombres como yo en otras estrellas. Primero hablaré yo, y luego tú dirás lo que yo te diga.

Mientras le alecciono, la vibración se hace más intensa y se acompaña ahora con una especie de lamento que se clava en mis oídos..., no, en mis vísceras. Los otros ancianos se arrastran hacia la boca de la cueva, con la mirada extraviada. Un revuelo de seda ante mis ojos.

—¡Pax! ¡Sujétala!

Está ocupado con las conexiones del transmisor. Obligo a mis piernas a una carrera y alcanzo a Flanya a cincuenta pies de la puerta. Me mira con una expresión salvaje y su cuerpo se pega contra el mío, retorciéndose como una anguila eléctrica. Las notas del tambor laten a través de ella como si fuera una caja de resonancia. Finalmente localizo un punto débil en su cuello y se queda quieta.

—¡Llévatela y ácala! —aúllo por encima del creciente huracán de música—. ¿Comprendes?

¡Ácala fuerte, si la quieres viva!

La llevamos detrás de la barricada, mientras las primeras mujeres aparecen en la entrada de la cueva.

Agarro el micrófono y empiezo a emitir hacia la única fuente que sé que puede entrar en acción donde la lejanía gris del Consejo de la Federación. Repito la llamada y paso el micrófono al anciano.

Aquel trágico susurro tiene que conmover a las piedras..., suponiendo que MacDorra tenga conectado su receptor.

—¿Qué hay respecto a eso que los Flenni sean humanos y los esthaanos no? —susurra Pax—. Creí que había dicho...

—Una definición pragmática. ¿Cómo se puede fecundar algo que no tiene gametos? Ergo, los esthaanos no son humanos, ¿de acuerdo? A mayor abundancia, ¿qué clase de niños tienen los Flenni? Ergo... ¡Rápido, busca algo para taparnos los oídos!

La cueva es un mar de sonido. Nos arrastramos hasta la cima de la barricada.

Las mujeres llegan como un mar de flores, cojeando, tropezando, sosteniéndose unas a otras a medida que entran en la gran cueva. Aquí y allá, una anda sola con ojos extáticos. Caen, se arrastran, se levantan de nuevo, mágicamente bellas incluso en su agotamiento. Alrededor de ellas, la música se convierte en algo irresistible.

Alcanzan las fogatas del campamento y empiezan a correr, buscando entre las rocas, llevándose las ropas de los hombres a sus senos y a su rostro. Algunas permanecen como en trance, otras examinan la arena como si buscaran las huellas de un hombre determinado. La música resuena dolorosamente, en un lento crescendo de sirenas, gaitas y tambores.

A mi lado oigo gemir a los ancianos, con los ojos inflamados. Súbitamente, uno de ellos se arranca los tapones de los oídos y cruza la barricada hacia las mujeres más cercanas. Le reciben con los brazos abiertos y el anciano desaparece bajo una ola de seda. Pax me agarra del hombro.

—¡Mis muchachos! ¡Mis tiradores!

En el lado más alejado de la pared hay una explosión de movimiento. Tres..., no, cinco jóvenes Flenni, sus armas volando sobre las rocas, sus cabezas echadas hacia atrás mientras gritan. Luego saltan hacia las mujeres, las mujeres vuelan hacia ellos.

Detrás de nosotros, Flanya grita salvajemente, arqueándose y retorciéndose.

Un anciano señala hacia la entrada. Tres masas oscuras: los esthaanos llegan para revisar su obra; aún no están convencidos respecto a que el grueso de los hombres haya escapado. Resuena una señal y la música se apaga en retumbantes discordancias. Un esthaano grita.

Por toda la cueva hay montones de mujeres caídas. Los esthaanos avanzan entre ellas, pisoteándolas, mientras convergen hacia el montón de cuerpos alrededor de los jóvenes Flenni.

La vista de aquellos hermosos cuerpos desnudos entre las brillantes sedas afecta terriblemente a los esthaanos. Dos se apartan a un lado, y vomitan. El tercero continúa avanzando, saca un látigo de su cintura y azota a las mujeres más próximas.

El látigo restalla sobre los cuerpos indefensos. Los Flenni gimen y se agarran

unos a otros. El esthaano toma a un joven por los cabellos y le obliga a ponerse de rodillas.

—¿Dónde están los hombres? ¿A dónde se han marchado? —ruge, ante la cara del joven.

El joven permanece silencioso. El esthaano le golpea con el pie.

—¿A dónde se han marchado? ¡Dímelo!

Los otros esthaanos se unen a él. Uno de ellos inclina al muchacho hacia atrás a través de su rodilla y utiliza su cuchillo.

—¿Dónde están? —ruge el esthaano, mientras el muchacho grita.

No quiero que Pax sea acusado de asesinato. Me aseguro del hecho que los esthaanos caen con dos orificios por cabeza. Corremos hacia el muchacho. Demasiado tarde.

—¡Tápenlos, rápido!

Cubrimos de seda los uniformados cadáveres.

—¡Están llegando! ¡Todo el mundo a tierra!

Nos ocultamos, oyendo el lejano resonar de botas por encima de la suave respiración de los Flenni que nos rodean. Mi campo visual incluye parte de nuestra barrera de roca y a un Flenni caído entre dos muchachas con los dorados cabellos de otra a través de sus piernas.

Lo único que podemos hacer es esperar. Observo los leves latidos en los párpados del muchacho.

Luego veo que no sólo está dormido, sino también cambiando. El lustre está desapareciendo de su piel, de sus cabellos. Ante mis ojos, las prietas carnes del joven se están marchitando.

Recuerdo las manos del anciano que dijo: «Esta última primavera ayudé a abrir la Gran Cueva».

Las crías, los bebés, crecen como llamas hambrientas. En unos meses, la niña se convierte en una joven núbil. ¿Mueren también con tanta rapidez, una vez apareados? Eso es lo que ocurre con los portadores de gametos entre nuestras plantas. Y esta sería, entonces, el arma esthaana: obligarles a un precoz apareamiento que debe conducirles a la muerte. Me estremezco, viendo las sienes del muchacho ahora hundidas y azuladas. Despertará como un viejo para esperar la muerte.

Veo unas botas. Dos esthaanos junto a la barrera de roca. He aleccionado al anciano para que emita una señal que pueda servir de aviso en el caso improbable que a alguien le importe. Pero los esthaanos la oirán...

La han oído. Mientras empiezan a trepar por las rocas, el anciano aparece en la cima, se yergue y grita. Luego cae bajo los disparos de los esthaanos.

—Él está a salvo —susurro, agarrando a Pax—. Y ella está a salvo. ¡No te muevas!

En aquel momento, otro esthaano grita desde la boca de la cueva y los otros dan media vuelta.

—Han avistado a los hombres.

Tenemos que presenciar cómo son desenfundados los látigos y rodeadas las mujeres. La espantosa música desciende sobre nosotros. Por toda la cueva, las agotadas mujeres se levantan penosamente, tambaleándose hacia la puerta de la cueva delante de sus pastores. Un oscilante río de brillantes flores, que sólo se mantienen erguidas por el terrible estímulo del sonido. Una muchacha cae de rodillas delante de un soldado, el cual recoge una piedra y le aplasta el cráneo.

Es lo que el anciano había temido: locura, entre aquellos esthaanos que conocen la verdad. El soldado probablemente ignora lo que ha matado, pero ha recibido órdenes de aquellos que lo saben..., y no pueden soportarlo.

El transmisor está averiado, pero Flanya se encuentra a salvo donde el anciano la ocultó. Pax la saca de allí. Me detengo a componer el cadáver del anciano junto a la barrera. En la boca de la cueva vemos la corriente de seda multicolor alejándose por la garganta que discurre por debajo de nosotros. Allí, en alguna parte, se encuentra mi pequeña guía.

—¡Voy detrás de ellos! —grita Pax.

—No. Es una orden. Quedarías al descubierto, y ese aparato volador te localizaría inmediatamente.

Señalo hacia abajo. Hay una retaguardia de esthaanos con un pequeño dirigible.

—¡Tenemos que hacer algo! —exclama.

Los ojos de Flanya le siguen como brújulas.

—Lo haremos. Esperaremos aquí y comeremos algo. Y le rezaremos a un dios llamado Baal.

—¿Baal?

—O Moloch, si lo prefieres. Un antiguo dios de la avaricia. Le rezaremos para que inflame la avaricia de ganancia de un viejo avaro a cien años-luz de aquí, si es que aún está vivo. Si la inflama lo suficiente, es posible que los Flenni y nosotros podamos sobrevivir.

—¿Se refiere al Consejo de la Federación? —inquire Pax—. ¿O a la Oficina?

—La Oficina de Investigación Interplanetaria —le digo— puede contestar a nuestra petición a tiempo para ayudar a cualquiera que esté vivo dentro de cinco años. El Consejo de la Federación Galáctica puede contestar asimismo a tiempo para redactar un informe sobre una raza extinguida.

Ninguno de los dos puede actuar con la rapidez suficiente para ayudar a nuestra carne mortal. El único agente que puede hacerlo es el Capitán MacDorra, y el único agente que puede hacer mover a MacDorra es el dinero. Créditos Interestelares en oro. Y éstos sólo pueden llegarle de una fuente: un fósil humano que, si todavía respira, se encuentra en la terraza noventa y cinco de su imperio particular en Solvenus. Y el único motivo que puede hacerle mover a él es el deseo de fastidiar a otro fósil humano que navega por su océano particular en Sweetheart, Proción. En consecuencia, rezaremos a Baal.

Pax frunce el ceño.

—Afortunadamente —añado—, MacDorra sabe que tengo suficientes créditos en mi cuenta para pagar una llamada a Solvenus. Y ahora, ¿qué te parece si comemos algo?

Flanya se resiste a quedarse conmigo mientras Pax va en busca de comida. Finalmente se deja convencer y se acurruca a mi lado como una sedosa paloma. Cuando Pax desaparece de nuestro campo visual, Flanya apoya una mano en mi brazo y a sus ojos asoma una expresión preocupada.

Veo que tiene un dedo ligeramente deformado. Un gene defectuoso, puesto de manifiesto debido a que no existe ningún cromosoma acompañante para ocultarlo. Desde luego, lo que hace que los diploides esthaanos disfruten de tan buena salud es la existencia de la generación Flenni haploide: cada vez que los pares de cromosomas esthaanos se desintegran para formar un individuo Flenni, aflora cualquier tipo de defecto recesivo. Los niños que nacen muertos son filtros que depuran los genes defectuosos de las generaciones esthaanas. Un mecanismo bello y cruel...

El temblor de la mano de Flanya me anuncia el regreso de Pax con provisiones.

Cuando terminamos de comer saco un objeto que he conservado cuidadosamente: mi órgano bucal.

—¿Puedes encontrar un banjo, un laúd, o cualquier otro instrumento que se pueda tocar?

Pax me mira con aire ausente. Nuestras pesquisas no dan resultado, de modo que le enseño el partido que puede sacarse de una cacerola. Asiente distraídamente e iniciamos la vigilancia junto a la entrada de la cueva, él con la cacerola y yo con el órgano bucal.

Tocamos suavemente, y a Flanya parecen gustarle algunos pasajes. Desempolvo piezas adecuadas de nuestro repertorio, y empiezo a enseñarle a Pax una sincopada y estimulante melodía llamada «Revuélcame en la abundancia».

No confío en que pase nada. Durante largo rato no pasa nada.

La sorpresa llega finalmente en forma del KA-BOOM-OOM del trineo de emergencia de MacDorra restallando en el aire. El aparato se posa suavemente en la altiplanicie, encima de la cueva, mientras Pax y yo trepamos hacia allí, Pax cargado con Flanya.

El socio de MacDorra, Duncannon y cuatro robustos ayudantes se bajan del trineo, empuñando las armas.

—¿Dónde es la guerra? —inquire Duncannon.

Sería capaz de darle un beso, a pesar de la barba rojiza y del bazooka.

—Han capturado a las mujeres y las están llevando a la muerte. —Señalo—: Por allí.

Esto produce su efecto en aquellos hombres. Una vez decidido quién paga, no hay combatientes más galantes que ellos en toda la galaxia.

—Hemos visto algo que podría ser eso mientras llegábamos. Vamos, muchachos.

—¿Tienen un altavoz pesado?

—Sí.

—Entonces, vuelen despacio hasta situarse delante de ellos y lo más cerca posible.

Nos ponemos al frente del patético ejército mientras suben por las rocas en dirección a otra cueva.

—Aquel aparato amarillo es el enemigo —le digo a Duncannon—. Está armado y también dispara un gas que no molesta demasiado. Lo esencial es localizar el productor de ruido que tienen y reducirlo al silencio. Dispare una bengala cuando lo haya parado, yo no podré oírlo. Quédate aquí, Pax. Tenemos trabajo.

Le entrego la cacerola y hago girar todos los discos del altavoz para que emita a toda potencia.

—¡Será la primera batalla en la historia que se habrá ganado con un órgano bucal y una cacerola! —exclama Pax, antes de empezar a golpear su «instrumento» como un poseso.

Pax se reúne conmigo. Una enfermera se ha llevado a Flanya al puesto de socorro que MacDorra ha improvisado, con los médicos de la nave y un sintetizador de plasma, incluso.

—De acuerdo, Ian. ¿Quién es Santa Claus?

—¿Has oído hablar de la Teoría de la Evolución Humana de Morgenstern?

—¿Ese Morgenstern? Pero, ¿aún está vivo?

—Y aún desea demostrar que su teoría es correcta, a cualquier precio. Le encontré durante mi último permiso en Eros, con su mejor enemigo, el viejo Villeneuve. Villeneuve opina que Morgenstern es un lunático; él mismo está a favor de la teoría de la difusión. Entre los dos son bastante ricos para comprar media galaxia, y llevan años enteros discutiendo, financiando expediciones y apostando sumas fabulosas. Bueno, Morgenstern me llamó aparte y me dijo la clase de prueba que necesita, exactamente. Ejemplos de desarrollo humano que no puedan ser interpretados como difusión en términos de Villeneuve. Me dio una palabra clave: Eureka. Si descubría la prueba, él enviaría a buscarla inmediatamente.

»Se me ocurrió que la generación alternada existente aquí, compartida por los mamíferos inferiores y por el hombre, es lo que más se asemeja a la prueba que Morgenstern desea obtener. No es positiva en un ciento por ciento; puede producirse una mutación discontinua. Pero es suficiente para que Villeneuve pase un mal rato. De modo que le envié la señal “Eureka repito Eureka”, y añadí que la prueba desaparecería en un plazo de horas a consecuencia de una guerra intertribal, a menos que contratara inmediatamente a MacDorra para que acudiera a rescatarnos. Puede haber comprado la nave o toda la línea de transporte. Ya has visto el resultado. Lo que nos ha salvado, hijo mío, no ha sido el altruismo ni el amor a la ciencia, sino la cabezonería senil y la presunción.

Compartimos un amigable silencio. Está amaneciendo. Afortunadamente, el

nombre de Molly no figurará, por ahora, en el fichero de Viudas.

—¿Qué hay de la Oficina?

—Bueno, existe algo llamado Datos Irreemplazables de Ciencia Humana. En cualquier momento se puede localizar una zona de DICH..., creo que hay una en la Tierra. En los antiguos reglamentos se dice que cualquier oficial del Servicio puede declarar DICH a una zona o a una especie, lo cual la sitúa automáticamente bajo la protección de la Federación hasta que el caso es revisado y confirmado, o denegado. El oficial declarante tiene que presentar un informe justificativo. Es un trámite muy complicado. En todo el tiempo que llevo en el Servicio creo que sólo se ha presentado un caso.

»He informado a la Oficina, declarando a los Flenni como DICH en peligro. Esto debería poner en movimiento a un equipo de la Oficina para substituir a MacDorra. Pero va a haber alboroto. El viejo Morgenstern seguramente está en camino con la idea que los Flenni le pertenecen. Pero a los ojos de la Oficina no es más que un entrometido ciudadano particular. Y para mí va a ser un problema convencer a Morgenstern respecto a que no tiene ningún derecho sobre los Flenni, y evitar que me expulsen del servicio por abuso de autoridad, intervención en conflictos locales, etcétera.

Pax frunce el ceño.

—¿Qué cree usted que pasará con los Flenni?

—Bueno, creo que deben ser protegidos en sus esfuerzos para conservar su propia identidad cultural, para alargar su vida demorando el apareamiento... —Me muerdo la lengua—. Para construir una economía. No será fácil. Probablemente, siempre ha existido una tensión hostil entre las dos formas, dado que son competidoras ecológicas. Al parecer, los esthaanos apartaron a los Flenni de su tecnología urbana a raíz del Primer Contacto. Sospecho que Harkness precipitó la fase aguda. Los esthaanos se hicieron la idea que el ciclo Flenni era un terrible defecto que les cerraría el camino de la Certificación humana. Empezaron a ocultarlo y a minimizarlo, a imitar las costumbres humanas y a reducir a los Flenni a la categoría de animales de cría. Tal vez el odio sea más profundo. Todos los esthaanos tienen genes Flenni. Pueden experimentar un primordial e inconsciente impulso sexual que nunca podrán satisfacer..., y que está encarnado en los Flenni. De cualquier modo, están actuando bajo los efectos de una psicosis social, y a los ingenieros sociales les aguarda una dura tarea. Pero, biológicamente...

Me interrumpo.

—Continúe, Ian.

—Bueno, ya lo sabes. Los genes Flenni combinan con los nuestros. Es posible que el sistema alternante llegue a desaparecer, a muy largo plazo.

Pax permanece silencioso. Le oigo contener el aliento. Por primera vez ha pensado lo que podría ser un hijo suyo y de Flanya. ¿Es posible que aquella hermosa muchacha dé a luz una salchicha neutra: un esthaano?

Me tiendo, contemplando las lunas sonrosadas, pensando: Pobre Pax, pobre muchacho. La hibridación puede resolver eventualmente el dilema del planeta. Pero, entretanto, ¿cuántos corazones humanos sentirán el impacto de la belleza Flenni, del sexo Flenni? Sólo en sueños hemos visto seres que son literalmente machos o literalmente hembras. El hombre más viril, la mujer más seductora, tienen algo de los dos sexos. Pero los Flenni son la pura expresión de un solo sexo: abrumador, irresistible. ¿Cuántos de nosotros se entregarán a ellos, sólo para encontrar la belleza moribunda en sus brazos?

Finalmente, la imagen de Molly viene a consolarme. Molly, que puede amar y vivir, que me acogerá entre nuestros hijos. Debo acordarme, pienso, medio dormido, de decirle a Molly lo bueno que es ser un esporozoo diploide...

Terapia 2000

Keith Roberts

El problema empezó con los tapones para los oídos. Mejor dicho, con la ausencia de tapones para los oídos, con las dificultades que Travers encontró al tratar de comprar aquel artículo anticuado y potencialmente insociable. Desde luego, había preparado un pretexto; en realidad tenía cuatro, cada uno de ellos vagamente menos verosímil que el anterior. Pero ni siquiera como un técnico de laboratorio que realizaba experimentos en un proyecto secreto relacionado con la guerra ultrasónica tuvo éxito. No había tapones para los oídos.

Pero, una vez implantada, la idea no le abandonó. Desarrolló la perniciosa costumbre de introducir en sus oídos trozos de papel, de tela, cualquier cosa que tuviera a mano. Creía que el Sonido absorbía propiedades de un gran número de sustancias. En un momento determinado, la cera caliente pareció una posibilidad; pero no había manera de controlarla, una vez licuada, y evitar que se derramara. Tal vez con la cabeza ladeada, apoyada sobre la mesa... Su único experimento terminó con un lamentable fracaso. La cera quedó definitivamente descartada; pero quedaban otras materias...

Travers se convirtió en un hombre distraído. Sus distracciones se manifestaban particularmente en forma de dolorosas tentativas de introducir más objetos en unos oídos que no admitían ya nada más. El problema, desde luego, todo el problema consistía en que nada *duraba*. Unos minutos, tal vez sólo segundos, de delirante sordera, de ausencia absoluta de sensación auditiva; luego, el Sonido empezaba una vez más a introducirse a través de los intersticios del tapón; y de nuevo resonaban los demonios, aunque con sordina, pateando y aporreando en el interior de su cráneo.

Desarrolló una nueva teoría, y no pudo renunciar a ella, a pesar de que era absurda desde el punto de vista científico. En esencia, consistía en que los tapones se *empapaban* de ruido y, en consecuencia, se hacían permeables. Esta nueva preocupación le condujo a rápidos y frenéticos cambios de tapones y alternación de materiales. Ahora utilizaba tapones de cerámica y de madera labrada a mano y perfectamente engrasada. Estas últimas obras de arte solía dejarlas en el fregadero, evidentemente para que escurrieran el Sonido que las empapaba.

Esta era la vida de Travers. Al amanecer, con el *Dicky Dobson Rise and Glow Show*, se levantaba obedientemente. Dos horas después —dos horas de Información Deportiva, Cartelera de Espectáculos, el Intérprete del Día, Resumen de Noticias y todo lo demás—, el tubocar le vomitaba en su lugar de trabajo, un edificio de cuarenta pisos rematado por las dos plantas de Maschler-Crombie-Cohen Associates.

Allí pasaba la jornada empaquetando y pegando etiquetas a los artículos que la firma vendía por correo, desde cremas hormonales hasta armónicas.

En realidad, Travers utilizaba una Grant & Digby, una voluminosa combinación de epidiascopio y máquina de imprimir que permitía reducir o ampliar a voluntad las imágenes antes de ser fijadas mediante la simple pulsación de un botón. Era una bonita máquina. Una vez sumergido en las complicaciones de sus diversos envoltorios de plástico negro, Travers experimentaba una sensación de casi-aislamiento. Aunque incluso allí, desde luego, penetraba el barullo de la oficina.

A las cuatro de la tarde Travers regresaba a su casa para empezar su larga velada de ocio. Los tubocars estaban equipados ahora con aparatos de Tri-Vi; Travers se preguntaba cómo habían podido soportar los viajes sin Tri-Vi. Él ya no era joven. Podía recordar los tubocars sin Tri-Vi, y otras muchas cosas; después de todo, había dado doce años de su vida laboral a la Grant & Digby. En cierta ocasión, mientras se afeitaba —el siglo XXI, en tantos aspectos la cumbre de la perfección tecnológica, no había resuelto aún el problema de las patillas humanas—, descubrió en su cabeza un solitario cabello blanco. Se lo dijo a Deidre aquella noche; ella se limitó a reírse con aquella frialdad tan suya, y le dijo que a los hombres y mujeres verdaderos les importaba muy poco la edad; luego le besó y corrió a arrojar un guijarro al mar.

Esta era la vida de Travers al salir del trabajo. El tubocar le dejaba al pie de su hogar. Tomaba el ascensor —había leído que iban a instalar Tri-Vi en los ascensores, también— hasta su propio apartamento en el piso cuarenta y tres. Aunque la frase «propio apartamento» le sonaba un poco rara, de cuando en cuando. Si por error se hubiese encontrado algún día, no en el Apartamento 633, sino en otra de las ochocientas y pico de cajas incluidas en el inmueble, ¿cómo hubiera adivinado que la celda no era la suya, su particular, personal y absolutamente seguro fragmento de cultura del siglo XXI? Tal vez por las pequeñas huellas que habían dejado en las paredes los objetos que había lanzado contra ellas en el curso de aquellos arrebatos infantiles que parecían hacerse más frecuentes en él. Desde luego, los proyectiles no provocaban ninguna reacción; las paredes estaban tan empapadas de Sonido, que un golpe más o menos había llegado a carecer de importancia. De modo que las botas de Travers, los condimentos de la alacena donde guardaba sus frugales comidas y ocasionalmente el propio Travers, eran proyectados contra las dúctiles y transparentes paredes de plástico, detrás de las cuales unas sombras electrónicas vociferaban y contoneaban durante todo el día. Y durante casi toda la noche.

Pero, ¡cuan valioso era el fragmento representado por aquel «casi»! Hacía mucho tiempo que Travers había contado el número y decidido la ubicación exacta de los aparatos de Tri-Vi dentro del alcance inmediato de su oído. Básicamente, estaba rodeado. Encima y debajo, naturalmente; y en dos lados. El tercer lado de la habitación, el tabique del pasillo, aunque no era impenetrable proporcionaba el acercamiento más próximo a una zona muerta. El cuarto lado era la pared de partición de un lavabo. No había ventanas. Los apartamentos con ventanas eran caros; ochenta

dólares a la semana, contra los cincuenta que Travers pagaba por el suyo. Y no es que la falta de vistas al exterior le preocupara. Las vistas al exterior le tenían sin cuidado. Por desgracia, esa despreocupación no alcanzaba al Sonido; una pared exterior le hubiese proporcionado otra pequeña zona de silencio, haciendo menos multidireccional el asalto continuo que sufrían sus sentidos.

Travers vivía lo que su vida tenía de valor en las tres horas que transcurrían entre el *Pequeño Show* (que llegaba después del *Penúltimo Show* y del *Último Show*) y el coro matutino del inimitable Dicky Dobson. Hubo una época en que la pausa en la transmisión duraba cuatro horas. Y anteriormente, cuatro horas y media. Travers había contemplado su despiadado cierre con terror y desaliento, como un hombre primitivo podría observar, con el ceño fruncido, la inexorable desaparición del sol durante un eclipse. En una época determinada la pausa había quedado reducida a dos horas; pero —posiblemente por primera vez—, Dios había acudido en ayuda de Travers. No en Su propia persona, sino a través de la intervención de la *Walk-In-Light*, aquel cuerpo inmensamente poderoso con células en todos los países del globo. Travers oyó el anuncio por fuerza, una noche; de acuerdo con las ilimitadas posibilidades de las matemáticas, tres Tri-Vi vecinos habían sintonizado conjuntamente el mismo canal, y los resultados penetraron a través de la última versión del Protector de la Cordura de Travers con soportable facilidad. La declaración fue hecha por el Presidente de la *Walk-In-Light* en persona; a un costo de miles de millones de dólares, informó orgullosamente, la Corporación había negociado una hora de silencio por día, para la meditación y la plegaria. Presumiblemente se produciría un alboroto; pero la *Walk-In-Light* era rica, muy rica, y pesaría lo suyo. Travers, agradecido y lleno de curiosidad, había pedido incluso su folleto, *Salvación*; le llegó en un sobre de plástico de color manila, y en la portada había un hombre y una mujer, desnudos, tendiendo los brazos a un sol poniente anaranjado. Travers quedó intrigado; no tanto, desde luego, por la perspectiva de la *Amistad Inmortal* como por las Capillas a prueba de sonidos de la Orden, donde el tiempo para la meditación podía ser adquirido por muy poco dinero. Pero las cuotas de alistamiento y de suscripción eran muy elevadas, fuera del alcance de Travers con sus doscientos dólares de sueldo semanales, y, aunque de mala gana, tuvo que renunciar al sueño.

Su otro sueño —el sueño importante— permanecía.

Él la llamaba Deidre. Mejor dicho, de mutuo acuerdo habían decidido que su nombre era Deidre. Deidre, risueña y dorada, era su único capricho, su única esperanza y su única distracción.

No sabía, ni podía recordar, cómo había surgido a la vida Deidre. Nacida de fantasías infantiles, quizás, de aquellas historias que los niños se cuentan a sí mismos por la noche en la cama. Pero Deidre no era una forma nocturna, un súcubo. Era real y vivida, tan real como cualquier mujer, más real que algunas; padecía morriñas y resfriados y en cierta ocasión se cortó con un cristal y sangró; tenía sus momentos de

calma y sus momentos de reflexión, y unos momentos especiales de broma, durante los cuales nada de lo que él decía estaba bien, y nada de lo que hacía estaba bien, y él se enfurecía, sabiendo que Deidre no hablaba en serio pero pensando que ella no se daba cuenta de la rapidez con que se deslizaba el tiempo. Luego discutían, o ella se limitaba a sentarse en silencio y a contemplarle, con el rostro tranquilo y dolorido. Y el día siguiente sería un infierno. Infierno en la oficina, infierno dentro del proyector donde las imágenes de ella pululaban brillantes, doradas y azules, manchas perturbadoras delante de sus ojos. El día siguiente y la noche siguiente, hasta que el último Tri-Vi se apagaba y ella llegaba corriendo hasta él, una niña, surgida del frío atardecer o del alba, y le decía lo larga que había sido la separación. Luego le contaba cómo había pasado el día y lo que había hecho, los vestidos que estaba haciendo — Deidre era brillante haciendo cosas, vestidos, hogares, felicidad, todo—, y le preguntaba a él cómo lo había pasado, qué tal le habían ido las cosas. Y él le hablaba de la frustración, de la desesperación, del incesante ruido en la ciudad, en la colmena humana de la Nada. Entonces ella le rodeaba con sus brazos, apretando fuertemente su cabeza contra sus senos, y canturreaba y reía y le hacía olvidar, y Travers se perdía a sí mismo en el calor de Deidre y dormía para despertar y dormir de nuevo.

La realidad de Deidre era fruto de sus conclusiones particulares y cuidadosamente meditadas. En alguna parte, de alguna manera, un eslabón espacial, temporal, se había soltado y él había tenido acceso a otra realidad, a la única realidad que conservaba algún significado para él.

Un eslabón de tiempo, casi con seguridad; ya que las cosas que Deidre le mostraba, los lugares que recorrían, no podían existir. Eran cosa del pasado.

¿Inventaba ella los lugares, para complacerle? Él se lo preguntaba muy a menudo. Pero ella se limitaba a reír, invariablemente, y no se lo decía. Y él pensaba que ella le ocultaba algo, algún secreto que una vez desvelado podía sumergirles de nuevo en el limbo de la noche y el día. Pero no había nada; Deidre se lo dijo una vez, sincera y sencillamente, con sus manos alrededor de las manos de Travers, sus ojos azules buscando los de él, oscilando hacia adelante y hacia atrás en aquellos pequeños cambios de dirección tan característicos en ella. Cuando Deidre hablaba así, con calma y seguridad, no cabía dudar de ella. Con aquella voz, y de aquella manera, le había dicho que existía realmente un Dios.

El que Deidre fuera real tenía sus inconvenientes. Ya que, ¿quién podía decir de qué centenares, de qué millares de maneras podría perjudicar Travers a su amiga? Algo que hiciera o dijera, inconscientemente, durante el día, algún extraño eslabón olvidado que pudiera... ¿Qué? ¿Destruir, envenenar todo lo que era encantador y real? Con este conocimiento, Travers experimentó una terrible reacción. Durante meses enteros nada fue demasiado bueno para Deidre. Y ella lo aceptaba todo con el mismo ingenuo —no, ingenuo no era la palabra exacta, ni infantil, ni tampoco simple— deleite, con aquel placer físico que caracterizaba todo lo que hacía.

«Cuida de mí —decía—. Haz que me sienta cómoda y segura».

Y él lo hacía.

Aquel día, un día...

«Tonterías».

Deidre estaba sentada en una playa. Su playa favorita. La curva de arena, blanca donde el sol la había secado, de color pardo claro donde la marea decreciente no la cubría, se extendía hasta una gran colina, una verde altura coronada por un grupo de árboles sacudidos por el viento.

Más allá de aquella altura había otras, columnas de roca que se erguían escalonadamente hasta el brumoso resplandor del horizonte.

«Tonterías —repitió Deidre. Luego, tomando una vez más sus manos—: Querido, te *amo*. ¿No puedes comprender...? ¡Oh! No puedo explicarlo, me faltan palabras. Pero, ¿no puedes comprender que eso es lo único que importa?».

Travers no contestó. No en aquel momento. Estaba envuelto en pensamientos. Hasta que ella cogió un puñado de arena, se lo arrojó y echó a correr, para zambullirse en el mar. Y luego regresaron a la cabaña, junto a la playa. Esta vez era la cabaña, no el chalet. Deidre poseía también un chalet de paredes blancas bañadas por la luz del sol, y decorado con cachorros de bronce y de cobre, con un hogar en el que ardían gruesos troncos, y con pieles de cordero de un color blanco lechoso en vez de alfombras. Amontonaban las pieles y hacían el amor sobre ellas, al danzarín y chispeante resplandor de las llamas. En el hogar, el café se conservaba caliente. Travers llenaba dos tazas y obligaba a Deidre a levantarse, medio dormida, y a beber. Y ella bebía con los ojos cerrados, con el resplandor de las llamas en el rostro. Y él cepillaba sus dorados cabellos, los sedosos cabellos que Deidre había dejado crecer para él. Y volvían a besarse, y...

¿Cómo se alejaba Deidre de su lado?

Lo ignoraba.

Pero las paredes del cubículo estaban iluminadas, y al otro lado martilleaban las voces familiares y odiadas.

«*Despertad-despertad, es hora de levantarse. Aquí está el Show de Dicky Dobson*».

Mientras Deidre desaparecía, fantasmal y triste, rodeada de niebla.

¡Pero los días, los días largos, inútiles, llenos de Sonido! Las horas se alargaban interminablemente hasta que podía llamar de nuevo a Deidre. El ruido le impedía dormir; y los tranquilizantes le estaban vedados. Una vez, drogado, había tratado de evocar a Deidre, pero ella no pudo o no quiso venir; no había sido más que una mancha oscura en la oscuridad, una silueta que gemía y gemía como podría gemir un pájaro, palideciendo hasta desvanecerse en otro amanecer. En consecuencia, no había vuelto a drogarse. Y de ahí el juego con los tapones.

Cuando le habló a Deidre de los tapones, ella se mordió el labio y frunció el ceño. Era evidente que los desaprobaba, y Travers se sintió perdido, y transcurrió toda una hora irremplazable antes de que se suavizara la tensión. Después de aquello, Travers

no volvió a hablarle del asunto. Hasta entonces, que él pudiera recordar, no había tenido ningún secreto para Deidre.

Tres días después descubrió, en parte, el motivo de la preocupación de Deidre. Le había salido un absceso.

Era muy doloroso. Para ser más exactos, era como si un pequeño y llameante sol hubiese quedado irrevocablemente encerrado dentro de su quijada, para agonizar en ella. Ni pensar en dormir en tales condiciones; aunque Travers sintió las manos de Deidre, el alma y la fuerza vital de Deidre, esforzándose por alcanzarle a través de la manta de dolor. Gritó y lloró, se golpeó la cabeza, se desmayó, quizás...

Por la mañana, antes de que amaneciera —antes, incluso, del *Dicky Dobson Show*—, se vio obligado a ir en busca de su médico.

Cuatro agónicas horas antes de que le visitara. Llamó por video al jefe de personal de la empresa, el cual se echó a reír al ver su cara, y luego le preguntó si le aliviaba el gritar, y cuando Travers, sin habla, sacudió la cabeza, estalló en una franca carcajada. El aspecto de Travers era ahora grotesco, ya que el pus había formado nuevas bolsas y aumentado la inflamación. Aunque con el aumento de la hinchazón el dolor había remitido misericordiosamente. Ahora era peor el dolor espiritual; el saber que algo, a través de lo que había hecho, lastimaría a Deidre.

Necesitaba verla urgentemente, explicarse, estrecharla entre sus brazos. Pero allí estaba el doctor Rees.

El doctor estaba enojado. Con motivo, pensó Travers. Ya que la causa primaria de su sufrimiento eran los Cuerpos Extraños —al parecer se habían recuperado algunas hilachas y fragmentos— que el doctor Rees le acusó de insertarse en los oídos; y el sufrimiento de Travers era la causa primaria de que el doctor desperdiciara su tiempo. Travers quedó anonadado. Le gustaba el doctor Rees; o, más exactamente, trataba de que le gustara, concienzuda y seriamente. Aunque resultaba difícil; ya que el doctor tenía un Tri-Vi instalado en su consultorio y mientras él trabajaba y diagnosticaba, Kandinsky —por quinta vez aquella semana, Travers llevaba la cuenta— volvía a luchar sus clásicos quince asaltos con Bleeding Billy Cheshire. Travers se dio cuenta de que estaba desarrollando una memoria retentiva: se sabía el comentario de la pelea de memoria, casi palabra por palabra.

Pero el doctor estaba hablando.

Era un joven de aspecto blando con una tripita precoz. Y tenía la cara llena de granos. En su fuero íntimo, Travers atribuyó al Tri-Vi la existencia de aquellos granos. Era otra de sus teorías, también sin base científica: aquel Sonido continuo, apuntado principalmente a la cabeza, era absorbido hasta que los tejidos, excesivamente empapados por decirlo así, rechazaban cada nuevo asalto de breves y semibreves, cada oleada de octavas y disonancias. La cara del doctor Rees exudaba Sonido, a través de todo el espectro auditivo: de cuarenta a mil quinientos hz, con rastros de armónico vigésimo discernibles únicamente por medio de un osciloscopio. La Teoría de las Pústulas...

Pero, tenía que prestar atención. Iba a ser enviado a un especialista, porque la cosa era seria. Sí, asintió, sí; lo comprendía y estaba de acuerdo. Habían vendado su cara; se sentía limpio y cómodo. Haría cualquier cosa, cualquier cosa; por su propio bien, se daba cuenta de ello.

Se lo contó a Deidre, aquella noche. Ella le formuló medio centenar de preguntas, acerca del doctor Rees, de lo que había dicho y hecho, y del especialista que tenía que visitar a Travers. ¿Qué clase de especialista?

Travers enrojeció, desconcertado. Estaba demasiado nervioso y no se había acordado de preguntarlo.

Pero pensó una vez más lo que había pensado muchas veces, que Deidre sería una magnífica enfermera. La vio en una sala de hospital, blanca, almidonada y alta, con una toca que recordaba las alas de una mariposa blanca. Por una vez, su sueño fue reparador, y la imagen le sostuvo durante su jornada en Maschler-Crombie.

Sin embargo, por la tarde volvieron a surgir problemas.

Travers había deseado llamar a Deidre temprano. Realmente temprano, sólo por una vez. Porque tenía mucho que contarle acerca de su corta y tumultuosa jornada. Había oído decir —nada concreto, un simple rumor— que en Maschler pensaban ascenderle. Trató de sonsacar al jefe de personal, y Rawlinson no lo había negado, aunque tampoco lo había afirmado. Se había encogido de hombros, le había mirado por encima de sus gafas, y había contestado con evasivas, pero no había dicho que no, no lo había negado en redondo. El ascenso representaba cincuenta dólares más a la semana, la posibilidad de un apartamento exterior. Travers se sentía al borde del desmayo al pensarlo. Un apartamento exterior, con todos los privilegios que entrañaba: ¡toda una pared, un lado completo de su existencia libre de ruido! Mentalmente veía ya el apartamento, y a él mismo sentado junto a la ventana; una noche de verano, tal vez, con los millones y millones de luces parpadeantes que eran la ciudad, un mapa viviente extendido debajo de él... Después de aquello, la realidad del Apartamento 633 resultaba difícil de aceptar. Especialmente ahora que le habían prohibido su vicio secreto. Se sentó, en medio del persistente ruido, tapándose los oídos con las manos; se tendió en la cama, se levantó, hizo café, lo bebió, volvió a tenderse, se sentó.

Las manecillas del reloj de pared se arrastraban con imposible lentitud, marcando los segundos y los minutos lúgubrementemente, como si incluso el reloj deseara privarle de aquel interludio de paz.

Alrededor de las ocho un extraño estado de ánimo tomó posesión de él. Quizás por primera vez en muchos años, se encontró a sí mismo preguntándose por qué él, Travers, tenía que ser víctima de tales desventuras. El asunto de los tapones, por ejemplo; mirando hacia atrás, reconstruyendo todos sus actos, no podía encontrar ningún fallo en la lógica, ningún detalle ante el cual pudiera decirse: «Travers, te has pasado de la raya». No, había hecho lo que había hecho por pura necesidad; una extravagancia, quizá, pero una necesidad básica para él como individuo. Luego le dio

por preguntarse si había existido una época —en el período Cámbrico, por ejemplo, o en el Devónico—, durante la cual hubo Silencio. Si existía ahora algún lugar (aparte de aquellas inasequibles Capillas que habían labrado la fortuna de la *Walk-In-Light*) del que pudiera decirse que en él prevalecía el Silencio, incluso brevemente. Desde luego, no en lo que quedaba de campiña. Travers había ahorrado durante varios años para costearse unas breves vacaciones lejos de la ciudad, pero había sido inútil. En todas partes, en aquellos campos cuidadosamente conservados, en aquellos trozos de playa, en las colinas que fijaban los límites de la ciudad por uno de sus lados, habían instalado locales de recreo; los turistas, errando al azar y un poco asustados, se arracimaban alrededor de ellos con sus Tri-Vi portátiles, embriagando sus almas con la deliciosa ambrosía del Sonido. No había encontrado nada allí. Ninguna de aquellas playas vacías de sus sueños, o de los sueños de Deidre, ningún suspiro del viento sobre la hierba, ningún susurro de las olas resbalando sobre la arena...

Se encontró a sí mismo, contra su voluntad y con gran sorpresa por su parte, utilizando su video. Los números del listín parpadearon en la pantalla, verdes y brillantes. Localizó lo que buscaba, marcó el número de la Oficina de Correos, Torre Central, tragó saliva un par de veces y expuso su queja con la mayor claridad y concisión que le fue posible.

El caballero que apareció en la pantalla tenía un rostro amable. Sí, sí, exceso de Sonido, muy lamentable; cada ciudadano estaba rigurosamente controlado, desde luego; sólo tenía derecho a un nivel determinado de decibeles, de acuerdo con la ley. ¿Estaba *seguro* Travers de que alguien violaba las normas locales?

Travers estaba seguro.

En tal caso, dijo su nuevo amigo y benefactor, se tomarían las medidas oportunas. Inmediatamente. Los Ingenieros de la Central peinaban la ciudad continuamente en busca de infractores; una camioneta estaba ya en camino. No se preocupe, Mr. Travers; siéntese tranquilamente y espere... Con una sonrisa impersonal, el empleado se borró a sí mismo de la pantalla.

Lo he hecho, pensó Travers, con una mezcla de terror y exultación. *Lo he hecho, Deidre...*

Pero, ¿y si... supongamos, esperanza contra esperanza... y si se *hacía* realmente algo? Travers lo imaginó, o trató de imaginarlo. Silencio. Extendiéndose como un bálsamo, como las ondas sobre un lago, desde su cubículo, a través y más allá del edificio. Travers se entregó al ensueño. Se vio a sí mismo como el patriarca, el archipreste de una nueva fe. ¿Y si, partiendo de aquel modesto principio, la fe continuaba creciendo? A través de la ciudad, del país, saltando por encima de los mares, tal vez, para inundar el mundo. La visión era delirante e inmensa. Silencio; un nuevo credo reuniendo a centenares, a millares, a millones tal vez de conversos. ¿De qué tamaño tendría que ser el arca, se preguntó, para garantizar un Silencio absoluto? ¿Paredes de un metro de espesor, de un centenar de metros, de quinientos metros? El dinero no sería problema. Vio el arca convertida en realidad. Dentro de ella, una

eternidad de Silencio. Con Deidre...

El llamador situado encima de la puerta parpadeó insistentemente, un furioso ojo rojizo.

¿Cuánto tiempo había permanecido amodorrado? Sólo unos minutos; pero incluso el Sonido se había apagado temporalmente. Travers se dirigió hacia la puerta, como un sonámbulo, presa aún de su momentánea exaltación.

Eran dos ingenieros. Con una gran cantidad de aparatos, medidores, localizadores de dirección en forma de copa, troles repletos de controles y de discos, un micrófono sobre un soporte plegable, con su cabeza achatada semejante a la de una serpiente de cromo. Hurgaron aquí y comprobaron allá, consultaron tablas y notas, extendieron sobre el suelo un enorme plano del edificio... Estaban muy bien equipados, evidentemente.

Travers rezó en silencio.

La cabeza del micrófono giró, interrogadora, mientras las saetas de los medidores oscilaban y temblaban. Unas luces se encendieron y se apagaron. Travers notó que el sudor brotaba copiosamente de su frente y de sus axilas.

Ahora, el micrófono olfateaba el techo.

«Negativo —dijo uno de los ingenieros—. Dos puntos ocho de máxima».

Apuntaron el micrófono al suelo.

«Negativo —repitió el ingeniero—. Cinco coma cero».

Los gritos y los aullidos, la música, los ritmos que se entremezclaban caprichosamente, el terrible ruido... ¿Era *negativo* todo aquello? El micrófono estaba sordo, o desajustado. Aquellos hombres le estaban tomando el pelo.

«Oiga, mister —dijo el ingeniero—. Creo que nos ha llamado usted para nada».

«Un momento...».

La esperanza que renacía.

La cabeza del micrófono estaba apuntando a un rincón del suelo. A Travers le pareció que el micrófono temblaba, como si olfateara una víctima.

«Aquí tenemos un nueve coma cinco —dijo el ingeniero—. De acuerdo, mister, tenía usted razón».

Los localizadores de dirección entraron en funciones. Luego, los ingenieros consultaron el plano.

«Este es el tipo —dijo uno de ellos—. Se llama Lupcheck. Le caerá una multa de ochenta dólares. Mr. Travers, gracias por su llamada. No podemos permitir que la gente sufra por el exceso de ruido. No es bueno para el sistema nervioso».

Recogieron todos los aparatos y se marcharon.

Travers retorció sus manos.

Lupcheck... Conocía a Lupcheck, perfectamente. Y Lupcheck conocía a Travers; sus caminos se habían cruzado ya una vez. Lupcheck manejaba una grúa en el supermercado local: un enorme trasto pintado de azul que corría continuamente, silbando y roncando, a lo largo de una complicada red de rieles colgada sobre un acre

y medio de artículos para la venta. Uvas, latas de conservas, flores artificiales, cajas de huevos y de queso, todo era atrapado por la grúa de Lupcheck y depositado en los lugares asignados ante las mismas barbas de los consumidores. Travers había admirado a menudo su destreza con la grúa; hasta que un día sucedió algo imprevisto que dejó a un cliente sin sombrero y derramó por el suelo racimos de plátanos, latas de aceitunas sevillanas, tarros de mermelada y cereales. El cliente gritó algo furiosamente en dirección al tejado, y desde allí le replicaron, y continuó gritando, hasta que Lupcheck bajó: al lado de la grúa había una escalerilla que descendía hasta el suelo. Lupcheck no era alto, pero sí muy ancho, con un cuello de toro y unos recios y velludos antebrazos. Sus puños eran enormes, con unos nudillos impresionantes; disparó uno de ellos, y las gafas del cliente quedaron incrustadas en su rostro, mientras brotaba la sangre y goteaba hasta el suelo. El cliente profirió unos terribles aullidos y Lupcheck trepó tranquilamente por la escalerilla y volvió a atender a su máquina. Y Travers se dirigió rápidamente hacia la salida, sintiéndose enfermo y renunciando a las cosas que había comprado, preguntándose con asombro cómo era posible que nunca se hubiese dado cuenta del poder destructor de la bola de hueso situada al final de un brazo humano.

Travers temía a Lupcheck. Y ahora, en virtud de su denuncia, Lupcheck tendría que pagar ochenta dólares.

Poco después de la retirada de los cazadores de decibeles, uno podía haber detectado o no una pequeña reducción en el volumen de los rugidos de los Tri-Vi. Travers pasó una mala noche, demasiado preocupado para dormir, incapaz de evocar a Deidre. Como siempre, la cesación del ruido trajo la incredulidad. Era como tratar de recordar el dolor; parecía inconcebible que el edificio no hubiese estado siempre envuelto en una silenciosa quietud. Las luces fueron apagándose en los cubículos circundantes, hasta que Travers quedó rodeado por una aterciopelada oscuridad. A oscuras, se maldijo a sí mismo amargamente. ¡Qué insignificancia parecía, después de todo, aquel asunto del Sonido! Sin ningún motivo, o por un motivo muy nimio, había comprometido la mañana del día siguiente. Y se había negado a sí mismo a Deidre, y la había lastimado; no tenía la menor duda acerca de eso. Trató de obligarse a dormir, con una especie de desesperación; pero llegó el amanecer, y Dicky Dobson estalló en su diaria cacofonía, y Travers no había pegado un ojo. El terror abrió sus fauces delante de él, ya que si conseguía eludir a Lupcheck, este era de todos modos el Día del Especialista.

Lupcheck le atrapó en el ascensor.

Travers llevó la mano a los controles, aterrorizado, pero el otro fue demasiado rápido para él. Apoyó un hombro contra la puerta antes de que se cerrara; el mecanismo chirrió levemente, y la puerta se abrió y volvió a cerrarse con Lupcheck dentro. El ascensor inició su suave descenso.

Lupcheck agarró a Travers por las solapas de la americana, lo levantó del suelo y lo empujó contra uno de los lados de la caja. Travers jadeó, con sus azules ojos

desorbitados. Como le había ocurrido antes, se sintió como dividido en dos: una parte de su cerebro se daba cuenta de que Lupcheck estaba realmente furioso, mientras sus ojos registraban la aspereza de la piel del otro, las redes de venas diminutas, las hirsutas cejas con pelos rojizos, grises y blancos. Un pequeño músculo latió en la comisura de la boca de Lupcheck, y Travers se preguntó por un instante si el operador de la grúa no podía ser tan desgraciado como él. Luego llegó la rabia, vertiginosa y fría, sugiriendo que Travers golpeará con la rodilla el empeine de Lupcheck y descargara un puñetazo en la intersección de su nariz y sus ojos. Lo que había presenciado en el supermercado le contuvo. Lupcheck era invencible; seguirían otros golpes, como mazazos, demasiado terribles para ser soportados. Y se romperían cosas dentro de la boca de Travers: podía ver ya la sangre y experimentar el dolor. De modo que se quedó quieto, mientras Lupcheck volvía a empujarle contra el lado del ascensor y gruñía, y prometía, y juraba.

Ocurriera lo que ocurriera, Deidre se pondría furiosa. Furiosa por su cobardía, furiosa si luchaba y le magullaban inútilmente. De modo que Travers tuvo que oír las cosas que Lupcheck decía, y dar las garantías que Lupcheck exigió, y largarse furtivamente, cuando Lupcheck le soltó. La rabia hervía aún en él; sabía que no le abandonaría ya hasta que Deidre hubiera sufrido por su causa. Como siempre, contra su voluntad.

La rabia no abandonó a Travers mientras se dirigía al hospital. Había estado allí una vez, hacía años, y apenas recordaba el camino. Cruzó pasos subterráneos, en los cuales resonaba el estrépito de los automóviles y autobuses que pasaban por encima. Los aparatos de Tri-Vi, instalados aquí y allá en paredes y tejados, competían en sus vociferaciones. Los postes de anuncios parlantes aportaban su contribución —una contribución relativamente modesta— al barullo.

El hospital estaba perfectamente señalizado. Parecía extender fibras nerviosas electrónicas hasta los pasos subterráneos; Travers no tardó en encontrarse enfrentado a las posibilidades conflictivas de Otorrinolaringología, Oftalmología, Geriátrica, Cáncer y media docena más de departamentos ominosamente etiquetados. Se equivocó dos veces, retrocedió, hasta que finalmente consiguió orientarse y llegar a la zona de recepción.

Recordó el lugar. Interminables paredes de hormigón, luces blancas y deslumbrantes, y ruido. Los altavoces, apuntados en todas direcciones, aullaban números y números de Tarjetas de Identidad, indicando a los pacientes los pasillos o ascensores que debían utilizar. Más allá se encontraba el Pabellón de Emergencias, donde eran atendidos los accidentados de toda una ciudad. Las ambulancias afluían ininterrumpidamente, descargando camillas y heridos capaces de andar por su propio pie; el vestíbulo era un hervidero de enfermeras y ordenanzas. Travers pudo ver la llegada de un vehículo aplastado, montado sobre un camión. Varios hombres subieron inmediatamente a la caja del camión, y uno de ellos portaba los cilindros de un anticuado soplete de acetileno. Las víctimas serían extraídas del vehículo siniestrado

allí mismo, como sardinas de una lata. Travers se estremeció y se alejó de allí. Poco después presentaba su Tarjeta de Identidad al escrutinio impersonal de un Monitor. La máquina parpadeó, y al cabo de unos segundos le entregó un volante. Siguiendo las instrucciones que figuraban en él, Travers encontró su pasillo, contó las puertas, presentó el volante a otro Monitor y fue admitido mecánicamente a una antesala alfombrada, pero sin muebles, aparte unas cuantas sillas.

Aquí, al menos, el ruido era menos intenso. Había un solitario Tri-Vi funcionando, pero con el Sonido desconectado. Un recepcionista, humano por fin, asumió la dirección de los asuntos de Travers. Le dijo que se sentara y aguardara, y le entregó una revista con hojas de plástico para que se entretuviera. Travers leyó, maquinalmente, palabras que no tenían ningún sentido. Y rezó por Deidre. En otras ocasiones, en otras grandes crisis de su vida, la técnica había funcionado. Cerró los ojos, se concentró...

Mr. Travers...

Travers levantó la mirada, sobresaltado, al oír repetir su nombre en tono impaciente. De nuevo había pisado en falso. Ahora había enojado al especialista.

Fue introducido en una oficina interior. Aquí, por fin, había Silencio. Un silencio tan intenso, que el leve zumbido del ventilador instalado en el techo resultaba ruidoso. El especialista consultó unas cuartillas, frunció el ceño y sacudió la cabeza. Luego empezó a hablar.

En primer lugar, dijo, Travers debía darse cuenta del considerable problema que él y otros como él planteaban a una sociedad moderna; una sociedad, subrayó el especialista, organizada sobre sanos principios históricos para el mayor bien del mayor número posible de sus miembros. Repitió, una por una, las admoniciones del Doctor Rees. Travers asentía a todo, humildemente. Lo único que deseaba en aquel momento era huir una vez más a su desierto de Sonido.

Pero aquello, al parecer, no sería posible. Ya que el especialista continuó hablando, formulando preguntas. Unas preguntas muy raras. Se interesaba por la infancia de Travers, por los acontecimientos más remotos que pudiera recordar y que hubieran dejado huella en él. Travers contestaba a las preguntas, reticente al principio, luego más locuaz, hasta que por fin toda su amargura se derramó en un torrente de palabras apasionadas. Habló, sobre todo, de la Necesidad, la gran Necesidad de Silencio que experimentaba su alma. Y de su idea del Arca.

Travers se interrumpió, avergonzado. Pero el especialista le apremió para que siguiera. El especialista comprendía el problema de Travers; lo comprendía de veras. En cuanto a la solución... Bueno, en esta sociedad moderna, en el mejor de los mundos posibles, no había nada que no pudiera alcanzarse. Y, después de todo, la Necesidad resultaba muy fácil de satisfacer. ¿La respuesta? Nada de píldoras, nada de aparatos, nada de sueños románticos e inasequibles...

Travers parpadeó mientras toda la belleza de la solución se iluminaba delante de él. Tan sencilla, de una sublime sencillez, sencilla como la Relatividad, sencilla como

todas las ideas realmente grandes y originales... Significaría, desde luego, el sacrificio de su ascenso, el final del antiguo sueño de un apartamento exterior; pero su mente se refocilaba ya con las otras posibilidades, mucho mejores. Felicidad, total y completa, para él y para Deidre. Se vio a sí mismo comunicando la maravillosa noticia: Tiempo, ilimitado, Tiempo para estar juntos. El mundo se difuminó; Travers no vio nada más que el brillante y perfecto futuro. Asintió, febril, mudo en su impaciencia, ávido por firmar los formularios que le presentó el especialista y empezar.

Fue conducido a otra sala. Aséptica esta vez, blanca y resplandeciente. La anestesia local le insensibilizó rápidamente desde la mandíbula hasta el cuello y las sienes. Fue conducido a un sillón que moldeó la forma de su cuerpo mientras se sentaba. Una lámpara se encendió sobre su cabeza; notó el momentáneo pulso de calor en las mejillas y en la nariz antes de que extendieran un paño sobre sus ojos. Unos dedos hurgaron en sus insensibles mejillas.

Los instrumentos producían leves sonidos. Repiquetees y chasquidos metálicos. Luego, nada.

Absolutamente nada.

Apartaron el paño; y Travers miró a su alrededor, deslumbrado. La pesadilla había terminado, limpiamente, en un brevísimo espacio de tiempo. Ahora no habría más Dicky Dobson; no habría más gente; nada.

La técnica era tan perfecta, le habían asegurado, que su sentido del equilibrio permanecería intacto; se trataba de una simple escisión, para extirpar unos huesos diminutos que funcionaban conectados con otros huesos diminutos para transmitir el infierno desde los cuatro puntos cardinales hasta el interior de su cráneo...

Los rostros le estaban hablando, ahora. Enfermera, anestesista, cirujano; elogios o maldiciones, felicitaciones o reproches. Travers sonrió, eufóricamente. Ni sabía lo que le decían, ni le importaba.

Y allí estaba la ciudad silenciosa, fuera. Los silenciosos tubocars, las silenciosas personas y los silenciosos vehículos. Un millón de ventanas silenciosas, ojos de cubículos que albergaban a un millón de silenciosos Tri-Vi. En alguna parte, Lupcheck manejaba su grúa silenciosa, rumiaba su silenciosa rabia. Pobre estúpido y derrotado Lupcheck, que ahora no importaba absolutamente nada.

Travers se encaminó a su apartamento, despacio, ya que le habían advertido de la posibilidad de que le afectara una sensación de vértigo, durante algún tiempo. Más allá de las paredes del Apartamento 633, como siempre, danzaban sombras electrónicas. Las miró sonriendo, con una sonrisa de bendición.

Se desvistió lentamente. Ahora disponía de todo el Tiempo del mundo. La preocupación de la noche anterior, la tensión del día, le habían agotado. Se tendió en su camastro, y quedó dormido casi instantáneamente.

La playa se iluminó. Y allí estaba Deidre corriendo, corriendo como nunca había corrido. Él corrió, también, notando que sus pies se hundían en la arena calentada por

el sol, con los brazos extendidos. Trató de abrazar a Dreide, pero ella le apartó de su lado. Y entonces vio, desconcertado, las lágrimas que se deslizaban por sus mejillas; y vio la terrible acusación en sus ojos. Deidre cayó de rodillas, sujetándose la garganta, formulando una y otra vez la misma silenciosa pregunta, *por qué, por qué*, hasta que por fin llegó la comprensión.

Deidre se había vuelto muda.

Sexto sentido

Michael G. Coney

No recuerdo a ningún individuo aquella mañana: sólo un mar de rostros de bebedores entre mí mismo y la hora de cerrar. Sé que estaba ocupado, y habitualmente, cuando el parador está atestado, el tiempo pasa muy aprisa. Pero aquella mañana se alargaba. ¡Cómo se alargaba, Dios mío! Recuerdo algunas obscenidades bienintencionadas de los clientes habituales al darse cuenta que mi mente no estaba en lo que hacía, y les servía whisky cuando pedían cerveza, y cuando ellos me señalaban el error volvía a equivocarme...

Al final dieron las tres y empezaron a desfilar. Cerré la puerta detrás de los últimos rezagados y anduve de un lado a otro de la sala, recogiendo vasos y volviendo a soltarlos... Abrí el grifo del agua, llené el fregadero, dejé caer en él unos cuantos vasos sucios y empecé a lavarlos, sin darme cuenta exacta de lo que hacía.

No pude soportarlo por más tiempo. Solté los vasos, abrí la puerta y salí al exterior, con un nudo de anticipación en el estómago. Crucé el sendero y eché a andar sobre la hierba corta y salitrosa hasta la cumbre del acantilado. Al llegar allí di media vuelta y tendí la mirada tierra adentro.

A través de los campos, muy lejos, un fantasma de polvo se alzó en el aire inmóvil, avanzando lentamente, demasiado lentamente.

Mientras lo contemplaba, mis pensamientos fueron transportados súbitamente hacia atrás por un proceso vívido de *déjà vu*, y fue de nuevo aquel cálido día de verano, hace tres años...

Estaba de pie en el umbral del parador, sin pensar en nada concreto, contemplando el cabrilleo del mar bajo los rayos del sol.

Hacía un calor húmedo y pegajoso y por un instante acaricié la idea de descender por la colina hasta la pequeña aldea situada a orillas del agua, y desvestirme, y refrescarme con un buen chapuzón. Desde el parador, colgado cerca de la cumbre del acantilado, el agua se veía clara e invitadora en la pequeña cala que formaba el puerto de la aldea. Podía ver el fondo, guijarros color de plata debajo del verde oscuro del agua, alrededor de la base del acantilado. No tenía obligación de abrir el bar hasta las cinco; disponía de mucho tiempo...

Pero tenía que pensar en los huéspedes. Habían escrito diciendo que llegarían a media tarde, y no les causaría buena impresión que nadie contestara a sus llamadas y que tuvieran que esperar en el umbral, contrariados, mientras yo subía la colina con los húmedos taparrabos pegados al cuerpo.

Estarían sudorosos y cansados y querrían bañarse y beber. Mi parador no tiene

pretensiones de lujo, y sólo cuenta con tres dormitorios para alquilar, pero me agrada que la gente se sienta a gusto. A fin de cuentas, el parador es mi único medio de vida.

De modo que me limité a dar un paseo hasta el borde del acantilado, a unos doscientos metros de distancia. Permanecí allí, en mangas de camisa y *shorts*, deseando que soplara una fresca brisa, contemplando el océano y las aves marinas que revoloteaban alrededor del Espolón de las Gaviotas.

Algunos han trepado por el Espolón de las Gaviotas, por pura diversión. Les he visto hacerlo, contemplándoles a través de la ventana desde mi puesto detrás del mostrador. Yo mismo trepé por él una vez. Y nunca más.

El acantilado, donde yo me encontraba, se alzaba unos ochenta metros por encima del tranquilo mar. Unos veinte metros más abajo había una especie de puente de pizarra tendido entre el acantilado y el Espolón de las Gaviotas. El Espolón era un pináculo de la misma pizarra que el arrecife, pero alzándose casi vertical desde el agua hasta un punto situado casi diez metros por encima de la cumbre del acantilado, como el brazo nudoso de un viejo gigante que se estuviera ahogando.

Y la gente trepaba por él por pura diversión. Los agarraderos eran muy poco estables. Se desmenuzaban en la mano, en cuanto uno los encontraba.

Pero la gente continuaba descendiendo el acantilado hasta el puente, y avanzaba por él mientras el mar, los días en que soplaban el viento, baboseaba codiciosamente muy abajo, y empezaba a trepar, con una mueca de temor en el rostro. Cada año, un trozo de puente desaparecía en el mar, en tanto que las galernas de noviembre erosionaban la base del Espolón. Algún día, también el Espolón se derrumbaría, tal vez ante mis propios ojos. Entonces no vería ya a aquellos insensatos agitando triunfalmente una mano a sus amigos del bar desde su precaria percha en la cima, hundidos hasta el tobillo en excremento de gaviota. Suspiré, entristecido por el deterioro de una curiosidad local.

Al volverme, divisé un rastro de polvo alzándose en el aire inmóvil desde el camino que zigzagueaba tierra adentro entre los campos. Los huéspedes. Nadie de la aldea regresaría del pueblo a esta hora de la tarde.

Abandoné el acantilado y regresé al parador, ensayando mi sonrisa de bienvenida.

Entré en el parador, cerrando la puerta detrás de mí, y esperé. Esto es algo que hago siempre; me permite apreciar las personalidades de los recién llegados, antes que ellos puedan verme y se pongan en guardia, levantando las barreras.

Al cabo de un rato me proyecté al exterior. Cautelosamente, para evitar que me detectaran.

Mi mente se encontró con un tropel de confusa y malhumorada acrimonia, una sensación de sudor y malestar, la sensación de un grupo de personas entre las cuales la amistad no era más que una capa superficial.

Bueno, en mi profesión hay que tratar con tipos de todas clases. Abrí la puerta de par en par y salí a la implacable luz del sol. Fue como volver a entrar en un horno. Sonreí, exudando *bonhomie*.

El automóvil era un modelo de lujo, todo esmalte y platino. La primera en bajarse fue una mujer, cuyo aspecto rivalizaba en ostentación con el vehículo.

—Hera Piggott —se presentó a sí misma.

Se me quedó mirando con aire insolente, y capté una imagen de mí mismo en un rincón descuidado de su mente. Yo llevaba una blusa en cuya parte delantera había tres XXX. Mi rostro quedaba oculto debajo de un enorme sombrero y mis piernas estaban embutidas en unas botas altas. Decidí que no me gustaba la señora Piggott, pero procuré que ella no se enterara. En mi profesión, hay que ser un experto en el arte de disimular.

—Jack Garner —le contesté, cortésmente.

Un hombre de aspecto serio, medio calvo, se bajó del asiento delantero. Hera Piggott había estado conduciendo, naturalmente.

—Señor Piggott.

Su esposa no le dio tiempo a presentarse a sí mismo: la potencia de su emisión anuló su débil onda. «Piggy», pensó ella para sí, y el coro de risitas mentales que había sido discernible entre los otros pasajeros invisibles fue como un comentario burlesco a aquel pensamiento.

Pero había un elemento de disensión. Una jovencita se bajó de la parte posterior del automóvil, alisando su falda corta, y nada divertida por las caricaturas mentales proyectadas a su alrededor.

—Soy Mandy. Encantada de conocerle.

Era sincera. Me sonrió, y sus sentimientos eran una mezcla de amistad y de una extraña clase de simpatía y de..., algo más, algo que expresaba su clara mirada pero que aparecía velado en su mente. Aparentaba unos dieciséis años, pero sospeché que era más joven. Era muy alta y estaba muy bien construida.

—Mi hija —anunció Hera Piggott, sin el menor orgullo. De hecho, con mal disimulada antipatía. Celos, posiblemente.

—Jim Blantyre —anunció el gigoló de cabellos negros, mientras ayudaba a bajarse a su esposa («Joyce», informó) con exagerada caballerosidad. Joyce tenía un aspecto ratonil y deprimido, la antítesis de Hera.

Inmediatamente supuse que Jim y Hera estaban unidos por algo sórdido, y que Piggy y Joyce no tenían los suficientes redaños para enfrentarse con la situación. Después de diez años de parador, podía clasificar a mis huéspedes con bastante rapidez, con barreras mentales o sin ellas.

Tras las presentaciones, me vi asaltado por una insistente imagen colectiva de cuatro cuerpos tendidos en un baño de agua fría, bebiendo combinados. La quinta persona, Mandy, estaba en guardia, o tal vez ahogada por los demás.

Yo disponía solamente de un baño, y no era demasiado bueno mezclando bebidas, pero no lo di a entender. Ya lo descubrirían por sí mismos.

—Pasen..., les enseñaré sus habitaciones.

Echaron a andar detrás de mí, emitiendo imágenes de bebidas. Las ignoré

conscientemente, concentrándome en la idea de llevarles a sus habitaciones y ordenar sus equipajes.

—Antes que nada pónganse cómodos, y luego podrán beber con más tranquilidad —intimé, con una entonación de lógica y sensibilidad.

Accedieron, supongo que de mala gana, y les acompañé a sus habitaciones: dos dobles y una individual. Luego bajé a buscar el equipaje.

Había un montón de maletas, y en cada una de las habitaciones dobles las opiniones acerca del mejor lugar para colocarlas divergían.

—Allí.

—No, querido. Sobre la cama, podremos deshacerlas más fácilmente. No, la otra cama, está más cerca de los cajones de la cómoda.

Etcétera.

—Déjela en cualquier parte. —Era la habitación individual, la de Mandy, y la última maleta—. Nunca voy cargada. Así no se me plantea el problema de no saber qué vestido ponerme. A mamá le preocupa mucho lo que debe ponerse. He estado con ella a veces, conversando con el tío Jim —una imagen de leve repugnancia—, y mamá se ha pasado el tiempo preguntándose si llevaba el vestido adecuado. He captado imágenes de ella, examinándose a sí misma llevando algo distinto. Hace mucho tiempo que decidí que nunca sería así.

Mandy sonrió. Por lo visto, estaba muy segura de sí misma.

Era un placer comunicarse con ella. Las imágenes eran maravillosamente claras y directas, expresando exactamente lo que querían expresar.

Mandy era bonita, también, con los cabellos cortos, a la moda, y unos grandes ojos castaños en un rostro ovalado. Una boca encantadora, con leves hoyuelos en las comisuras. Me sorprendí a mí mismo preguntándome qué sensación me produciría besarla. Me estaba haciendo demasiado viejo para ese tipo de cosas, y Mandy no era más que una niña.

—¿Qué edad tienes, Mandy? —pregunté.

Ella sonrió, con una sonrisa traviesa, y empezó a emitir una hilera de números. 21, 20, 19, 18..., 17..., haciendo una pausa más larga a cada número, esperando captar una respuesta mía en el sentido que yo la creía. Cuando desapareció el 17, la emisión se interrumpió.

—Diecisiete —repetí, restando un poco más en mi fuero íntimo—. Será mejor que baje a preparar esos combinados.

—Bajaré en seguida —respondió ella, por medio de una imagen de sí misma bajando la escalera con unos breves *shorts* negros y una camisa blanca.

Tuve la impresión que Mandy esperaba mi aprobación. Sonreí y me marché, sin hacer ningún comentario.

Las bebidas reanimaron a los huéspedes y la atmósfera se hizo más agradable mientras se sentaban en la barra formulándome preguntas acerca de la localidad. Se sorprendieron cuando les dije que llevaba diez años en el parador.

—¿No lo encuentra aburrido en invierno?

La pregunta de Hera iba envuelta en la imagen de un paisaje nevado, con grandes témpanos contra la puerta del parador y huellas de pisadas visiblemente ausentes del camino que conducía a la aldea.

Sonreí, y emití para ella una imagen nocturna del bar, con todos los clientes locales, el fuego ardiendo alegremente en el hogar, y las llamas proyectando reflejos parpadeantes en los vasos.

—Sí, pero aquí nunca puede *suceder* nada.

Una imagen de una alegre reunión, con alegres estallidos de globos de colores y Hera como centro de atracción. Fuera, una calle atestada de gente; encima, una nube de heliautos.

Traté de explicar hasta qué punto me desagradaba la ciudad, con sus olores, sus multitudes, sus apresuramientos. Cómo había vivido allí por espacio de veinte años, y lo contento que estaba de haberme marchado.

Pero, como siempre, me callé el verdadero motivo. No me gusta que me consideren un fenómeno...

Mandy había terminado de bañarse, se había vestido, estaba bajando. Quedé sorprendido al comprobar que podía detectarla, desde tan lejos. Observé a los otros brevemente, pero estaban discutiendo acerca de una fiesta a la que habían asistido la noche anterior. Los pensamientos de Piggy iban acompañados por una sensación de náusea. Había bebido demasiado, estaba explicando. Alguien le había inducido a hacerlo. Jim estaba sonriendo, recordando a Piggy tumbado en el suelo mientras las parejas bailaban a su alrededor.

Mandy apareció en lo alto de la escalera, se detuvo unos segundos y empezó a descender. Llevaba, desde luego, los *shorts* negros y la camisa blanca, y debo admitir que tenía un aspecto delicioso. Sus piernas eran largas y esbeltas, y observé que Hera daba un involuntario tirón a su falda, para ocultar unos muslos que estaban acumulando grasa.

—Has tardado mucho. Todos necesitamos un baño, ¿sabes? Podrías tener un poco de consideración hacia el resto de nosotros, jovencita —fue el agrio comentario de Hera.

Mandy no replicó; estaba pensando en salir a dar un paseo, pero me hizo un guiño y yo capté una leve imagen del Espolón de las Gaviotas y del mar abierto; luego, Mandy miró a Jim, y el mar se encrespó, y el Espolón de las Gaviotas empezó a desmoronarse, a hundirse.

Aquella noche, después que los clientes locales se marcharon, nos sentamos a conversar. Me contaron algo acerca de sí mismos. Al parecer, Piggy y Jim eran socios, aunque no especificaron la naturaleza exacta de su negocio. Sin embargo, saqué la impresión que éste se trataba de una de aquellas empresas en las que uno se arriesga a fin de hacer dinero rápidamente.

Hera y Piggy llevaban cinco años de casados, el segundo matrimonio para cada

uno de ellos. Mandy era hija de Hera y de su primer marido. Mientras Hera me describía la situación, capté, sorprendentemente, un fuerte lazo de mutuo afecto y respeto entre Mandy y su padrastro.

Joyce, por su parte, era algo mayor que Jim. También ellos llevaban cinco años de casados, pero no tenían hijos. Joyce se sentía desgraciada por ello, y observé una triste y semioculta imagen de sí misma tendiendo unas prendas infantiles recién lavadas.

Era evidente que Jim no quería tener hijos. También era evidente que deseaba a Hera, aunque se esforzaba lo indecible por ocultarlo. Deduje que se había casado con Joyce por su dinero y que ahora lo lamentaba, pero seguía unido a ella porque..., supongo que porque Joyce poseía la mayor parte de las acciones del negocio.

Los pensamientos de Mandy no se translucían al exterior. Estaba sentada un poco alejada de los demás, frunciendo el ceño de cuando en cuando a unas ideas que yo no podía captar, y sin unirse a los intercambios generales. Había salido a dar un largo paseo, sola, después de cenar, mientras los demás se dedicaban a beber combinados. Estaba sorbiendo un agua mineral, mirando hacia nosotros de cuando en cuando, pero concentrándose de un modo especial en su vaso.

—Ya es hora de acostarse, Mandy —emitió Hera mirando a la muchacha.

Mandy no captó el mensaje; estaba perdida en algún ensueño personal, mirando a través de Hera más bien que a Hera.

—Maldita chiquilla —Hera aumentó la potencia—. Ha sido un estorbo todo el día, zanganeando por ahí. Por el amor de Dios, tómate un trago y ámate un poco, por lo menos.

Mandy conservó su aire enigmático, desviando la mirada hacia su padrastro.

A medida que transcurrían los días, el tiempo se hizo más húmedo y el estado de ánimo de los huéspedes más irritable. Cada uno de ellos parecía desquiciar los nervios de los otros, e incluso el presunto lío entre Hera y Jim estaba encallado.

Al cuarto día estaban demasiado agotados para hacer algo por la tarde, y se limitaron a tumbarse en los colchones de aire sobre el césped al lado del parador, mientras yo entraba y salía continuamente con una interminable sucesión de bebidas, procurando tranquilizar mi propia irritación con la idea de estar ganando una fortuna a costa de ellos. No creo que a ellos se les ocurriera aquella idea: me esforzaba en ocultarla, temiendo que se dieran cuenta súbitamente del hecho que el tiempo me estaba favoreciendo.

Mandy no estaba allí; había desaparecido inmediatamente después del almuerzo, para realizar una de sus expediciones particulares. La echaba de menos. No la había visto demasiado, pero su presencia hacía soportable la de los otros. Pero incluso ella, los últimos dos días, se había mostrado más silenciosa a medida que aumentaba el calor, y sus pensamientos habían tendido a ocultarse. Mi primera impresión respecto a que era una muchacha sincera y abierta estaba siendo gradualmente revisada. En Mandy existían profundidades.

Mientras entregaba a Hera su enésimo vaso, ella dirigió una imagen del cielo hacia mí.

—Parece que vamos a tener tormenta —observó, con una especie de alivio y de extraña anticipación—. Eso podría aclarar un poco la atmósfera —añadió enigmáticamente.

Piggy tenía un aspecto más apagado, si es posible, que nunca. Su blanco cuerpo estaba muy enrojecido, como si hubiese tomado el sol con exceso. Dios sabe por qué no se cubría el cuerpo, a menos que tuviera la patética idea respecto a que su esposa podía sentirse atraída por sus rollizas formas.

El cuerpo de Jim estaba ya bronceado; era de esos tipos que siempre están morenos. Alzó la mirada hacia las amenazadoras nubes que avanzaban hacia nosotros y sonrió, y algo pasó entre Hera y él de un modo tan íntimo y tan rápido que no pude captarlo.

Mandy estaba aquí. Apareció en el sendero y echó a andar a través de la hierba hacia nosotros, con un aspecto sumamente acalorado, su blanca camisa pegada a su cuerpo y contorneando sus juveniles senos. Me sorprendió mirándola, y súbitamente pareció asomar a sus ojos todo el conocimiento de la madurez. Luego contempló al grupo de bebedores.

—¡Piggy! —Una afectuosa palabra de exclamación. Estaba mirando a su padrastro, sin necesidad de emitir más palabras mientras proyectaba una vívida imagen de una langosta de color escarlata, medio cocida, agitando débilmente sus tenazas en los estertores de la muerte—. ¡Ve a vestirte! Si continúas aquí se te llenará el cuerpo de ampollas.

Piggy se puso en pie obedientemente y Mandy le acompañó al interior del parador, emitiendo una sádica impresión de una loción pegajosa y unas manos agónicamente frías.

Los otros tres encargaron más bebidas y Joyce modificó su postura, quedando ahora sentada en su gandula, directamente entre Hera y Jim. Sus cabellos lacios estaban empapados en sudor, y miraba a las nubes tormentosas con aire abstraído y preocupado.

La tormenta estalló durante la cena. Les había servido ensalada, ya que nadie podía enfrentarse con la idea de una comida caliente, y estaba retirando los platos para servir el helado cuando una serie de relámpagos rasgaron el aire. Inmediatamente empezó a llover, a torrentes.

La comunicación, que había ido haciéndose cada vez más difícil, resultaba ahora casi imposible en aquella pesada atmósfera eléctrica. Tuve que inclinarme mucho hacia Mandy para captar su encargo:

—A mí de chocolate, por favor. Y creo que es usted muy simpático.

Miré a los otros. Había quedado desconcertado y con una ridícula sensación de culpabilidad, pero ellos no se habían dado cuenta de nada. Con aquella tormenta, no podía comunicarse ni siquiera a través de la mesa. Los ojos de Jim y de Hera se

encontraron y Hera pasó su lengua a través de sus labios, con aire excitado.

La conversación se había apagado ahora por completo y el resto de la cena discurrió en un completo silencio mental. Nunca he presenciado una tormenta como aquella, ni antes ni después, que me aislara de un modo tan absoluto de la humanidad y del intercambio social. Pero al menos dos de los huéspedes estaban disfrutando de la situación, a juzgar por la misteriosa sonrisa que afloraba a los labios de Hera y la intensidad de las miradas de Jim.

Habían terminado de cenar. La taza de café de Mandy chocó contra su platillo por última vez; la mano de la muchacha temblaba ligeramente. Hera y Jim la habían estado observando, deseando que terminara, y ahora se levantaron bruscamente, seguidos con menos prisa por Joyce y Piggy, y, finalmente, Mandy. Salieron del comedor.

Retiré las tazas y las dejé en la cocina. Las lavaría más tarde. Sorprendentemente, encontré a los otros en el bar, esperándome. Había supuesto que saldrían, desafiando a la lluvia para ir al pueblo. Hera se deslizó de su taburete al verme entrar, y se acercó a mí.

—Whisky, por favor. Doble —Estaba emitiendo a toda potencia—. Prepare cuatro. Y una limonada.

Traté de alcanzar a los otros, sentados a dos o tres metros de distancia, pero era como..., era como una tarde de invierno cuando se levanta una niebla del mar, y al mirar a través de la ventana hacia el Espolón de las Gaviotas sólo se divisa una forma oscura más allá de la cortina de niebla, sin que se sepa si la visibilidad se extiende a cincuenta metros o a cinco.

Algo parecido estaba ocurriendo ahora, mientras los relámpagos zigzagueaban en el exterior y la atmósfera se llenaba de estática. No sabía si estaba recibiendo imágenes directas de Mandy, o las anónimas y grises formas mentales de Joyce. O si estaba recibiendo algo, aparte de las casi dolorosas emisiones de los relámpagos y la niebla eléctrica general.

Hera se volvió, mirando al exterior. Iba a ser todo un espectáculo, cuando llegara la noche. De momento, a la media luz crepuscular, el borde del acantilado era apenas visible, y el Espolón de las Gaviotas no era más que un dedo borroso detrás de una cortina de lluvia.

—¿Perdón?

Me había parecido captar unas palabras de Hera. Me incliné hacia adelante.

—Decía que resulta fastidioso no poder comunicarse. Y con este tiempo, cualquiera sale al exterior...

Hera parecía hacerme responsable del mal tiempo. Me estaba mirando con aire expectante, como si yo fuera un payaso obligado a distraer a los clientes aburridos.

Luego señaló el Sensibilizador, instalado detrás del mostrador. Obedientemente, lo puse en marcha. Normalmente, lo tengo desconectado cuando el bar está abierto, porque se interfiere con las conversaciones. Pero, si ella lo deseaba... Cualquier cosa

con tal que ella estuviera contenta.

Abrí todo el volumen y mi mente quedó llena de la melodiosa música de baile interpretada por una gran orquesta. La potencia era considerable, luchando valientemente con la tormenta eléctrica. Se trata de una cinta continua, en realidad. Me gusta la música de baile; sobre todo por las mañanas, cuando estoy limpiando el bar. El Sensibilizador tiene un juego de luces acoplado: es un modelo caro. Lo puse en marcha, también, y los destellos luminosos empezaron a latir rítmicamente, *uno dos tres, uno dos tres, rojo azul blanco, rojo azul blanco*, al compás de la música. Súbitamente, el bar adquirió un aspecto alegre.

Los huéspedes se habían animado, y Hera repiqueteaba con los dedos sobre el mostrador, marcando el compás. Aunque la música quedara parcialmente ahogada, incluso a todo volumen, las luces funcionaban estupendamente.

—¿Bailamos?

Hera se había levantado de su asiento y estaba delante de Jim, con las manos extendidas. Jim se puso en pie y la enlazó por la cintura. Empezaron a bailar lentamente, y muy bien.

Piggy les contemplaba con ojos de perro apaleado. Por lo visto, el baile no era una de sus especialidades. Y, de todos modos, para él hubiese sido agónico notar en su lacerada espalda las largas uñas de Hera. Miró especulativamente a Joyce, luego a Mandy, luego se lo pensó mejor y volvió a concentrar su atención en Hera y en Jim.

—¿Quiere bailar conmigo, Jack?

Era Mandy, levantando confiadamente la hoja plegadiza de acceso al interior del mostrador para que yo saliera. Se aferró a mí con firmeza, pero castamente, y empezamos a bailar. Era como una pluma entre mis brazos, y algo fresco y confortable, un oasis en medio del sofocante calor de la habitación. Estaba empezando a disfrutar. Mandy, por su parte, sonreía, velando cuidadosamente sus pensamientos. Al dar la vuelta vi que también Piggy sonreía, contemplando cariñosamente a Mandy.

Luego, súbitamente, ocurrió la cosa.

Primero capté un destello furioso de Mandy: descarnado y amargo.

Luego, al girar, mientras me preguntaba qué había podido provocar aquella repentina explosión, tropecé con Hera y Jim, los cuales bailaban con las cabezas muy juntas, completamente olvidados de todo lo que les rodeaba.

Mi mente captó leves destellos de pensamientos impuros.

Se hicieron más intensos, se apagaron, volvieron a crecer, vibrando.

Repulsivo. Allí estaba aquella pareja, a la vista de todos los demás, incluida una jovencita, aprovechándose de las condiciones meteorológicas para entregarse a la más desenfadada forma de adulterio mental que pueda concebirse. Mientras apartaba apresuradamente a Mandy, me persiguieron imágenes de cuerpos desnudos. No soy un puritano, precisamente, y en los años que llevo en el parador he visto muchas cosas raras. Pero, esto... Resultaba increíble.

—No quiero bailar más, gracias —dijo una vocecilla en mi cerebro.

Solté a Mandy y ella se sentó, muy pálida, rehuyendo mi mirada.

Y Hera y Jim seguían bailando, perdidos en su mundo particular de lascivia, cínicamente serenos con el conocimiento del hecho que nadie *sabía* lo que estaba ocurriendo, aunque lo sospecharan... Apuesto a que lo habían planeado de antemano cuando se dieron cuenta de la inminencia de la tormenta, y pensaron que ésta sería la única oportunidad que tendrían, durante un par de semanas...

Por fin se sentaron. Mandy se relajó ligeramente, expresando alivio y luego comprensión, cuando finalmente fue capaz de encontrarse con los ojos de su padrastro. Algo pasó entre ellos, sin pensamientos, expresado únicamente con los ojos. Me pregunté si Piggy había sospechado algo. Tenía muy mal aspecto.

¡Se puso en pie y se acercó a mí.

—Creo que voy a acostarme —observó débilmente—. No me encuentro bien. Un poco de insolación, seguramente. Buenas noches.

Empezó a subir la escalera.

Mandy estaba furiosa. Pude leer los pensamientos en su rostro, mientras contemplaba la retirada de su padrastro. Debo decir que la actitud de Piggy me pareció poco enérgica. Tenía que haber sospechado algo, aunque sólo fuera por la expresión del rostro de Hera mientras bailaba, pero no quiso dar un espectáculo. Tal vez parezca un poco absurdo aporrear la nariz de un hombre por lo que está pensando mientras baila con la esposa de uno; especialmente cuando no se han captado los pensamientos. De todos modos, hacen falta dos para...

Estaban bailando de nuevo y ahora, ausente Piggy y con Joyce aparentemente dormida en su sillón, actuaban con más descaro, emitiendo con tanta intensidad que desde el lugar en que me encontraba pude captar un par de imágenes de Hera, por encima de la electricidad estática...

Mandy estaba observando, con ojos inescrutables... Su última bebida había sido un whisky; el vaso colgaba ahora vacío en su mano. Se movía inquieta en su sillón, observando...

Los labios de Jim aparecían entreabiertos en una sonrisa de orgullo. En el rostro de Hera había una expresión de éxtasis.

Era una cinta continua. Dios mío, esto podía durar toda la noche. Con el tiempo que hacía, no vendría ningún otro cliente. Tendría que desconectar el Sensibilizador.

Pasó el tiempo.

Mandy había desaparecido; su sillón estaba vacío. Seguramente había subido a ver a Piggy, mientras yo observaba a la pareja...

Piggy descendía por la escalera. Capté una imagen suya cuando pasó cerca de mí. Iba a disolver la reunión. Había reunido el valor necesario. Las cosas habían llegado demasiado lejos.

Supuse que Mandy le había dicho lo que estaba ocurriendo.

Dio unos golpecitos a Jim en el hombro, y cuando Jim se volvió y soltó a Hera —

y mientras yo esperaba que derribara a Jim de un derechazo—, Piggy enlazó a su esposa por la cintura y empezó a bailar con ella, torpemente. Hera pareció cómicamente sorprendida. Por su parte, Jim se sentó de mala gana y contempló a la pareja que bailaba en el centro de la sala. En su rostro se reflejaban encontradas emociones. Miraba a Piggy con una especie de respeto, aunque el espectáculo de Piggy bailando con Hera no resultaba impresionante, precisamente. Piggy era tres o cuatro centímetros más bajo que su esposa. Bailaron un buen rato, pero no creo que sus pensamientos estuvieran concentrados en el baile.

El colosal anticlímax me produjo una curiosa sensación de desencanto.

Eventualmente, Piggy condujo a Hera a su asiento, y luego se acercó al mostrador.

—¿Dónde está Mandy? —inquirió.

—No lo sé —dije—. Creí que estaba con usted.

—No la he visto. No está en su cuarto. Lo he comprobado antes de bajar... ¡Hera!

—La imagen cortó la estática como un cuchillo—. ¿Has visto a Mandy?

Una débil y sumisa negativa. Me pregunté qué habría pasado entre ellos, exactamente, durante el baile.

—¿Cuánto hace que no la has visto?

—Una hora, quizás. No lo sé. Mandy es ya lo bastante mayor para cuidar de sí misma.

—No tiene más que catorce años... ¿Por qué diablos ha tenido que salir, en una noche como ésta? Puede haberse caído por el acantilado...

Se habían reunido todos a su alrededor, con creciente alarma. Piggy, sorprendentemente, dominaba al grupo; su preocupación por Mandy y la culpabilidad de los otros al permitir que Mandy saliera habían producido un trauma en las habituales relaciones.

—Será mejor que salgamos a buscarla —emitió Joyce, mientras Hera y Jim vacilaban—. Iré a buscar los impermeables. Jack, ¿tiene usted alguna linterna?

Al cabo de unos minutos estábamos en medio de la oscuridad nocturna, iluminada espasmódicamente por los relámpagos.

—¡MANDY! —proyectó Piggy a toda potencia, pero sólo fue un susurro contra la tormenta.

—Así no la encontraremos —Joyce estaba impaciente—. Tenemos que buscarla. Vamos. Puede estar caída en alguna parte.

De modo que nos separamos. Piggy y Hera tomaron la dirección de la aldea; yo avancé por el sendero tierra adentro, en tanto que Jim y Joyce investigaban en la cima del acantilado y los alrededores inmediatos. A pesar del impermeable, al cabo de unos minutos estaba empapado, la lluvia me goteaba cuello abajo y las perneras de mis pantalones se pegaban a mi carne, enlodadas y desagradables. Anduve durante media hora, tal como habíamos convenido, y regresé al punto de partida. Encontré a los otros en la cima del acantilado. Nadie había visto a Mandy.

Piggy estaba proyectando el haz luminoso de su linterna a lo largo del borde del acantilado.

—Supongamos...

Trató de interrumpirse pero yo percibí, a través de la estática, la débil imagen de una figura cayendo.

—¡No seas estúpido! —le reprochó Hera.

—No había oscurecido del todo cuando Mandy salió... Tal vez creyó que era más temprano.

Una pueril sugerencia de Jim.

—Y *cuando* la encontremos, *si* es que la encontramos. —Las formas mentales de Piggy habían adquirido súbitamente la dureza del acero—, tú y yo pasaremos cuentas, Hera. Hay unas cuantas cosas que quiero poner en claro.

—No sé de qué estás hablando —replicó Hera nerviosamente—. Mandy salió a dar un paseo. Se ha portado de un modo muy raro durante todo el día. —Luego, con un relámpago de la antigua Hera—: Voy a decirle cuatro cosas *a ella*, cuando regrese. ¡Asustarnos de este modo!

—¡Cállate! —ordenó Piggy bruscamente—. ¡MANDY! —emitió de nuevo, a toda potencia.

Un crujiente silencio, mientras todos tensábamos nuestros sentidos.

Ninguna respuesta. La lluvia caía implacable. Miramos a nuestro alrededor, indecisos, preguntándonos qué podíamos hacer.

Luego...

Luego supe repentinamente dónde estaba Mandy.

Seguido de los otros, incrédulos aún, avancé unos metros a lo largo del borde del acantilado.

—Esperen aquí —les instruí—. Y proyecten toda la luz de sus linternas sobre mí, mientras paso al otro lado.

Me incliné sobre el borde del acantilado y empecé a descender hacia el puente de pizarra.

Me alegré de no poder ver las olas que rugían debajo. Sostuve la linterna entre mis dientes mientras me arrastraba a través del puente a cuatro patas. Las linternas proyectaban su luz sobre mí mientras avanzaba, iluminando rocas carcomidas, desapareciendo en un pavoroso vacío, retrocediendo para alumbrar el camino delante de mí.

Llegué al Espolón de las Gaviotas. Tomando la linterna en mi mano, dando la vuelta hasta situarme fuera de la vista de los otros, empecé a trepar.

La lluvia había amainado, ahora; la oscuridad era absoluta, con el repentino fulgor de los relámpagos en agudo contraste, iluminando la fachada rocosa con claridad de magnesio. Recordé, inquieto, una imagen que había captado de Mandy hacía unos días. Del Espolón de las Gaviotas, irguiéndose sobre el mar. Traté de no pensar en ello, pero me estremecía cada vez que zigzagueaba un rayo,

preguntándome dónde caería. El mar se movía furiosamente debajo de mí, y la roca era muy resbaladiza. A veces necesitaba las dos manos para trepar y tenía que sujetar la linterna con los dientes.

Mientras trepaba murmuraba para mí mismo. Creo que estaba repitiendo el nombre de Mandy. Tenía que concentrarme en algo: las alturas siempre me han producido vértigo.

Continué trepando, sin dejar de murmurar.

Súbitamente, me encontré en un amplio reborde de roca. Reposé unos instantes, respirando fatigosamente, tratando de apaciguar los furiosos latidos de mi corazón. Y entonces restallaron de nuevo los relámpagos, y vi una cara asustada...

Mandy reposaba sobre su lecho en el parador y todos nosotros la rodeábamos, indeciblemente dichosos al ver sus ojos abiertos, olvidando las estupideces y los resquemores del día al comprobar que Mandy no había sufrido ningún daño.

—Lo siento —se disculpó Mandy—. No debí salir a esa hora. Gracias, Jack —añadió—. Fue una estupidez por mi parte.

—¿Qué diablos te impulsó a subir a aquella roca?

La irritación estaba reemplazando a la preocupación en las emisiones de Hera, ahora que las cosas volvían a ser normales.

—¡Oh! No lo sé... Estaba aburrida, supongo. La lluvia había amainado un poco, y decidí dar un paseo, sencillamente. Y luego me asusté.

Creí que Hera iba a formular algún otro comentario, pero no lo hizo. El color había vuelto a las mejillas de Mandy; parecía encontrarse perfectamente. La capacidad de recuperación de la juventud. Yo mismo necesitaba otro whisky y un sueño reparador.

Hera dirigió su atención hacia mí.

—¿Cómo diablos supo usted que estaba allí? —Una pregunta formulada bruscamente, pero que no ocultaba del todo una gratitud subyacente y profunda—. Mis sentidos son bastante agudos, pero no lo bastante agudos para captar las emisiones de Mandy en medio de la tormenta. Por lo visto, recibe usted como una radio espacial...

—¡Oh! No lo sé —respondí modestamente—. No soy *tan* agudo. Posiblemente, el reborde rocoso sobre el cual se encontraba Mandy amplificó sus emisiones y las dirigió directamente hacia mí, debido a la posición en que me hallaba. En una tormenta se producen efectos muy curiosos.

Les dejé que creyeran aquello. Resultaba más fácil que tratar de explicarlo.

Siguió un embarazoso silencio, parecido al silencio que se produce intermitentemente en un hospital durante las horas de visita. Mandy se removió bajo las sábanas, y súbitamente sus párpados se cerraron y su respiración se hizo más profunda y regular. Se había dormido.

Permanecimos allí unos instantes, contemplando a Mandy, arropándola, y luego nos marchamos. Hera cerró la puerta silenciosamente y dirigió una sonrisa insegura a

Piggy, el cual sonrió a su vez, brevemente. La intención original de «pasar cuentas» parecía olvidada, al menos de momento.

—Vamos, Jim. —Joyce tomó a su marido del brazo—. Tenemos que acostarnos. Mañana tendremos que madrugar, para salir temprano.

—¿Piensan marcharse mañana? —pregunté, sorprendido.

—Sí. Lo hemos discutido con Jim, y hemos decidido cambiar de ambiente. No creo que sea una buena idea para todos nosotros estar juntos demasiado tiempo, viendo las mismas caras que vemos durante el resto del año, como si no estuviéramos de vacaciones. ¿No le parece?

Y Joyce y Jim se dirigieron a su habitación, tomados de la mano.

Pensé que no hay nada como una pequeña crisis para que la gente recobre el sentido común.

Y ahora el remolino de polvo estaba cerca, y pude oír el zumbido del motor, y de pronto el pequeño modelo deportivo dio la vuelta a la esquina, se salió de la carretera y corrió a través de la hierba hacia mí. El motor se apagó y el automóvil se detuvo, a unos metros de distancia.

Mandy se bajó y yo tomé sus manos entre las mías. Había crecido un poco y llevaba los cabellos un poco más largos. Pero no se había sofisticado. Mandy no sería nunca una mujer sofisticada.

Mandy sonrió, y obedeciendo a un repentino impulso la besé; luego nos apartamos un poco el uno del otro, algo avergonzados.

—¿Es así como recibes a tus nuevas empleadas? —inquirió Mandy, con las claras formas mentales que yo recordaba tan bien—. No me extraña que tengas dificultades para encontrar personal en verano. Nada más llegar, asustas a las candidatas. —Sonrió—. No creo que mamá me hubiese dejado venir sola, si hubiera sabido que ibas a hacerme este recibimiento.

—Espero que tu madre se alegrará de haberse librado de ti por un par de meses —observé—. De todos modos, me alegro mucho de verte. Has sido muy buena al renunciar a tus vacaciones para venir a ayudarme.

—¡Oh, sí! —Mandy me miró de soslayo—. En realidad, no he renunciado a mis vacaciones. Abandoné la escuela hace una semana, para siempre. Puede decirse que estoy empezando a trabajar.

—¡Oh! —Se me escapó una exclamación sin forma, llena de implicaciones personales. Pensé que no era tan viejo, a fin de cuentas. Treinta y siete años... ¿Es viejo un hombre a los treinta y siete años? Sólo que Mandy era tan joven... Pero había vuelto. Conocía mis sentimientos; tuve que decírselo, aquella noche, en el Espolón de las Gaviotas. Y, sin embargo, había vuelto—. De modo que..., ejem..., no tienes que regresar a casa, necesariamente, cuando termine el verano.

—No.

De nuevo la mirada de soslayo y una sonrisa maliciosa.

Mandy miró a su alrededor, el mar, los acantilados, la aldea, el parador, el

Espolón de las Gaviotas.

—Todo está exactamente igual. Aquí no cambia nada, ¿verdad? Comprendo por qué no te gustan las ciudades. Esto es tan apacible...

Desde luego. Resulta difícil, pero, ¿puede alguien imaginar cómo aparecen las ciudades para una persona como yo?

El rugido de los cohetes espaciales, el incesante clamor de los heliautos, los enloquecedores ultrasonidos del tráfico a motor...

Nadie puede imaginarlo, lo sé.

En el siglo veinte me hubiesen comprendido, antes que llegara la telepatía, que hizo innecesario el sentido del oído. Un sentido que era una fuente constante de dolor, debido al insoportable fragor de la vida cotidiana. Hasta que gradualmente, misericordiosamente, aquel sentido se perdió...

No, nadie puede imaginarlo porque, excepto yo, todo el mundo ha perdido el sentido del oído.

¿Soy un fenómeno, un salto atrás biológico?

Si lo soy, doy gracias a Dios por ello. Porque fue ese sentido primitivo el que me condujo al lado de Mandy aquella noche memorable. Mandy quedó atrapada en aquel reborde rocoso, y en su terror gritó y gritó, de un modo primitivo, y nadie pudo oírla, nadie podía saber dónde estaba, ya que la estática lo ahogaba todo.

Pero yo pude oírla gritar.

Y eso decimos todos

Bruce McAllister

Robert se incorporó lenta y cautelosamente en su lecho en la blanca y silenciosa habitación. Como una membrana sobre el esqueleto infinitamente limpio de su universo inmediato, la arrugada sábana se relajaba a través de sus piernas, curvándose maternalmente alrededor de las esquinas del colchón como las alas de un gran murciélago albino. Desviando sus ojos de un lado a otro con nerviosa prudencia, Robert permaneció inmóvil por espacio de una hora, dos horas, tres... y luego dio un respingo cuando el aire silbó a través de sus propias fosas nasales. Bajo el flácido mármol de su frente, los pensamientos matinales continuaron afluyendo de sus dos personalidades. Pero siempre estaba tranquilo, de modo que sus paredes eran lisas, sin acolchamientos.

—¡Oh, he estado aquí largo rato, y, oh, no me he movido en un largo rato! Me gustaría moverme, alisar aquella arruga de la cama... agarrar aquella mosca que está en el techo de la habitación. Pero permíteme que te diga que si hiciera una de esas cosas papá me advertiría que no lo hiciera. Así de sencillo. Papá siempre está cerca, y sabe lo que no debo hacer, y me lo dice.

»Oh, si extendiera mi brazo y tocara la mosca, papá extendería su brazo desde el lugar en que se encuentra y tocaría mi cara. Y la fuerza de la mano de papá sería como la de mi mano aplastando la mosca.

»Aquella mujer con la bandeja de comida... ella dice que es una enfermera y que estoy en un hospital, pero si la voz de papá está aquí todo el tiempo, tengo que estar en casa. ¿Ves la bandeja y la enfermera? La llamaría ahora mismo, pero papá me oiría y me pegaría.

»Papá me deja desayunar, almorzar y cenar. De modo que estoy extendiendo mi mano y tocando la bandeja. Papá me deja masticar, también, y tragar, lo cual estoy haciendo.

»En la bandeja hay también un pastel. Huele bien, y...».

¡No, Bobby! Ese pastel es dulce, malo para ti, para tus dientes. Malo para tus venas, malo para tu mente. Te lo he dicho mil veces: come para vivir, no vivas para comer. Lo dice la Biblia, y lo dijo también Benjamín Franklin, un gran hombre de los Estados Unidos de América. Nada de pastel. Despídete del pastel.

—Adiós, pastel. ¿Ves? Papá sabe lo que no debo comer y me lo dice. Si hubiera lamido un poco de aquel pastel de limón, ahora sangraría por la nariz, o tendría las mejillas enrojecidas, o los ojos amoratados como los que papá me pone cuando hago cosas malas.

Me preguntáis de nuevo cómo eran las cosas entonces. Antes de Robert. Esencialmente, yo era joven y trabajaba para la *Decade*. Escribía mis artículos para la revista, pero básicamente estaba tan a oscuras como cualquier otra persona en la nación. ¿De veras creéis que mis recuerdos tienen algún valor? Adelante, pues, pero los que sufrirán serán vuestros oídos.

P de Parasicología y Petrocelle. Vamos a empezar por el doctor, ya que se le atribuye —o se le reprocha— el haberlo iniciado todo.

El Dr. Sebastián Petrocelle dirigió la invasión de las clínicas mentales en 1997. En su calidad de miembro del Departamento de Defensa tenía el derecho y la obligación de hacerlo. En realidad, había sido uno de sus propios colegas el que había descubierto que los enfermos mentales parecían poseer espantosos poderes de percepción extrasensorial, telequinesis, telepatía y tele-etcétera.

Cuando se publicó el informe inicial sobre las correlaciones significativas, los psicólogos, los psiquiatras y los psicoanalistas de todo el mundo abrieron unos ojos como platos, agarraron el problema por los cuernos y escribieron el equivalente de cinco mil volúmenes de *Guerra y Paz* en el corto espacio de un mes. Los doctores se plantearon, en resumidas cuentas, la pregunta crucial:

«La presencia de percepción y concepción extrasensoriales en el enfermo mental, ¿es el *resultado* o la *causa* de la enfermedad mental?

De los cinco mil y pico de volúmenes escritos para contestar a aquella pregunta, un millar contestaron: «La enfermedad es la causa».

Otro millar afirmó: «La enfermedad es el resultado».

Los otros tres millares se salieron por la tangente, sin comprometerse: «Los dos factores no pueden ser considerados independientemente: no aparece claramente definida ninguna relación causa-efecto».

El Dr. Petrocelle leyó eventualmente uno de los cinco mil Grandes Artículos Mundiales escritos sobre el tema PES-enfermedad mental. Aquel artículo resultó ser el prototipo de todos ellos y había sido escrito por un colega. Consecuente con el MO habitual de Petrocelle, su lectura del artículo tuvo lugar doce meses después de haber dirigido la invasión de las clínicas mentales, doce meses después de su enorme *faux pas* con Robert Johnson.

Después de haber vertido la leche del Departamento de Defensa, el Dr. Petrocelle se hallaba en una casa de reposo cuando finalmente se decidió a leerlo.

Al principio, la única preocupación de Petrocelle fue la de descubrir el poder potencial en la correlación PES-enfermedad mental.

«Poder para el progreso —solía decir—, y progreso en competencia con el Enemigo... que no ha sido siempre el enemigo pero que ahora lo es».

Al Dr. Petrocelle no le resultó difícil conseguir ayuda financiera para su investigación del poder potencial, debido a que se conocía perfectamente su inveterado escepticismo en lo que respecta a la parasicología y otros campos ocultos.

Un escepticismo reconocido, respetado y compartido por los hombres que manejaban los fondos del Departamento de Defensa.

—Si nuestro Dr. Petrocelle ve algo en todo este asunto del poder mental y las enfermedades mentales, tiene que haber algo en él.

Para facilitar las cosas, se construyó una máquina destinada a localizar la presencia de lo que el público llamaba «poder mental». Petrocelle, por su parte, prefirió darle el nombre de FA —*fortiter animae*—, como si el hecho de incorporar al asunto una romántica frase latina pudiera añadir dignidad a su tarea.

La máquina fue llamada un electroFAgrafo.

El Dr. Petrocelle se sintió estimulado cuando su electroFAgrafo localizó un enfermo mental con un chirriante potencial FA. Al principio, Petrocelle no estaba seguro de la intensidad del poder latente en el paciente; pero su inseguridad no tardó en desvanecerse cuando el tratamiento de shock prescrito para el paciente arrancó bruscamente al pobre hombre de su inmovilidad física y mental. Por desgracia, la terapia de shock sólo dio al paciente movimiento: continuó completamente loco. Un agente de policía tuvo que matarle a tiros cuando utilizaba su FA para taladrar un agujero de diez pies de diámetro en la pared del hospital, con la intención de fugarse.

El agente disparó contra él porque, según sus propias palabras, «No quería detenerse». Y todo el mundo admitió que el agente no hubiese podido manejar al maníaco FA con las manos vacías.

Antes de que el proyectil practicara un agujero mucho más pequeño pero igualmente formidable en su vientre, el maníaco FA pronunció unas palabras que tardarían en olvidarse: «¡Tengo que salir!».

Todo el mundo supuso que se trataba de una referencia al confinamiento en el hospital.

El agente no era el tipo de hombre que se dedica a disparar contra los enfermos mentales. El factor variable, en aquella ocasión, fue que la argamasa volando de la pared del hospital le recordó una película que había visto, llamada *Earth versus the Mina Master*: una película en una de cuyas escenas un agente de policía tenía la suerte de matar a tiros a la primera Mente Superior que aterrizaba sobre la Tierra. Suerte, porque después de aquel incidente ningún ser humano se encontró en condiciones mentales de disparar contra nada.

Después de la ejecución accidental de su prodigio, Petrocelle se hizo más cauteloso y más científico. Entró en acción, rodeándose de más colaboradores, oficialmente para registrar, experimentar e investigar, pero en realidad para procurarse apoyo verbal en el caso de que la aventura FA no progresara con la rapidez suficiente para los gustos del gobierno.

En la clínica mental del Estado de Adaja, el doctor Petrocelle y la máquina FA descubrieron a un segundo paciente. Su electroFAgrafía oscilaba de un modo semejante al del anterior y ahora difunto enfermo.

—De modo que me da usted el informe clínico sobre Robert —dijo el Profesor

Stapleton—. Pero no comprendo cómo va a curar su esquizofrenia con mi máquina y, encima de eso, conseguir que trabaje para el gobierno con su FA cuando esté curado. Yo soy un profesor, doctor Petrocelle, no un médico ni una mente gubernamental.

—Lo sé, Stapleton. Pero usted conoce esa máquina suya, y es el único motivo por el que le necesito aquí.

Stapleton asintió con aire dubitativo.

—Lo que vamos a hacer —continuó el Dr. Petrocelle, dando unos golpecitos a la máquina docente— es deslizarnos dentro de la mente de Robert. En vez de enseñar a un estudiante dormido con su persuasiva voz, va usted a deslizarse dentro de la mente de Robert y a convencer a las dos partes de su mente —la del padre y la del hijo— para que mantengan todo su ser inmóvil y su FA solamente potencial. Convénzales de que deben trabajar juntos. Dígales que en otro tiempo estuvieron de acuerdo, y que deben ponerse de nuevo de acuerdo para siempre. Robert interpretará su voz, Stapleton, como otra voz paterna, y su voz-de-Bobby-hijo se fundirá con la voz-de-padre que se ha creado para sí mismo. De este modo, cuando salga usted de su mente, dejará al padre y al hijo reconciliados, felices, y Robert podrá moverse de nuevo y utilizar su FA. Cuando vuelva a ser una sola mente, estará en nuestras manos. Lo que tenemos que hacer es decirle que esos electrodos inalámbricos en forma de disco de la máquina docente son aparatos auditivos que le ayudarán a oír mejor a su padre: Bobby se los colocará y no nos planteará dificultades. Nunca ha oído hablar de una máquina docente. Además, parece ser subnormal en inteligencia.

—¿Cómo espera conseguir que utilice su FA para el gobierno? Podría utilizarlo para sí mismo y convertirse en un criminal... Eso es lo que todo el mundo ha predicho para una situación como ésta.

—En la maraña de palabras de ese informe que tiene usted en la mano, se dice que Robert es a la vez muy religioso y muy patriota: como lo fue su verdadero padre. Desgraciadamente para el estado mental de Robert —aunque afortunadamente para nuestros objetivos—, su padre era también muy estricto. El patriotismo, la devoción religiosa y el severo ordenancismo de la voz paterna en la mente de Robert provocarán en el muchacho un temor a ser antipatriota... entre otras cosas. No tendremos problemas.

Stapleton parecía un poco apenado, un poco indeciso. El Dr. Petrocelle se decidió inmediatamente por la anestesia verbal, su especialidad.

Petrocelle empezó:

—Robert —huérfano de madre desde los siete años—, siempre ha sido un problema. Su padre era un modelo de disciplina y no vacilaba en aplicar los métodos más brutales para imponerla. Desde muy joven, Robert se acostumbró a que su padre censurase todos sus movimientos con palabras duras y castigos corporales. Robert se replegó en sí mismo, dejando de funcionar en cualquier sentido social, comiendo muy poco, porque incluso oculto en su propia mente no podía escapar de la voz de su padre. No es autístico ni catatónico, técnicamente hablando, pero su estado es

deplorable. Habitado a las censuras, tuvo que modelarse una gárgola paterna para el hombro de su mente. La voz paterna es muy real para Robert, aunque no sea más que una manifestación de sus propios generalizados sentimientos de culpabilidad y condicionamiento. Por desgracia —o por fortuna, lo ignoramos aún—, Robert no es muy listo.

»En la locura disciplinaria del padre de Robert había cierto mérito, pero Robert, muy joven y no demasiado inteligente, no podía discernirlo. En su subconsciente, Robert llegó a la conclusión de que, en un estado ideal, un padre critica todo lo que hace un hijo. De modo que la voz paterna ataca ahora a todos y cada uno de los movimientos y verbalizaciones de Robert. Su instinto de supervivencia —para simplificar las cosas— obliga a Robert a creer que su padre no censuraría al hijo que comiera lo más esencial... pero a veces el muchacho casi se muere de hambre. A veces, aunque con poca frecuencia, cuando se despierta, por ejemplo, pronuncia palabras que expresan su omnipresente temor a su omnipotente y al parecer omnisagaz padre.

Con los oídos entumecidos, el Profesor Stapleton murmuró:

—¡Dios mío!

—De modo —concluyó Petrocelle— que deseo que usted, Stapleton, una al padre y al hijo. Que sostenga una conversación de hombre a hombre con el padre y el hijo. ¿De acuerdo?

Robert parpadeó y se removió en la cama. Tenía la rabadilla entumecida y se removió de nuevo. Luego miró sus manos, lentamente. Sus sienes estaban adornadas con unos pequeños discos.

—¡Oh! Quiero morderme la uña. Morderla con mis dientes, hasta que quede como una media luna. Pero sé que no debo hacerlo, de modo que seré bueno y pensaré en otras cosas. El sol es bonito a través de la ventana. Pero me produce picor en la nariz, y quiero rascármela.

Bob, hijo mío, no debes rascarte la nariz. Es una cosa fea. Además, podrías infectarte la nariz, la cual se te pondría roja e hinchada. Y tú no quieres eso, ¿verdad? Si te rascas la nariz, parecerás un golfillo que no ha recibido ninguna educación, de modo... ¡BOBBY! ¡ROBERT! ¡BOB!

—¿Qué es eso?. Alguien me está llamando. Y no es papá.

Si alguien te está llamando, Bobby, no le escuches. No escuches ninguna voz que oigas. No puedes creer siempre todo lo que oigas. Escucha a tu padre. No...

¡BOBBY! ¡PADRE DE BOBBY! BOBBY Y PADRE DE BOBBY, NO DEBÉIS DISCUTIR.

Una nueva voz le estaba diciendo cosas.

¡No escuches la voz!

TÚ ERES HIJO DE TU PADRE, BOBBY. ERES DE LA MISMA SANGRE. TU PADRE TE QUIERE; INCLUSO CUANDO TE PEGA. PERO YA NO TE PEGARÁ

MÁS, NI VOLVERÁ A GRITARTE, ¿VERDAD, PADRE DE BOBBY? SOIS PADRE E HIJO, Y DEBÉIS PENSAR Y ACTUAR DE ACUERDO CON ELLO. TÚ DEBES HACER LO QUE QUIERAS HACER, BOBBY: TU PADRE DESEA EN REALIDAD QUE HAGAS LO QUE QUIERAS. TÚ ERES SU HIJO, ÉL ES TU PADRE. LA VUESTRA ES LA RELACIÓN MÁS IMPORTANTE DEL MUNDO: DEBÉIS ACTUAR JUNTOS, HACER LAS COSAS DE MUTUO ACUERDO.

—¿Debo contestar a la voz? Creo que contestaré a la voz.

¡No! Es una voz maligna.

—¿Por qué es una voz maligna?

NO SOY UNA VOZ MALIGNA. SOY LA VOZ DEL BIEN.

—¿Es buena la voz, papá?

No lo sé, Bob. La voz puede ser buena o mala.

—¿Debo moverme de la cama y abrir la ventana para que entre aire fresco mientras escucho la nueva voz, la cual me dice que haga lo que quiera?

SÍ, ABRE LA VENTANA, BOB. TU PADRE QUIERE QUE ABRAS LA VENTANA, QUE HAGAS LO QUE QUIERAS. ERES FUERTE Y UN BUEN MUCHACHO, Y POSEES UN GRAN PODER PARA AYUDAR A LA GENTE Y HACERTE FELIZ A TI MISMO HACIENDO LO QUE QUIERES. ABRE LA VENTANA, SI LO DESEAS.

—¿Debo abrir la ventana?

HAZ LO QUE QUIERAS, BOBBY.

Sí, supongo que debes hacer exactamente lo que quieras hacer, Bobby.

El Dr. Petrocelle estaba excitado.

—Stapleton, ¿ha visto cómo decidió finalmente abrir la ventana? Y ni siquiera la tocó. Se incorporó en la cama y dejó libre su voluntad de abrir la ventana, con tanta intensidad que se abrió de golpe y de par en par. ¡Qué FA! —dijo.

—Sí, lo vi y lo oí, también —Stapleton se encontraba incómodo en presencia del entusiasmado doctor. También se sentía culpable—. Me alegro de que hayamos salido de su mente. Un muchacho, lo mismo que un hombre, tiene derecho a cierta intimidad mental.

—Desde luego, desde luego. Ahora, Robert trabajará para nosotros... —De pronto, el entusiasmo de Petrocelle se nubló ligeramente y añadió—: Debió usted decirle algo acerca de trabajar para la nación, de utilizar su poder para su patria.

—Le dije que poseía el poder de ayudar a otros.

—Sí, lo sé, pero debió decirle algo acerca de la nación. Bueno, de todos modos, Robert es patriota: su padre era muy patriota. Robert ha estado hablando con todo el mundo toda la mañana —con todas las enfermeras y los médicos—, de modo que podremos insuflarle la idea de su patria con bastante facilidad.

Robert sonrió, se dijo «hola» en voz alta a sí mismo y se desperezó, contemplando orgullosamente la ventana. Por primera vez, las sábanas estaban frescas.

—¡Oh! La ventana se abrió de golpe, ¿verdad?

Sí, Bob, de golpe.

—La voz tenía razón. Poseo un gran poder.

Sí, Bob, un gran poder.

—Papá, me gustaría saber para qué vino la voz, de dónde procedía, qué era. Era como un sonido fantasmal. Pero tenía sentido. Padre e hijo. Yo te quiero, papá, como un hijo debe querer a su padre.

Y yo también te quiero, hijo. La voz fantasmal fue buena al venir y hablar y estar con nosotros: al hacernos comprender lo que hemos de hacer, lo que tú has de hacer con tu poder. Cualquiera cosa que quieras hacer, ¿no es estupendo eso?

—Desde luego. Pero me gustaría saber de dónde procedía la voz, qué era. Me gustó la voz. Me gustaría que volviera, ¿sabes?

También a mí me gustaría que volviera, Bob. Los dos queremos que vuelva y que nos hable. Nos hace sentirnos bien, ¿no es cierto, Bob?

—Sí, desde luego que sí. Tal vez si escuchamos con atención podamos oírla de nuevo. ¿Puedes oírla tú?

No lo sé.

—A mí me parece que puedo oírla, débilmente.

A mí me parece que puedo oírla. Los dos queremos que vuelva. Me parece que puedo oírla.

—Podemos oírla.

Sí, creo que podemos oírla.

¿PODÉIS OÍRME? HE VUELTO PARA ESTAR CON VOSOTROS. AHORA SEREMOS TRES. ¿PODÉIS OÍRME?

—Sí, podemos oírte. Pero, ¿quién eres, por qué estás aquí?

Sí, ¿por qué estás aquí?

DEJADME PENSAR. ESTOY AQUÍ. ¿QUIÉN SOY? ¿POR QUÉ ESTOY AQUÍ? DEJADME PENSAR.

—También yo pensaré en ti.

Los dos pensaremos en ti, y por qué estás aquí, y quién eres.

Los tres pensaremos en mí: en mí, la voz fantasma, la voz buena que llega a vosotros y le muestra a Bob que posee un gran poder para ayudar a la gente, vamos a pensar.

En cuanto Stapleton y Petrocelle salieron de la habitación de Robert, el muchacho cerró la puerta y empezó a contemplar el cielo a través de la ventana. Cuatro pasos más allá de la puerta, Petrocelle paró al profesor.

Preguntó:

—¿Qué estaba diciendo? ¿Que había vuelto la voz fantasma? Ni siquiera tuve ocasión de hablarle de ello... No hizo más que hablar en términos enigmáticos de la voz fantasma.

Stapleton estaba furioso.

—Ha imaginado que la voz de la máquina docente —mi voz— ha vuelto. Hemos complicado su esquizofrenia. Ahora tiene tres voces en el cerebro.

—Tranquilícese. No hay nada de malo en ello —Petrocelle miró al profesor a los ojos—. Él tiene el poder, y nada va a cambiar eso, porque ahora es feliz: ha encontrado una válvula de escape para su frustración, provocada por la voz paterna. Y le gusta su poder FA. La voz paterna está ahora también a favor de ese poder. La voz fantasma que imagina no le hará daño. Ahora, lo único que tenemos que hacer es hablarle de trabajar para la defensa de esta nación.

—¿No podríamos dejarle tranquilo una temporada? Parece muy cansado. Ha experimentado un gran cambio.

—Le dejaremos descansar esta noche y hablaremos con él mañana por la mañana. Los halcones del gobierno me picotearán el cuello si no consigo que Robert realice inmediatamente algo productivo. ¡Ah! Cuando le vean abrir ventanas como puede hacerlo, matar moscas como puede hacerlo...

Petrocelle estaba en pleno éxtasis. Stapleton murmuró algo ininteligible.

Enfermeras, guardianes, policía local y, sin duda, agentes de la CIA y del FBI iban de un lado a otro por el hospital. Stapleton tardó media hora en encontrar al Dr. Petrocelle.

El doctor estaba inclinado sobre un interfono en la oficina principal del hospital. Muy pálido, y abrumado por negros pensamientos.

—Robert ha desaparecido —dijo Petrocelle, como si anunciara el fin del mundo.

Stapleton suspiró, encogiéndose de hombros.

—¿Qué esperaba usted?

—Ni siquiera llegamos a hablarle de la nación y de los planes de defensa del país para los próximos diez años. Su poder iba a ser el epicentro.

—Robert es un muchacho, y acaba de descubrir un padre amable y una nueva voz dentro de su cerebro. ¿De veras creía usted que iba a quedarse en el hospital cuando hay todo un mundo exterior por el que puede viajar? Y más disponiendo de su poder, un gran juguete con el que entretenerse...

—¡Dios mío! Stapleton, Robert es un muchacho patriota, ¿no es cierto? No perjudicaría a su propio país, ¿verdad? Su poder es tan grande...

—No, no creo que nos perjudique. Las travesuras de Tom Sawyer, en el peor de los casos. No nos perjudicará, a menos de que usted trate de evitar que vaya a donde quiere ir. Creo que no tardará en regresar. A este mismo lugar, incluso. Entonces puede usted hablar con él de la defensa de la nación. No estropeará nada, no se preocupe. Al menos, puede estar seguro de que no se pasará al otro bando —Stapleton se permitió un pequeño sarcasmo—: Sus excelentes principios religiosos y patrióticos, nos garantizan eso.

El profesor dejó al doctor y volvió a su máquina docente, la cual estaba embalada para ser devuelta a la universidad. El profesor estaba riendo en voz baja... por miedo

a llorar.

Como el ojo amarillo de un cíclope, el sol parpadeaba en lo alto y Robert continuó andando apaciblemente a lo largo del sendero.

—Yo soy Bob y poseo el poder de ayudar a la gente. Hay seis mil millones de personas sobre esta tierra, y todas ellas han sido lastimadas de seis mil millones de maneras distintas. Soy Bob, con poder. Tengo el poder del bien, y he descubierto quién es la voz fantasma.

Y has descubierto lo que puedes tú en realidad. Y ahora sabemos quién es la voz fantasma.

—Yo estoy moviéndome y no voy a dejar de moverme hasta que pueda oír, no sólo dos, sino seis mil millones de voces. Hasta que los seis mil millones de personas que hay sobre esta tierra puedan oír mis tres voces.

Nave de sombras

Fritz Leiber

—¡Sssonssso! ¡Nessio! ¡Ffffeo! —bufó el gato, y mordió a Spar en alguna parte.

El cuádruple alfilerazo le hizo olvidar las náuseas de su creciente resaca, por lo que la mente de Spar flotó en la negrura de Windrush tan libre como su cuerpo.

Muy lejos, hacia el Puente o la Popa, brillaban dos o tres luces de navegación, débiles y vacilantes como fuegos fatuos.

Le llegó la visión de una nave con todas las velas desplegadas, deslizándose sobre aguas azules rizadas por el viento, contra un fondo de cielo azul. Ahora esos nombres ya no le parecían obscenos. Pudo oír el silbido del viento cargado de salitre a través de obenques y estays, su redoble contra las velas tensas y los crujidos de los tres mástiles y de todo el maderamen de la nave.

¿Qué era madera? De algún lugar le llegó la respuesta: Plástico vivoooooooo.

Y ¿qué fuerza aplastaba el agua, impidiendo que se elevase en grandes burbujas, y evitando que la nave echase a volar con la quilla más arriba que los palos, dando vueltas por el aire?

En vez de parecer borrosa y difuminada como la realidad, la visión era brillante y de contornos perfectamente nítidos. Spar no dijo nada, por no tener que escuchar:

«¡Muchchcho vesss tú! ¡Vidente! ¡Visssionario! ¡Linsse, que eresss un linsse!».

Tanto hablar de la vista molestaba a Spar —¡malos modales de gato!—; pero luego sintió una irracional oleada de esperanza en relación con sus ojos. Decidió que aquél no era un gato-brujo escapado de sus sueños, sino un vagabundo que se habría abierto paso a través de un tubo de ventilación hasta el Mesón del Murciélago, interrumpiendo sus visiones. Había muchos animales extraviados aquellos días de miedo a las brujas y despoblación de la Nave, o Por lo menos de la Bodega Tres.

El amanecer iluminó la Proa entonces, bañando de luz violácea el rincón delantero del Mesón del Murciélago. Las luces de navegación se ahogaban en un resplandor blanquecino cada vez más intenso. Al cabo de veinte segundos, Windrush quedó tan iluminada como en cualquier otro Día de Faena o cualquier otra mañana.

El gato avanzó contorneando el brazo de Spar; una mancha negra para sus ojos cegatos. Entre los dientes, que Spar no podía distinguir, sujetaba una mancha gris más pequeña. Spar la tocó. Tenía el pelaje más corto, pero estaba fría.

Como si le hubiera molestado, el gato saltó alejándose del desnudo antebrazo con fuerte impulso de sus patas traseras. Se asió hábilmente al obenque más próximo, una

tenue línea gris que desvanecía en ambas direcciones, hacia las paredes.

Spar cambió de postura a su vez, sujetándose con los dedos los pies a su propio obenque, no más grueso que un lápiz, y bizque para mirar al gato.

Este le devolvió la mirada con ojos que eran dos manchas verdes casi confundidas entre el negro pelaje de su cabezota.

Spar le preguntó:

—¿Es tu hijo? ¿Está muerto?

El gato soltó su paquete gris, que permaneció flotando al lado de su cabeza.

—¿Hijo? ¡Ufff! —su voz sibilante expresó aún más desprecio que antes—. ¡Esss un ratonssito que assesssiné, sssonssso! Los labios de Spar se fruncieron en una sonrisa.

—Me gustas, gato. Te llamaré Kim.

—¡Kim! Muy lisssto tú —escupió el gato—. Puesss yo te llamaré sssonssso. ¡O mejorrr, nesssio!

Los ruidos aumentaron en intensidad, como siempre solía ocurrir al amanecer y al mediodía. Los obenques chirriaron. Las paredes crujieron.

Spar volvió la cabeza con rapidez. Aunque la realidad era naturalmente borrosa para él, sabía distinguir cualquier movimiento con precisión infalible.

Keeper flotaba lentamente, pero derecho hacia él. Sobre su cuerpo redondo y bermejo, la cabeza era una gran bola pálida cuyo centro colorado, la nariz, distraía de las dos diminutas manchas pardas que eran sus ojillos. Uno de sus robustos brazos terminaba en un brillante reflejo de plástico retráctil, y el otro en una sombra destello de acero. A sus espaldas quedaba el cárdeno rincón de popa del Mesón del Murciélagu, con la gran barra circular brillante que llamaban el Ruedo.

—¡Pedazo de vago! ¡Gandul! —fue el saludo de Keeper—. Todo el Día del Sueño roncando mientras yo montaba guardia. Ahora te traigo tu bolsa matinal de Niebla de Luna, a ver si te despeja. —Luego añadió, en tono sentencioso—: ¡Mala noche ha sido ésta, Spar! Hombres-lobo, vampiros y brujas sueltos por los corredores. ¡Ya me guardaría yo bien de acercarme, para no hablar de las ratas y ratones! He oído a través de los tubos que los vampiros cogieron a Girlie y a Sweetheart, las muy estúpidas... ¡Vigilancia, Spar! Ahora, sóplate tu Niebla de Luna y ponte a barrer. ¡Este sitio apesta!

Alargó la mano con el brillante plástico retráctil. Con las despectivas palabras de Kim silbándole todavía en los oídos, Spar replicó:

—Creo que no voy a beber nada esta mañana, Keeper. Gachas de maíz y un poco de Vino de Luna, o mejor agua.

—Pero, ¿qué dices? —inquirió Keeper—. Me parece que no debo permitirlo. ¿No querrás que te den las convulsiones delante de los clientes? ¡Trágame, Tierra...! Qué es esto?.

Al instante, Spar se abalanzó sobre la mano brillante de acero. El obenque tenso vibró bajo sus pies. Con una mano apartó un cañón grueso y frío, mientras con la otra

separaba del gatillo el amercillado dedo de su interlocutor.

—No es un gato-brujo. Es un animal extraviado nada más —explicó mientras ambos daban tumbos, rodando lentamente a través del aire.

—¡Suéltame, tarado! —estalló Keeper—. Voy a hacer que te carguen de grilletes. Se lo diré a Crown.

—Las armas de fuego son tan ilegales como los cuchillos y las agujas —replicó Spar con osadía, aunque ya empezaba a sentirse mareado y enfermo—. Tú sí que podrías verte encadenado.

Pese al tono fanfarrón de Keeper, sabía que éste le tenía miedo por su habilidad para moverse con rapidez y seguridad aun estando medio ciego.

Chocaron contra un amasijo de obenques que les hizo detenerse.

—Suéltame, he dicho —exigió Keeper, debatiéndose débilmente—. Esta pistola me la ha dado Crown, y tengo permiso del Puente para usarla.

Esto último al menos, sospechó Spar, era mentira. Keeper prosiguió:

—Además, es un arma modificada para disparar sólo bolas pesadas y elásticas. Nada que pueda perforar el casco, pero suficiente para derribar a un borracho... o para romperle el cráneo a un gato-brujo.

—No es un gato-brujo, Keeper —repitió Spar, tragando saliva para dominar las náuseas—. Sólo es un animalito perdido y muy formal, que ya ha demostrado su utilidad cazando una de las ratas que nos roban la comida. Se llama Kim. Será un buen trabajador.

La mancha distante que era Kim se alargó diferenciándose en sombras delgadas que eran las patas y el rabo; se mantenía sobre su obenque como una figura heráldica rampante.

—Ssssoy muy ssservissial —se alabó—. Y sssanitario. Ussso los tubosss de loss dessperrdisssios. Cassso rratass y rratonsssitosss. Esssspío las brujass y los vampiros.

—¡Un gato que habla! —boqueó Keeper—. ¡Brujería!

—Crown tiene un perro que habla —replicó Spar con intención.

—El que un animal hable no demuestra nada.

Durante todo ese rato había sujetado con fuerza el cañón de pistola y el dedo de Keeper; mientras le abrazaba estrechamente pareció notar que el dueño del Mesón del Murciélago se daba por vencido. La montaña de osamenta y músculo se transformaba en una jalea espesa que podía dominarse a voluntad.

—Lo siento, Spar —murmuró, obsequioso—. He pasado muy mala noche, y Kim me ha dado un susto. Es negro como un gato-brujo. Un error disculpable de mi parte. Le tendremos a prueba como cazador. ¡Tiene que ganarse el sustento! Ahora, toma tu bebida.

La doble bolsa flexible, tan preciosa como la Piedra Filosofal llenó la palma de la mano de Spar. Se la llevó a los labios, pero en ese momento sus pies tropezaron involuntariamente con un obenque, y se puso a flotar a la deriva hacia el brillante

Ruedo, cuya circunferencia interior podía dar cabida hasta a cuatro camareros los días de mucho ajetreo.

Spar tropezó contra la pared interior de la barra; los obenques que la retenían cedieron elásticamente para absorber el choque. Tenía la bolsa pegada a los labios, con el tapón desenroscado, mas no la había apretado aún. Cerró los ojos y, a ciegas, reprimiendo un leve sollozo, devolvió la bolsa al contenedor de la Niebla de Luna. Guiándose más bien por el tacto, sacó de la estufa una bolsa de gachas; al mismo tiempo hurtó una bolsa de café y se la escondió en un bolsillo interior. Por último cogió una bolsa de agua, la abrió, le introdujo cinco tabletas de sal y la cerró para agitarla con fuerza.

Keeper, que se había acercado flotando por detrás, le dijo al oído:

—Conque tú te tragas cualquier cosa... No te basta la Niebla de Luna, sino que necesitas un combinado. Debería descontártelo del sueldo. Verdad es que todos los borrachos sois unos tramposos, o acabáis siéndolo.

Cayendo de lleno en la celada, Spar explicó:

—Sólo es un poco de agua salada para endurecer mis encías.

—¡Pobre Spar! ¿Para qué quieres endurecerte las encías? ¿Acaso piensas compartir las ratas con tu nuevo amigo? ¡Procura que no te pille asándolas en mi parrilla! Debería descontarte la sal... ¡A barrer el local, Spar!

Kim había encontrado ya el pequeño tubo triturador y arrojó, dentro de él la rata muerta, sujetándose al tubo con las patas delanteras y empujando la rata con el hocico. Cuando el cadáver de la rata entró en el mecanismo del tubo, se inició un movimiento de maceración que continuaría hasta que quedase triturada; sus restos serían tragados poco a poco, hacia la gran cloaca que alimentaba los Jardines de Diana.

Volviéndose hacia el rincón violeta, Keeper gritó:

—¡Y tú, a cazar ratones!

Spar se enjuagó las encías con agua salada tres veces seguidas, a conciencia, escupiéndola luego en un tubo para desperdicios. Vomitó un poco después de hacer gárgaras por primera vez. Luego, volviéndose para que Keeper no pudiera ver cómo sacaba las bolsas, apretó éstas poco a poco para engullir el café —más sabroso para él, en aquellos momentos, que la Niebla de Luna o aguardiente obtenido por destilación del Vino de Luna— y algunas gachas.

Con un gesto de excusa, ofreció las sobras a Kim, quien meneó la cabeza.

—Jusstto me comí un rratonsssito —dijo.

Spar se dirigió apresuradamente hacia el rincón verde, a estribor. Al otro lado de la escotilla se oyeron voces de beodos gritando con furiosa impaciencia:

—¡Abrid!

Tomando los cabezales de dos tubos aspiradores largos, Spar empezó a barrer la atmósfera, moviéndose en espiral desde el rincón verde, como una araña que construye su tela.

Desde la barra circular, a cuyo delgado mostrador de titanio sacaba brillo con perezosos movimientos, Keeper aumentó la potencia de los dos tubos. Por reacción, el movimiento en espiral de Spar se aceleró, obligándole a poner en juego todas sus fuerzas para eludir los obenques y evitar que los tubos se enredasen en ellos.

Después, Keeper echó una ojeada a su muñeca y gritó:

—¡Spar! ¿Es posible que no te hayas enterado de la hora que es? ¡Abre ya!

Lanzó al aire un llavero. Spar logró atraparlo, aunque sólo había distinguido la última parte de su trayectoria. Tan pronto como puso rumbo a la escotilla verde, Keeper le detuvo con una voz, apuntando a un lado y a otro. Obediente, Spar recorrió los pestillos de las escotillas negra y azul antes de abrir la verde, aunque tras de aquéllas no aguardaban parroquianos. Al hacerlo se las arregló para evitar los pegajosos marcos de las escotillas y la pringosa compuerta de emergencia que había al lado de las mismas.

Tres borrachines, clientes habituales, entraron empujándose mutuamente y tropezando con los obenques en sus prisas por alcanzar la barra, mientras insultaban a Spar:

—¡Que el Cielo te ahogue!

—¡Así te trague la Tierra!

—¡Ojalá te veas sepultado en los Mares!

—Basta de palabrotas, muchachos —les reprendió Keeper—, aunque comprendo que la estupidez y la cachaza de mi ayudante acaban con la paciencia de cualquiera.

Spar devolvió las llaves. Los curdas se alinearon codo con codo alrededor de la barra, tres manchones grisáceos con las cabezas apuntando hacia el rincón azul.

Keeper se encaró con ellos.

—¡Abajo, abajo! —ordenó, indignado—. ¿Qué modales son éstos?

—¡Pero si no hay nadie!

—Sólo estamos nosotros tres.

—Da igual —replicó Keeper—. ¡Un poco de educación, por favor Daos la vuelta, o si no, os cobraré las consumiciones al contado.

Refunfuñando en voz baja, los parroquianos dieron vuelta a sus cuerpos hasta que sus cabezas apuntaron al rincón negro.

Sin molestarse en girar a su vez, Keeper les acercó una delgada y retorcida mancha roja con tres ramales. Cada uno de los clientes agarró un ramal y se lo enchufó en la cara.

Con su gruesa mano apoyada sobre algo brillante que era una válvula, Keeper dijo:

—Antes que nada, veamos vuestras tarjetas de crédito. Con muchos murmullos de contrariedad, todos sacaron unos objetos demasiado pequeños para que Spar pudiera distinguirlos bien. Keeper los estudió con gran atención antes de introducirlos en la registradora. Luego decidió:

—Seis segundos de Vino de Luna para todos. Sorbed aprisa. Y alzó la muñeca

mientras accionaba con la otra mano. Uno de los bebedores pareció atragantarse, pero expulsó el líquido por la nariz y siguió chupando valientemente. Entonces Keeper cerró la válvula.

—¡Eh! ¡Que has cortado demasiado pronto! No han pasado seis segundos —le increpó en seguida uno de los clientes. Keeper explicó en tono melifluo:

—He repartido la ración en dos tandas, una de cuatro y otra de dos segundos. No queremos que nadie se ahogue, ¿verdad? ¿Preparados?

Los beodos tomaron ávidamente la segunda ronda y luego, mientras relamían los tubos con afán para chupar las últimas gotas, empezaron a cuchichear. Pero Spar, gracias a su excelente oído, pudo captar casi todo lo que hablaban mientras daba vueltas alrededor de ellos.

—Asqueroso Día del Sueño hemos tenido, Keeper.

—Al contrario, tío. Muy bueno para que los vampiros le chupen la sangre a cualquier borrachín.

—Yo me puse a salvo en lo de Pete, gordinflón.

—¿Lo de Pete y a salvo? La primera noticia...

—¡Mal Átomo Sucio te pille! Los vampiros se llevaron a Girlie y a Sweetheart de la mismísima jábega principal de estribor, aunque no lo creas. ¡Maldito sea el Cobalto Noventa! Windrush está quedándose muy solitaria. O, al menos, la Bodega Tres. Hay días que puedes atravesar toda una galería sin ver un alma.

—¿Cómo supiste lo de esas chicas? —dijo otro de los parroquianos—. A lo mejor se largaron a otra bodega para ver si mejora su suerte.

—Pues se les acabó la suerte de una vez por todas. Suzy vio cómo desaparecían.

—No fue Suzy —rectificó Keeper, actuando ahora de arbitro—. pero sí Mable. Un final merecido para esas cerdas borrachas.

—No tienes sangre en las venas, Keeper.

—Muy cierto. Por eso los vampiros me dejan en paz. Pero, hablando en serio, muchachos, creo que los hombres-lobo y las brujas andan demasiado sueltos en la Tres. Yo pasé despierto el Día del Sueño, vigilando. Voy a enviar una protesta al Puente.

—Estás de broma.

—No lo creas.

Keeper cabeceó solemnemente e hizo la señal de una cruz sobre su corazón. Los bebedores quedaron muy impresionados.

Spar retrocedió flotando en espiral hacia el rincón verde, sin dejar de pasar los tubos aspiradores. De paso se cruzó con la mancha negra que era Kim, mientras éste saltaba de obenque en obenque, con una carrerilla a lo largo de ellos, de vez en cuando.

Una forma rolliza, de piel muy blanca ceñida por dos franjas de azul —la braga y los sostenes— entró por la escotilla.

—Buenos días, Spar —le saludó con voz suave—. ¿Cómo te va?

—Ni bien ni mal —replicó Spar. La nube dorada de flotantes cabellos le rozó el rostro—. He decidido dejar la Niebla de Luna, Suzy.

—No seas demasiado severo contigo mismo, Spar. Ya sabes: trabajar un día, holgazanear un día, divertirse un día y dormir un día. Es el mejor sistema.

—Lo sé. Día de Faena, Día de Ocio, Día de Juerga y Día del Sueño. Diez días hacen un terranth, doce terranths hacen un sunth, doce sunths hacen un starth y así sucesivamente hasta el fin de los tiempos. Me gustaría saber qué significan todos esos nombres.

—Piensas demasiado. Deberías... ¡Oh, un cachorro! ¡Qué mono!

—¡Cachchchorro, una lechchche! —silbó la cabezuda mancha negra, alejándose de ellos de un salto—. Sssssoy gato. Sssssoy Kim.

—Kim es nuestro nuevo cazador —explicó Spar—. El también piensa mucho.

—No pierdas el tiempo con ese cegato desdentado, Suzy —gritó Keeper—, y acércate de una vez.

Antes de obedecer, con un suspiro de resignación, Suzy rozó la arrugada mejilla de Spar con las suaves yemas de sus ahusados dedos.

—Spar querido... —susurró. Cuando sus pies pasaron frente a Spar, éste oyó tintinear las esclavas que llevaba en los tobillos, recordando que eran de pequeños corazones dorados.

—¿Te has enterado de lo de Girlie y Sweetheart? —inquirió lúgubrememente uno de los bebedores—. ¿Qué se debe sentir cuando te rajan la carótida, o la vena ilíaca, o...?

—¡Cierra el pico, estúpido! —le cortó Suzy secamente—. Sírvenme un trago, Keeper.

—Tu cuenta va muy cargada, Suzy. ¿Cómo piensas pagar?

—Déjate de tonterías, Keeper, sobre todo a esta hora de la mañana. Ya que te las sabes todas, también sabrás la contestación a eso. Conque sírveme una bolsa de Vino de Luna. Tinto, por favor, y déjame un rato en paz.

—Las bolsas son para las señoras, Suzy. Te serviré arriba. Me debes mucho, pero...

Se oyó una exclamación de enojo, rápidamente amplificada en grito de rabia. En medio de la escotilla, una figura pálida en braga y sostén —no, era algo más ancho, una especie de chaquetilla— de color rojo, se debatía fieramente a tirones y pataleos.

Al entrar con descuido, seguramente con mucha prisa, a la esbelta joven se le había enganchado la tela y parte de su persona en el marco de la escotilla.

Logró soltarse con un frenético tirón, mientras Spar flotaba hacia ella y los parroquianos gritaban comentarios burlones. Ella se precipitó hacia la barra, esquivando los obenques, con el largo cabello negro ondeando a su espalda.

¡Boiig! Aterrizó con un caderazo sobre el titanio y, recogiendo la chaquetilla roja con una mano, tendió la otra por encima del Ruedo.

Spar, que había flotado tras ella, la oyó decir:

—Una bolsa doble de Niebla de Luna, Keeper, ¡pronto!

—Que tengas muy buenos días, Rixende —la saludó Keeper—. Te serviría con mucho gusto el mejor de los néctares, pero... —abrió sus rollizos brazos—. A Crown no le gusta que sus chicas vengan solas aquí, ya sabes. La última vez me ordenó estrictamente que...

—¡Tonterías! Vengo precisamente por encargo de Crown, a buscar una cosa que se dejó. Entretanto, ¡mi Niebla de Luna! ¡Doble!

Descargó un puñetazo en la barra; por reacción, ella empezó a flotar hacia arriba.

Spar la ayudó a volver a su puesto, sin recibir las gracias por ello.

—Calma, señorita, calma —dijo Keeper con una sonrisa que hizo desaparecer las dos motilas pardas de sus ojos—. ¿Y si viene Crown mientras estás sorbiendo?

—¡No vendrá! —aseguró Rixende con vehemencia, aunque lanzando al mismo tiempo una rápida ojeada por encima del hombro. Spar vio una mancha negra, luego la mancha pálida que era el rostro, y otra vez la mancha negra—. Tiene una chica nueva. No me refiero a Phanette ni a Doucette. Es otra nueva que no conocíamos, que se llama Almodie o algo así. Estará ocupado con esa larguirucha toda la mañana. Y ahora, ¡saca de una vez ese doble, demonio!

—Calma, Rixie. Cada cosa a su tiempo. ¿Qué fue lo que perdió Crown?

—Una bolsita negra, como así de grande —alzó su delgada mano con los dedos casi juntos—. La perdió aquí el último Día de Juerga, o se la robaron.

—¿Has oído eso, Spar?

—No se ha encontrado ninguna bolsita negra —se apresuró a decir Spar—, pero anoche te dejaste aquí tu bolso anaranjado, Rixende. Voy a buscarlo.

Flotó hacia el interior del Ruedo.

—¡Bah! ¡Por mí, que se pierdan todos! ¡Venga ese doble! —exigió la muchacha con energía—. ¡Madre Tierra!

Hasta los beodos se quedaron con la boca abierta, escandalizados. Llevándose las manos a las sienes, Keeper suplicó:

—¡Blasfemias no, por favor! Suenan peor en labios de una mujer bonita, querida Rixende.

—¡Madre Tierra, he dicho! Y ahora déjate de remilgos, Keeper, y sírveme antes de que te arañe la cara y ponga todas tus cajas patas arriba.

—Bueno, bueno... Ahora voy. Aunque, ¿cómo piensas pagar? Crown dijo que me quitaría la licencia si le volvía a cargar tus consumiciones en su cuenta. ¿Llevas tarjeta de crédito o... metálico?

—¿Acaso no tienes ojos en la cara? ¿O crees que esta chaquetilla tiene bolsillos interiores? —la abrió ampliamente, exhibiendo los pechos, y luego volvió a cubrirse—. ¡Madre Tierra! ¡Madre Tierra! ¡Madre Tierra!

Los bebedores cuchichearon entre sí, indignados. Suzy emitió un resoplido sarcástico, aburrida por la escena.

La gruesa mano de Keeper palpó la muñeca de Rixende, ceñida por una franja

dorada.

—Tienes oro —susurró, con una expresión codiciosa en los ojillos.

—Bien sabes que nuestros brazaletes están soldados, lo mismo que las esclavas de los tobillos.

—¿Y esto? —la mano de Keeper señaló un brillo dorado junto al oído de ella.

—Soldado también, a través del taladro en el lóbulo de la oreja.

—Pero...

—¡Mal átomo te parta, condenado! ¡Muy bien! ¡Te has salido con la tuya! Te lo daré.

Las últimas palabras terminaron en un aullido, más de rabia que de dolor, cuando Rixende agarró uno de sus pendientes para quitárselo de un tirón. La sangre empezó a flotar en gotas esféricas. Ella alargó el puño cerrado.

—Ahora, ¡sírreme! Aquí hay oro para un doble de Niebla.

Keeper, resoplando, fingió estar atareado con la caja de Niebla de Luna, como si se diera cuenta de que había ido demasiado lejos. Los parroquianos guardaron silencio también. En cambio, Suzy intervino para decir con indiferencia:

—Y el tinto que he pedido.

Spar halló una esponja seca y capturó con habilidad las flotantes gotas de color púrpura, para luego aplicarla contra la oreja desgarrada de Rixende.

Keeper examinaba el grueso pendiente de oro, acercándose mucho a los ojos. Rixende se llevó la doble bolsa a los labios y la estrujó ávidamente; sus ojos se entornaron mientras sorbía con deleite. Spar guió hacia la esponja la mano libre de la muchacha, y ésta asumió automáticamente la tarea de sujetarla, Suzy suspiró con fastidio y luego, reclinando su cuerpo rollizo sobre el mostrador, metió mano a la nevera y se sirvió una bolsa doble de tinto.

Una figura larga, flexible y muy morena, que vestía una camiseta muy ceñida de color violeta oscuro con lunares plateados, entró por la escotilla como un cohete, a una velocidad que Spar apenas habría creído posible, y sin rozar un solo obenque ni por casualidad; ni a propósito. A medio camino, el recién llegado hizo media voltereta esquivando a Spar y frenó golpeando el titanio junto a Rixende con sus pies descalzos, largos y estrechos. Ejecutó una flexión tan perfecta, que la barra circular apenas osciló.

Un brazo muy moreno se enroscó alrededor de la muchacha. Con la otra mano le arrebató la bolsa, y se oyó un chasquido cuando el intruso cerró el tapón. Una voz perezosa y musical inquirió:

—¿Qué decíamos que iba a pasarte si volvíamos a pillarte bebiendo sola, muñeca?

Un pesado silencio planeó sobre el Mesón del Murciélago. Keeper se había refugiado en el lado opuesto de la barra, con una mano detrás. Spar se quedó inmóvil en un rincón, como una estatua, con la mano metida entre las cajas de Niebla y Vino de Luna. Notó que estaba bañado en sudor. Suzy empinó la bolsa de tinto, ocultando

la cara.

Uno de los bebedores se vio acometido por un súbito acceso de tos; cuando logró dominarlo, jadeó en tono servil:

—Perdone usía... Mis respetos. Keeper balbució:

—Buenos días... Crown.

Crown tiró suavemente de la chaquetilla de Rixende, poniendo al descubierto un hombro de la muchacha.

—¡Vaya!, tienes la carne de gallina, cariño, y estás tiesa como un cadáver. ¿De qué tienes miedo? Tranquila, Rix. Relájate, y te invitaremos a un trago.

Su mano encontró la esponja, se detuvo, la palpó y halló la parte húmeda; luego se la llevó a la cara para olfatearla.

—Bueno, muchachos. Al menos hemos averiguado que ninguno de vosotros es un vampiro —comentó tranquilamente—. De lo contrario, le habríamos pillado chupando la oreja de la chica.

Rixende se apresuró a decir con voz monótona:

—No he venido a beber, te lo juro. Vine a buscar la bolsita que perdiste. Y luego me tentaron. Traté de resistir, pero Keeper se empeñó tanto que...

—Cierra el pico —dijo Crown sin alzar la voz—. Nos estábamos preguntando cómo ibas a pagar. Ahora ya lo sabemos. ¿Cómo pensabas pagar el tercer doble, ¿eh? ¿Cortándote una mano o un pie? Anda, Keeper, enséñame la mano... ¡Enséñamela, he dicho! Así está bien. A ver lo que tienes ahí.

Crown cogió el pendiente de la mano abierta de Keeper. Sin apartar los amarillentos ojos del rostro de Keeper, sopesó la valiosa joya y luego la arrojó suavemente hacia lo alto.

Mientras la mancha dorada flotaba pausadamente en dirección a la escotilla, Keeper boqueó dos veces, para balbucir luego:

—No he sido yo, Crown, ¡palabra! No sabía que iba a lastimarse la oreja. Quise evitarlo, pero...

—Eso no nos importa —le interrumpió Crown—. Apunta el doble a nuestra cuenta.

Sin dejar de mirar fijamente a Keeper, alzó el brazo y atrapó el pendiente justo antes de que volase fuera de su alcance.

—¿Por qué hay tan poco ambiente en esta covacha? —inquirió. Luego, alargando una pierna por encima del mostrador con tanta facilidad como si hubiera sido el brazo, pellizcó una oreja de Spar entre los dedos del pie y tiró de ella, arrastrando al camarero y obligándole a volverse.

—¿Cómo te prueban las gárgaras con agua salada, pequeño? ¿Se te han endurecido las encías? Sólo hay una manera de saberlo.

Sujetó la mandíbula y los labios de Spar con el pie y le metió el dedo gordo del otro en la boca.

—Anda, pequeño. Muérdeme.

Spar mordió. Era la única solución para no vomitar. Crown soltó una risa burlona.

Spar mordió con rabia. El esfuerzo sacudió su tembloroso esqueleto. Su rostro se congestionó y sus sienes latieron tumultuosamente mientras su frente quedaba bañada en sudor. Estaba seguro de que le hacía daño a Crown, pero el primer magistrado de la Bodega Tres se limitó a sonreír con ironía. Cuando Spar abrió la boca para recobrar el aliento, retiró el pie y dijo:

—Vaya, vaya... Estás hecho un tigre, pequeño. Casi hemos notado el mordisco. Toma un trago a nuestra salud.

Spar hizo una finta, apartando su boca estúpidamente abierta del fino chorro de Niebla de Luna. El líquido le tocó en un ojo, escociéndole tanto que le obligó a cerrar los puños y apretar con fuerza sus doloridas encías para no gritar.

—¿Por qué hay tan poca animación en este antro, repito? Ni un solo aplauso para el pequeño, y ahora el pequeño se habrá enfadado con nosotros. ¿No podíais dedicarle una sonrisa para darle ánimos?

Crown miró a su alrededor, encarándose con cada uno de los presentes.

—¿Qué pasa? ¿Se os ha comido la lengua el gato?

—¿Gato? Tenemos un gato. Es nuevo. Llegó anoche. Nos sirve para cazar — balbució Keeper atropelladamente—. Habla un poco. No tan bien como Hellhound, pero habla. Es muy divertido. Cazó una rata.

—¿Qué hiciste con el cadáver de la rata, Keeper?

—Lo arrojé al tubo triturador. Mejor dicho, lo hizo Spar. O el gato.

—¿Quieres decir que hicisteis desaparecer un cadáver sin dar parte? ¡Bah! No te pongas pálido por eso, Keeper. No tiene importancia. Aunque podríamos acusarte por albergar un gato-brujo. Dijiste que había llegado anoche. Y fue una noche propicia para brujos... Vamos, no te pongas verde ahora. Sólo estábamos tomándote un poco el pelo. Tratábamos de pasar el rato. ¡Spar! —agregó—. Llama a tu gato. Haz que diga algo divertido.

Antes de que Spar pudiera llamar a Kim o decidir si debía obedecer o no, la mancha negra surgió sobre un obenque cerca de Crown, con las manchas verdes de sus ojos fijas en los amarillentos de éste.

—Conque tú eres el gracioso, ¿eh? Bien... cuéntanos un chiste. Kim pareció aumentar de tamaño. Spar se dio cuenta de que erizaba el pelo.

—Adelante, gato... demuestra que sabes tanto como dicen. Keeper, ¿no nos habrás engañado al decirnos que sabía hablar?

—¡Spar! ¡Haz que tu gato hable!

—No importa. Se habrá comido su propia lengua, también. ¿No es eso negro?

Alargó la mano. Kim le dio un zarpazo y se largó de un salto. Crown se limitó a soltar otra de sus risotadas. Rixende empezó a temblar sin conseguir dominarse.

Crown la contempló con burlona solicitud y alargó una mano para volver la cabeza de la muchacha hacia él. Al mismo tiempo hacía pasar a la esponja cualquier gota de sangre que hubiera podido sacarle el zarpazo del gato.

—Spar juró que el gato hablaba —tartamudeó Keeper—. Yo...

—Silencio —dijo Crown.

Acercó la bolsa a los labios de Rixende y la apretó. Ella dejó de temblar y la bolsa quedó vacía. Crown le arrojó a Spar el envoltorio de plástico.

—Y ahora, ¿qué hay de mi bolsita negra, Keeper? —inquirió.

—¡Spar!

Este se apresuró a decir, mientras se retiraba hacia un rincón.

—No hemos encontrado ninguna bolsita negra, señor Juez, sí la que olvidó el pasado Día de Juerga la señora Rixende.

Y regresó mostrando un objeto grande, redondo y de color anaranjado brillante, que se cerraba con unos cordones.

Crown lo cogió y lo volteó en círculo, lentamente. Como no podía ver los cordones, a Spar le pareció cosa de magia.

—Demasiado grande, y el color tampoco es el mismo. Estamos seguros de que la bolsita negra se perdió aquí, a no ser que nos la robasen. ¿Estás convirtiendo el Mesón del Murciélagos en un antro de ladrones, Keeper?

—Oye, Spar...

—Te lo preguntamos a tí, Keeper.

Apartando a Spar de un empujón, el aludido se puso a rebuscar frenéticamente, agachado entre cajas de Niebla de Luna y Vino de Luna. Salió a relucir un gran número de pequeños objetos; Spar pudo distinguir algunos de los más voluminosos, como un ventilador portátil a pilas y una pantufla de color púrpura. Los objetos perdidos flotaban en abigarrado revoltijo alrededor de Keeper. Este jadeaba ya, mientras seguía revolviendo sin hallar nada más, hasta que por fin Crown intervino con voz indiferente:

—Con eso basta. De todos modos, la bolsita negra no tenía demasiada importancia para nosotros.

Keeper se incorporó. Su cara le pareció a Spar más borrosa que nunca; debía estar envuelta en un halo de transpiración. Señaló el bolso anaranjado:

—A lo mejor está ahí dentro.

Crown abrió el bolso y empezó a rebuscar dentro del mismo. Luego mudó de propósito y le dio una sacudida. Todas las cosas que contenía se echaron a flotar, moviéndose hacia arriba con velocidad uniforme, como una formación militar en desbandada. Crown les pasó revista mientras volaban frente a sus ojos.

—No. Aquí no está. —Empujó el bolso hacia Keeper y le ordenó—: Guarda las cosas de Rix y quédatelas hasta que volvamos...

Rodeando a la muchacha con el brazo sin dejar de aplicar la esponja a la oreja herida, se volvió y salió por la escotilla con poderoso impulso.

Cuando la pareja se hubo perdido de vista, hubo un suspiro general de alivio y los tres sacaron nuevos vales de crédito para otra ronda. Suzy exigió un segundo doble de tinto, que Spar se apresuró a servirle mientras Keeper se rehacía del susto, después de

lo cual ordenó:

—Recoge todo eso que flota, Spar, y sobre todo lo de Rixie, para guardarlo en su bolso. ¡Vamos! ¡Muévete, gandul!

Luego puso en marcha el ventilador de mano para refrescarse y secarse el sudor.

El encargo le resultaba a Spar muy difícil de cumplir, pero Kim acudió en su ayuda lanzándose tras de los objetos demasiado pequeños para que aquél pudiera verlos. Cuando los tenía entre las manos, los identificaba fácilmente por el tacto o por el olfato.

Cuando se hubo disipado su rabia impotente hacia Crown, Spar se puso a recordar los acontecimientos de la noche pasada. Sus visiones de vampiros y hombres-lobo, ¿eran sueño o realidad? A menos que el otro no estuviera de guardia como aseguraba... Deseó poseer mejor vista para alcanzar a distinguir la ilusión de la realidad y recordó el siseo burlón de Kim: «¡Visssionario! ¡Linsssse, que eresss un linssse!». ¿Cómo sería lo de ver las cosas con claridad?

¿Parecerían más brillantes o más cercanas?

Con estas tristes reflexiones, fue guardando los objetos dispersos y luego regresó a la faena de barrer, mientras Kim reanudaba la caza de ratones. A medida que avanzaba el Día de Faena, el Mesón del Murciélago iba quedando en penumbra, aunque de un modo tan gradual que era difícil notarlo.

Entraron algunos clientes, pero todos ellos para un trago rápido que les fue servido por un Keeper lúgubre y malhumorado. Suzy ni siquiera juzgó necesario intervenir en sus funciones como animadora.

A medida que pasaba el tiempo, Keeper iba cargándose de mala uva, tal y como Spar había imaginado que sucedería después de las humillaciones que le había infligido Crown. Quiso echar a los tres parroquianos habituales, pero éstos no dejaban de sacar más y más vales de crédito, arrugados pero de curso legal. Por más vueltas que les daba Keeper, no pudo descubrir ninguna falsificación. Para vengarse, quiso hacerles sisa en las raciones, con lo que inició una serie de altercados. Por último, se volvió hacia Spar, diciendo airado:

—Ese gato tuyo... arañó a Crown, ¿no es cierto? Hay que echarlo de aquí. Crown dijo que podía ser un gato-brujo, ¿recuerdas?

Spar no respondió. Keeper le mandó que renovase el adhesivo de las escotillas, afirmando que Rixende pudo desengancharse porque aquél se había secado.

Luego se puso a picotear en los aperitivos y bebió Niebla de Luna con jugo de tomate. Cuando se cansó de esto, roció el local con un abominable perfume sintético y empezó a pasar cuentas de la recaudación. Pero también, esto le aburrió en seguida y, mudando de intención, cerró la caja de golpe y contempló a Suzy con una extraña mueca.

—¡Spar! —gritó—. Hazte cargo de la barra y procura que no se emborrachen esos tipos.

Luego echó llave a la registradora y, con un significativo movimiento de cabeza

dirigido a Suzy, tomó impulso hacia una de las escotillas. Ella se encogió de hombros, mirando a Spar con expresión de hastío, y siguió a Keeper.

Tan pronto como la pareja hubo desaparecido, Spar sirvió a los parroquianos un trago de ocho segundos, negándose a aceptar sus vales, y colocó delante de ellos dos contenedores de frituras y empanadillas. Los clientes le dieron las gracias con un gruñido y empezaron a tragar. La iluminación del local pasó de la claridad normal a una semioscuridad cadavérica. Se oyó un rugido distante y apagado, seguido pocos segundos más tarde por un breve crescendo de crujidos metálicos.

El cambio de luz puso nervioso a Spar, quien sirvió otras dos rondas sin cobrar y luego cargó precio doble por una bolsa de Niebla de Luna a un recién llegado.

Quiso probar un aperitivo, pero entonces apareció Kim, muy ufano, para enseñarle un ratón que acababa de coger. Spar consiguió dominar las náuseas a duras penas. Empezaba a temer los síntomas de la desintoxicación, y sintió que le flaqueaba la voluntad.

En aquel momento entró por la escotilla verde, sujetándose de los obenques, una figura tripuda y vestida de negro. Al poco se materializó al otro lado de la barra un rostro en el que la barba y la melena canosas apenas dejaban ver la piel, parda y curtida, subrayando sin embargo el brillo gris de la mirada.

—¡Doctor! —exclamó Spar con alegría, sintiendo que su malestar se disipaba como por ensalmo, y sin mediar otra palabra sacó de la nevera una bolsa de Niebla de Luna calidad «tres estrellas». Tan excitado estaba, que sólo acertó a empezar con un vulgar «Mala noche hemos tenido, ¿eh, doctor? Vampiros y...».

—... Y.

—Y otras supersticiones estúpidas, que nacen de un sunth a otro y ya no se desvanecen jamás —le interrumpió una voz amigable, pero en tono sarcástico—. Aunque imagino que no debería privarte de tus ilusiones, Spar. Ni siquiera de las terroríficas. Eso distrae un poco tu triste vida. Además, es verdad que corre mala gente por Windrush. ¡Ahhh! ¡Este trago tan fresco rejuvenece mis amígdalas!

Entonces Spar recordó la cosa importante que se le había olvidado. Hurgando en lo más hondo de su traje de faena, y volviéndose para que los demás parroquianos no pudieran ver lo que hacía, sacó una bolsita negra plana y muy pequeña.

—Tome, doctor —susurró—. La perdió usted el último Día de Juerga. Se la he guardado.

—¡Maldita sea! Soy capaz de perder hasta mis pantalones, si alguna vez me los bajase —comentó el doctor, bajando la voz cuando Spar le hizo seña llevándose un dedo a los labios—. Supongo que empecé a mezclar la Niebla con el Vino de Luna, ¿no es cierto?

—Sí, doctor. Pero usted no la perdió. Crown o una de sus chicas debieron hurtársela o apoderarse de ella viéndola suelta a su lado. Y luego... yo la saqué del bolsillo de Crown. Eso hice, y no dije ni una sola palabra esta mañana, cuando Rixende y Crown aparecieron por aquí para reclamarla.

—Spar, hijo mío, estoy en deuda contigo —dijo el doctor—. Más de lo que puedes imaginar. Otra «tres estrellas», por favor. ¡Ahhhh! ¡Puro néctar! Spar, pídemelo que quieras, y si está comprendido dentro de la primera infinitud transfinita, te juro que te lo concedo.

Ante su propia sorpresa, Spar empezó a temblar... de excitación. Inclinandose sobre la barra, murmuró roncamente:

—¡Déme un par de ojos sanos, doctor! ¡Y unos buenos dientes! —añadió impulsivamente.

Al cabo de lo que le pareció un largo rato, el doctor susurró con voz soñadora y apesadumbrada:

—En los Antiguos Días, eso habría sido fácil. Ellos perfeccionaron los trasplantes oculares. Sabían regenerar los nervios craneales y devolver a un cerebro lesionado la capacidad de resolución. Y el injerto de embriones dentales era una sencilla práctica para estudiantes. Pero ahora... Si, podría hacer lo que me pides de una manera incómoda, anticuada, mecánica, pero...

El doctor se interrumpió, encogiendo los hombros con un gesto que expresaba todas las miserias de la vida y la vanidad de todo esfuerzo.

—¡Los Antiguos Días! —se dirigió uno de los bebedores a su compañero, hablando con disimulo por la comisura de la boca—. ¡Conversaciones de brujería!

—¡Qué brujería ni qué niño muerto! —respondió el otro del mismo modo—. Lo que pasa es que el viejo matasanos ya chochea. Sueña los cuatro días, y no sólo el Día del Sueño.

El tercer bebedor se apresuró a silbar la musiquilla de un conjuro contra el mal de ojo.

Spar tironeó la manga del albornoz negro que vestía el doctor.

—¡Me lo ha jurado, doctor! ¡Quiero una vista aguda y unos dientes agudos!

El doctor apoyó con misericordia su arrugada mano sobre el antebrazo de Spar.

—Una vista aguda sólo serviría para hacerte más desgraciado, Spar —explicó amistosamente—. Créeme: lo sé. La vida es más llevadera cuando se ve todo borroso, lo mismo que las ideas son más agradables cuando las hace borrosas la Niebla o el Vino de Luna. En Windrush no falta gente que ambiciona morder con fuerza, pero tú no eres de éstos. Sírveme otra «tres estrellas», por favor.

—Me he quitado de la Niebla desde esta mañana, doctor —comentó Spar con cierto orgullo, mientras le entregaba otra bolsa fresca.

El médico replicó, sonriendo con tristeza:

—Muchos dejan la Niebla todos los Días de Faena por la mañana y cambian de idea cuando llega el siguiente Día de Juerga.

—¡No seré yo, doctor! Además —reanudó Spar el hilo de argumentos—, Keeper y Crown ven con claridad, lo mismo que Suzy y las demás chicas, y no son desgraciados.

—Voy a decirte un secreto, Spar —replicó el doctor—. Keeper y Crown y las chicas son unos cadáveres vivientes. Sí, incluso Crown, con toda su astucia y su poder.

Para ellos, Windrush es el Universo.

—¿Y no es así, doctor?

Ignorando la interrupción, el doctor continuó:

—Pero tú no te conformarías con eso, Spar. Tú querrías averiguar más. Y eso te haría más desgraciado de lo que eres ahora.

—No me importa, doctor —dijo Spar, y repitió en tono acusatorio—: ¡Usted lo ha jurado!

La mirada gris casi desapareció para Spar cuando el médico frunció las cejas, pensativo. Luego dijo:

—¿Qué te parece esto otro, Spar? Sé que la Niebla de Luna trae tantos males y dolencias como alivios y alegrías. Pues bien: todos los Días de Faena por la mañana, y todos los Días de Juerga por la tarde, yo podría darte una pastillita que te produciría todos los efectos buenos de la Niebla de Luna, y ninguno de los perjudiciales. Tengo una en esta bolsa. Prueba ahora, y te convencerás. Y todos los Días de Juerga por la noche te daré otra clase de píldora que te hará dormir tranquilamente, sin ningún género de pesadillas. Eso sería mucho mejor que unos ojos y unos dientes. Piénsalo bien.

Mientras Spar meditaba, apareció Kim, mirando al doctor con sus dos puntitos verdes.

—Missss rresssspetuosssssossss sssaludossss, sseñorrrr —silbó—. Ssssoy Kim.

—Se le corresponde, caballero —respondió el doctor—. Que no falten los ratones.

Acarició al gato, pasando suavemente los dedos por la garganta y el pelaje del pecho. Su voz volvió a hacerse soñadora:

—En los Antiguos Días, todos los gatos hablaban, y no solamente algunos fenómenos. Toda la tribu felina. Y también muchos perros... ¡ejem! Perdona, Kim. En cuanto a los delfines, ballenas y monos...

Spar le interrumpió con avidez:

—Dígame una cosa, doctor. Si sus píldoras proporcionan la felicidad sin ningún tipo de resacas, ¿por qué bebe usted Niebla de Luna, y alternándola muchas veces con el Vino de Luna?

—Porque yo... —empezó el médico, y luego se interrumpió sonriendo—. Me has atrapado, Spar. No creí que fueses capaz de pensar por tu cuenta. Bien. ¡tú ganas! Ven a mi consultorio el próximo Día de Ocio... ¿Conoces el camino? Bien...

Veremos lo que se puede hacer con tus ojos y tus dientes. Y ahora, dame una bolsa doble para el regreso.

Pagó con brillantes monedas, mientras se metía la gran bolsa de «tres estrellas» en una faltriquera, diciendo:

—Hasta luego, Spar. Hasta la vista, Kim. Y se dirigió hacia la escotilla siguiendo una trayectoria en zigzag.

—Hasssta la visssta, sseñorrrrr —le despidió Kim.

Spar enarboló la bolsita negra.

Mientras el doctor volvía profiriendo una palabrota para coger lo suyo, se abrió la escotilla roja y apareció Keeper. Parecía de mejor humor que antes y silbaba la tonadilla de Me casaré con el hombre del puente mientras contemplaba con suspicacia ciertas manchas sobre el mostrador y revisaba las espitas del Vino de Luna. Tan pronto como salió el doctor, preguntó en tono desconfiado:

—¿Qué era eso que le dabas al viejo ganso?

—Su bolsa —reaccionó Spar con rapidez—. Se le había olvidado después de pagar al contado.

Sacudió una mano, dejando oír un sonido tintineante; Keeper se apoderó ávidamente del dinero y luego ordenó:

—¡A barrer, Spar!

Mientras éste flotaba hacia la escotilla roja para recoger sus aspiradores, Suzy pasó a su lado sin mirarle, avergonzada. Flotó hacia el mostrador y, muy seria, aceptó la bolsa de Niebla que le ofreció Keeper con burlona cortesía.

Spar sintió un acceso de indignación pensando en Suzy. Pero se le hacía difícil pensar en otra cosa que no fuera la inminente visita al médico. Cuando la noche del Día de Faena cayó, tan rápidamente como un cuchillo lanzado por una mano experta, apenas se dio cuenta de ello y no experimentó la acostumbrada aprensión. Keeper conectó a toda potencia el alumbrado del Mesón del Murciélago. Resplandecía de un modo deslumbrante, mientras al otro lado de las paredes translúcidas se adivinaba sólo un círculo de claridad lechosa. El negocio se animó un poco. Suzy no tardó en largarse con el primer cliente adinerado. Keeper ordenó a Spar que atendiera a la barra mientras él cogía una hoja de papel sobre la que se había escrito y borrado docenas de veces y, poniéndola sobre una tablilla, empezaba a escribir laboriosamente, como si meditase las palabras o quizás incluso las letras una a una, humedeciendo a menudo el lápiz con la lengua. Estaba tan absorto en su ímproba tarea que, sin darse cuenta, empezó a girar sobre sí mismo mientras flotaba poco a poco hacia la escotilla negra. El papel se ensuciaba cada vez más con sus garabatos y sus tachaduras, acompañadas de saliva y sudor.

La corta noche transcurrió con más rapidez de lo que Spar se había atrevido a desear, por lo que sufrió un sobresalto ante el súbito amanecer del Día de Ocio.

Casi todos los clientes se largaron a dormir la siesta.

Spar se preguntaba qué excusa iba a darle a Keeper para abandonar el Mesón del Murciélago, cuando el propio Keeper le resolvió el problema. Doblando el sucio papel y sellándolo con cinta en caliente, dijo:

—¡Eh, gandul! Coge esto y vete al Puente, donde se lo entregarás al Ejecutivo. ¡Espera!

Tomó el bolso anaranjado y tiró de los cordones para asegurarse de que estaban bien apretados.

—De paso, entrega esto en la cueva de Crown. ¡Obediencia y buenos modales, Spar! Ahora, ¡lárgate ya!

Spar metió el mensaje sellado en su único bolsillo con cremallera en buen estado.

Luego flotó lentamente hacia la escotilla superior, donde estuvo a punto de chocar con Kim. Recordando lo que había dicho Keeper sobre echar al gato, cogió al animal por debajo de sus patas delanteras y se lo metió cuidadosamente debajo del traje de faena, mientras susurraba:

—Vamos a dar un paseo, pequeño Kim. El gato clavó las uñas en la delgada tela para sujetarse, y se quedó quieto.

Para Spar, el corredor era un tubo estrecho que terminaba en niebla por los dos extremos, y salpicado longitudinalmente de motas verdes y rojas. Guiándose principalmente por el tacto y la memoria, avanzó tomando impulso en el cable que discurría a lo largo de la pared. Después de rodear los grandes cilindros de los pasadizos centrales, el corredor continuaba en línea recta. Los ventiladores axiales funcionaban con tanta suavidad que apenas se percibía sino una ligera corriente antes de cruzarlos, y una leve succión después de pasar.

Pronto llegó a su olfato el olor a tierra y a vegetales. Con un estremecimiento, pasó junto a un gran círculo negro que era la compuerta de carga del triturador principal de la Bodega Tres. No se cruzó con nadie... cosa extraña incluso el Día de Ocio. Luego vio verdear los Jardines de Apolo y más allá una gran pantalla negra sobre la cual flotaba, siempre hacia la dirección de popa, un pequeño círculo anaranjado que inspiraba a Spar una tristeza y un miedo inexplicables. Se preguntó cuántas serían las pantallas negras que reflejaban aquel lúgubre círculo. Eran particularmente numerosas hacia el costado de estribor, y él había visto el círculo en varias.

Al llegar a los jardines, tan cerca que Spar pudo distinguir los verdes tallos ondulantes y la silueta del jardinero que flotaba sobre ellos, el corredor se doblaba en ángulo recto hacia abajo. Con dos docenas de impulsos a lo largo del cable, Spar llegó hasta una escotilla abierta. Su memoria para las distancias recorridas y un intenso aroma de perfumes mezclados le dijeron que aquélla era la entrada a la cueva de Crown. Atisbando a través de la escotilla distinguió el motivo decorativo de espirales negras y plateadas que caracterizaba el interior del gran depósito de forma globular. Al fondo y directamente en frente de la escotilla, había otra gran pantalla negra con el inevitable disco pardo moteado de rojo en posición excéntrica.

Spar oyó debajo de su barbilla el siseo de Kim, suave pero apremiante:

—¡No te muevasssss! ¡Ssssilensssio, por tu vida!

El animal se había asomado por el cuello de la ropa; sus orejas cosquilleaban la garganta de Spar. Este empezaba a acostumbrarse a los modales melodramáticos del gato, pero, de todos modos, la advertencia era innecesaria. Había visto media docena

de cuerpos desnudos flotando por el aire, y fue tal su confusión ante tamaño espectáculo, que permaneció inmóvil y helado de vergüenza. Y no porque sus ojos fuesen capaces de distinguir ningún órgano genital; para él eran tan invisibles como las orejas. Pero sí pudo notar, aparte del pelo, las diferentes complejiones. Uno era muy moreno, y los otros cinco... ¿o eran cuatro...? de piel más blanca. Sobre todo las dos rubias, una de ellas platinada y ambas igualmente desconocidas para él. Se preguntó quién sería la nueva chica de Crown, la que llamaban Almodie. Experimentó alivio al comprobar que los cuerpos no se tocaban entre sí.

Algo metálico brilló junto a una de las rubias, y distinguió mancha rojiza que, como él sabía, era un recipiente, con cinco tubos que partían del mismo hacia cinco rostros distintos. Una de las chicas actuaba como «barman». A Spar le extrañó que Crown, pese a vivir en tan lujoso alojamiento, se sirviera el Vino de Luna de un modo tan plebeyo y ordinario. Por supuesto, no sabía si el contenedor era de Vino o de Niebla; podía ser incluso cerveza.

¿Acaso se proponía Crown hacerle competencia a Keeper? En tal caso, mala época y peor emplazamiento había elegido, murmuró mientras meditaba cómo deshacerse del bolso anaranjado.

—¡Vámonossss, de una vezzzzz! —apremió Kim aún más bajo.

Los dedos de Spar localizaron un clip junto a la escotilla. Con un «clic» casi imperceptible, le sujetó los cordones del bolso y luego tomó impulso para deshacer el camino.

Sin embargo, pese a todas las precauciones por no hacer ruido, el ligero «clic» provocó una respuesta inmediata procedente de la cueva de Crown... un gruñido muy profundo y prolongado.

Spar tiró del cable con más rapidez para alejarse. Cuando llegó al recodo, la curiosidad le hizo volverse. Por la escotilla de Crown asomaba una cabeza más estrecha que la de un hombre, con orejas puntiagudas y con una cara más negra que la del mismo Crown.

Se oyó un nuevo gruñido, Spar se sintió ridículo por haber tenido miedo de Hellhound, ¡Vaya! Más de una vez, Crown había ido al Mesón del Murciélagos en compañía de su perrazo. Tal vez fuese porque Hellhound nunca había gruñido en el Mesón; hablaba, aunque su vocabulario se reducía a un centenar de monosílabos, más o menos. Además, el perro no podía avanzar tomando impulso en el cable, pues no tenía las uñas suficientemente afiladas. Como mucho, se desplazaba en zigzag saltando de un lado a otro del pasillo para apoyarse en la pared.

Esta vez Spar tuvo un sobresalto al pasar junto a la boca del triturador principal, y lanzó una exclamación de disgusto. ¡Asustarse como un crío precisamente hoy, que iba a conseguir unos ojos nuevos!

—¿Por qué me has espantado cuando estábamos allá, Kim? —reprendió al gato.

—¡Tú no hassss vissssto el monsssstruo! ¡Nesssio!

—Sólo he visto cinco personas sorbiendo Niebla de Luna, y perro inofensivo.

Esta vez, el tonto y necio has sido tú, Kim.

El gato guardó silencio y metió la cabeza, contrariado. Spar recordó que todos los gatos eran vanidosos y susceptibles. Pero ahora él tenía otras cosas en que pensar. ¿Y si alguien hurtaba el bolso anaranjado antes de que Crown reparase en él? Y si lo encontraba Crown, sabiendo que Spar era el mandadero de Keeper, ¿adivinaría que había estado fisgando? ¡Que todo esto hubiera de ocurrirle el día más importante de su vida! Su pequeña victoria verbal sobre Kim le sirvió de magro consuelo.

Por otra parte, y aunque la rubia platino era la que más le había interesado de las dos desconocidas, la otra —la que tenía el cabello dorado como el de Suzy, aunque era mucho más blanca y esbelta— le tenía preocupado. Le pareció haberla visto antes... y, sin saber por qué, algo relacionado con ella le causaba un terror indefinible.

Cuando llegó a los corredores centrales se sintió tentado de ir al consultorio del doctor antes que al Puente. Pero prefirió disponer de más tiempo para lo del médico, cumpliendo antes todos sus encargos.

Entró de mala gana en el corredor central, donde la fuerte corriente de aire le empujó a gran velocidad hasta que pudo alcanzar el cable-guía, a costa de despellejarse las manos. Maldijo la tacañería de Keeper por no proporcionarle unos guantes, al menos, ya que pedir también calcetines habría sido demasiado.

Pero en seguida tuvo que prestar toda su atención para no golpearse los nudillos con los soportes que mantenían el cable a lo largo de la pared; era fácil apoyarse en ellos para tomar impulso, pero había que andar con cuidado.

Distinguió algunas figuras que como él iban y venían siguiendo el cable; otras flotaban dejándose llevar por el viento. Un borracho daba tumbos girando sobre sí mismo y salmodiando con voz cascada, de anciano:

—¡La Escala de Jacob! ¡El Árbol de la Vida! ¡La Cucaña de Mayo...!

Pasó la compuerta que marcaba la división entre las Bodegas Tercera y Segunda sin que el guardia de servicio le diera el alto, y por poco erró el gran corredor azul que conducía hacia arriba. Una vez más se quemó las palmas de las manos al colgarse del otro cable, sacudido por la corriente de aire. Se sentía cada vez más inquieto.

—¡Sssspar, esstúpido...! —empezó Kim.

—¡Sssh! Estamos en zona oficial, ahora —le hizo callar, satisfecho por haber hallado ese pretexto para reprender de nuevo al incordiante animalito. La verdad era que los grandes espacios abiertos de Windrush le producían un horrible pánico.

Casi demasiado pronto para su gusto, se encontró colgado de una escalera de tubo metálico inmediatamente debajo de la cubierta del Puente. Después de coronar el último escalón se quedó flotando sin saber qué hacer, esperando que alguien le dirigiese la palabra.

En el Puente había muchos bultos metálicos de formas extrañas, brillantes, y reflejos irisados que destellaban a intervalos; los más cercanos le parecieron como filas y columnas de diminutas luces que parpadeaban, rojas, verdes... de todos los

colores. Y más arriba, abarcándolo todo, una inmensa cúpula de terciopelo negro salpicado de destellos blanquecinos casi imperceptibles.

Entre los objetos metálicos y los resplandores irisados flotaban unas figuras vestidas con el uniforme azul oscuro de los oficiales. De vez en cuando se hacían señas, pero nadie hablaba. Para Spar, cada uno de sus movimientos estaba cargado de una profunda importancia. Aquellos eran los dioses de Windrush, los que tenían el destino en sus manos, si es que tal cosa existía. Se sintió reducido a la insignificancia de un ratón, el cual podría ser aplastado sin misericordia si se atrevía a molestar.

Después de un intercambio de gestos particularmente agitado se oyó un breve y lejano rugido, y luego una serie de chasquido y crujidos familiares. Spar se quedó asombrado, aunque no podía ignorar que el capitán, el piloto y demás altos oficiales eran lo causantes de los conocidos fenómenos diurnos.

Significaba, en efecto, el mediodía del Día de Ocio. Spar recordó sus problemas personales. Se estaba retrasando en sus diligencias. Empezó a levantar la mano cada vez que pasaba una de las figuras azules, tratando de solicitar atención.

Nadie le hizo caso.

Finalmente, susurró:

—¿Kim?

El gato no respondió. Spar oyó un ronroneo, pero también ser un ronquido.

Sacudió al gato con suavidad.

—Dime algo, Kim.

—¡Ssssh! ¡Ssssilencio! Esstoy durmiendo.

Kim sacó las uñas para acomodarse de nuevo, y volvió a emitir un ronroneo satisfecho... natural o fingido; eso no podía averiguarlo Spar. Experimentó un gran desaliento.

Los lunths iban pasando uno tras otro. Cuando mayor era desesperación, pensando que iba a llegar tarde a su cita con el doctor, oyó una voz juvenil y agradable que decía:

—¡Hola, abuelo! ¿Qué te trae por aquí?

Spar se dio cuenta de que había seguido levantando la mano maquinalmente, con lo que consiguió captar la atención de un individuo, moreno como Crown, pero que vestía uniforme azul. Sacó la nota del bolsillo y se la entregó al oficial.

—Es para el Ejecutivo.

—Ese es mi Departamento.

Hubo un leve crujido —¿la uña rasgando el precinto?— seguido de otro más fuerte: el papel había sido desplegado. Una breve pausa, y luego:

—¿Quién es Keeper?

—El dueño del Mesón del Murciélago, señor. Yo trabajo allí.

—¿Qué mesón has dicho?

—Una expendeduría de Vino de Luna. En otros tiempos le llamaban El Ruedo Feliz, según creo. En los Días Antiguos, según el doctor, se llamaba la Cantina

Número Tres.

—¡Hum! ¿Qué significa todo eso, abuelo? Y, ¿cómo te llamas? Spar contempló con tristeza el rectángulo de papel lleno de manchas oscuras.

—No puedo leer, señor. Me llamo Spar.

—¡Hum! ¿Se han visto... ejem... seres sobrenaturales en el Mesón del Murciélago?

—Sólo en mis sueños, señor.

—Bien... Echaremos un vistazo. Cuando me veas por allí, finge que no me conoces. A propósito, soy el alférez Drake. ¿Quién es tu pasajero, abuelo?.

—Es sólo mi gato, alférez —respondió Spar súbitamente alarmado.

—Bien. Vete por ese corredor negro. Spar empezó a desplazarse por entre la selva de tubos hacia la dirección señalada por el brazo uniformado de azul.

—Y la próxima vez recuerda que está prohibido traer animales al Puente.

Mientras empezaba a bajar, la sensación de alivio que le había producido el comprobar que el alférez Drake parecía humano y comprensivo se confundió con el miedo a perder la cita con el médico. Estuvo a punto de equivocar el cable-guía que llevaba al corredor rojo principal. El resplandor equívoco del atardecer le confundía con su luz cadavérica. De nuevo se tropezó con el borracho, que continuaba su monólogo graznando:

—¡La Trinidad, el Copón y el Mante!

Estaba a punto de abandonar su propósito de visitar al doctor, para regresar directamente al Mesón del Murciélago, cuando se dio cuenta de que estaba traspasando el acceso a la Bodega Cuatro y que llegaría al consultorio después del primer recodo. Se dejó flotar hasta un obenque, verificó su situación y luego empezó a tomar impulso hacia lo del médico, cuyo emplazamiento a babor venía a corresponder con el de la cueva de Crown a estribor.

Mientras seguía el cable se cruzó con dos figuras cuyo aliento pregonaba una celebración anticipada del Día de Juerga. Spar temió encontrar cerrado el consultorio. De los cercanos Jardines de Diana llegaba un vaho de plantas y tierra húmeda.

La escotilla estaba cerrada, pero cuando Spar accionó el bulbo se abrió a la tercera llamada y apareció el rostro conocido con su halo de cabello blanco y su mirada gris.

—Empezaba a creer que no vendrías, Spar.

—Lo siento, doctor. He tenido que...

—No importa. Pasa, pasa. ¡Hola, Kim! Date un garbeo por aquí si quieres.

Kim salió de su escondite y, tomando impulso en el pecho de Spar, partió para una ronda de inspección típicamente gatuna.

Y allí había mucho que inspeccionar. Incluso Spar pudo darse cuenta de ello. De todos los obenques del consultorio se habían colgado objetos en toda su longitud.

Parecían burbujas grandes y pequeñas, opacas o brillantes, oscuras o translúcidas, destacándose sobre un panel de aquella luz cadavérica que tanto miedo inspiraba a

Spar, aunque no lo recordó en ese instante. Enfrente había una cinta de luz aún más intensa.

—¡Cuidado, Kim! —gritó Spar cuando el gato aterrizó sobre un obenque y se puso a saltar de un objeto a otro.

—Déjale; no pasa nada —dijo el doctor—. Ahora voy a examinarte, Spar. Mantén los ojos abiertos.

Las manos del doctor sujetaron la cabeza de Spar. Sus ojos grises y su rostro curtido se acercaron hasta confundirse en un solo manchón.

—Manténlos abiertos, he dicho. Sí, ya sé que necesitas parpadear de vez en cuando... Lo que yo suponía. Los cristalinos están disueltos. Has sufrido una complicación secundaria que se da en uno de cada diez casos de infección la rickettsia del Leteo.

—¿La fiebre Estigia, doctor?

—En efecto, aunque el vulgo confundió los ríos del Averno al darle ese nombre.

Todos la hemos padecido. Todos hemos bebido las aguas del Leteo. Aunque a veces, cuando nos hacemos muy viejos, empezamos a recordar los comienzos. No pestañees.

—¡Eh, doctor! ¿Es por lo de la fiebre Estigia que no puedo recordar nada anterior al Mesón del Murciélagos?

—Podría ser. ¿Cuánto tiempo hace que estás allí?

—No lo sé, doctor. Desde siempre.

—Desde antes de que yo descubriera ese lugar, de seguro. Fue cuando cerraron La Corrala aquí, en la Bodega Cuatro. Pero de eso hace un starth.

—Pero yo soy terriblemente viejo, doctor. ¿Cómo es que no puedo recordar?

—Tú no eres viejo, Spar. Sólo que estás calvo y desdentado, y podrido por la Niebla de Luna, y tus músculos se han atronado. Sí, y tu cerebro se ha atrofiado también.

—Ahora, abre la boca.

Una de las manos del doctor sujetó la nuca de Spar; la otra tanteó las encías.

—Al menos tienes las encías fuertes. Eso facilitará mi trabajo. Spar quiso decirle lo de las gárgaras con agua salada, pero cuando el doctor le sacó la mano de la boca fue para ordenarle:

—Ahora, ábrela todo lo que puedas. El doctor introdujo en la boca de Spar una cosa caliente y tan gruesa como un bolso de mano.

—Ahora, muerde con todas tus fuerzas.

A Spar le pareció que mordía un tizón encendido. Quiso escupirlo, pero unas manos sobre su mandíbula y su cráneo le mantenían la boca firmemente cerrada.

Pataleó involuntariamente y arañó el aire. Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¡Estáte quieto! Respira por la nariz. No quema tanto como tú crees. Ni siquiera te levantará ampollas.

Spar hubiera querido discutir tal afirmación, pero al cabo de un momento decidió

que no quemaba tanto como para cocerle el cerebro a través del velo de su paladar. Además, no quería descubrir su cobardía ante el doctor. Permaneció quieto. Parpadeó varias veces, y pudo distinguir en medio de borrosos contornos la mancha correspondiente al rostro del médico, así como los límites de la estancia, bañados por la luz fría y mortecina. Trató de sonreír, pero sus labios estaban ya distendidos más allá de su capacidad muscular. Eso también le hacía daño; empezó a darse cuenta de ello a medida que disminuía el ardor.

El doctor le contemplaba, sonriendo.

—En fin... Sólo un viejo borrachín como yo podía atreverse a emplear unas técnicas que sólo conocía por los libros. Pero te garantizo que tendrás unos dientes tan afilados, que podrás cortar un obenque con ellos. Por favor, Kim. Apártate de esa bolsa.

La mancha negra que era el gato despegó de un salto desde un objeto también negro y dos veces más largo que él. Spar emitió por la nariz un sonido que quería ser desaprobador, e hizo algunas muecas. El objeto se parecía a la bolsita negra del doctor, sólo que a escala cien veces más grande. Debía ser pesado, además, pues cuando Kim saltó, el impulso puso en tensión el obenque del que colgaba, no regresando sino lentamente —ahí estaba el detalle— a la posición inicial.

—Esa bolsa contiene mi tesoro, Spar —explicó el doctor, y cuando el aludido alzó las cejas en señal de interrogación, continuó—: No está en monedas, ni en oro, ni en joyas, no. Es como una segunda infinitud transfinita... descanso, y sueños, y pesadillas para todas las almas en mil sitios como Windrush.

Bajó la mirada hacia su muñeca.

—Ya ha pasado bastante tiempo. Abre la boca.

Spar obedeció, a costa de nuevos dolores.

El doctor extrajo la cosa que Spar había mordido, y la envolvió en un plástico retráctil y la colgó del obenque más cercano. Luego estudió de nuevo la boca de Spar.

—Me parece que estaba demasiado caliente —dijo. Cogió una bolsa pequeña, la aplicó a los labios de Spar y apretó. La pulverización invadió la boca del paciente y todo el dolor se desvaneció al momento.

Luego metió la bolsa en la faltriquera de Spar.

—Úsala si te duele otra vez.

Antes de que Spar pudiera darle las gracias, el doctor le aplicó un tubo sobre el ojo derecho.

—Mira, Spar, y dime lo que ves.

Sin poder evitarlo, éste profirió un grito y se echó hacia atrás.

—¿Qué te pasa?

—¡Me ha dado usted un sueño, doctor! —dijo Spar con voz ronca—. No se lo diré a nadie, ¿verdad?

—¿Qué clase de sueño? —inquirió el médico, curioso.

—No era más que un dibujo, doctor. Representaba una cabra con cola de pescado,

¡Doctor...! He podido distinguir... hasta las escamas... —su mente vacilaba—. Todos los detalles... tenían bordes afilados. Doctor, ¿es eso lo que quieren decir cuando hablan de ver claro?

—En efecto, Spar. Eso es lo bueno, pues significa que no tienes ninguna lesión en el cerebro ni en la retina. Será fácil hacerte unas gafas aprovechando un par de prismáticos viejos... es decir, si no he perdido los míos. Por eso, en sueños lo ves todo claro... ¡es natural! Pero, ¿por qué no quieres que se lo cuente a nadie?

—Pensé que podían acusarme de brujería, doctor. Creí que ver las cosas así era lo que llaman clarividencia. El tubo me hizo cosquillas en el ojo.

—¡Isótopos y chaladura! Tenía que hacerlas. Ahora, veamos el otro ojo.

De nuevo Spar quiso lanzar una exclamación, pero esta vez se contuvo pese al leve cosquilleo. Vio el retrato de una joven esbelta. Spar supo que era una mujer por su forma general, aunque su aspecto le pareció de lo más extraño, al percibir gran número de... detalles desconocidos para él hasta entonces. Por ejemplo, los ojos no eran dos manchas de color. Tenían rabillos a ambos lados, que eran dos triangulitos blancos como la porcelana. Y en medio, el círculo de color violeta pálido presentaba otro círculo negro más pequeño.

El cabello era plateado, pero sin embargo ella parecía joven. Aunque era difícil juzgar tales extremos ahora que veía tantos detalles, pensó Spar. Le recordó a la rubia platino que había entrevistado en la cueva de Crown.

Llevaba un largo vestido blanco que dejaba los hombros desnudos. Su cabello, en vez de flotar libremente, colgaba hacia dichos hombros por efecto de algún truco, o de alguna fuerza desconocida, que también tiraba del vestido hacia los pies marcándole numerosos pliegues... o eso parecían.

—¿Cómo se llama, doctor? ¿Es Almodie?

—No. Es Virgo, la virgen. Puedes ver los detalles.

—Sí, doctor. Lo veo todo nítido... como el filo de un cuchillo. Y la cabra-pezu, ¿qué era?

—Capricornio —respondió el doctor, apartando el tubo del ojo de Spar.

—Ya sé que Virgo y Capricornio son nombres de liiths, terranths, sunths y slarílis, pero nunca supe que tuvieran retratos. Nunca supe que eran cosas.

—¿Eh...? ¡Claro! Tú nunca has podido ver un reloj, ni una estrella, ni mucho menos las constelaciones del Zodíaco.

Spar estuvo a punto de preguntarle de qué estaba hablando, pero entonces observó que el resplandor cadavérico se había extinguido, a excepción de una ancha franja de claridad.

—Al menos, hasta donde tu memoria puede abarcar —estaba diciendo el médico—. Tendré preparados tus nuevos ojos y dientes el próximo Día de Ocio. Procura venir más pronto, si puedes. Es posible que nos veamos antes en el Mesón del Murciélagos, tal vez el Día de Juerga por la noche.

—Gracias, doctor. Ahora debo irme. ¡Vamos, Kim! Los Días de Ocio por la noche

suele haber mucho trabajo. Los parroquianos adelantan el Día de Juerga, a lo que parece. Salta, Kim, que te llevo.

—¿Seguro que sabrás regresar solo al Mesón del Murciélago, Spar? Antes de que llegues allí habrá oscurecido.

—Claro que podré, doctor.

Mas cuando cayó la oscuridad, como una pesada caperuza sobre su cabeza, deseó regresar para pedirle al doctor que le acompañase. Pero temió las burlas de Kim, aunque de momento el gato no decía palabra. Se impulsó hacia delante con rapidez, pese a que el débil resplandor de las luces de navegación apenas le permitía distinguir el cable-guía.

El pasillo central aún estaba peor: completamente desierto y muy mal iluminado.

Ahora que sabía lo que era ver con claridad, le molestaba su visión borrosa.

Empezó a sudar y a temblar, y sintió náuseas. Todo ello eran síntomas de malestar por haberse quitado de la bebida. Sus pensamientos giraban en torbellino. Se preguntó si alguna de las cosas raras que le habían pasado desde que recogió a Kim era real, o si todo habría sido un sueño. También le preocupaba el obstinado —¿o forzado?— silencio del gato. Empezó a ver unas manchitas voladoras que se desvanecían cuando procuraba contemplarlas fijamente.

Recordó lo que Keeper y los parroquianos decían sobre las brujas y los vampiros.

Entonces, en vez de entrar por la escotilla verde del Mesón del Murciélago, se perdió por un pasillo lateral completamente oscuro. Creyó escuchar el gruñido del perro Hellhound, aunque también podía ser el ruido del triturador principal.

Temblaba de pánico cuando por fin tropezó a oscuras con la escotilla roja del Mesón, y entró justo a tiempo de no rozar el marco adhesivo.

El lugar estaba lleno de luz y animación. Había parejas que bailaban. Tan pronto como le vio, Keeper empezó a dirigirle insultos. Spar pasó al otro lado de la barra y empezó a recibir encargos y a servirlos maquinalmente, guiándose sólo por los sonidos y el tacto, deslumbrado por la fuerte luz y notando que su resaca empeoraba más que nunca.

Al cabo de un rato las cosas fueron mejor; en cambio su nerviosismo empeoró.

Sólo el trabajo incesante le permitía soportarlo, así como le mantenía sordo a los insultos de Keeper. Pero empezaba a sentirse demasiado cansado para trabajar.

Mientras amanecía el Día de Juerga y la clientela cada vez más numerosa se agolpaba en tomo a la barra, cogió una bolsa de Niebla de Luna y se la llevó a los labios.

Unas garras se clavaron en su pecho.

—¡Nessssio! ¡Esssclavo! ¡Ssssumissso!

A Spar. poco le faltó para caer en convulsiones, pero desistió de beber. Kim salió de entre sus ropas y, después de alejarse de un salto, despectivo, se puso a dar vueltas por la barra y hablar con los bebedores, convirtiéndose pronto en el centro de todas las conversaciones. Keeper empezó a darse importancia por cuenta del gato, y dejó de

servir. Spar trabajaba y trabajaba sin parar, más mareado por la abstinencia que por ninguna de las borracheras que pudiese recordar. El malestar era infinitamente más prolongado.

Suzy entró en compañía de uno de sus fletes, y le tocó la mano a Spar mientras éste servía su tinto. Eso le reconfortó.

Creyó reconocer una voz que venía de abajo. Era de un parroquiano melenudo, que vestía traje de faena, desconocido para él. Pero luego le oyó hablar de nuevo y pensó que era el alférez Drake. Había varios clientes más a quienes no conocía. El lugar estaba realmente animado. Keeper aumentó el volumen de la música. Solos o por parejas, los parroquianos daban tumbos por el aire, de un obenque a otro, en una imitación, de baile. Una chica de negro hacía contorsiones gimnásticas. Otra, de blanco, echó a flotar sobre la barra circular mientras Keeper se vengaba cargando consumiciones inexistentes en la cuenta de su amigo. Algunos bebedores intentaron formar un coro.

Spar oyó que Kim recitaba:

Ssssoy un minino
pissstonudo;
ssssoy assesssino
de loss ratoness
y aquí ssssaludo
a los muchachchoss
gordinflonesss.
¡Hola, machchoss!

Cayó la noche del Día de Juerga y la animación creció. El doctor seguía sin aparecer por allí. En cambio, se presentó Crown. Los bailarines se apartaron y todo un sector de parroquianos se movió para dejarle espacio a él, a sus chicas y a Hellhound, hasta que los recién llegados dispusieron de más de una tercera parte de la barra circular, sin que nadie se atreviera a acercárseles. Con gran sorpresa de Spar, todos pidieron café menos el perro, que al ser interrogado por Crown respondió:

—Un Bloody Mary —pero pronunciado en un tono tan profundo que más bien pareció un gruñido, algo así como «Un Bluh-Muh».

—¡Si essso esss hablarrrr! —se burló Kim desde el lado opuesto de la barra. Los borrachos que le rodeaban le hicieron un coro risitas irónicas.

Spar sirvió las bolsas de café muy caliente con las pinzas de fieltro que servían para cogerlas, y preparó el combinado pedido por Hellhound mediante una pipeta mezcladora. Estaba al límite de sus fuerzas y en aquel momento tenía miedo de lo que pudiera ocurrirle a Kim. Veía los rostros cada vez más borrosos, pero distinguía a Rixende por su pelo negro, a Phanette y Doucette por su cabello pelirrojo y su complexión delicada con raras motas rojizas; en cuanto a la rubia platino, era en

efecto Almodie, aunque parecía fuera de lugar entre el feo bulto moreno vestido de púrpura y la otra silueta más pequeña y oscura, con sus orejas puntiagudas. Spar oyó que Crown le susurraba:

—Pídele a Keeper que te enseñe el gato parlante. Hablaba muy bajo, y Spar no habría sido capaz de oírlo a no ser por la extraña nota de excitación en su voz, que Spar no le conocía.

—Pero, ¿no se pelearán? Quiero decir, él y Hellhound —respondió ella con una voz que cautivó el corazón de Spar como una red de zarcillos de plata. Le habría gustado poder contemplar su rostro a través del tubo del doctor. Sin duda se parecería a Virgo, sólo que mucho más hermosa. Aunque, por supuesto, tratándose de una chica de Crown no podía ser virgen. Sus ojos eran también de color violeta, pero él ya estaba harto de no ver más que manchas. Almodie parecía muy asustada, pero continuó:

—No lo hagas, Crown. Por favor. Spar quedó completamente subyugado.

—Hemos venido para eso, muñeca. Y nadie ha de venir a decirnos lo que debemos hacer. Nos figurábamos que ya lo habrías aprendido. Nos gustaría darte otra lección ahora mismo, sólo que por aquí huele mucho a guardia emboscado, esta noche. ¡Keeper! Nuestra nueva muñeca quiere oír a tu gato parlante. Tráelo aquí.

Kim se acercó flotando a través de la barra, mientras Keeper se desgañitaba sin verle. El gato se apoyó en un obenque delgado y miró a Crown con impertinencia.

—¿Sssssí?

—Corta esa música, Keeper.

La música agonizó de repente. Al cabo de unos momentos, las voces fueron enmudeciendo también.

—Bien, gato. Habla.

—Sssé muchchcho mássss. Voy a cantarrrr —anunció Kim, y prorrumpió en una serie de maullidos que no respondían en lo más mínimo a las ideas de Spar acerca de la música.

—Es música abstracta —susurró Almodie, maravillada—. ¿Has oído eso, Crown? Era una séptima disminuida.

—Yo diría más bien una tercera enloquecida —comentó Phanette desde el otro lado. Crown les hizo seña de que guardaran silencio. Kim terminó con un sobreagudo impresionante. Paseó la mirada por su asombrado auditorio y luego se puso a lamerse un hombro.

Crown apoyó la mano izquierda en el borde del mostrador y dijo con fingida indiferencia:

—Puesto que no quieres hablar con nosotros, ¿hablarás con nuestro perro?

Kim miró fijamente a Hellhound, que estaba sorbiendo su Bloody Mary. Sus ojos se agrandaron, sus pupilas se contrajeron en dos rendijas y frunció los labios mostrando los colmillos afilados como agujas.

—¡Perrrrro assssquerrrosso! —silbó.

Hellhound saltó tomando impulso en la palma de la mano izquierda de Crown; éste le ayudó proyectándole hacia delante y hacia la izquierda, donde se hallaba Kim.

Pero el gato hizo una rápida finta, encaramándose a un obenque contiguo. Las quijadas del perro se cerraron a casi medio metro del blanco y su gran bulto negro pasó de largo flotando.

Hellhound aterrizó con las cuatro patas sobre la tripa de un borracho gordinflón, haciéndole atragantarse, y aprovechó para salir disparado en sentido contrario.

Kim saltaba de un obenque a otro. Esta vez volaron unos pelos cuando chasquearon de nuevo las quijadas, pero al mismo tiempo hendió el aire una garra rígidamente extendida.

Crown sujetó a Hellhound por el collar para que no volviese al ataque. Tocó al perro debajo del ojo y luego se llevó los dedos a la nariz.

—Quieto, muchacho —dijo—. No puedes ir por ahí matando músicos geniales.

Descargó el puño sobre el mostrador y agregó:

—Bien, gato. Ya has hablado con nuestro perro. ¿No tendrías una palabra para nosotros?

—Sssssí.

Kim saltó al obenque más cercano al rostro de Crown. Spar se precipitó a sujetarle, mientras Almodie trataba de retener a Crown por el brazo.

Kim bufó con violencia:

—¡Monssstruo! ¡Aborrito del inffffiemo!

Spar y Almodie llegaron demasiado tarde. De entre los dedos cerrados de Crown surgió un chorro delgado que alcanzó de lleno a Kim en sus fauces abiertas.

Al cabo de un instante que a Spar le pareció eterno, su propia mano levantada consiguió cortar el chorro. Sintió una fuerte quemadura en el dorso de la misma.

Kim pareció encogerse sobre sí mismo y luego huyó alejándose de Crown hacia una escotilla abierta.

Crown dijo:

—Esto es matacán, un recurso tan antiguo como el fuego griego, pero bien conocido por nuestra gente. La medicina perfecta para un gato-brujo.

Spar saltó sobre Crown cogiéndole del pecho y tratando de golpearle la mandíbula. Ambos se alejaron de la barra a la mitad de la velocidad con que Spar se había abalanzado.

Crown ladeó la cabeza. Spar le hincó las encías en la garganta. Se oyó un «clic» y Spar sintió frío en la espalda. Un triángulo metálico se aplicaba a su carne, a la altura de los riñones. Spar aflojó las mandíbulas y se quedó flotando, inerte. Crown emitió una risa burlona.

Un brillo azulado en la mano de uno de los parroquianos inmovilizó a todo el mundo en el Mesón del Murciélago. Parecían más cadavéricos que nunca, bajo la lívida luz proveniente de estribor. Una voz ordenó:

—Vamos, muchachos. Desalojen el local. Vamos a clausurarlo.

Amanecía el Día del Sueño. El frío triángulo se apartó de la espalda de Spar. Se oyó de nuevo el «clic» y Crown dijo:

—Adiós, pequeño.

Luego se alejó en compañía de sus cuatro mujeres y de su perro. Phanette y Doucette flotaban a ambos lados de Hellhound, como si sujetaran su collar.

Spar sollozó y se puso a buscar a Kim. Al cabo de un rato, Suzy acudió en su ayuda. El Mesón del Murciélago se vaciaba con rapidez. Por último, Spar y Suzy consiguieron acorralar a Kim en un rincón, y el primero le cogió por el pecho. Las patas delanteras de Kim rodearon su muñeca, sacando las uñas. Spar sacó la bolsa que le había dado el doctor y la metió entre las quijadas de Kim; éste le clavó las uñas, pero Spar no le hizo caso y apretó con cuidado el nebulizador. Las uñas dejaron de arañarle y Kim se tranquilizó. Spar le acarició con ternura mientras Suzy le vendaba la muñeca a él.

Entonces apareció Keeper en compañía de dos parroquianos, uno de los cuales era el alférez Drake, quien dijo:

—Mi compañero y yo montaremos guardia en las escotillas de proa y de estribor.

El Mesón del Murciélago había quedado completamente desierto. Spar dijo:

—Crown tiene una navaja.

Drake asintió. Suzy tocó la mano de Spar y dijo:

—Quiero quedarme aquí esta noche, Keeper. Tengo miedo.

—Puedo ofrecerte un obenque para pasar la noche. Drake y su compañero se alejaron lentamente hacia sus puestos de vigilancia.

Suzy apretó la mano de Spar y éste dijo con cierta desgana:

—Puedo ofrecerte el mío, si lo prefieres. Keeper se echó a reír y, después de comprobar que los hombres del Puente se habían alejado, susurró:

—Tendrá que ser el mío que además, a diferencia del de Spar, es de mi propiedad.

Y tengo Niebla de Luna. O eso, o los pasillos. Suzy suspiró, vaciló y luego se fue con Keeper.

Spar se encogió de hombros con desaliento. ¿Esperaba acaso Suzy que se pelease con Keeper por ella? Lo triste era que Spar ya no la deseaba como antes; ahora veía en ella a una amiga nada más. Estaba enamorado de la nueva chica de Crow. Lo cual, bien mirado, era más triste aún.

Se sintió muy cansado. Ni siquiera la perspectiva de tener unos ojos nuevos al día siguiente bastó para animarle. Enganchó su tobillo a un obenque para dormir, y se ató un trapo sobre los ojos. Acarició el lomo de Kim, que aún no había vuelto a hablar, y se durmió en un instante.

Soñó con Almodie. Era como Virgo, incluso con el mismo vestido blanco. Sostenía entre sus brazos a Kim, que relucía como cuero negro recién pulido. Ella se le acercaba sonriendo pero aunque no dejaba de avanzar, siempre les separaba la misma distancia.

Mucho más tarde —creyó— despertó sintiendo el malestar de la desintoxicación.

Sudaba y estaba mareado, pero eso era lo de menos. Tenía los nervios en tensión y estaba seguro de que, de un momento a otro, todos sus músculos se retorcerían en espasmos agónicos. Su mente trabajaba de un modo tan febril que no conseguía captar sino un pensamiento de cada diez. Era como sentirse impulsado por un viento fuertísimo a lo largo de un pasillo sinuoso y pésimamente iluminado. Si rozaba la pared, todo habría concluido. Los obenques ondulaban en curvas sinuosas a su alrededor.

Kim no estaba a su lado. Se arrancó la venda de los ojos, pero sólo para hallarse tan a oscuras como antes. Era Día del Sueño por la noche. Pero el malestar cesaba y la fiebre de su cerebro disminuía. Todavía estaba tenso y le parecía ver idas y venidas de negras serpientes, pero ahora sabía que esto eran imaginaciones suyas. Incluso pudo distinguir el débil resplandor de tres luces de navegación.

Entonces vio dos bultos que se acercaban flotando hacia él. Apenas pudo entrever las manchas de los ojos, verdes los de la figura más pequeña y violetas los de la otra, enmarcados por un halo de plata. Esta última era muy blanca y flotaba alrededor de ella como un resplandor. Pero no sonreía, sino que exhibía los dientes en una mueca que Spar distinguió como un brillo blanco horizontal. Y allí estaba Kim, enseñando también los colmillos.

Súbitamente recordó a la rubia de cabello dorado que había visto actuando como camarera en la cueva de Crown, y cayó en la cuenta de que era Sweetheart, la ex amiga de Suzy raptada por los vampiros el anterior Día del Sueño.

Quiso gritar, pero no le salió más que un ladrido ronco, y se llevó la mano al tobillo para soltarse del obenque.

Las figuras se desvanecieron; habían huido hacia abajo, pensó.

Se encendieron unas luces, y alguien se acercó flotando para sacudir el hombro de Spar.

—¿Qué ha pasado, abuelo?

Spar farfulló algo incomprensible mientras pensaba en cómo contárselo a Drake. No quería perjudicar a Almodie ni a Kim.

—He tenido una pesadilla. Me atacaban unos vampiros —dijo.

—¿Descripción?

—Una mujer vieja y... un perro pequeño. El otro oficial se acercó diciendo:

—La escotilla negra está abierta.

Drake dijo:

—Keeper ha declarado que siempre la dejan cerrada. Vamos allá, Fenner.

Mientras el otro se alejaba, añadió:

—¿Estás seguro de que sólo fue una pesadilla, abuelo? ¿Un perro pequeño? ¿Y una mujer vieja?

Spar respondió afirmativamente, y Drake siguió a su compañero desapareciendo por la escotilla negra.

Amaneció el Día de Faena. Spar se sentía enfermo y mareado pero se enfrascó en

su rutina habitual. Quiso hablar con Kim, pero el gato seguía tan silencioso como la tarde anterior. Keeper estaba tan antipático como siempre y le dio mucho quehacer: el lugar mostraba las huellas del Día de Juerga. Suzy se marchó en seguida, sin responder a sus preguntas acerca de Sweetheart u otros intentos de conversación. Drake y Fenner no habían regresado.

Spar barrió y Kim patrulló el local, sin dirigirse la palabra. Por la tarde se presentó Crown y estuvo hablando en voz baja con Keeper, sin que ni Spar ni Kim pudieran escuchar lo que decían. Era como si no estuviesen allí, para el caso que les hizo Crown. Spar se interrogó sobre lo que había visto la noche anterior. Llegó a la conclusión de que realmente pudo ser una pesadilla. El haber reconocido de memoria a Sweetheart dejó de parecerle significativo. Había sido estúpido de su parte el pensar que Almodie y Kim pudieran ser vampiros, ni en sueños ni en la realidad.

El doctor había dicho que los vampiros eran meras supersticiones. Pero Spar no pudo seguir pensando. Los síntomas de resaca continuaban, aunque ahora menos violentos.

Cuando amaneció el Día de Ocio, Keeper dio permiso a Spar para ausentarse, sin someterle previamente a un interrogatorio como solía. Spar quiso llevarse a Kim, pero no consiguió localizar el bulto negro. Pensó que, bien mirado, valía más ir solo.

Se dirigió derecho al consultorio del doctor. Los pasillos no estaban tan desiertos como el Día de Ocio anterior. Una vez más se cruzó con el acostumbrado borrachín, quien soliloquiaba esta vez:

—¡Catedrales! ¡Cátedras y Cataplasmas!

La escotilla del consultorio estaba abierta, pero el doctor no se encontraba allí. Spar aguardó largo rato, molesto por la luz cadavérica. No era propio del doctor el dejar su consultorio abierto y desatendido. Y la noche anterior no se había presentado en el Mesón del Murciélagos, como casi había prometido.

Por último, Spar empezó a mirar a su alrededor. Una de las primeras cosas que observó fue que faltaba la gran bolsa negra que, según el doctor, contenía todos sus tesoros.

Luego se dio cuenta de que el paquete de plástico retráctil brillante donde el médico había guardado el molde de las encías de Spar, ahora contenía algo diferente. Lo descolgó del obenque. Contenía dos objetos.

Se hizo un corte en un dedo al tocar el primero de ellos, que era de forma semicircular, medio rosado y medio brillante. Lo palpó con más cautela, sin hacer caso de las gotas de sangre que dejaba flotando por el aire, y descubrió que tenía unas depresiones irregulares en las partes sonrosadas, arriba y abajo. Entonces se lo introdujo en la boca. Sus encías encajaban con las irregularidades. Abrió la boca y luego la cerró, procurando mantener la lengua encogida. Se oyó un chasquido y un «clic».

¡Por fin tenía dientes!

Sus manos temblaban mientras palpaba el otro objeto, aunque esta vez no era

efecto de la resaca.

Consistía en dos aros gruesos unidos por un puente, con otras dos varillas recias a ambos lados y dobladas en los extremos.

Sin saber muy bien lo que hacía, adaptó los aros a sus ojos, pasando los extremos de las varillas dobladas sobre sus orejas.

¡Podía ver claramente! Todo tenía contornos definidos, incluso sus manos con los dedos separados y... el coágulo de sangre en un dedo. Lanzó un grito —un prolongado alarido de sorpresa— y echó una ojeada por todo el consultorio. Docenas y docenas de objetos, todos de contornos perfectamente nítidos, al principio fueron demasiado para él. Cerró los ojos.

Cuando su temblor hubo remitido un poco y su respiración se normalizó, volvió a mirar cautelosamente y empezó a inspeccionar las cosas que colgaban de los obenques. Cada una de ellas era una maravilla, aunque de muchas no sabía para qué podían servir. Algunas, que conocía por el uso o por tener de ellas una noción borrosa, le desconcertaron al revelársele su verdadero aspecto: un peine, un cepillo, un libro con sus páginas —con su infinidad de complicados signos negros—, un reloj de pulsera con los signos de Capricornio y Virgo en su esfera, así como los de Tauro, Piséis y los demás, con finas agujas radiales moviéndose a diferentes velocidades o aparentemente inmóviles y apuntando a los distintos signos zodiacales...

Antes de darse cuenta, se había acercado al panel de donde procedía el resplandor cadavérico. Haciendo acopio de valor, se volvió para mirarlo, viéndose obligado a prorrumpir en un nuevo grito de sorpresa. La luz lívida no era uniforme, aunque el panel ocupaba ahora casi la cuarta parte de su campo de visión. Sus dedos tocaron una especie de plástico rígido y transparente. Al otro lado —y con fundados motivos para sospechar que a muy gran distancia— destacaban en medio de la oscuridad numerosos... puntitos de luz brillante. Para él, un punto era una cosa aún más extraña que un contorno definido; sin embargo, le era forzoso dar crédito a lo que estaba viendo.

Pero en el centro, y dominando toda aquella oscuridad, había un disco muy blanco y ligeramente puntuado de zonas más o menos oscuras.

No parecía ser cosa eléctrica, y sin duda tampoco ardía como el fuego. Al cabo de un rato, se le ocurrió a Spar la extraña idea de que pudiera estar iluminado por otra fuente de luz aún más poderosa y situada detrás de Windrush.

No lograba concebir que existiera tanto espacio alrededor de Windrush. Era como pensar en una realidad más amplia, que contenía la realidad por él conocida hasta entonces.

Y, si Windrush se movía entre el disco brillante y la hipotética fuente de luz, la sombra de aquélla debería quedar recortada sobre el disco. A menos que Windrush fuese infinitamente pequeña en comparación con el mismo. Realmente, todas estas especulaciones eran demasiado fantásticas para él. Pero, ¿podía haber algo demasiado fantástico? Hombres-lobo, brujas, puntos, líneas, magnitudes y espacios

inconcebibles hasta para la imaginación más desenfrenada.

La primera vez que había visto el disco blanco brillante, éste era perfectamente circular. Al mismo tiempo había escuchado los crujidos que siempre acompañaban al mediodía. Ahora el disco aparecía con uno de sus bordes un poco menguante, como si estuviera achatado. Spar se preguntó si se habría desplazado la hipotética incandescencia detrás de Windrush, o bien el disco blanco habría girado, o por el contrario Windrush giraba alrededor del disco blanco. Tales pensamientos, y especialmente el último, casi producían un vértigo insoportable.

Se dirigió hacia la escotilla abierta preguntándose si debía cerrarla al salir. Decidió no hacerlo. El pasillo fue otra sorpresa, pues se prolongaba más y más y más, hasta que las paredes parecían juntarse... y a lo largo de las mismas había flechas. Las de color rojo apuntaban a babor, de donde él venía, y las verdes a estribor, hacia donde se dirigía. Para él no habían sido nunca sino manchas de color. Mientras tomaba impulso a lo largo del cable-guía —una estacha extraordinariamente nítida— comprobó que el diámetro del corredor seguía siendo siempre el mismo, hasta llegar al pasadizo central violeta.

Le habría gustado avanzar hasta donde llegase el límite de las flechas verdes, a estribor, para verificar si existía la incandescencia supuesta por él, y también para fijarse en los detalles del extraño disco anaranjado oscuro que tanto solía inquietarle.

Pero decidió que antes debería dar parte al Puente de la desaparición del doctor.

Tal vez pudiera localizar a Drake. Y también tendría que informar la desaparición de los tesoros del médico, se recordó a sí mismo.

Los rostros de quienes pasaban junto a él le fascinaban. ¡Qué tumulto de narices y de orejas! Tropezó con una figura encorvada. Era una anciana cuya nariz casi le tocaba la barbilla. Estaba haciendo algo con dos varillas largas y un ovillo de hilo.

—¿Qué estás haciendo, abuela? —le preguntó. La anciana resopló, indignada:

—Hago calceta.

Dicho esto se apartó sin dejar de refunfuñar. Spar quiso recuperar el cable-guía cuando se dio cuenta de que ya estaba junto a la entrada del puente.

Cuando llegó vio miríadas de estrellas en lo alto. Los resplandores irisados no eran sino cuadros de luces multicolores que se encendían y apagaban de modo irregular. En cuanto a los silenciosos oficiales... parecían muy viejos. Miraban y gesticulaban de un modo mecánico. Parecían flotar en un estado de sonambulismo. Spar se preguntó si ellos sabrían a dónde se dirigía Windrush... o si estaban enterados de lo que ocurría en Windrush más allá del Puente.

Un oficial joven y moreno, de cabellos rizados, flotó hacia él; hasta que le dirigió la palabra no reconoció al alférez Drake.

—Hola, abuelo. ¡Oye! ¿Sabes que pareces mucho más joven? ¿Qué es eso que llevas en la cara?

—Unos prismáticos. Me sirven para ver claro.

—Pero si los prismáticos tienen unos tubos. Vienen a ser como una especie de

telescopio binocular.

Spar se encogió de hombros y refirió la desaparición del doctor y de su gran bolsa negra del tesoro.

—Pero, ¿no has dicho que bebe mucho y que según él sus tesoros eran sueños?

Suena como si estuviese un poco mochales. A lo mejor está bebiendo en otra parte.

—El doctor era un cliente fijo. Siempre iba al Mesón del Murciélago.

—Bien, veré lo que puedo hacer. Por cierto, me han prohibido continuar la investigación que había iniciado en lo de vuestro Mesón. Por lo visto ese Crown habló con algún tipo influyente. Los oficiales antiguos son más fáciles de convencer; no porque se dejen sobornar, sino para no complicarse la vida y escoger siempre la vía más cómoda. Fenner y yo no hallamos rastro de la vieja ni del perro pequeño, ni de mujer o animal alguno ni... de nada.

Spar le habló a Drake de cómo anteriormente Crown había intentado robarle la bolsita negra al doctor.

—Y tú crees que todo podría estar relacionado. Bien; tal como he dicho, veré lo que puedo hacer.

Spar regresó al Mesón del Murciélago. Resultaba muy raro ver con detalle la cara de Keeper. Parecía avejentado, y la mancha colorada del centro de su rostro no era otra cosa sino una narizota roja y estriada por numerosas venas. Sus ojos pardos eran más ávidos que curiosos. Le preguntó a Spar qué se había puesto en la cara, y éste decidió que sería más prudente no revelarle a Keeper que ahora lo veía todo con absoluta claridad.

—Es un nuevo modelo de bisutería facial, Keeper. ¡Maldita Tierra!, ya que no tengo ni un pelo en la cabeza, debo adornarme con algo, ¿no crees?

—¡No blasfemes, Spar! Sólo un borrachín como tú es capaz de gastarse sus créditos en un artilugio tan ridículo.

Spar no se molestó en explicarle a Keeper que todos los créditos ganados en su Mesón del Murciélago formaban un rollo no mayor que el hueco de la mano.

Tampoco le habló de su éxito en abstenerse de la bebida, ni dijo nada de sus dientes, procurando mantenerlos ocultos detrás de los labios.

No se veía a Kim por ninguna parte. Keeper se encogió de hombros.

—Se habrá largado. Ya sabes cómo son esos animales vagabundos, Spar.

Sí, pensó Spar; lo raro era que se hubiese quedado tanto tiempo en semejante lugar.

Seguía maravillándose al comprobar cómo era el Mesón del Murciélago visto con todo detalle. Era un recinto formado por dos pirámides unidas por la base cuadrada. Los dos vértices eran el rincón morado a proa, y el púrpura a popa. Los cuatro rincones de la imaginaria base eran el verde a estribor, el negro abajo, el rojo a babor y el azul arriba, designándolos en el sentido de las agujas del reloj mirando a popa.

Suzy llegó a primera hora del Día de Juerga. Spar se impresionó al comprobar su

aspecto desaliñado y ver sus ojos inyectados en sangre. Pero le emocionaron sus manifestaciones de afecto, prueba de la fuerte amistad que había entre ellos. Por dos veces, aprovechando otros tantos descuidos de Keeper, le cambió la bolsa de tinto casi vacía por otra llena. Ella le dijo que sí, que había conocido a Sweetheart y que sí, que según contaba la gente, Mable había visto cómo los vampiros se llevaban a Sweetheart.

Había poca animación para ser Día de Juerga. No se presentó ningún cliente nuevo. Pese a una certidumbre instintiva que le atenazaba, Spar no desesperaba de ver entrar al doctor dando tumbos de un obenque a otro y haciendo comentarios sobre los artefactos que acababa de proporcionarle a Spar, para luego ponerse a hablar los Antiguos Días y soltar los aforismos de su extraña filosofía. Por la noche se presentó Crown con sus chicas, a excepción de Almodie.

Doucette dijo que se había quedado en la cueva porque tenía jaqueca. Una vez más, pidieron café para todos, aunque Spar le pareció que venían bastante achispados.

Estudió sus rostros con disimulo. Aunque nerviosos y vivos, todos tenían en sus miradas una expresión parecida a la que había observado en la mayoría de los oficiales del Puente. El doctor los había calificado de cadáveres vivientes. Era interesante observar que lo que le habían parecido manchas en las caras de Panette y Doucette eran en realidad pecas... grupos de motas rojizas que destacaban sobre las pálidas mejillas.

—¿Dónde está el famoso gato que habla? —preguntó Crown dirigiéndose a Spar.

Este se encogió de hombros. Keeper intervino:

—Se ha extraviado. De lo cual me alegro; no me gusta tener aquí un felino capaz de armar trifulcas como la de anoche.

Sin apartar de Spar sus ojos de iris amarillento, Crown dijo:

—Nos parece que esa trifulca ha motivado la jaqueca de Almodie esta noche. Por eso no ha querido venir. Le diremos que has echado al gato-brujo.

—Si no lo hubiera hecho Spar, lo haría yo —terció Keeper—. ¿Cree el señor juez que era un gato-brujo?

—Estamos seguros de ello. ¿Qué es ese trasto que Spar lleva pegado a la cara?

—Bisutería barata, juez, de la especie que por lo visto gusta a los borrachos.

Spar tuvo el presentimiento de que aquella conversación había sido convenida de antemano; de que había un arreglo entre Crown y Keeper. Pero se limitó a encogerse otra vez de hombros. Suzy parecía indignada, aunque guardó silencio.

Sin embargo, volvió a quedarse cuando el Mesón del Murciélago cerró sus escotillas. Esta vez Keeper no le exigió que le acompañara, sino que bostezó y se limitó a lanzarle un guiño significativo antes de desaparecer por la escotilla. Spar verificó que todo estuviese bien cerrado y apagó las luces, aunque no importaba, pues ya se percibía la claridad del amanecer. Luego se reunió con Suzy, que había ocupado el obenque donde él solía dormir.

Ella preguntó:

—No habrás echado a Kim, ¿verdad? Spar respondió:

—No. Se ha extraviado, como dijo Keeper al principio. No sé dónde está.

Suzy sonrió y rodeó a Spar con los brazos.

—Esas cosas que llevas en los ojos son muy bonitas —murmuró.

Spar dijo:

—Suzy, ¿sabías que Windrush no es el Universo? Es una nave que viaja por el espacio girando alrededor de un disco blanco que tiene manchas; un disco infinitamente más grande que la misma Windrush. ¿Lo sabías?

—Sé que a Windrush le llaman a veces La Nave. He visto ese disco... en reproducciones. Olvida esas ideas descabelladas, Spar, y toma lo que te ofrezco.

Spar lo hizo, principalmente por amistad. Se olvidó de unir su tobillo al obenque. El cuerpo de Suzy no le atraía. Estuvo todo el rato pensando en Almodie.

Cuando terminaron, Suzy se durmió. Spar se ató la venda sobre los ojos y trató de hacer lo mismo. Le molestaban los síntomas de la desintoxicación casi tanto como el último Día del Sueño. La ligera mejoría fue lo único que le disuadió de acercarse a la barra para coger una bolsa de Niebla de Luna. Luego sintió un súbito dolor en la espalda, como si tuviera un calambre, y sus síntomas empeoraron. Se dobló una o dos veces sobre sí mismo y luego, cuando el dolor amenazaba con volverse insoportable, se desmayó.

Al despertar, con fuerte dolor de cabeza, descubrió que no sólo su tobillo sino todas sus extremidades estaban atadas al obenque, las muñecas a un lado y los tobillos al opuesto. Tenía las manos y pies entumecidos y su nariz rozaba el obenque.

Notó un resplandor a través de los párpados. Entreabrió los ojos y vio a Hellhound vigilándole, con las patas traseras dobladas y apoyadas en un obenque cercano.

Pudo ver claramente los poderosos colmillos del perro, dispuesto a saltar sobre su garganta al menor movimiento sospechoso.

Spar apretó las mandíbulas, notando sus afilados dientes de metal. Al menos, tenía algo mejor que las encías para replicar a un ataque cara a cara. Más allá divisó unas espirales transparentes y negras. Comprendió que estaba en la cueva de Crown. Evidentemente, el dolor que sintió en la espalda había sido debido a una inyección de droga.

Pero Crown no le había quitado la bisutería facial, ni se había fijado en su dentadura. Para él, Spar seguía siendo el viejo ciego y desdentado.

Entre Hellhound y las espirales, vio al doctor atado a un obenque con la gran bolsa negra enganchada a su lado. Le habían puesto una mordaza. Por lo visto había intentado gritar. Spar decidió no hacerlo. Los ojos grises del doctor estaban abiertos y a Spar le pareció que le estaba mirando.

Muy poco a poco, sus dedos entumecidos buscaron el obenque por encima del nudo que sujetaba sus muñecas, y tiró con todas sus fuerzas. Las ligaduras se deslizaron por el obenque, un milímetro hacia abajo. Mientras se moviese con

lentitud suficiente, Hellhound no se fijaría. Repitió su acción a intervalos.

Con más lentitud aún, volvió el rostro a la izquierda. Sólo vio que la escotilla que daba al pasillo estaba cerrada, y que más allá del perro y del doctor, entre las espirales negras, había un camarote completamente desierto y sin amueblar, con un fondo de estrellas a estribor. La escotilla que conducía a ese camarote estaba abierta, mostrando la puerta de emergencia con su distintivo de rayas negras.

Cuando se volvió hacia la derecha, siempre lentamente como precaución para no ser asaltado por el perro, que espiaba el menor signo de movimiento, había logrado bajar dos centímetros el nudo que sujetaba sus muñecas.

Lo primero que vio fue un recuadro transparente. Dentro del mismo se veían más estrellas y, en la parte superior, el disco anaranjado oscuro. Por fin podía verlo con claridad. La parte oscura era la superior, y la inferior era la de color naranja. No parecía más grande que la palma de la mano de Spar. Mientras miraba, vio un súbito destello en la parte anaranjada. Fue un brillo breve que se convirtió de pronto en un punto negro. Spar experimentó una pena indefinible, esta vez más que nunca.

Entonces vio un espectáculo horrible. Suzy estaba atada a un bastidor metálico, muy pálida, y tenía los ojos cerrados. De un lado de su cuello salía un tubo aspirador rojo que terminaba en cinco ramales. Cuatro de ellos terminaban en las rojas bocas de Crown, Rixende, Phanette y Doucette. El quinto estaba cerrado con un pequeño clip metálico, y más allá del mismo flotaba Almodie, cubriéndose los ojos con las manos.

Crown dijo en voz baja:

—La queremos toda. Quítaselo todo, Rixie.

Rixende obturó el extremo de su tubo y flotó hacia Suzy. Spar creyó que iba a quitarle las bragas azules y los sostenes, pero en vez de esto se puso a masajear una de las piernas de Suzy, apretando siempre en sentido ascendente, de los tobillos hacia la cintura, para que la sangre restante fluyera hacia el cuello. Crown se quitó el tubo de los labios lo justo para exclamar:

—¡Ahhhh! Buena hasta la última gota.

Luego sorbió apresuradamente la sangre que se había acumulado mientras tanto y volvió a meterse el tubo en su lugar.

Phanette y Doucette dejaron oír unas risitas convulsivas.

Almodie atisbo por entre los dedos entreabiertos, y volvió a cerrar la mano en seguida.

Al cabo de un rato, Crown dijo:

—Ya no queda más. Phan y Doucie, echadla al triturador principal. Si os ve alguien en el pasillo, fingid que está borracha. Luego obligaremos al doctor a que nos dé una buena dosis, le daremos un trago si se lo merece, y nos beberemos a Spar.

Spar había acercado las muñecas a sus dientes. Hellhound vigilaba, incapaz de notar un movimiento tan lento. Tenía los colmillos llenos de baba, que formaba unas burbujas flotantes de color gris.

Phanette y Doucette abrieron la escotilla y pasaron a través de ella el cadáver de

Suzy.

Abrazando a Rixende, Crown se volvió hacia el médico. Parecía estar de humor parlanchín.

—¿Qué, viejo? ¿No te parece bien todo esto? Como dijo un sabio, el pez grande se come al chico. Ellos lo envenenaron todo allá —hizo un gesto hacia el disco oscuro y anaranjado, que estaba a punto de desaparecer del recuadro—. Todavía pelean, pero muy pronto estarán todos muertos. Por tanto, es de justicia que la muerte impere también en este armatoste ridículamente llamado nave de supervivencia. Recuerde que los llevamos a bordo. Cuando nos hayamos bebido la sangre de todos los habitantes de Windrush, terminaremos con la de ellos y hasta con la nuestra si es preciso.

Quiénes serían esos ellos de que hablaba Crown, pensó Spar. El nudo estaba ya junto a sus dientes. Oyó que el gran triturador empezaba a chirriar.

En el camarote vecino aparecieron Drake y Fenner, otra vez disfrazados de bebedores habituales, flotando hacia la escotilla abierta. Pero Crown también los había visto.

—¡A por ellos, Hellhound! ¡Es una orden! —azuzó, señalando con el dedo.

El gran perro negro saltó de su obenque y cruzó la escotilla como una bala. Drake le apuntó con algo y el animal flotó inerte.

Con una risotada, Crown cogió un extremo de una svástica cuyos bordes estaban afilados como hojas de afeitar, y la arrojó contra los intrusos, haciéndola girar con fuerte efecto. Pasó volando junto a Spar y el doctor, no acertó a Drake y Fenner... y golpeó la pared de estrellas.

Hubo una intensa corriente de aire, y al instante la puerta de emergencia se cerró de golpe, condenando la escotilla. A través de la ventanilla transparente, Spar vio que Drake, Fenner y Hellhound vomitaban sangre, se inflaban y en seguida estallaban en una explosión sanguinolenta. El habitáculo de Crown estaba deformado; el casco de Windrush acababa de sufrir una nueva modificación.

A lo lejos, cada vez más diminuta, la svástica volaba hacia las estrellas. Phanette y Doucette regresaron.

—Hemos eliminado a Suzy. Alguien se acercaba y tuvimos que darnos prisa. El gran triturador dejó de funcionar.

De un mordisco, Spar cortó las ligaduras de sus muñecas e inmediatamente se dobló sobre sí mismo para deshacer las de sus tobillos.

Crown se lanzó hacia él, y las cuatro chicas hicieron lo mismo después de sacar unos cuchillos.

Phanette, Doucette y Rixende quedaron flotando, completamente lacias: Spar tuvo la impresión de que rebotaban en sus cráneos unas pequeñas bolas negras. No había tiempo para soltarse los pies, por lo que se incorporó. Crown chocó contra su pecho, mientras Almodie le cortaba las ligaduras de los tobillos.

Crown y Spar dieron una voltereta alrededor del obenque. Spar intentó propinarle

a Crown un rodillazo en la ingle, pero éste lo esquivó mientras ambos volaban hacia la pared del compartimiento.

Entonces se oyó el «clic» de la navaja de Crown al abrirse. Spar alcanzó la muñeca morena y la sujetó con fuerza, enviando un cabezazo a la mandíbula de Crown. Este se volvió para esquivarlo; Spar clavó los dientes en la nuca de Crown y mordió.

La sangre regó el rostro de Spar. Escupió un bocado de sangre. Crown se estremeció y Spar le arrebató la navaja, pero su adversario ya estaba inmóvil, lacio.

Spar sacudió la cabeza para quitarse la sangre. A través de los goterones flotantes vio a Keeper y a Kim, uno al lado del otro. Almodie estaba agarrada a sus tobillos. Phanette, Doucette y Rixende flotaban.

Keeper dijo orgullosamente:

—Lo hice yo, con la pistola para defenderme de los borrachos. Las he dejado sin sentido. Ahora podemos cortarles el pescuezo, si quieres.

Spar dijo:

—Nada de eso. Basta de sangre.

Desprendiéndose de las manos de Almodie, se acercó a donde estaba el doctor, cogiendo de paso el cuchillo de Doucette, que flotaba por el aire.

Cortó las ligaduras del médico y le libró de la mordaza.

Mientras tanto, Kim silbaba:

—A Keeper le pisspé loss créditossss de la cajjja y loss essscondí. Entonsssesss le dijje que ssse loss habíasss quitado tú, Sssspar. Tú y Sssussy. Por esso vino. Keeper esss un sssonssso.

Keeper dijo:

—Vi el pie de Suzy que aún sobresalía del triturador. Lo reconocí por la esclava de corazones de oro. Después de eso, me sentí con fuerzas para liquidar a Crown o a quien fuese. Yo amaba a Suzy.

El doctor carraspeó y gruñó:

—¡Un poco de Niebla de Luna!

Spar halló una bolsa triple, que el doctor vació de un tirón. Luego dijo:

—Crown decía la verdad. Windrush es una nave de supervivencia, construida de plástico y procedente de la Tierra. La Tierra —hizo un gesto hacia el disco anaranjado que se eclipsaba hacia la parte superior de la ventanilla— se envenenó a sí misma con la contaminación y la guerra nuclear. Gastó oro para la guerra y plástico para la supervivencia. Más vale olvidarlo. En Windrush nos volvimos locos. Es comprensible, incluso sin la infección por la rickettsia del Leteo, o las fiebres Estigias como vosotros las llamáis. Se llegó a creer que Windrush era todo el Universo. Crown me secuestró para apoderarse de mis drogas, y me dejaba vivir para que le dijera las dosis.

Spar miró a Keeper:

—Limpia esto —le ordenó—. Y lleva a Crown al triturador.

Almodie se acercó de nuevo a Spar y le rodeó la cintura con los brazos.

—Hubo una segunda nave de supervivencia: Circumluna. Cuando Windrush enloqueció, mi padre y mi madre, así como tú, fuisteis enviados aquí para investigar y hallar remedio. Pero mi padre murió y tú contrajiste las fiebres Estigias. Mi madre murió antes de que yo fuese entregada a Crown. Fue ella quien te envió a Kim.

Kim silbó:

—Miss antepassadoss también llegaron a Windrusshshsh desssde Sssircumiuna. Mi bissabuela me ensseñó lasss sssifrasss de Windrushshsh...

Orrrbita desssde el sssentro de la Luna, dosss mil quinientassss millasss. Período, sseiss horasss; porr esso loss díass ssson tan cortoss. Un terranth es el tiempo que tarda la Tierra en passar por una consstelasssión, y assí ssussesssivamente...

El doctor dijo:

—Así pues, Spar, tú eres el único que puede recordar sin prejuicios. Tendrás que hacerte cargo de todo. Es todo tuyo, Spar.

Y a Spar no le quedó más remedio que darle la razón.

Nueve vidas

Ursula K. Le Guin

Estaba viva por dentro, pero muerta por fuera; su rostro era una red de arrugas, tumores, grietas. Era calva y ciega. Los temblores que cruzaban el rostro de Libra eran simples estremecimientos de corrupción: debajo, en los negros pasillos, había crepitaciones en la oscuridad, fermentos, pesadillas químicas prolongadas durante siglos.

«¡Asqueroso planeta!», murmuró Pugh, mientras la cúpula retemblaba y un forúnculo reventaba a un kilómetro al sudoeste, esparciendo pus plateado a través del crepúsculo.

—Me gustaría ver un rostro humano.

—Gracias —dijo Martin.

—El tuyo es humano, desde luego —dijo Pugh—, pero lo he visto tanto que ya no puedo verlo.

Unas señales alborotaron en el comunicador que Martin estaba manipulando, desaparecieron y retornaron como rostro y voz. El rostro llenó la pantalla, la nariz de un rey asirio, los ojos de un samurai, piel bronceada, ojos color de hierro: joven, espléndido.

—¿Es ése el aspecto de un ser humano? —inquirió Pugh, asombrado—. Lo había olvidado.

—Cállate, Pugh, estamos en contacto.

—Base Misión Exploradora Libra, conteste, por favor. Ésta es la nave Passerina.

—Aquí, Libra. Todo preparado. Pueden descender.

—Expulsión dentro de siete segundos. Esperen.

La pantalla se apagó.

—¿Todos tienen ese aspecto? Martin, tú y yo somos más feos de lo que creía.

—Cállate, Owen...

Durante veintidós minutos Martin siguió el descenso de la nave a través de la pantalla; luego pudieron verla más allá de la cúpula, una pequeña estrella en el oriente color sangre, hundiéndose.

Se posó silenciosamente, ya que la tenue atmósfera de Libra apenas transportaba sonido. Pugh y Martin cerraron las escafandras de sus trajes, abrieron las cámaras de aire de la cúpula y corrieron a saltos, Nijinsky y Nureyev, hacia la nave. Tres módulos salieron flotando a intervalos de cuatro minutos uno de otro y a intervalos de cien metros al este de la nave.

—Pueden salir —dijo Martin utilizando la radio portátil—. Les esperamos en la

puerta.

La escotilla se abrió. El joven que habían visto en la pantalla asomó con un quiebro gimnástico y saltó al polvo y a las escorias de Libra. Martin agitó la mano, pero Pugh estaba mirando hacia la escotilla, de la cual surgió otro joven con el mismo quiebro gimnástico, seguido por una joven que emergió con el mismo quiebro gimnástico. Todos eran altos, con la piel bronceada, los cabellos negros, la nariz aguileña, el mismo rostro. Todos tenían el mismo rostro. El cuarto estaba saliendo por la escotilla con el mismo quiebro gimnástico.

—Martin —dijo Pugh—, tenemos un «Clon».

—Exacto —dijo uno de ellos—. Somos un «Clon» de diez. El nombre es John Chow. ¿Es usted el teniente Martin?

—Soy Owen Pugh.

—Alvaro Guillen Martin —dijo Martin, ceremonioso, inclinándose ligeramente.

Otra joven estaba saliendo, el mismo bello rostro; Martin la miró, y de su pecho escapó un suspiro. Era evidente que nunca había pensado en la clonación, y estaba sufriendo un shock tecnológico.

—Tranquilo —le dijo Pugh, hablándole en castellano—. Esto no es más que un exceso de mellizos.

Permanecía pegado al codo de Martin: el contacto le tranquilizaba.

El primer encuentro con un desconocido resulta difícil. Incluso el mayor extrovertido, en su primer encuentro con el más amable de los desconocidos experimenta cierto temor, aunque es posible que no lo sepa. ¿Me engañará? ¿Destruirá mi imagen de mí mismo? ¿Me invadirá? ¿Me cambiará? ¿Será distinto a mí? Eso es lo terrible: el misterio de lo desconocido.

Después de dos años de estancia en un planeta muerto, y el último medio año aislados como un equipo de dos, resulta todavía más difícil recibir a un desconocido, por mucho que se aprecie su llegada. Se ha perdido la costumbre de diferenciar, se ha perdido el tacto; y revive el temor, la primitiva ansiedad.

El «Clon», cinco varones y cinco hembras, había realizado en un par de minutos lo que un solo hombre podía haber hecho en veinte: saludar a Pugh y a Martin, echar una ojeada a Libra, descargar la nave, prepararse para entrar. Entraron, y la cúpula se llenó con ellos, un enjambre de doradas abejas. Zumbaban silenciosamente, llenando todos los silencios, todos los espacios, con un hormiguar de presencia humana. Martin miró con una expresión de asombro a las esbeltas muchachas, y ellas le sonrieron, tres a la vez. Sus sonrisas eran más amables que la de los jóvenes, pero igualmente correspondidas de sí mismas.

—Correspondidas de sí mismas —murmuró Owen Pugh, dirigiéndose a su amigo—, eso es.

Piensa en ello, ser uno mismo diez veces. Nueve segundos para cada movimiento, nueve síes en cada voto. ¡Sería glorioso!

Pero Martin estaba dormido. Y todos los John Chow se habían acostado

inmediatamente. La cúpula estaba llena de su tranquila respiración. Eran jóvenes, no roncaban. Martin suspiraba y roncaba. Finalmente, el propio Pugh se quedó dormido y soñó en un gigante de un solo ojo que le perseguía a través de las trepidantes salas del infierno.

Desde su saco de dormir Pugh contempló el despertar del «Clon». Todos se levantaron en el espacio de un minuto, excepto una pareja, un joven y una muchacha, que permanecían fuertemente enlazados y todavía durmiendo en un saco. Uno de los otros se acercó a la pareja. Los durmientes se despertaron y la muchacha se incorporó, ruborizada y soñolienta, con los dorados senos al aire. Una de sus hermanas le murmuró algo; ella miró de soslayo a Pugh y desapareció en el interior del saco de dormir, seguida por una risa entre dientes, una furiosa mirada desde otra dirección, y desde otra dirección una voz:

—Estamos acostumbrados a dormir solos. Espero que no le importe, Capitán Pugh.

—Es un placer —dijo Pugh, sin faltar del todo a la verdad.

A continuación tuvo que levantarse, llevando únicamente los calzoncillos con los cuales dormía, y se sintió como un pollo desplumado, huesudo y granujiento. A menudo había envidiado el robusto y moreno cuerpo de Martin. El Reino Unido había salido bastante bien librado de la Gran Escasez, perdiendo menos de la mitad de su población: una marca alcanzada mediante un riguroso control de los alimentos. Los comerciantes fraudulentos y los acaparadores habían sido ejecutados. Las migajas habían sido compartidas. En tanto que en países más ricos muchos habían muerto y unos cuantos habían engordado, en la Gran Bretaña murieron menos y ninguno engordó. Todos adelgazaron. Sus hijos fueron delgados, sus nietos delgados, pequeños, de osamenta frágil y susceptibles a las infecciones. Habían sustituido la supervivencia de los más aptos por la supervivencia de los honestos. Owen Pugh era bajo y delgado. Pero, con todo, estaba allí.

En aquel momento deseó encontrarse muy lejos.

Durante el desayuno, un John dijo:

—Ahora, si quiere usted informarnos, capitán Pugh...

—Owen.

—Owen, desarrollaremos nuestro plan. ¿Alguna novedad en la mina desde su último informe a su Misión? Vimos sus informes cuando el Passarine estaba orbitando el Planeta V, donde ahora se encuentran ellos.

Martin no dijo nada, a pesar del hecho que la mina era descubrimiento y proyecto suyos, y Pugh tuvo que apechugar con la tarea. Resultaba difícil hablar con ellos. Las mismas caras, cada una de ellas con la misma expresión de inteligente interés, todas inclinadas hacia él a través de la mesa y casi en el mismo ángulo. Todos asentían a la vez.

Sobre la insignia del Cuerpo de Explotación que lucían en sus túnicas cada uno de ellos llevaba un nombre, el de pila John y el apellido Chow, desde luego, pero con un

nombre central distinto. Los hombres eran Aleph, Kaph, Yod, Gimel y Samedh; las mujeres Sadhe, Daleth, Zayin, Beth y Resh.

Pugh intentó utilizar los nombres, pero renunció inmediatamente; a veces ni siquiera sabía cuál de ellos había hablado, ya que todas las voces eran iguales.

Martin untó de mantequilla y masticó su tostada, y finalmente intervino:

—Ustedes son un equipo, ¿no es cierto?

—Exacto —dijeron dos Johns.

—¡Dios, qué equipo! Hay algo que no comprendo. ¿Hasta qué punto sabe cada uno de ustedes lo que los otros están pensando?

—Ninguno sabe lo que piensan los otros, estrictamente hablando —respondió una de las muchachas, Zayin. Los otros la contemplaron con una mirada de aprobación—. Entre nosotros no existe telepatía ni nada por el estilo. Pero pensamos igual. Tenemos exactamente el mismo equipo.

Sometidos al mismo estímulo, al mismo problema, lo más probable es que experimentemos las mismas reacciones y encontremos las mismas soluciones al mismo tiempo. Las explicaciones resultan fáciles: normalmente, no necesitamos recurrir a ellas. Rara vez hay disensiones entre nosotros. Esto facilita nuestro trabajo como un equipo.

—Desde luego —dijo Martin—. Pugh y yo hemos pasado siete horas de cada diez durante seis meses equivocándonos el uno al otro. Como la mayoría de las personas. Y, en casos de emergencia, ¿pueden ustedes enfrentarse a un problema inesperado como un equipo nor..., un equipo no emparentado?

—Las estadísticas demuestran que sí, hasta ahora —respondió Zayin—. Como equipo, no podemos beneficiarnos de la relación entre mentes diversas; pero gozamos de una ventaja compensadora. Los clones son extraídos del mejor material humano, individuos con un elevado Cociente de Inteligencia, Constitución Genética alpha doble A, etcétera.

—Todo ello multiplicado por diez. ¿Quién es..., quién era John Chow?

—Un genio, seguramente —dijo Pugh cortésmente.

Su interés en la clonación no era tan reciente ni tan ávido como el de Martin.

—Un tipo Complejo Leonardo —dijo Yod—. Biomatemático, violoncelista, pescador submarino, interesado en los problemas de la mecánica estructural, etcétera. Murió antes de poder desarrollar las más importantes de sus teorías.

—Entonces, ¿cada uno de ustedes representa una faceta distinta de su mente, de su talento?

—No —dijo Zayin, sacudiendo la cabeza al unísono con varios otros—. Nosotros compartimos el equipo y las tendencias básicas, desde luego, pero todos somos ingenieros en Explotación Planetaria.

Un «Clon» posterior puede ser adiestrado para desarrollar otros aspectos del equipo básico. Todo es cuestión de adiestramiento; la substancia genética es idéntica. Nosotros somos John Chow, pero estamos adiestrados de un modo distinto.

Martin estaba impresionado.

—¿Qué edad tienen ustedes?

—Veintitrés años.

—Dicen que él murió joven... ¿Le habían extraído células germinativas por anticipado?

Gimel intervino:

—Murió a los veinticuatro años en un accidente de aviación. No pudieron salvar el cerebro, de modo que extrajeron algunas células intestinales y las cultivaron para una clonación. Las células reproductoras no se utilizan para la clonación, porque sólo tienen la mitad de los cromosomas. Las células intestinales resultan fáciles de desespecializar y reprogramar para un crecimiento total.

—Todas las astillas de la misma madera —dijo Martin atrevidamente—. Pero, ¿cómo es posible..., que algunos de ustedes sean mujeres...?

Intervino Beth:

—Resulta fácil programar la mitad de la masa clonal con tendencia a lo femenino. Sólo hay que borrar el gene masculino de la mitad de las células, y éstas revierten a lo básico, es decir, a lo femenino. El camino inverso —injertar cromosomas Y artificiales— es mucho más complicado. Por eso la mayoría de clones proceden de varones, ya que el «Clon» funciona mejor bisexualmente.

Gimel de nuevo:

—Todo se hace de acuerdo con las técnicas más depuradas. El contribuyente desea lo mejor a cambio de su dinero, y desde luego los clones son caros. Con la manipulación de las células, la incubación en Placenta Ngama, el mantenimiento y el adiestramiento de los grupos, venimos a costar alrededor de tres millones por cabeza.

—Para su siguiente generación —dijo Martin, todavía impresionado—, supongo que ustedes...

—Nuestras hembras son estériles —dijo Beth con absoluta ecuanimidad—. No olvide que el cromosoma Y fue extirpado de nuestra célula original. Los varones pueden cohabitar con hembras individuales autorizadas, si lo desean. Pero siempre que quieran conseguir otro John Chow, sólo tienen que volver a clonar una célula de este «Clon».

Martin asintió y masticó una tostada fría.

—Bien —dijo uno de los Johns, y todos cambiaron de humor, como una bandada de estorninos que cambian de rumbo con un solo golpe de ala, siguiendo a un cabecilla con tanta rapidez que ningún ojo puede ver quién conduce. Los Johns estaban preparados para salir—. ¿Y si fuéramos a echar una ojeada a la mina? Luego descargaremos el equipo. Traemos algunos modelos nuevos que les gustará ver. ¿De acuerdo?

Si Pugh o Martin no hubiesen estado de acuerdo, les hubiera resultado difícil decirlo. Los Johns eran corteses, pero unánimes; sus decisiones arrastraban. Pugh, Comandante de la Base2 Libra, se preguntó si podía dar órdenes a aquella entidad-de-

diez-superhombres-y-mujeres..., y un genio, por añadidura. Se pegó a Martin mientras salían al exterior. Ninguno de los dos dijo nada.

Cuatro pasajeros en cada uno de los tres grandes trineos a motor, se deslizaron hacia el norte sobre la rugosa piel de Libra, a la luz de las estrellas.

—Desolado —dijo uno.

Con Pugh y Martin iban un joven y una muchacha. Pugh se preguntó si serían los dos que habían compartido un saco de dormir la noche anterior. Sin duda no les importaría que se lo preguntara.

Para ellos, el sexo debía ser algo tan normal como el respirar. ¿Respiraron anoche ustedes dos?

—Sí —dijo—, es desolado.

—Ésta es nuestra primera salida, exceptuando el período de adiestramiento en la Luna.

Decididamente, la voz de la muchacha era más aguda y más suave.

—¿Qué impresión les produjo el gran salto?

—Nos drogaron. Yo quería experimentarlo.

Había hablado el joven.

—No se preocupe —dijo Martin, al timón del trineo—. Es mejor así.

—Sólo por una vez —dijo uno de ellos—. Para conocerlo.

Las Montañas de Merioneth surgieron lepróticas a la luz de las estrellas hacia el este, un penacho de gas congelante se arrastró plateado desde una grieta de ventilación al oeste, y el trineo se inclinó hacia el suelo. Los gemelos alargaron los brazos hacia la palanca de mando al mismo tiempo, cada uno de ellos con un leve gesto de protección hacia el otro. Tu piel es mi piel, pensó Pugh, pero literalmente, sin metáfora. Ama a tu prójimo como a ti mismo... Aquel antiguo y difícil problema estaba resuelto. El prójimo era el mismo yo: el amor era perfecto.

Y aquí estaba Hellmouth, la mina.

Pugh era el geólogo ET de la Misión Exploratoria, y Martin su técnico y cartógrafo; pero cuando en el curso de una investigación local Martin había descubierto la mina-U, Pugh le cedió todo el mérito, así como la responsabilidad de sondear el filón y de planear el trabajo del Equipo de Explotación. Aquellos jóvenes habían salido de la Tierra años antes que los informes de Martin llegaran allí, y habían ignorado en qué consistiría su trabajo hasta llegar aquí. El Cuerpo de Explotación se limitaba a enviar equipos regularmente y a ciegas, sabiendo que habría un trabajo para ellos en Libra, o en el próximo planeta, o en otro planeta del que aún no habían oído hablar. El Gobierno necesitaba uranio con demasiada urgencia para esperar mientras llegaban los informes a través de años-luz de distancia. El material era como oro, anticuado pero esencial, y compensaba la minería extraterrestre y los viajes interestelares. Valía su peso en hombres, pensó Pugh amargamente, contemplando cómo los altos jóvenes y muchachas entraban uno a uno en el negro agujero que Martin había bautizado con el nombre de Hellmouth: La

Boca del Infierno.

A medida que entraban, sus homeostáticas lámparas frontales se iban encendiendo. Doce rayos luminosos discurrieron a lo largo de las húmedas y agrietadas paredes.

—Aquí está el declive —anunció la voz de Martin a través del intercomunicador portátil—. Nos encontramos en una fisura lateral; la abertura principal se halla frente a nosotros. El último movimiento volcánico parece haberse producido hace un par de miles de años. La falla más próxima está veintiocho kilómetros al este, en el Trench. Desde el punto de vista sísmico, esta región parece ser tan segura como cualquier otra de la zona. El piso superior de basalto estabiliza todas esas subestructuras, mientras permanezcan estables en sí mismas. Su filón central se encuentra a treinta y seis metros de profundidad y discurre por una serie de cinco cavernas-burbuja en dirección nordeste. Es un filón con un alto contenido en mineral. Vieron ustedes las cifras porcentuales, ¿no es cierto? La extracción no planteará ningún problema. Lo único que tienen que hacer es abrir las cavernas por la parte superior.

Unas voces empezaron a hablar, pero todas eran la misma voz, y la radio portátil no les confería ninguna posición en el espacio.

—Abrir la caverna por arriba, desde luego...

—Es el método más seguro...

—Pero el techo es de basalto... ¿Qué espesor puede tener? ¿Diez metros?

—El informe decía de tres a veinte...

—Podemos utilizar el acceso en el cual nos encontramos, allanarlo un poco e instalar rieles deslizantes para los robots...

—¿Tenemos suficiente material para apuntalar?

—¿A cuánto calcula usted que asciende la carga útil total, Martin?

—A más de cinco millones de toneladas y menos de ocho.

—Los transportes llegarán aquí dentro de diez meses-E.

—Tendremos que cargar mineral puro...

—No, recuerda que tienen el problema de los embarques de NAFAL...

—De acuerdo, podrán purificarlo en la órbita de la Tierra.

—¿Bajamos, Martin?

—Pueden bajar ustedes. Yo ya he estado allí.

El primero —¿Aleph? En hebreo, el buey, el caudillo— se agarró a la escalerilla e inició el descenso; los otros le siguieron. Pugh y Martin se quedaron en el borde de la hendidura. Pugh ajustó el intercomunicador de modo que sólo intercambiara con el de Martin, y se dio cuenta que Martin estaba haciendo lo mismo. Resultaba un poco fastidioso oír a una persona pensar en voz alta en diez voces... ¿O era una sola voz expresando las ideas de diez mentes?

—En el próximo salto —dijo Martin—, me gustaría encontrar un planeta que no tuviera nada que explotar.

—Tú descubriste esto...

—La próxima vez no me dejes salir de casa.

Pugh quedó complacido. Había confiado en que Martin querría continuar trabajando con él, pero ninguno de los dos estaba acostumbrado a hablar demasiado de sus sentimientos, y él había vacilado en preguntárselo.

—Lo intentaré —dijo.

—Odio este lugar. Me gustan las cavernas, ¿sabes? Por eso vine aquí. En plan de espeleología.

Pero ésta es una porquería. Aunque supongo que esa tribu sabrá desenvolverse. Conocen su trabajo.

—La nueva ola —dijo Pugh.

La nueva ola subió la escalerilla en fila india y rodeó a Martin.

—¿Tendremos suficiente material para apuntalar?

—Kaph puede calcular las tensiones...

Pugh había vuelto a situar su intercomunicador en posición normal; miró al «Clon», tantos pensamientos farfullando en una ávida mente, y a Martin que permanecía silencioso entre ellos, y a Hellmouth, y a la arrugada llanura.

Al cabo de cinco días terrestres, los Johns habían descargado todo su equipo y material, y habían empezado a operar en la mina. Pugh estaba fascinado y asustado por su absoluta eficacia, su confianza, su independencia. Él no les servía para nada. Un «Clon», pensó, podía ser realmente el primer ser humano estable y digno de confianza. Una vez adulto, no necesitaría la ayuda de nadie. Se bastaría a sí mismo física, sexual, emocional e intelectualmente. Hiciera lo que hiciera, cualquier miembro del «Clon» recibiría siempre el apoyo y la aprobación de sus compañeros, sus otros yo. No necesitaban a nadie más.

Dos de los clones permanecían en la cúpula haciendo cálculos, con frecuentes viajes en trineo a la mina para efectuar mediciones y comprobaciones. Eran los matemáticos del «Clon», Zayin y Kaph.

Tal como Zayin explicó, los diez habían recibido una adecuada educación matemática desde los tres hasta los veintiún años, pero desde los veintiuno hasta los veintitrés Kaph y ella habían continuado con las matemáticas, en tanto que los otros ahondaban en otras especialidades, geología, ingeniería de minas, mecánica electrónica, atómica aplicada, etc.

—Kaph y yo —dijo Zayin— tenemos la impresión que somos el elemento del «Clon» más aproximado a lo que fue John Chow durante su vida individual. Pero, desde luego, él se dedicó principalmente a las biomatemáticas, y nosotros no hemos llegado tan lejos.

—Nos necesitan principalmente en este campo —dijo Kaph, con la patriótica pedantería que a veces evidenciaban.

Pugh y Martin pudieron distinguir pronto a aquella pareja de los demás. A Zayin por su figura, a Kaph únicamente por su descolorido dedo anular de la mano

izquierda, a consecuencia de un martillazo recibido a la edad de seis años. Sin duda que existían muchas diferencias, físicas y psicológicas, entre ellos; la naturaleza podía ser idéntica, la nutrición no. Pero las diferencias resultaban difíciles de descubrir. Y parte de la dificultad estribaba en que nunca hablaban realmente con Pugh y Martin. Bromeaban con ellos, eran corteses, se comportaban correctamente. Pero no daban nada. No había de qué quejarse; se mostraban muy agradables, tenían la estereotipada simpatía norteamericana.

—¿Procede usted de Irlanda, Owen?

—Nadie procede de Irlanda, Zayin.

—Hay muchos irlandeses-norteamericanos...

—Desde luego, pero ya no hay irlandeses. Un par de miles en toda la isla, según mis últimas noticias. No aceptaron el control de la natalidad, ¿sabe?, de modo que los alimentos escasearon. En la época de la Tercera Escasez no quedaba ningún irlandés, aparte de los curas, y todos ellos (o casi todos) eran solteros.

Zayin y Kaph sonrieron rígidamente. No tenían ninguna experiencia de la ironía.

—Entonces, ¿qué es usted, étnicamente? —preguntó Kaph.

—Un galés.

—¿Es galés lo que Martin y usted suelen hablar?

No te importa, pensó Pugh, pero dijo:

—No, es su idioma, no el mío: el castellano que se habla en la Argentina.

—¿Lo aprendieron para conversar en privado?

—¿De quién tendríamos que ocultarnos aquí? No. Lo que pasa es que a un hombre le gusta hablar su idioma natal de cuando en cuando.

—El nuestro es el inglés —dijo Kaph secamente.

¿Por qué tenían que mostrarse simpáticos? La simpatía es una de las cosas que se dan porque necesitamos que nos la devuelvan.

Aquella noche, Pugh utilizó el castellano para su comunicación con Martin.

—¿Se unen siempre las mismas parejas, o cambian cada noche?

Martin pareció sorprendido. Una expresión mojigata, desconocida en él, apareció por un instante en su rostro. Luego se borró. También él sentía curiosidad.

—Creo que es al azar.

—No susurres, hombre, es feo. Yo creo que hay un turno de rotación.

—¿De acuerdo con un plan previo?

—Para que nadie se quede sin su parte.

Martin se echó a reír.

—¿Y qué me dices de nuestra parte?

—No se les habrá ocurrido pensar en nosotros.

—¿Qué pasará si abordo a una de las chicas?

—Ella se lo dirá a los otros y decidirán como grupo.

—No soy un toro —dijo Martin—. No quiero que me juzguen...

—Calma, calma, amigo mío —dijo Pugh—. ¿Quieres abordar a una de ellas?

Martin se encogió de hombros.

—Dejémosles con su incesto.

—¿Incesto, o masturbación?

—¡No me importa, con tal que ellos lo hagan fuera del alcance de mi oído!

El «Clon» había renunciado a toda apariencia de recato. Pugh y Martin quedaban saturados diariamente por las intimidades de su continuo intercambio emocional-sexual-mental: saturados, pero excluidos.

—Faltan dos meses —dijo Martin una noche.

—¿Para qué? —estalló Pugh.

Últimamente se mostraba muy irritable, y el malhumor de Martin le crispaba los nervios.

—Para el relevo.

Dentro de sesenta días todos los miembros de la Misión Exploratoria serían relevados.

—¿Estás tachando los días en tu calendario? —inquirió en tono burlón.

—Recobra el sentido común, Owen.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que he dicho.

Se separaron enojados y resentidos.

Pugh regresó después de pasar un día solo en las Pampas, una vasta llanura de lava cuyo borde más próximo se encontraba a dos horas de vuelo de distancia, en dirección sur. Estaba cansado, pero revigorizado por la soledad. Se suponía que no debían efectuar largos viajes solos, pero últimamente lo habían hecho a menudo. Martin estaba sentado bajo una brillante luz, dibujando uno de sus elegantes y magistrales mapas: éste era de toda la cara de Libra, la cara cancerosa. Aparte de él no había nadie más en la cúpula, que parecía tan amplia como antes de la llegada del «Clon».

—¿Dónde está la horda dorada? —inquirió Pugh.

Martin se encogió de hombros. Luego se incorporó ligeramente para mirar a su alrededor, hacia el sol agazapado como un gran sapo rojo sobre la llanura oriental, y hacia el reloj, que señalaba las 18.45.

—Hoy se han producido algunas sacudidas importantes —dijo, volviendo a su mapa—. ¿Lo has notado desde allí? Echa una mirada al sismógrafo.

La aguja zigzagueaba sobre el rollo. Aquí nunca dejaba de bailar. El rollo había registrado cinco sacudidas de máxima intensidad a media tarde; por dos veces, la aguja había saltado fuera del rollo.

La computadora conectada al sismógrafo había sido puesta en marcha y había indicado: «Epicentro 61' Norte por 4' 24" Este».

—Esta vez no es en el Trench.

—Me ha parecido algo distinto. Más intenso.

—En la Base Uno solía permanecer despierto toda la noche debido a la trepidación del suelo.

Resulta curioso cómo se acostumbra uno a las cosas.

—Mal asunto si no fuera así. ¿Qué hay para cenar?

—Pensé que lo habrías preparado.

—Estaba esperando al «Clon».

Pugh sacó una docena de latas, introdujo dos de ellas en el Horninstant, las sacó al cabo de un minuto.

—De acuerdo, aquí está la cena.

—He estado pensando —dijo Martin, acercándose a la mesa—. ¿Qué pasaría si un «Clon» se reprodujera a sí mismo? Ilegalmente. Un millar de duplicados..., diez mil. Todo un ejército. Sería una fuerza importante, ¿no crees?

—Pero, ¿cuántos millones costaría la operación? Placentas artificiales y todo eso. Resultaría difícil conservar el secreto, a menos que dispusieran de un planeta para ellos solos... Mucho antes de las Escaseces, cuando la Tierra tenía gobiernos nacionales, hablaban de eso: reproducir a los mejores soldados, formar con ellos regimientos y regimientos. Pero los alimentos empezaron a escasear antes que pudieran poner en práctica aquella idea.

Hablaban amistosamente, como tenían por costumbre.

—Es curioso —dijo Martin, masticando—. Esta mañana se marcharon temprano, ¿verdad?

—Todos, menos Kaph y Zayin. Pensaban sacar a la superficie la primera carga. ¿Por qué?

—No han venido a almorzar.

—No se morirán de hambre, no te preocupes.

—Se marcharon a las siete.

—¿De veras?

Luego, Pugh cayó en la cuenta: los tanques de aire contenían suministro para ocho horas.

—Tal vez Kaph y Zayin se llevaron latas de repuesto. Además, hay una señal de alarma en todos los trajes.

—No es automática.

Pugh estaba cansado y tenía hambre.

—Siéntate y come, hombre. Ellos saben cuidar de sí mismos.

Martin se sentó, pero no comió.

—Una de las sacudidas fue muy intensa, Owen. La primera. Llegó a asustarme.

Tras una breve pausa, Pugh suspiró y dijo:

—De acuerdo.

Sin el menor entusiasmo, subieron al trineo de dos plazas que estaba a su disposición en todo momento y se dirigieron hacia el norte. Todo aparecía como cubierto de una ponzoñosa gelatina rojiza. La luz y la sombra horizontales

dificultaban la visión, levantando delante de ellos ficticias paredes de hierro a través de las cuales se deslizaban, y convirtiendo la convexa llanura más allá de Hellmouth en un enorme lago de aguas ensangrentadas. Alrededor de la entrada del túnel se veía una mezcla de grúas, cables, servomecanismos y excavadoras. Martin saltó del trineo y corrió hacia la mina. Volvió a salir inmediatamente.

—¡Dios mío! ¡Se ha hundido, Owen! —exclamó.

Pugh se adelantó y vio, a cinco metros de la entrada, la brillante, húmeda y negra pared que remataba el túnel. Expuesta de nuevo al aire, parecía algo orgánico, como tejido visceral. El suelo se había humedecido con algún líquido pegajoso.

—Estaban dentro —dijo Martin.

—Pueden estar aún ahí. Seguramente tenían latas de aire de repuesto...

—Owen, mira cómo ha quedado el techo de basalto...

La joroba de tierra que techaba las cuevas conservaba aún el aspecto irreal de una ilusión óptica.

Se había hundido dentro de sí misma, dejando una amplia hoya. Cuando Pugh se acercó, vio que también estaba agrietada por numerosas fisuras. De alguna de ellas brotaba un gas blanquecino.

—La mina no está sobre la falla. ¡Aquí no hay ninguna falla!

Pugh se acercó rápidamente a su amigo.

—No, Martin, no hay ninguna falla. Seguramente no estaban todos dentro, juntos.

Buscaron activamente entre las máquinas, hasta localizar el trineo. Había llegado en dirección sur, y se estrelló contra un remolino de polvo coloidal. Llevaba dos pasajeros. Uno estaba semihundido en el polvo, pero los indicadores de su traje funcionaban normalmente; el otro colgaba atrapado del trineo. Su traje se había desgarrado por las perneras, y el cuerpo estaba helado y duro como una roca. Aquello fue lo único que encontraron. Tal como exigían el reglamento y la costumbre, incineraron inmediatamente el cadáver con las pistolas láser que el reglamento les obligaba a llevar y que hasta entonces nunca habían utilizado. Pugh, sabiendo que iba a marearse, arrastró al superviviente hasta el trineo biplaza y envió a Martin a la cúpula con él. Luego vomitó, y tras descubrir un trineo de cuatro plazas intacto, montó en él y siguió a Martin, temblado como si todo el frío de Libra hubiese penetrado sus huesos.

El superviviente era Kaph. Se hallaba bajo los efectos de un intenso shock. Descubrieron una hinchazón en su occipucio que podía significar una conmoción, pero no parecía existir ninguna fractura.

Pugh preparó dos vasos de alimento concentrado y dos copas de aguardiente.

—Vamos —dijo.

Martin obedeció, bebiéndose el tónico. Luego se sentaron junto al camastro y sorbieron el aguardiente.

Kaph yacía inmóvil, pálido como la cera, los negros cabellos sobre los hombros, los labios rígidamente entreabiertos.

—Debió ser la primera sacudida, la más intensa —dijo Martin—. Debió hundir toda la estructura.

Probablemente había capas de gas en las rocas laterales, como aquellas formaciones en el Cuadrante treinta y uno. Pero allí no había ninguna señal...

Mientras hablaba, el mundo se escurrió debajo de ellos. Los objetos saltaron y brincaron, gritaron:

«¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!».

—La sacudida de las catorce horas fue como ésta —murmuró la Razón en la voz de Martin, entre el desenfreno y la ruina del mundo. Pero la Sinrazón se apaciguó, y los objetos cesaron de danzar.

Pugh saltó a través de su vertido aguardiente y ayudó a Kaph a tumbarse. El cuerpo muscular se le resistía. Martin tiró de los hombros hacia abajo. Kaph gritó, luchó, su rostro adquirió un tinte negruzco.

—¡Oxígeno! —dijo Pugh, y su mano encontró la jeringuilla apropiada en el botiquín como por instinto; mientras Martin sujetaba la mascarilla, Pugh hundió la aguja en el nervio vago, retornando a Kaph a la vida.

—Ignoraba que se te diera tan bien la medicina —dijo Martin, respirando fatigosamente.

—Mi padre era médico —dijo Pugh—. ¡Lástima de aguardiente! ¿Por qué se ahogaba nuestro amigo?

—No lo sé, Owen. Mira en el libro.

Kaph estaba respirando normalmente y el color había vuelto a su rostro; únicamente los labios estaban todavía un poco amoratados.

Se sirvieron otra copa de aguardiente y volvieron a sentarse junto a Kaph con su guía médica.

—Ni en «shock» ni en «conmoción» hay nada sobre cianosis o asfixia. Con el traje puesto no puede haber respirado nada... «Hemorroides anales»... ¡Uf!

Pugh tiró el libro sobre una mesa. El lanzamiento resultó corto, debido a que el propio Pugh o la mesa no habían recobrado del todo su equilibrio.

—¿Por qué no hizo la señal?

—¿Cómo dices?

—Los ocho que estaban dentro de la mina no tuvieron tiempo. Pero la muchacha y él debían encontrarse en el exterior. Tal vez ella estaba en la entrada y resultó alcanzada por el primer desplome. Él tenía que estar en el exterior, tal vez en la cabina de control. Echó a correr, tiró de la muchacha, la subió al trineo y se dispuso a regresar a la cúpula. Y en todo ese tiempo no se le ocurrió pulsar el botón de pánico de su traje. ¿Por qué?

—Bueno, había recibido un golpe en la cabeza. No estaba en sus cabales. Pero, incluso en condiciones más favorables, no sé si se le hubiese ocurrido enviarnos la señal. Buscaban la ayuda entre ellos mismos.

El rostro de Martin era como una máscara india, surcos en las comisuras de la

boca, ojos de frío carbón.

—Eso debe ser. En tal caso, ¿qué debió sentir cuando el suelo empezó a temblar y se encontró en el exterior, solo...?

En respuesta, Kaph gritó.

Sacudido por las convulsiones de alguien que se ahoga, saltó del camastro, golpeó y derribó a Pugh, tropezó con un montón de cestos y cayó al suelo, con los ojos en blanco y los labios azulados.

Martin le arrastró hasta el camastro, le dio una bocanada de oxígeno, y luego se arrodilló junto a Pugh, el cual se estaba incorporando, y secó su cortado pómulo.

—¡Owen! ¿Te encuentras bien?

—Creo que sí —dijo Pugh—. ¿Por qué me estás frotando eso por la cara?

Era un trozo de cinta de computadora, ahora manchada con sangre de Pugh. Martin la dejó caer.

—Pensé que era una servilleta. Te has arañado la mejilla contra aquella caja.

—¿Se le ha pasado el ataque?

—Eso parece.

Contemplaron a Kaph rígidamente tendido, sus dientes una línea blanca en el interior de los oscuros labios entreabiertos.

—Parece epilepsia. ¿Una lesión cerebral, tal vez?

—Podríamos inyectarle una dosis completa de meprobamate.

Pugh sacudió la cabeza.

—No sé lo que había en la inyección que le apliqué para el shock. No quiero sobrecargarle de medicamentos. Podría ser contraproducente.

—Tal vez se ha quedado dormido.

—Ojalá pudiera hacerlo yo. Entre el terremoto y él, no puedo sostenerme en pie.

—Tienes una fea herida en el pómulo... Acuéstate, yo me quedaré un rato.

Pugh limpió su mejilla y se quitó la camisa. Luego dijo:

—Si había algo que podíamos hacer, lo hemos intentado...

—Todos están muertos —murmuró Martin.

Pugh se tendió encima de su saco de dormir, y un instante después fue despertado por un espantoso ruido. Se levantó, tambaleándose, buscó la aguja hipodérmica, trató tres veces de clavarla correctamente y fracasó, empezó a masajear el tórax de Kaph, encima del corazón.

—Boca a boca —dijo.

Martin obedeció.

De pronto, Kaph expulsó una bocanada de aire, su pulso se hizo más regular, sus rígidos músculos empezaron a relajarse.

—¿Cuánto tiempo he dormido?

—Media hora.

Permanecieron en pie, sudando. El suelo tembló, la tela de la cúpula osciló violentamente. Libra estaba danzando de nuevo su espantosa polka, su Totentanz. El

sol parecía haber aumentado de tamaño y era mucho más rojo.

—¿Qué es lo que le pasa, Owen?

—Creo que está muriendo con ellos.

—¿Con ellos? Pero, ellos están muertos.

—Nueve de ellos. Todos murieron, aplastados o asfixiados. Todos ellos eran él; él es todos ellos.

Ahora, está muriendo sus muertes una a una.

—¡Dios mío! —murmuró Martin.

La próxima vez ocurrió lo mismo. La quinta vez fue peor, ya que Kaph luchó y deliró, tratando de hablar pero sin conseguir emitir las palabras, como si su boca estuviera obturada con rocas o arcilla.

Después, los ataques se hicieron más débiles, pero también él se iba debilitando cada vez más. El octavo ataque se produjo alrededor de las cuatro y media; Pugh y Martin trabajaron hasta las cinco y media haciendo todo lo que estaba a su alcance para conservar la vida en el cuerpo que se hundía en la muerte sin protestar. La conservaron, pero Martin dijo:

—El próximo terminará con él.

Y así ocurrió. Pero Pugh insufló su propia respiración en los inertes pulmones, hasta que él mismo perdió el conocimiento.

Despertó. La cúpula estaba a oscuras. Tendió el oído y oyó la respiración de los dos hombres que dormían. Volvió a quedarse dormido y sólo el hambre le despertó.

El sol estaba muy alto sobre las oscuras llanuras y el planeta había dejado de danzar. Kaph dormía tranquilamente. Pugh y Martin bebieron té y contemplaron a Kaph como si fuera algo que les perteneciera.

Cuando Kaph despertó, Martin se acercó a él:

—¿Cómo te encuentras, viejo?

Kaph no respondió.

Pugh ocupó el lugar de Martin y contempló los ojos castaños que miraban hacia los suyos pero no en los suyos.

Calentó alimento concentrado y se lo ofreció a Kaph.

—Vamos, bebe.

Pudo ver cómo se ponían rígidos los músculos de la garganta de Kaph.

—Déjenme morir —dijo el joven.

—No te estás muriendo.

Kaph habló con claridad y precisión:

—Estoy muerto en mis nueve décimas partes. No queda vivo lo bastante de mí.

—No —replicó Pugh, en tono perentorio—. Ellos están muertos. Los otros. Tus hermanos y hermanas. Tú no eres ellos, tú estás vivo. Tú eres John Chow. Tu vida está en tus propias manos.

El joven permaneció inmóvil, mirando hacia una oscuridad que no estaba allí.

Martin y Pugh se turnaron en la tarea de poner a salvo el material aprovechable después del desastre, ya que su valor era literalmente astronómico. Una tarea muy pesada para un solo hombre, pero no querían dejar solo a Kaph. El que se quedaba en la cúpula se dedicaba a trabajos de oficina, mientras Kaph permanecía sentado o tumbado, con la mirada fija en su oscuridad, sin hablar. Los días transcurrían silenciosamente.

La radio crujió y habló: nave llamando a la Misión.

—Llegaremos a Libra dentro de cinco semanas, Owen. Dentro de treinta y cuatro días-E y nueve horas. ¿Cómo van las cosas en la vieja cúpula?

—No muy bien, jefe. Los miembros del equipo de Explotación resultaron muertos, todos menos uno, en la mina. Un terremoto. Hace seis días.

La radio crujió. Dieciséis segundos de demora en ambos sentidos; la nave se encontraba ahora alrededor del Planeta II.

—¿Todos muertos, menos uno? ¿Martin y usted no han sufrido ningún daño?

—Nos encontramos perfectamente, jefe.

Treinta y dos segundos.

—El Passerine dejó un equipo de Explotación aquí, con nosotros. Puedo dejarles en el proyecto Hellmouth, en vez de dedicarlos al proyecto del Cuadrante Siete. Lo decidiremos cuando llegemos ahí. En cualquier caso, Martin y usted serán relevados. Cuídense. ¿Alguna cosa más?

—Nada más.

Treinta y dos segundos.

—De acuerdo. Hasta la vista, Owen.

Kaph había oído todo esto y, más tarde, Pugh le dijo:

—El jefe puede pedirte que te quedes aquí con el otro equipo de Explotación. Tú ya conoces esto.

Conociendo las exigencias de la Vida Lejana, quería advertir al joven. Kaph no respondió. Desde que había dicho «No queda vivo lo bastante de mí» no había vuelto a pronunciar una sola palabra.

—Owen —dijo Martin, por su intercomunicador portátil—, está chiflado. Loco.

—Para un hombre que murió nueve veces, se está portando muy bien.

—¿Muy bien? La única emoción que le ha quedado es el odio. Mira sus ojos.

—Eso no es odio, Martin. Escucha, es cierto que, en cierto sentido, ha estado muerto. No puedo imaginar lo que siente. Pero estoy seguro que no es odio. Ni siquiera puede vernos. Hay demasiada oscuridad.

—Muchas gargantas han sido abiertas en la oscuridad. Nos odia porque no somos Aleph y Yod y Zayin.

—Tal vez. Pero yo creo que está solo. No nos ve ni nos oye, esta es la verdad. Hasta ahora no había visto a nadie más, porque nunca estuvo solo. Tenía otros nueve yo a los que podía mirar, con los que podía hablar y vivir. No sabe lo que es estar

solo. Tiene que aprenderlo. Dale tiempo.

Martin sacudió la cabeza.

—Está chiflado —dijo—. Cuando te quedes a solas con él, no olvides que puede romperte el cuello con una sola mano.

—Podría hacerlo, desde luego —dijo Pugh, un hombre bajo, con una voz suave y un pómulo marcado con una cicatriz; y sonrió.

Se encontraban en el exterior de la cúpula, programando uno de los servomecanismos para reparar una máquina averiada. Podían ver a Kaph en el interior del enorme medio-huevo de la cúpula, como una mosca en un succino.

—¿Qué te hace pensar que llegará a mejorar?

—Es evidente que tiene una fuerte personalidad.

—¿Fuerte? Lisiada. Nueve décimas partes muerta, como él mismo dijo.

—Pero él no está muerto. Él es un hombre vivo. John Kaph Chow. Está pasando una fase de desconcierto, pero no olvides que todos los jóvenes sufren una especie de trauma cuando se separan de su familia. Él lo superará.

—No veo cómo.

—Piensa un poco, Martin. ¿Cuál es el objetivo de la clonación? El de reparar la raza humana.

Estamos en malas condiciones. Mírame a mí. Mi Cociente de Inteligencia y mi índice de Constitución Genética no llegan a la mitad del de ese John Chow. Pero en el Servicio Lejano me necesitaban con tanta urgencia, que cuando me presenté voluntario me aceptaron y me echaron un remiendo con un pulmón artificial y corrigiendo mi miopía. Si hubiesen abundado los tipos sanos, ¿crees que hubieran aceptado a un galés corto de vista y con un solo pulmón?

—No sabía que tenías un pulmón artificial.

—Pues lo tengo. Artificial hasta cierto punto, ¿sabes? Es un pulmón humano, cultivado en un tanque; una especie de clonación. De todos modos, ahora es mi pulmón. Lo que quiero decir es que ahora hay demasiados hombres como yo, y no los suficientes como John Chow. ¿Comprendes? Y eso es lo que trata de remediar la clonación, produciendo hombres más fuertes y más listos.

Martin gruñó algo ininteligible, mientras el servomecanismo empezaba a zumbar.

Kaph apenas comía; experimentaba dificultades para tragar, de modo que después de los primeros bocados renunciaba a seguir comiendo. Había perdido ocho o diez kilos. Sin embargo, al cabo de unas tres semanas empezó a recobrar el apetito, y un día Martin y Pugh le sorprendieron revisando las pertenencias del «Clon», sus sacos de dormir, maletines y documentos. Destruyó un montón de papeles y chucherías, hizo un pequeño paquete con lo que quedaba y volvió a sumirse en su estado de coma andante.

Dos días después habló. Pugh estaba tratando de ajustar una tecla de la grabadora, sin conseguirlo. Martin había salido a verificar sobre el terreno sus mapas de las Pampas.

—¡Infierno y condenación! —exclamó Pugh.

Y Kaph dijo, con voz inexpresiva:

—¿Quiere que lo arregle yo?

Pugh se sobresaltó, pero recobró el dominio de sí mismo y entregó la máquina a Kaph. El joven tomó el aparato, reparó la avería y lo dejó sobre la mesa.

—Pon una cinta —dijo Pugh con deliberada indiferencia, ocupado en otra mesa.

Kaph puso la cinta que estaba encima de la pila: música coral. Se tumbó en su camastro. El sonido de un centenar de voces humanas cantando al unísono llenó la cúpula. Kaph permaneció inmóvil, con el rostro inexpresivo.

En los días siguientes se encargó de algunas tareas rutinarias, sin que se lo pidieran. No hacía nada que requiriera iniciativa, y si le pedían que hiciera algo no contestaba.

—Se está recuperando —dijo Pugh, hablando en castellano.

—No. Se está convirtiendo en una máquina. Hace lo que tiene programado, no reacciona a otra cosa. Está peor que cuando no funcionaba. Ya no es humano.

Pugh suspiró.

—Buenas noches —dijo en inglés—. Buenas noches, Kaph.

—Buenas noches —dijo Martin.

Kaph no dijo nada.

A la mañana siguiente, a la hora del desayuno, Kaph alargó el brazo por encima del plato de Martin para alcanzar las tostadas.

—¿Por qué no las pides? —inquirió Martin, disimulando apenas su malhumor—. Yo puedo pasártelas.

—Yo puedo tomarlas —dijo Kaph con su voz inexpresiva.

—Desde luego. Pero pedir que nos pasen una cosa, dar las buenas noches o los buenos días, son detalles poco importantes, aunque si alguien nos dice algo estamos obligados a contestar...

—¿Por qué tendría que contestar?

—Porque alguien te ha dirigido la palabra.

—¿Por qué?

Martin se encogió de hombros y se echó a reír.

Más tarde, Pugh dijo:

—Deja al muchacho en paz, Martin.

—Los buenos modales son esenciales en los pequeños grupos que viven aislados. A él le han enseñado eso. ¿Por qué se niega deliberadamente a recordarlo?

—¿Te das tú las buenas noches a ti mismo?

—¿Qué quieres decir?

—Que Kaph nunca ha conocido a nadie aparte de a sí mismo.

Martin meditó unos instantes y luego estalló: —Entonces, todo este asunto de la

clonación es una equivocación. No puede funcionar. ¿Qué es lo que va a hacer por nosotros un montón de genios duplicados, cuando ni siquiera saben que existimos?

Pugh asintió.

—Podría resultar más práctico separar los clones y mezclar a sus miembros con las otras personas. Pero no queda duda del hecho que funcionan mejor como equipo.

—¿De veras? Yo no estoy tan seguro. Si este «Clon» hubieran sido diez ingenieros «normales», ¿habrían estado todos en el mismo lugar al mismo tiempo? ¿Habrían resultado todos muertos? Tal vez, cuando empezó el terremoto, todos esos muchachos se dirigieron corriendo hacia el interior de la mina, para salvar al que estaba más lejos... El propio Kaph estaba en el exterior y se dirigió hacia la entrada. Es pura hipótesis, desde luego. Pero creo que de haberse tratado de diez individuos normales, más de uno se hubiera salvado.

—No lo sé. Es cierto que los gemelos idénticos tienden a morir al mismo tiempo, incluso cuando no se han visto nunca el uno al otro. Identidad y muerte, es muy raro...

Pasaron los días, el sol rojizo se arrastró a través del oscuro cielo, Kaph no contestaba cuando le hablaban, Pugh y Martin se chillaban el uno al otro con creciente frecuencia. Pugh se quejaba de los ronquidos de Martin. Ofendido, Martin trasladaba su camastro al extremo más apartado de la cúpula y durante algún tiempo no dirigía la palabra a Pugh. Pugh silbaba aires galeses hasta que Martin se quejaba, y entonces era Pugh el que dejaba de dirigirle la palabra.

El día antes del previsto para la llegada de la nave de la Misión, Martin anunció que iba a salir hacia Merioneth.

—Pensé que como mínimo me echarías una mano con la computadora para terminar los análisis de las rocas —dijo Pugh, disgustado.

—Kaph puede hacer eso. Quiero echar una última mirada al Trench. Que se diviertan —añadió Martin en castellano, riendo, y se marchó.

—¿Qué idioma es ése?

—Castellano. Te lo dije en cierta ocasión, ¿no te acuerdas?

—No. —Al cabo de unos instantes, el joven añadió—: Creo que he olvidado un montón de cosas.

—Esto no tenía importancia, desde luego —dijo Pugh amablemente, dándose cuenta inmediatamente de lo importante que era aquella conversación—. ¿Querrás echarme una mano con la computadora, Kaph?

Kaph asintió.

Pugh había dejado un montón de cabos sueltos, y la tarea les ocupó todo el día. Kaph era un excelente colaborador, rápido y sistemático, mucho más que el propio Pugh. Su voz inexpresiva, ahora que volvía a hablar, crispaba los nervios; pero no importaba, ya que era el último día y luego llegaría la nave, la antigua tripulación, camaradas y amigos.

Durante el descanso para tomar el té, Kaph dijo:

—¿Qué pasará si la nave de la Misión se estrella?

—Morirán todos.

—Me refiero a ustedes.

—¿A nosotros? Emitiremos SOS por radio en todas las frecuencias, y viviremos a media ración hasta que llegue una nave de rescate de la Base Tres. Lo cual significa cuatro años y medio terrestres. Con un racionamiento estricto, podríamos resistir de cuatro a cinco años. Apretándonos un poco el cinturón, desde luego.

—¿Enviarían una nave de rescate para tres hombres?

—Naturalmente.

Kaph no dijo nada más.

Pugh se dispuso a reanudar el trabajo. Pero resbaló, y al tratar de agarrarse al respaldo de la silla ésta eludió su mano. Desde el suelo, inquirió:

—¿Qué es lo que pasa?

—Un movimiento sísmico —dijo Kaph.

Las tazas rebotaron sobre la mesa, un fajo de documentos cayó al suelo, la piel de la cúpula se hinchó y restalló.

Kaph continuó sentado, impasible. Un terremoto no asusta a un hombre que murió en un terremoto.

Pugh, muy pálido, murmuró:

—Martin está en el Trench.

—¿Qué es el Trench?

—El epicentro de los movimientos sísmicos locales. Mira el sismógrafo.

Pugh luchaba con la puerta de un armario que se resistía a abrirse.

—¿Qué va usted a hacer?

—Voy a buscarle.

—Martin se llevó el jet. Los trineos no ofrecen garantías de seguridad durante un movimiento sísmico. Pierden el control.

—Cállate de una vez, por el amor de Dios.

Kaph se puso en pie, hablando con su voz inexpresiva, como de costumbre.

—Es inútil salir ahora en su busca. Significa correr un riesgo innecesario.

—Si captas su señal de alarma, avísame por radio —dijo Pugh, cerrando la escafandra de su traje.

Cuando salió al exterior, Libra remangó sus harapientas faldas y bailó una danza del vientre desde debajo de sus pies hasta el rojizo horizonte.

En el interior de la cúpula, Kaph vio cómo el trineo se ponía en marcha, temblaba como un meteoro a la rojiza luz diurna y desaparecía en dirección nordeste. El suelo de la cúpula retembló; la tierra tosió. Una racha de viento, al sur de la cúpula, arrastró una nube de gas negro vomitada por una grieta.

En el tablero central de control repiqueteó un timbre y se encendió una luz roja. Kaph comprobó que la luz correspondía al Traje Dos. Trató de establecer contacto por radio con Martin, y luego con Pugh, pero ninguno de los dos contestó.

Cuando los temblores de tierra remitieron, reanudó su trabajo y terminó la tarea de Pugh. Invirtió casi dos horas. Cada media hora trató de establecer contacto con el Traje Uno, sin obtener respuesta, y con el Traje Dos, sin obtener respuesta. Hacía una hora que la luz roja había dejado de parpadear.

Era la hora de cenar. Kaph preparó cena para uno, cenó y se tendió en su camastro.

Los temblores de tierra habían cesado, pero a largos intervalos se producían unas leves sacudidas.

El sol colgaba en el oeste, en forma de naranja, rojo pálido, inmenso. No parecía hundirse.

No se oía el menor sonido.

Kaph se levantó y empezó a pasear alrededor de la cúpula semivacia. El silencio persistió. Kaph se acercó a la grabadora y colocó en ella la primera cinta que le vino a mano. Era música pura, electrónica, sin armonías, sin voces. Finalizó. El silencio persistió.

La túnica-uniforme de Pugh colgaba de un montón de muestras de roca. Kaph la contempló fijamente. Notó que faltaba un botón.

El silencio persistió.

El sueño de un chiquillo: no hay nadie más vivo en el mundo, aparte de mí mismo. En todo el mundo.

Muy bajo, al norte de la cúpula, un meteoro parpadeó.

La boca de Kaph se abrió como si tratara de decir algo, pero no salió ningún sonido de ella. Se dirigió apresuradamente a la pared norte y tendió la mirada hacia la gelatinosa luz rojiza.

La pequeña estrella se posó en el suelo. Dos figuras se acercaron a la cúpula. El traje de Martin estaba cubierto de un extraño polvo que le hacía aparecer tan verrugoso como la superficie de Libra.

Pugh le sostenía por el brazo.

—¿Está herido? —inquirió Kaph.

Pugh se despojó del traje y ayudó a Martin a despojarse del suyo.

—Conmocionado, simplemente —dijo.

—Una enorme roca cayó sobre el jet —dijo Martin, sentándose ante la mesa y agitando los brazos—. Yo no estaba dentro, desde luego. Había bajado a reconocer la zona de polvo carbónico cuando noté que el suelo empezaba a temblar. De modo que corrí a situarme en un espacio abierto, para que no me alcanzara algún desprendimiento de rocas de los acantilados. Desde allí vi como una enorme roca aplastaba el jet, y entonces recordé que las latas de aire de repuesto estaban en el aparato, y pulsé el botón de alarma. Pero no recibí ninguna señal por radio, cosa que siempre ocurre aquí durante los movimientos sísmicos. La atmósfera era tan polvorienta, que no se veía nada a un metro de distancia. Empezaba a preocuparme cuando vi llegar a Owen...

—¿Tienes hambre? —le interrumpió Pugh.

—Claro que tengo hambre.

—Entonces, siéntate y come —dijo Pugh.

Martin obedeció. Después, se dirigió a su camastro, que no había mudado de lugar desde que Pugh se quejó de sus ronquidos.

—Buenas noches, galés unipulmonar —dijo a través de la cúpula.

—Buenas noches.

Martin no dijo nada más. Pugh amortiguó el brillo de la lámpara hasta dejarlo reducido a un resplandor amarillento menos intenso que la luz de una vela y se sentó sin hacer nada, sin decir nada, con aire ausente.

El silencio persistió.

—He terminado los cálculos —dijo Kaph.

—Gracias —murmuró Pugh.

Silencio.

—Recibí la señal de Martin, pero no pude establecer contacto con él, ni con usted.

Pugh dijo:

—No debí salir. Martin tenía aire para dos horas, incluso con una sola lata. Sin posibilidad de establecer contacto con él, confieso que me asusté.

Retornó el silencio, contrapunteado ahora por los ronquidos de Martin.

—¿Quiere usted a Martin?

Pugh alzó la mirada, enfurecido.

—Martin es mi amigo. Hemos trabajado juntos mucho tiempo, y es una buena persona.

Se interrumpió. Al cabo de unos instantes añadió:

—Sí, le quiero. ¿Por qué lo preguntas?

Kaph no dijo nada, pero miró al otro hombre. Su rostro estaba cambiado, como si viera algo que hasta entonces no había visto; también su voz parecía haber cambiado.

—¿Cómo puede usted...? ¿Cómo puede usted...?

Pero Pugh no pudo decírselo.

—No lo sé —murmuró—. No lo sé. Cada uno de nosotros está solo, desde luego. ¿Qué puede hacer uno, sino extender la mano en la oscuridad?

Kaph inclinó la mirada, consumida por su propia intensidad.

—Estoy cansado —dijo Pugh—. Fue algo espantoso, verle en medio de aquel polvo negro, con el suelo abriéndose y cerrándose a su alrededor... Voy a acostarme. La nave establecerá contacto con nosotros alrededor de las seis.

Se puso en pie y se desperezó.

—Es un «Clon» —dijo Kaph—. El otro equipo de Exploración que llegará con la nave.

—¿Un «Clon»?

—De doce miembros. Vinieron con nosotros en el Passerine.

Kaph se sentó bajo la amarillenta claridad de la lámpara, absorto al parecer en sus

nuevos temores: el «Clon» que estaba a punto de llegar y del cual no formaría parte. Inexperto aún en soledad, no sabiendo siquiera cómo podía quererse a otro individuo, tendría que enfrentarse con la absoluta y cerrada autosuficiencia del «Clon» de doce; algo excesivo para él, desde luego.

Pugh apoyó una mano en su hombro.

—El jefe no te pedirá que te quedes aquí con un «Clon». Puedes marcharte a casa. O, si lo prefieres, puedes venir con nosotros. Creo que nos serías útil. No tengas prisa en decidirlo.

Kaph alzó la mirada y vio lo que nunca había visto: le vio a él: a Owen Pugh, el otro, el desconocido que tendía su mano en la oscuridad.

—Buenas noches —murmuró Pugh, deslizándose en el interior de su saco y medio dormido ya, de modo que no oyó a Kaph contestar, tras una breve pausa:

—Buenas noches, Owen.

El gran fogonazo

Norman Spinrad

T menos 200 días... y contando...

Tenían un aspecto demasiado estrafalario para mi gusto, pero esto forma parte del juego: en el negocio del rock, hay que llamar la atención. Y si la Mandala tenía que sobrevivir en LA compitiendo con una red tan poderosa como El Sueño Americano, debía prescindir de mis gustos personales. De modo que después de excavar en los Cuatro Jinetes durante casi una hora, me los llevé a mi oficina para hablar de negocios.

Me senté detrás de mi mesa de despacho Ejército de Salvación (la Mandala es la fábrica de cordones para zapatos más importante del mundo), y los Jinetes se sentaron en las butacas-caballote por riguroso orden.

El número uno, Stony Clarke, primer guitarra y cantante: cabellos rubios hasta los hombros, ojos fúnebres cuando se quitaba las gafas oscuras con montura de acero, y una reputación de acidez servida por un aire truculento. El número dos, Hair, el batería, vestido como un Ángel del Infierno, svásticas y todo, con ojos fanáticos demasiado juntos, haciéndome preguntar si llevaba svásticas porque encajaban con el disfraz de Ángel, o si llevaba el disfraz de Ángel porque le permitía lucir las svásticas en público. El número tres era un gato que se llamaba a sí mismo Super Spade y no bromeaba: llevaba pendientes, cabello natural, una camiseta Stokeley Carmichael y colgada de una correa alrededor del cuello una cabeza reducida de tamaño que había sido blanqueada con líquido de limpiar los zapatos. Era el comodín del conjunto: sitar, bajo, órgano, flauta, cualquier cosa. El número cuatro, que se llamaba a sí mismo Mr. Jones, era el gato más rastrero que yo había visto nunca en un grupo de rock, que ya es decir. Era el que se encargaba de la electrónica. Tenía al menos cuarenta años, llevaba unas ropas de la época Hippy que parecían haber sido confeccionadas por Sy Devore y se rumoreaba que había pertenecido a la Corporation Rand. No hay ningún negocio como el negocio del espectáculo.

—De acuerdo, muchachos —dije—. Sois un poco raros, pero creo que os podré aprovechar. ¿Dónde habéis trabajado hasta ahora?

—En ninguna parte, nene —dijo Clarke—. Somos el Nuevo Estilo. Yo manejaba cristal y ácido en el Haight. Hair era batería de un grupo plástico de Nueva York. Super Spade pretende ser la reencarnación de Bird, y no vale la pena discutir. Mr. Jones no habla demasiado. Tal vez es un marciano. Acabamos de formar nuestro conjunto.

Un detalle acerca de este negocio: los grupos que no tienen manager, pueden

conseguirse a un precio más reducido.

—De acuerdo —dije—. Me alegro de daros la alternativa. Nadie os conoce, pero creo que llegaréis. De modo que me arriesgaré y os contrataré para una semana. Desde la una de la madrugada hasta la hora de cierre, es decir, las dos. De martes a domingo, cuatrocientos dólares semanales.

—¿Eres judío? —preguntó Hair.

—¿Qué?

—Cierra el pico —ordenó Clarke. Hair se calló—. Eso significa —me dijo Clarke— que cuatrocientos dólares semanales es muy poca cosa.

—No firmaremos si hay alguna cláusula opcional —dijo Mr. Jones.

—Jones ha dado en el clavo —dijo Clarke—. Actuaremos la primera semana por cuatrocientos dólares, pero después de eso revisaremos las condiciones, ¿de acuerdo?

La perspectiva no era demasiado favorable. Si obtenían un gran éxito, no podría costear su actuación. Pero, por otra parte, cuatrocientos dólares era una suma módica, y yo necesitaba urgentemente algo barato para el cierre del programa.

—De acuerdo —dije—. Pero quiero un acuerdo verbal de que tendré una opción preferente cuando empecéis en serio.

—Palabra de honor —dijo Stony Clarke.

Así van las cosas en este negocio: la palabra de honor de un melenudo.

T menos 199 días... y contando...

Al estar despreocupada de los fines, la mente militar puede ser fácilmente manipulada, fácilmente controlada y fácilmente confundida. Los fines son definidos como los objetivos establecidos por la autoridad civil. Los fines son de la competencia de la autoridad civil, en tanto que los medios son de la competencia de los militares, los cuales tienen la obligación de alcanzar los fines preestablecidos por los civiles mediante la aplicación más ventajosa de los medios de que disponen.

De ahí la confusión sobre la guerra en Asia entre mis clientes uniformados del Pentágono. El fin ha sido claramente establecido: la erradicación de las guerrillas. Pero los civiles se han sobrepasado en sus atribuciones, entrometiéndose en los medios. Los Generales consideran esto como una violación de los términos del contrato. Los Generales (o el grupo de Generales más propensos a la paranoia) están empezando a considerar la dirección de la guerra, la limitación política de los medios, como una conjura de los civiles para desposeerles de sus prerrogativas.

Este aspecto de la situación hubiera sido nefasto para el país, de no haber sido por el hecho de que la creciente paranoia entre los Generales me ha permitido manipularlos al presentar mis dos guiones al Presidente. El Presidente ha autorizado la realización del guión principal, siempre que el guión secundario se revele eficaz para modelar adecuadamente la opinión pública.

Mi guión principal es sencillo y directo. Sabiendo que el mal tiempo convierte a nuestra fuerza aérea convencional, con su dependencia de una exactitud relativa, en

ineficaz, el enemigo se ha acostumbrado a agrupar sus fuerzas en grandes unidades y lanzar ofensivas anuales de gran estilo durante la época de los monzones. Sin embargo, esas grandes unidades son muy vulnerables por las armas nucleares tácticas, las cuales no dependen de la exactitud. Convencido de que las armas nucleares no serán utilizadas por consideraciones de política doméstica, el enemigo reincidirá en la formación de grandes unidades durante la próxima estación de los monzones. Una utilización parsimoniosa de armas nucleares tácticas, lanzadas simultánea y científicamente, destruirá un mínimo de doscientos mil soldados enemigos, casi las dos terceras partes de su fuerza total, en un período de veinticuatro horas. El golpe será definitivo.

El guión secundario, de cuyo éxito depende la realización del guión principal, es mucho más sofisticado, debido a que su objetivo es más sutil: la aceptación pública del uso de las armas nucleares tácticas (que en condiciones óptimas sería clamor público). La tarea es difícil, pero mi guión es bastante bueno, aunque algo exótico, y con el pleno apoyo (hasta cierto punto clandestino) de las altas jerarquías militares, de determinados círculos gubernamentales y de los hombres-clave de las compañías de aviación más importantes, los medios de que dispongo parecen adecuados. Los riesgos, aunque estadísticamente significativos, no superan un nivel aceptable.

T menos 198 días... y contando...

Tal como yo lo veo, la red merecía el pago que yo les daba. ¿Acaso no me habían engañado ellos a mí? Realicé cuatro series de mucho éxito para aquellos bastardos, y ellos me enviaron a las minas de sal. ¡Una discoteca! ¡Me enviaron a una asquerosa discoteca! Me convirtieron en un pelanas, los muy granujas. ¡Oh! Según ellos, el Sueño Americano era una mina de oro: el veinte por ciento de los beneficios netos, dijeron. Y como tendrás acceso a todos nuestros escenarios y podrás contratar actores, te harás rico en cuatro días... Y yo, como un tonto, firmé, sin leer la letra menuda. ¿Cómo podía saber que habían montado el Sueño Americano sin capital, a cuenta de los impuestos? ¿Cómo podía saber que *tendría* que utilizar sus asquerosos escenarios y contratar sus actores, pagándolos de mi bolsillo?

Eran unos granujas, y merecían el pago que les di. No contentos con utilizarme para su truco del Sueño Americano, llegaron a decirme a quién tenía que contratar.

«Contrate a los Cuatro Jinetes, el grupo que está pegando fuerte en la Mandala — me dijeron—. Queremos que actúen en *Una Noche Con El Sueño Americano*. Están de moda».

«Sí, están de moda —dije—, lo cual significa que me pedirán un riñón. No puedo costearlo».

Me enseñaron más letra menuda: la próxima vez leeré el contrato con un microscopio. Yo *tenía* que contratar a cualquiera que ellos me dijeran, y pagar el contrato de mi bolsillo. Lo suficiente para que un judío se convierta en antisemita.

De modo que tuve que ir a la Mandala para contratar a aquellos hippies. Procuré

no llegar allí antes de las doce y media, a fin de no permanecer más tiempo del estrictamente necesario en aquella casa de locos. ¡Qué horror! Lo que hizo Bernstein fue comprar un club nocturno que había ido a la quiebra, derribar todas las paredes interiores y colocar una tienda gigantesca dentro de la cáscara. En la parte exterior de la tienda instaló proyectores, luces, altavoces, todos los cacharros electrónicos, de modo que en el interior es como estar rodeado de pantallas de cine. Sólo la tienda y el suelo desnudo, ni siquiera un verdadero escenario, únicamente una plataforma sobre ruedas que hacen entrar y salir de la tienda cuando cambian los conjuntos.

El público no es precisamente selecto. Hippies mal vestidos y peor olientes, y el tipo de jóvenes universitarios que se consideran «progresistas» metiéndose en berenjenales como aquel. A los polizontes no les gusta el lugar, y la perspectiva atrae a los alborotadores profesionales.

Un verdadero antro de iniquidad: experimenté la impresión de que entraba en una especie de Casbah. El último conjunto había salido de la tienda y los Jinetes no habían entrado aún, de modo que todo el mundo miraba a su alrededor como esperando que ocurriera algo, y casi dispuesto a hacer que ocurriera. Me quedé junto a la puerta, por si las moscas.

De repente, las luces se apagaron y todo se hizo tan negro como el corazón de un ejecutivo de la red. Apoyé la mano sobre mi cartera: entre aquella multitud, seguro que había más de un carterista. Oscuridad y silencio. Luego, diez latidos, algo que se arrastra a lo largo de mis huesos; pero sé que es un efecto subsónico y no mi imaginación, porque todos los hippies están inmóviles y no se oye volar una mosca.

Luego, brotando de un altavoz gigantesco otro latido, pero pesado, lento, como el latido del corazón de una ballena. La cosa que se arrastra a lo largo de mis huesos parece estar sincronizada con el latido y experimento la sensación de que yo soy aquel enorme corazón que palpita en la oscuridad.

Luego una mancha de color rojo oscuro —tan leve que casi es infrarroja— golpea la plataforma que acaban de entrar. Sobre la plataforma hay cuatro monstruos vestidos con demenciales túnicas negras, bañados por aquella luz roja. Bum-ba-bum. Bum-ba-bum. El latido resuena aún, resuena todavía aquel efecto subsónico que se arrastra en los huesos, y los hippies miran a los Cuatro Jinetes como pollos hipnotizados.

El bajo, un conejo de monte, recoge el ritmo del latido cordial. Dum-da-dum. Dum-da-dum. El batería se une a la juerga. Luego, la guitarra eléctrica, afinada como un gato en trance de ser estrangulado, suelta unos acordes. Bang-ka-bang. Bang-ka-bang.

Es algo espantoso, lo siento en mis entrañas, en mis huesos; mis tímpanos son como una gran vena que late dolorosamente. Todo el mundo se mueve al compás, yo me muevo al compás. Bum-ba-bum. Bum-ba-bum.

Luego, el guitarrista empieza a cantar con una voz ronca y estridente, como si se estuviera muriendo:

El gran fogonazo... El gran fogonazo...

Y el tipo que está delante del tablero electrónico entra en acción y unos anillos de luz empiezan a trepar por las paredes de la tienda, azules al principio, luego verdes a medida que suben, después amarillos, anaranjados y, finalmente, cuando se convierten en un círculo en el techo, rojo-escarlata. Cada círculo tarda exactamente un latido en trepar por la pared.

¡Muchacho, que horrible sensación! Yo era como un tubo de pasta dentífrica que estaba siendo apretado rítmicamente hasta que mi cabeza saliera disparada con aquellos círculos de luz a través del techo.

Y luego aumentaron gradualmente la velocidad. El mismo latido, los mismos acordes, los mismos círculos, el mismo bajo, pero un poco más rápido.

Luego más rápido. ¡Más rápido!

¡Pensé que moriría! ¡Sabía que moriría! El corazón latiendo como un lunático. Los círculos de luz absorbiéndome paredes arriba, hacia aquel agujero rojo que brillaba en el techo.

¡Increíble! Cada vez más rápido y más rápido, hasta que la voz fue un alarido, y el latido un bum, y la guitarra un aullido, y mis huesos saltaban fuera de mi cuerpo.

Todas las luces se encendieron y quedé cegado por la repentina claridad...

Una espantosa explosión de sonido brotó por todos los altavoces...

Luego:

La explosión se convirtió en un rumor sordo y prolongado...

La luz pareció concentrarse en un círculo en el techo, dejando todo lo demás a oscuras.

Y el círculo se convirtió en una bola de fuego.

La bola de fuego se convirtió en una película a cámara lenta de la nube de una bomba atómica, mientras el ruido de fondo se apagaba. Luego, el cuadro se desvaneció en un momento de absoluta oscuridad y todas las luces se encendieron.

¡Qué número!

¡Qué actuación!

De modo que después del espectáculo, cuando les pillé a solas y supe que no tenían ningún manager, ni siquiera una opción de la Mandala, pensé con más rapidez de lo que había pensado en toda mi vida.

Resumiendo, les tomé el pelo a los de la red. Firmé un contrato con los Jinetes, convirtiéndome en manager suyo, y asignándome el veinte por ciento de sus ingresos. Luego los contraté para el Sueño Americano por diez mil dólares semanales, firmé un cheque como propietario del Sueño Americano, me endosé el cheque a mí mismo como manager de los Cuatro Jinetes, y luego dimití como empleado de la red, dejándoles con un pago pendiente de diez mil dólares y quedándome con el veinte por ciento de los ingresos del mejor grupo aparecido después de los Beatles.

¡Qué diablo! El que vive de la letra menuda, perecerá por la letra menuda...

T menos 148 días... y contando...

—No ha visto usted aún la grabación, ¿verdad, B. D.? —inquirió Jake.

Estaba muy nervioso. Cuando se alcanza mi nivel en la estructura de la red, uno acostumbra a poner nerviosos a sus subordinados, pero Jake Pitkin desempeñaba un cargo de responsabilidad y tenía que estar acostumbrado a tratar con ejecutivos de mi categoría. ¿Sería cierto el rumor?

Estábamos solos en la sala de proyecciones. Era dudoso que el proyccionista pudiera oírnos.

—No, no la he visto todavía —dije—. Pero he oído algunas cosas raras.

Jake tenía un aspecto decididamente desolado.

—¿Acerca de la grabación? —inquirió.

—Acerca de usted, Jake —dije, despreciando el rumor con una fácil sonrisa—. He oído decir que no quería usted que el número saliera al aire.

—Es cierto, B. D. —dijo Jake en voz baja.

—¿Se da cuenta de lo que está diciendo? Al margen de nuestros gustos personales —y personalmente opino que hay algo desagradable en ellos—, los Cuatro Jinetes son el conjunto que está pegando más fuerte en todo el país en estos momentos, y aquel asqueroso jefecillo Herm Gellman nos cobra un cuarto de millón por una hora de espectáculo. El montaje ha costado otros doscientos mil. Y hemos gastado otros cien mil en publicidad. Los patrocinadores se juegan más de un millón de dólares en la aventura. Es mucho dinero para tirarlo por la borda.

—Lo sé, B. D. —dijo Jake—. Y sé que esto puede costarme mi empleo. Téngalo en cuenta. Porque, sabiendo todo eso, continuo siendo partidario de que la grabación no salga al aire. Voy a proyectar la parte final para usted. Estoy absolutamente seguro de que comprenderá mi posición.

Experimenté una horrible sensación en la boca del estómago. Yo también tenía superiores, y la Orden exigía que saliera al aire *Un Viaje Con Los Cuatro Jinetes*. Por encima de todo. El precio que íbamos a cobrar por un espacio comercial no tenía precedente, y el patrocinador era una gran compañía aeroespacial que hasta entonces no había sido cliente nuestra. Lo que realmente me preocupaba era el hecho de que Jake Pitkin no tenía fama de valiente; sin embargo, se estaba jugando el empleo en este asunto. Tenía que estar muy seguro de que yo me mostraría de acuerdo con él, pues de otro modo no se hubiera atrevido a plantear la cuestión. Y aunque no podía decírselo a Jake, yo no tenía elección en el asunto.

—De acuerdo, proyéctela —dijo Jake por el micrófono del intercomunicador—. Lo que va usted a ver —me dijo, mientras se apagaban las luces de la sala— es el último número.

En la pantalla:

Un plano de cielo azul vacío, con un fondo de suaves y perezosos acordes de guitarra eléctrica. La cámara se mueve a través de unas cuantas nubes hasta recoger

un plano sumamente largo del sol. A medida que el sol, un diminuto círculo de luz, se mueve hacia el centro de la pantalla, un sitar se une al fondo de guitarra.

Muy lentamente, la cámara recoge al sol en *zoom*. A medida que la imagen del sol aumenta de tamaño, el sitar suena con más fuerza, y la guitarra se apaga, y un tambor empieza a marcar el compás. El sitar se hace más ruidoso, el tambor más sonoro y el ritmo más rápido mientras el sol sigue aumentando de tamaño. Finalmente, toda la pantalla queda llena de una luz insoportablemente brillante, detrás de la cual el sitar y el tambor suenan con frenesí.

Entonces, ahogando el sitar y el tambor, una voz gangosa:

Más brillante... que un millar de soles...

La luz se disuelve en un fundido de una hermosa muchacha de cabellos negros, ojos enormes y húmedos labios, y súbitamente el sonido queda reducido a unos suaves acordes de guitarra y unas voces que susurran:

Más brillante... Oh, es más brillante... más brillante... que un millar de soles...

El rostro de la muchacha se disuelve en un primer plano de los Cuatro Jinetes con sus túnicas negras y la misma melodía, apoyada ahora por unos acordes más brillantes de la guitarra eléctrica, se convierte en un canto fúnebre:

Más oscuro... el mundo se hace más oscuro...

Y una serie de planos rápidos al compás del canto:

Una aldea incendiada en Asia sembrada de cadáveres...

Más oscuro... el mundo se hace más oscuro...

Un montón de cadáveres en Auschwitz...

Hasta que sea tan oscuro...

Un inmenso cementerio de coches, con unos esqueléticos niños negros en último término...

Creo que moriré...

Un ghetto de Washington en llamas, con el Capitolio en último término...

... antes de que amanezca...

Un fundido, y un primer plano del rostro del cantante de los Jinetes, contraído en una mueca de desesperación y de éxtasis. Y el sitar subraya la melodía, la guitarra solloza y el cantante grita con toda la fuerza de sus pulmones:

Antes de morir, dejadme hacer ese viaje antes de que llegue la nada...

De nuevo el rostro de la muchacha, pero transparente, con una cegadora luz amarilla brillando a través de él. El sitar apresura su ritmo, y la voz es ahora un aullante frenesí:

El último gran fogonazo iluminará mi cielo...

Nada ahora, aparte de la luz cegadora...

... y ¡zap! el mundo acabará...

Una pantalla completamente negra, con un horizonte levemente azul...

... pero antes de morir soltemos el trueno que nos libraré de nuestras ataduras... que destruirá todos nuestros egoísmos... el último fogonazo, el último gas del género

humano, el viaje que no podremos hacer dos veces...

Súbitamente, la música se para en seco durante medio compás. Luego:

La pantalla queda iluminada por una enorme bola de fuego...

Un trepidante rumor...

La bola de fuego se funde en una columna en forma de hongo. En el interior de la monstruosa nube nuclear puede percibirse un gran incendio. Y el rostro de la muchacha aparece superpuesto sobre la nube, apenas visible.

Una voz suave, sacrílegamente reverencial ahora:

Más brillante... es más brillante... más brillante que un millar de soles...

Y la pantalla se apaga y las luces se encienden.

Miro a Jake. Jake me mira a mí.

—Es nauseabundo —digo—. Realmente nauseabundo.

—No querrá usted proyectar una cosa así, ¿verdad, B. D.? —dice Jake suavemente.

Hago unos rápidos cálculos mentales. La cosa dura algo menos de cinco minutos... podría hacerse.

—Tiene usted razón, Jake —digo—. No podemos proyectar una cosa así. Lo cortaremos de la cinta y llenaremos el tiempo con un espacio comercial.

—Veo que no ha comprendido —dice Jake—. El contrato que Herm nos hizo firmar no nos permite manipular la cinta: tiene que ser todo o nada. Además, todo el número es igual.

—¿Todo es igual? ¿Qué quiere usted decir con eso?

Jake se remueve en su asiento.

—Lo que he dicho, exactamente. Esos tipos son... bueno, perversos, B. D. —dice.

—¿Perversos?

—Son... bueno, están enamorados de la bomba atómica o algo por el estilo. Todos sus números acaban en lo mismo.

—¿Quiere usted decir... que *todos* son así?

—Ya sabe cómo están las cosas —dice Jake—. O proyectamos una hora de *eso*, o no proyectamos nada.

—¡Dios mío!

Sé lo que deseo decir. Quememos la grabación y al diablo el millón de dólares. Pero también sé que me costaría mi empleo. Y sé que cinco minutos después de mi salida habría alguien ocupando mi puesto y sin compartir mis escrúpulos. No tenía elección. No había elección posible.

—Lo siento, Jake —digo, en tono desolado—. Vamos a proyectarlo.

—Presento la dimisión —dice Jake, que no tiene fama de valiente.

T menos 10 días... y contando...

—Es una clara violación del Tratado Test-Ben —dije.

El Subsecretario parecía estar tan desconcertado como yo mismo.

—Podemos llamarlo un uso pacífico de energía atómica, y dejar que los rusos griten —dijo.

—Es una locura.

—Tal vez —dijo el Subsecretario—. Pero usted recibe sus órdenes, General Carson, y yo recibo las mías de las más altas esferas: exactamente a las ocho y cincuenta y ocho minutos, hora local, del cuatro de julio, dejará caer usted una bomba atómica de cincuenta quilotones sobre el blanco señalado en Yuca Flatts.

—Pero, la gente... la televisión...

—Se encontrarán al menos dos millas más allá de la zona de peligro. Desde luego, la SAC puede garantizar ese tipo de seguridad bajo «condiciones de laboratorio».

Me erguí.

—No pongo en tela de juicio la competencia de cualquier tripulación bajo mi mando para realizar esa misión —dije—. Lo que pongo en tela de juicio es el motivo de la misión, la cordura de las órdenes.

El Subsecretario se encogió de hombros y sonrió débilmente.

—¿Quiere usted decir que ignora también a qué se debe todo esto?

—Lo único que sé es lo que me transmitió el Secretario de Defensa, y tengo la impresión de que tampoco él lo sabía todo. Ya sabe usted que el Pentágono ha estado exigiendo la utilización de armas nucleares tácticas para terminar la guerra en Asia. Y ustedes, los de la SAC, han sido los que han gritado más en ese sentido. Bien, hace unos meses, el Presidente aprobó condicionalmente un plan para la utilización de armas nucleares tácticas durante la próxima estación de los monzones.

Silbé. Los civiles estaban recobrando finalmente el sentido común. ¿Lo estaban recobrando, en realidad?

—Pero, ¿qué tiene esto que ver con...?

—La opinión pública —dijo el Subsecretario—. El plan estaba condicionado a un cambio radical en la opinión pública. En la época en que se aprobó el plan, las encuestas revelaron que el setenta y ocho coma ocho por ciento de la población se oponía a la utilización de armas nucleares tácticas, el nueve coma ocho por ciento eran partidarios de su utilización, y el resto estaban indecisos o no tenían opinión. El Presidente accedió a autorizar el uso de armas nucleares tácticas en una fecha que se mantiene en riguroso secreto, siempre que en dicha fecha el sesenta y cinco por ciento, como mínimo, de la población apruebe su empleo, y no más del veinte por ciento se oponga activamente al mismo.

—Comprendo... Una maniobra para silenciar a la oposición.

—General Carson —dijo el Subsecretario—, al parecer está usted desconectado del estado de ánimo nacional. Después de la primera actuación de los Cuatro Jinetes, las encuestas revelaron que el veinticinco por ciento de la población aprobaba el uso de armas nucleares tácticas. Después de la segunda actuación, la cifra ascendió al

cuarenta y uno por ciento. Ahora es del cuarenta y ocho por ciento. Sólo un treinta y dos por ciento se opone activamente.

—Trata usted de decirme que un conjunto de rock...

—Un conjunto de rock y el culto que lo rodea. Se ha convertido en una histeria nacional. Existen imitadores. ¿No ha visto usted esos botones?

—¿Esos con una nube en forma de hongo y la leyenda «HAZLO»?

El Subsecretario asintió.

—Tal vez no sepamos nunca si el Consejo Nacional de Seguridad decidió que la histeria provocada por los Jinetes podía ser utilizada para moldear la opinión pública, o si los Cuatro Jinetes fueron cosa suya desde el primer momento. Pero los resultados son los mismos: los Jinetes y el culto que los rodea se han ganado a aquellos elementos de la población que se oponían con más ahínco a las armas nucleares: hippies, estudiantes, gente marginada... Las manifestaciones contra la guerra y contra las armas nucleares han dejado de producirse. Estamos muy cerca del sesenta y cinco por ciento. Alguien —quizás el propio Presidente— ha decidido que otra actuación de los Cuatro Jinetes nos hará rebasar la cifra.

—¿El Presidente está detrás de esto?

—Nadie más puede autorizar la detonación de una bomba atómica, después de todo —dijo el Subsecretario—. La próxima actuación será al natural en Yuca Flatts. Será patrocinada por una compañía aeroespacial que depende en gran medida de los contratos del Departamento de Defensa. Desde luego, el gobierno está metido en el asunto.

—¿Y la SAC dejará caer una bomba como final de la representación?

—Exactamente.

—Vi una de esas actuaciones —dije—. Mis chicos la vieron también. Me produjo una rara sensación... Casi deseé que sonara el teléfono rojo...

—Sé lo que quiere usted decir —dijo el Subsecretario—. A veces tengo la sensación de que los que están detrás de todo esto se han dejado ganar también por la histeria... que los Jinetes están utilizando ahora a los que se proponían utilizarlos a ellos... un círculo cerrado. Pero últimamente me he sentido muy cansado. La guerra nos está fatigando a todos. Si pudiéramos terminar con todo de...

—A todos nos gustaría terminar con todo de un modo u otro —dije.

T menos 60 minutos... y contando...

Tenía órdenes de reunir a la tripulación del *Backfish* para contemplar la actuación de los Cuatro Jinetes, retransmitida vía satélite. Aparentemente, resultaba absurdo ordenar a toda la flota de Polaris que presenciara un programa de televisión, pero el factor moral involucrado era muy significativo.

Los submarinos Polaris favorecen la frustración. Sólo aceptan a los mejores marineros, y un buen marinero desea acción, por encima de todo. Pero si alguna vez somos llamados a actuar, nuestra misión habrá sido un fracaso. Pasamos la mayor

parte de nuestro tiempo cultivando habilidades que nunca deberían ser utilizadas. La disuasión es una estrategia excelente, pero agota a los hombres de las fuerzas disuasorias: un agotamiento exacerbado en el pasado por la actitud de nuestros compatriotas hacia nuestra misión. Unos hombres que, al servicio de su patria, ejercitan continuamente sus habilidades y luego no deben hacer uso de ella, tienen derecho a enojarse con los que les tratan como parias.

En consecuencia, el cambio positivo en la actitud pública hacia nosotros, que parecía estar asociado con los Cuatro Jinetes, había convertido a éstos en una especie de mascotas para la flota de Polaris. A su modo, un poco raro, parecían hablar para nosotros y a nosotros.

Decidí contemplar el programa en el centro de control de misiles, donde toda una tripulación tiene que estar siempre preparada para disparar los misiles, previo aviso de cinco minutos. En el centro de control de misiles siempre experimentaba una sensación de comunión con los hombres de guardia que no podía compartir con los otros hombres a mis órdenes. Aquí no somos capitán y tripulación, sino mente y mano. Si llega la orden, la voluntad de disparar los misiles será mía, y el acto de dispararlos será suyo. En un momento así, será bueno no sentirse solo.

Todos los ojos estaban clavados en el aparato de televisión instalado sobre la cómoda principal cuando empezó el programa.

La pantalla se llenó con un dibujo en espiral, amarillo metálico sobre azul metálico. El sonido parecía en parte de instrumentos de cuerda, y en parte electrónico, y tuve la sensación de que el sonido era algo que procedía del interior de mi cerebro y de que la espiral parecía estar grabada directamente sobre mis retinas. La sensación resultaba levemente dolorosa, pero por nada del mundo me hubiese apartado de allí.

Luego dos voces, cantando una contra otra:

Vamos a entrar...

Vamos a entrar...

Entrar... salir... entrar... salir... entrar... salir...

Mi cerebro parecía estar latiendo *entrar-salir, entrar-salir...* y la espiral empezó a cambiar de color con las palabras: amarillo sobre azul (*entrar*)... verde sobre rojo (*salir*)... *Entrar-salir-entrar-salir-entrar-salir...*

En la pantalla, *fuera* de mi cerebro, me parecía estar golpeando una especie de membrana invisible. Algo estaba tratando de envolver mi mente, y yo luchaba contra ello. Pero, ¿por qué luchaba contra ello?

Los latidos, el canto, cada vez más rápidos, hasta que mis ojos no pudieron adaptarse a los cambios y mi cerebro parecía a punto de estallar...

Los cantos y los latidos cesaron bruscamente y allí estaban los Cuatro Jinetes, con sus túnicas negras, actuando sobre un escenario con un fondo de claro cielo azul. Y una voz solista, ahora muy suave:

Estás dentro...

Luego, la cámara se situó directamente encima de los Jinetes y pude ver que se encontraban sobre una plataforma circular. La cámara se movió lentamente, y vi que la plataforma circular se hallaba en la cima de una alta torre; alrededor de la torre veíase una inmensa multitud sentada sobre arenas desiertas que se extendían hasta un infinito vacío.

Y nosotros estamos dentro y ellos están dentro...

Yo me encontraba ahora entre la multitud, que parecía fundirse y fluir como plástico, derramándose de la pantalla del aparato para envolverme...

Y todos estamos dentro y juntos...

Una rara y bella sensación... la música se hacía más rápida y salvaje, extasiante... el casco del *Backfish* parecía irreal... la multitud parecía disolverse a mi alrededor, cada vez más cercana... yo estaba allí... ellos estaban aquí... Estábamos transfigurados...

Oh, sí, todos estamos dentro y juntos... juntos...

T menos 45 minutos... y contando...

Jeremy y yo estamos sentados delante del aparato de televisión, ignorándonos el uno al otro y a todo lo que nos rodea. Incluso con las cortas guardias y las breves horas de servicio, se experimenta una rara sensación enterrado aquí en un agujero bajo toneladas de hormigón, con la única compañía del individuo que tiene la otra llave, sin nada que hacer que no sea rumiar negros pensamientos y crispase mutuamente los nervios. Se supone que somos tan estables como pueden ser los hombres, o al menos eso nos dijeron, y debe ser verdad porque el mundo está todavía aquí. Quiero decir que no costaría mucho hacer girar las dos llaves en la cerradura doble, apretar los tres botones de los tres Minuteman, y... ¡Puf! ¡La Tercera Guerra Mundial!

Un mal pensamiento, desde luego. Algo que no puede ocurrir. Jeremy y yo somos demasiado estables, demasiado responsables. Mientras recordemos que es saludable que nos sintamos un poco fastidiados aquí, todo irá bien.

Pero el aparato de televisión es una buena idea. Nos mantiene en contacto con el mundo exterior, lo mantiene dentro del campo de lo real. Sería muy fácil empezar a pensar que el centro de control de misiles en que nos encontramos es el único mundo real, y que nada de lo que suceda fuera de él tiene importancia... ¡Un mal pensamiento!

Los Cuatro Jinetes... Esos tipos tienen algo que le ayuda a uno a liberarse de sus tensiones, sin hacer ningún daño. Supongo que están locos; con aquella clase de locura que todos los humanos compartimos, pero sin dejar que asome a la superficie.

Todos estamos dentro y juntos...

Desaparece la espiral de la pantalla y es substituida por un primer plano del cantante solista, mirándome fijamente, tan cerca como Jeremy y casi más real. Un bajo empieza a zumbiar detrás de él, al tiempo que empieza a tocar su guitarra,

suavemente. Y sigue cantando con su inconfundible tono de voz. Unos vibrantes acordes de guitarra hacen eco a las palabras burlonamente, mientras una enorme svástica (rojo sobre negro, negro sobre rojo) late como una vena desnuda sobre la pantalla...

Guitarra detrás del latido de la svástica...

En la pantalla, sólo un gran fuego ardiendo a cámara lenta, y la voz se convierte en un lento, estridente y agónico lamento.

El fuego se transforma en el rostro de una aullante mujer oriental, que corre a través de una aldea incendiada tratando de arrancarse el napalm de la espalda.

Una escena de la época nazi en Alemania: una repulsiva svástica de hombres desfilando y agitando antorchas...

Luego, el cantante de los Jinetes superpuesto sobre la cruz de llamas.

Sólo el rostro del Jinete aullando odio...

Un plano largo de la multitud alrededor de la plataforma, de pie, agitando los brazos, gritando silenciosamente. Luego, un rápido *zoom* y un caleidoscopio de rostros, ojos febriles, bocas abiertas y aullantes...

Llámame sólo...

El rostro del Jinete superpuesto sobre las enloquecidas caras de la multitud...

¡Género humano!

Miro a Jeremy. Está jugueteando con la llave que cuelga de la cadena alrededor de su cuello. Está sudando. Súbitamente me doy cuenta de que también estoy sudando y de que mi propia llave está latiendo en mi mano, viva...

T menos 13 minutos... y contando...

Una rara sensación, el capitán contemplando a los Cuatro Jinetes aquí, en el centro de control de misiles del *Backfish*, con nosotros. Sentado delante de mi cómoda contemplando la televisión con el aliento del capitán en mi cogote... Tengo la sensación de que él sabe lo que está pasando en mi interior y de que yo no puedo saber los que pasa en su interior... y esto me pone más nervioso aún...

Luego termina el espacio comercial y vuelve a aparecer aquella espiral y ¡zas! vuelvo a sumirme en la contemplación de la pantalla y dejo de preocuparme por el capitán...

La espiral es azul y amarilla, luego roja y verde, y luego empieza a girar y a girar, cada vez más aprisa, cambiando de colores y girando, girando, girando... Y el sonido de una especie de carrusel de Coney Island tintineando detrás de ella, más aprisa y más aprisa y más aprisa, girando y girando y girando, roja y verde, amarilla y azul, y girando, girando, girando...

Y este gran zumbido llenando mi cuerpo y girando, girando, girando... Mis músculos relajándose, entumeciéndose, girando, girando, girando, entumecidos, girando, girando, girando, oh, es tan agradable, sólo girando, girando...

Y en el centro de los colores en espiral, un brillante puntito de luz incolora, en el

mismo centro, inmóvil, sin cambiar, mientras todo el mundo sigue girando y girando en colores a su alrededor, y el zumbido brota de los colores que giran, y el puntito me zumba su canción...

El puntito era un camino iluminado al final de un túnel largo y girante, girante... El zumbido empieza a hacerse más ruidoso. El puntito brillante empieza a hacerse un poco mayor. Me arrastro por el túnel hacia él, girando, girando, girando...

T menos 11 minutos... y contando...

Girando, girando, girando a lo largo de un largo túnel de colores que laten, girando, girando, hacia el círculo de luz que se encuentra al final del túnel... Qué agradable sería llegar finalmente allí y sentir que el bello zumbido llena mi cuerpo y luego poder olvidar que estoy aquí en este agujero con una dura llave de bronce en la mano, con la única compañía de Duke, aquí, en una cueva subterránea que es una espiral de llameantes colores, girando, girando hacia la amistosa luz que hay al final del túnel, girando, girando...

T menos 10 minutos... y contando...

El círculo de luz al final del túnel girante se hace cada vez mayor y mayor, y el zumbido se está haciendo cada vez más ruidoso y más ruidoso, y yo me siento cada vez mejor y mejor, y el centro de control de misiles del *Backfish* se va haciendo más oscuro y más oscuro, y el horrible peso del mando se hace más ligero y más ligero, girando, girando, y me siento tan feliz que tengo ganas de llorar, girando, girando.

T menos 9 minutos... y contando...

Girando, girando... Yo estaba girando, Jeremy estaba girando, el agujero en el suelo estaba girando, y el círculo de luz al final del túnel giraba más cerca y más cerca y... ¡yo estaba a través de él! Un lugar lleno de luz amarilla pálida, luz amarillo-metal. Luego pálido azul metálico. Azul. Amarillo. Azul. Amarillo-azul-amarillo-azul-amarillo-azul-amarillo...

Pura luz latiendo... y puro sonido zumbando. Y la *sensación* de letras que no puedo leer entre los latidos —no-amarillo y no-azul—, demasiado rápidas y demasiado leves para ser visibles, pero importantes, muy importantes...

Y luego una voz que parece estar cantando en el interior de mi cerebro:

Oh, oh, oh... en realidad no quiero saberlo... Oh, oh, oh... en realidad no quiero saberlo...

El mundo latiendo, destellando alrededor de aquellas palabras que no puedo leer, que no puedo leer del todo, que tengo que leer, que *casi* puedo leer...

Oh, oh, oh... en realidad quiero saberlo...

Extrañas formas amorfas nublando el universo parpadeante azul-amarillo-azul, ocultando las palabras que tengo que leer... ¡Maldición! ¿Por qué no se apartan del camino para que yo pueda leer lo que tengo que saber?

Dime dime dime dime dime dime... déjame saber déjame saber déjame saber

déjame saber déjame saber...

T menos 7 minutos... y contando...

¿No puedo leer las palabras? ¿Por qué no me deja leer las palabras el capitán?

Y esa voz dentro de mí:

... déjame saber... déjame saber... déjame saber por qué me duele tanto...

¿Por qué no se calla y me deja leer las palabras? ¿Por qué no se quedan quietas las palabras? ¿O se mueven con un poco más de lentitud? Si se movieran con un poco más de lentitud, podría leerlas y así sabría lo que tengo que hacer...

T menos 6 minutos... y contando...

Noto la llave sudada en la palma de mi mano... Veo a Duke tocando su propia llave. ¡Tengo que saberlo! Ahora... a través de la luz que late azul-amarilla-azul y de las palabras ilegibles que ejercen una horrible presión sobre la parte posterior de mi cerebro... puedo ver a los Cuatro Jinetes. Están arrodillados, llorando, alzando la mirada hacia algo y suplicando:

Dímelo dímelo dímelo dímelo...

Luego, suaves olas de fuego rojo y anaranjado llenan el mundo y una enorme voz trata de hablar. Pero no puede formar las palabras. Tartamudea y gime...

El destello azul-amarillo-azul alrededor de las palabras que no puedo leer... las mismas palabras, intuyo súbitamente, que la voz del fuego está tratando de pronunciar.

Y los Cuatro Jinetes arrodillados, suplicando:

Dímelo dímelo dímelo dímelo...

El fuego amistosamente cálido tratando de hablar...

Dímelo dímelo dímelo dímelo...

T menos 4 minutos... y contando...

¿Cuáles eran las palabras? ¿Cuál era la orden? Puedo oír a mis hombres implorando silenciosamente que se lo diga. Después de todo, soy su capitán, tengo la obligación de decírselo. ¡Tengo la obligación de descubrirlo!

Dímelo dímelo dímelo dímelo...

Las figuras arrodilladas imploran a través del pulso parpadeante en mi cerebro, y casi puedo formar las palabra... casi...

«Dímelo dímelo dímelo...», le susurro al cálido fuego anaranjado que intenta desesperadamente formar las palabras, sin conseguirlo. Los hombres también susurran: «Dímelo dímelo...».

T menos 3 minutos... y contando...

La pregunta arde azul y amarilla en mi cerebro. ¿QUÉ ESTABA TRATANDO DE DECIRME EL FUEGO? ¿CUÁLES ERAN LAS PALABRAS QUE NO PODÍA LEER?

¡Tenía que soltar las palabras! ¡Tenía que encontrar la llave!

Una llave... ¿La llave? ¡LA LLAVE! ¡Y allí estaba la cerradura que encerraba las palabras, delante mismo de mí! Introducir la llave en la cerradura... Miro a Jeremy. ¿No existía algún motivo, hace mucho tiempo, por el que Jeremy podía tratar de impedir que introdujera la llave en la cerradura?

Pero Jeremy no se mueve mientras introduzco la llave en la cerradura...

T menos 2 minutos... y contando...

¿Por qué no me dice el capitán cuál es la orden? El fuego lo sabe, pero no puede decírmelo. Y yo no puedo leer las palabras.

«Dímelo dímelo dímelo...», suplico.

Entonces me doy cuenta de que el capitán también está suplicando.

T menos 90 segundos... y contando...

Dímelo dímelo dímelo dímelo... suplican los Jinetes. Y las palabras que no pude leer están marcadas a fuego en mi cerebro.

La llave de Duke está en la cerradura delante de nosotros. Desde muy lejos, Duke dice:

—Tenemos que hacerlo juntos.

—¡Desde luego! ¡Nuestras llaves! ¡Nuestras llaves liberarán las palabras!

Introduzco mi llave en la cerradura. Una, dos, tres, hacemos girar nuestras llaves al mismo tiempo. Una tapadera de la cómoda se abre. Debajo de la tapadera hay tres botones rojos. En la cómoda se encienden tres señales en letras rojas: ARMADO.

T menos 60 segundos... y contando...

Los hombres estaban esperando que diera alguna orden. Yo no sabía cuál era la orden. Un espléndido fuego anaranjado estaba tratando de decírmelo, pero no podía pronunciar las palabras... Unas figuras arrodilladas estaban rezando al fuego...

Luego, a través del parpadeo amarillo-azul que ocultaba las palabras que yo tenía que leer, vi a una inmensa multitud alrededor de una torre. La multitud estaba de pie, suplicando silenciosamente...

La torre en el centro de la multitud se convirtió en el fuego anaranjado que estaba tratando de decirme cuales eran las palabras...

Se convirtió en una gran seta de ondulante humo y de cegador brillo rojo-anaranjado...

T menos 30 segundos... y contando...

La enorme columna de fuego estaba tratando de decirnos a Jeremy y a mí cuáles eran las palabras, qué teníamos que hacer. La multitud le gritaba a la nube de llama. El parpadeo amarillo-azul se estaba haciendo más rápido y más rápido detrás de la nube en forma de seta. ¡Casi podía leer las palabras! Pude ver que era una sola palabra.

T menos 20 segundos... y contando...

¿Por qué no nos lo dice el capitán? ¡Casi pude ver las palabras!

Luego oí a la multitud que rodeaba a la hermosa nube en forma de seta, gritando:

¡HAZLO! ¡HAZLO! ¡HAZLO! ¡HAZLO! ¡HAZLO!

T menos 10 segundos... y contando...

¡HAZLO! ¡HAZLO! ¡HAZLO! ¡HAZLO! ¡HAZLO! ¡HAZLO! ¡HAZLO!

¿Qué quieren que haga? ¿Lo sabe Duke?

9

Los hombres están esperando! ¿Cuál es la orden? Están inclinados sobre los controles, esperando... ¿Los controles...?

¡HAZLO! ¡HAZLO! ¡HAZLO! ¡HAZLO! ¡HAZLO!

8

¡HAZLO! ¡HAZLO! ¡HAZLO! ¡HAZLO! ¡HAZLO!, grita la multitud.

—¡Jeremy! —grito—. ¡Puedo leer las palabras!

7

Mis manos engarfiadas sobre mi tablero de botones rojos...

¡HAZLO! ¡HAZLO! ¡HAZLO! ¡HAZLO!, dicen las palabras.

¿No lo ha comprendido el capitán?

6

—¿Qué quieren que hagamos, Jeremy?

5

¿Por qué no da la orden la nube en forma de seta? ¡Mis hombres están esperando! Un buen marinero desea entrar en acción.

Luego, una gran voz habla desde la columna de fuego: ¡HAZLO! ¡HAZLO! ¡HAZLO!

4

—Aquí sólo podemos hacer una cosa, Duke.

3

—¡La orden, marineros! ¡Acción! ¡Fuego!

2

—Sí, sí, sí. Jeremy...

1

Alargo la mano hacia mi tablero de botones rojos. A lo largo de toda la cómoda,

los marineros alargan la mano hacia sus botones. ¡Pero yo soy demasiado rápido para ellos! ¡Yo seré el primero!

0

EL GRAN FOGONAZO.

FIN